

LA BIBLIA EN MEDITACIONES

Desde el Génesis al Apocalipsis
En ella Dios nos habla

Dr. Benjamín Martín Sánchez
profesor de Sagrada Escritura y Canónigo
de la S. I. Catedral de Zamora (España)

*Eres digno, Señor, Dios nuestro
de recibir la gloria, el honor y el poder
porque Tu has creado el universo,
porque por tu voluntad lo que no existía
fue creado (Apoc. 4,11)*

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 - 41003 Sevilla.

Con licencia Eclesiástica
ISBN: 84-7770-474-4
Deposito Legal: Gr. 1983-99
Imprime: Azahara S.L.
Printed in Spain

PRESENTACIÓN

Queridos lectores:

Aquí tenéis la Biblia expuesta desde el Génesis al Apocalipsis, en 140 meditaciones. El que vaya leyendo cada día una de estas meditaciones y reflexione un poco sobre ellas, se dará cuenta del contenido de toda la Biblia, y como ésta «es la palabra de Dios escrita» (Conc. Trento). «Una carta enviada por Dios desde el cielo a los hombres que van peregrinando por este mundo lejos de su patria celestial» (S. Grag. M. lib. 4, epist. 84; S. Agustín in Ps. 90), no dudo que este libro será el libro mejor de meditaciones, por estar todas ellas basadas en los Libros Santos y porque en ellas Dios nos habla.

«Cuando tu oras», dicen los Santos Padres, hablas a Dios, pero cuando lees la Biblia, Dios te habla». En la oración hablamos Dios y yo, y conviene dejarle a Él que hable más que nosotros y llevemos a la práctica todas sus enseñanzas que tenéis encerradas en este libro.

El Concilio Vaticano II, «recomienda insistentemente a sacerdotes y fieles la lectura asidua de la Escritura, y especialmente la recomienda a los sacerdotes y religiosos «para no volverse predicadores vacíos de la palabra», y a todos los fieles para que adquieran la ciencia suprema de Jesucristo, porque «ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo» (DV. 25, S. Jer. in Is.)

Benedicto XV en su encíclica «Spiritus Paraclitus», con palabras de San Jerónimo, dice: «Apaciéntese nuestra alma diariamente con la divina lectura. Leamos con íntima afición los Sagrados Libros y meditemos allí día y noche en la Ley del Señor, para acertar como peritos cambistas a distinguir la moneda legítima de la falsa».

El célebre Menéndez Pelayo le daba tanta importancia a la lectura y conocimiento de la Biblia, que llegó a decir: «El olvido de la Biblia es una de las principales causas de la decadencia y empobrecimiento de nuestro espíritu religioso» (Obras compl., XI, p. 284)

Dios nos habla en la Biblia. Este es un hecho histórico de gran transcendencia. Dios que nos habla por naturaleza sin

palabras ni frases (Sal. 19, 2; Rom. 1, 19-20; Job 12, 7 y Sab. 13, 1) nos ha querido hablar directamente «*muchas veces y de diversas maneras: antiguamente por los profetas -como veremos- y últimamente por medio de su Hijo*» Jesucristo (Heb. 1, 1-2)

Dios invisible habla a los hombres. El hombre siempre ha podido oír a Dios, escuchar su palabra y darle la respuesta. Esta respuesta es *la fe*, que nos hace aceptar lo que Dios dice y vivir conforme a ello.

A todos recomiendo mi **Biblia selecta**, y especialmente estas meditaciones, porque en ellas tenéis también el contenido esencial de la misma Biblia, y pudieran serles más asequibles, si bien ambas se complementan.

Advierto que en estas primeras meditaciones, por comparar vg. el primer versículo del Génesis: «*Al principio creó Dios los cielos y la tierra*», con el primer versículo del Evangelio de San Juan: «*Al principio era el Verbo... y por Él fueron hechas todas las cosas*», espero no se vean como desviaciones del asunto a tratar, sino aclaración de conceptos, y así nos vemos precisados a hablar de Jesucristo y del misterio de la Trinidad...

Por lo que hace al Nuevo Testamento, me limito a hacer resaltar las ideas principales a estas preguntas: ¿Quién es Jesucristo?, ¿Quién es la Virgen María? ¿Quién es San José? y ¿Quiénes son los apóstoles?... y en los Hechos, resalto las ideas del mismo con estas otras dos preguntas: ¿Quién es San Pedro? y ¿Quién es San Pablo? y algunas de sus cartas las voy dando a conocer, resaltando en ellas sus pensamientos principales..., ya que el N.T. es más conocido y todos pueden leerlo fácilmente.

Dios quiera que estas meditaciones bíblicas conduzcan a todos a un mayor conocimiento de Dios, de Jesucristo y de todas las verdades que Él nos ha revelado, porque son las que pueden guiarnos a todos por el camino de la virtud y de la santidad.

Benjamín MARTÍN SÁNCHEZ

UNA BREVE ACLARACIÓN INTERESANTE

Decimos que la Biblia es la palabra de Dios y en ella Dios nos habla. De hecho vemos que Dios hablaba a los profetas y por ellos al pueblo, y en casi todos los profetas menores, a su comienzo se lee: «*Palabra del Señor dirigida a Oseas, a Joel, a Amós, etc.*» Veamos ahora cómo se manifestaba a los hombres y cómo nos habla:

1º Diversas maneras de manifestarse:

Unas veces tomaba un aspecto sensible, por ejemplo de un ángel o de un hombre (Jue. 6, 11). Otras hablaba desde una nube (como desde el Tabernáculo o desde el monte Sinaí (Núm. 12, 5; 11, 25; Ex. 24, 16). Otras veces desde el fuego (como en la zarza encendida: Ex. 3,2). En el esplendor de la luz (como a San Pablo: Hech. 9). En el murmullo del viento (como a Elías: El Rey. 19, 12-15). Por ilustración interior, en visiones, en sueños: (Núm. 12, 6-8, Sam. 16)

2º ¿Cómo nos habla Dios?

El Concilio Vaticano II nos dice: «Dios habla en la Escritura por medio de hombres y en lenguaje humano» (DV.12), y por tanto no deben extrañarnos estas expresiones: *Dios dijo... Dios miró... Dios se arrepintió...* En Dios no cabe el arrepentimiento y se acomoda a nosotros para hacernos ver la malicia de los hombres y nuestro inicuo proceder...

También vemos que Dios se amolda a las condiciones humanas cuando vemos que Abraham es visitado por Dios como un huésped, pues los tres personajes que le visitaron eran una aparición de Dios como se desprende del pasaje bíblico (Gén. 18)...

Y lo más interesante para nosotros es saber que Dios nos habla en la actualidad por medio de Jesucristo, pues por los Evangelios vemos que Él, Dios hecho hombre vivió entre los hombres y sus palabras las tenemos en ellos, las que podemos leer todos los días. *Cuanto está escrito en la Biblia para nuestra enseñanza fue escrito.* (Rom. 15, 4).

ANTIGUO TESTAMENTO

Los libros del Antiguo Testamento... muestran a todos el conocimiento de Dios y del hombre y el modo como Dios, justo y misericordioso, trata con los hombres.

Estos libros... contienen enseñanzas sublimes sobre Dios y una sabiduría salvadora acerca del hombre, encierran tesoros de oración y esconden el misterio de nuestra salvación.

Concilio Vaticano II. DV. 15

GÉNESIS

El Génesis es el primer libro de la Biblia, que empieza tratando del origen del mundo y del hombre, y en él Dios se nos revela como el Ser Supremo, Creador de cuantas cosas existen. (Con este libro empezamos las meditaciones propuestas)

1ª. Al principio... DIOS

Lo primero que se nos revela en la Biblia es el dogma fundamental de la verdadera religión: la existencia de un Dios único y eterno, que aparece antes del mundo cuando no existía nada. El mundo, pues, tuvo principio, y por tanto no es eterno.

La expresión «**al principio**», quiere decir «al comienzo del tiempo», cuando fuera de Dios, o sea, antes del primer acto creador no existía criatura alguna, ni ángeles... Como nota San Agustín, Dios creó a la vez el tiempo y las criaturas.

Al principio creó Dios los cielos y la tierra. Decimos en plural «los cielos», entendiendo: El **atmosférico**, en el que se mueven las aves; el **sideral**, en el que se mueven los astros, y el **empíreo**, donde está Dios de un modo especial con los santos... «**Los cielos y la tierra**» indican el «universo entero», el mundo de las cosas visibles: el firmamento, las estrellas... y las invisibles, los ángeles...

La existencia de Dios nadie puede negarla. «*Sólo el necio, en su corazón, dice: No hay Dios*» (Sal. 13, 1). El filósofo Balmes comenta:

«¿Existe Dios? ¿Existe algún Hacedor del universo? Levanta los ojos al firmamento, tiéndelos por la faz de la tierra, mira lo que tu mismo eres, y viendo en todas partes grandor y orden, di si te atreves: Él acaso es quien ha hecho el mundo, el edificio es admirable, pero no hay arquitecto...». ¿Es posible afirmar que las cosas se hacen por sí solas sin hacedor alguno? No hay duda que el Hacedor de este mundo es un ser omnipotente, y éste no es otro que Dios.

Dios creador. San Agustín dice también: «Entre todos los objetos visibles, el mayor de todos es el mundo y entre todos los invisibles, el mayor es Dios. Pero que hay mundo lo

vemos, y que haya Dios lo creemos. Por lo que toca a haber hecho Dios este mundo, a ninguno debemos creer con más seguridad en este punto que al mismo Dios.

¿Y qué nos ha dicho Dios? *«Yo soy el Señor Hacedor de todas las cosas, el que lo ha hecho todo, el que sólo despliega los cielos y sostiene la tierra»* (Is. 44, 24)

«Alzad a los cielos vuestros ojos y mirad, ¿quién los creó?. (Is. 40, 26)

«Toda casa ha sido fabricada por alguno, pero el Hacedor de todas las cosas es Dios» (Heb. 3, 4)

De la revelación de Dios, Ser Supremo y creador de todas las cosas se derivan todos nuestros deberes para con Él *«Con toda tu alma honra al Señor. Con todas tus fuerzas ama a tu Hacedor»* (Eclo. 7, 32)

2ª. ¿Cómo podemos conocer a Dios?

A Dios lo podemos conocer por la revelación divina, o sea, por la Biblia, y también con la luz natural de la razón, y lo podemos conocer con toda certeza por la contemplación de las obras visibles de la creación, como por los efectos a su causa.

En el libro de la Sabiduría leemos: *«Vanos son por naturaleza todos los hombres que carecen del conocimiento de Dios, y por los bienes que disfrutan no alcanzan a conocer al que es la fuente de ellos, y por la consideración de las obras no conocieron al Artífice... Pues de la grandeza y hermosura de las criaturas, por razonamiento se llega a conocer al Hacedor de éstas... Porque si pueden alcanzar tanta ciencia y son capaces de investigar el universo, ¿cómo no conocen más fácilmente al Señor de él?»* (Sab. 13, 1-9).

Aquí se nos dice que los paganos pudieron conocer la existencia de Dios, y porque carecen de esta ciencia los reprenden llamándolos vanos, necios..., pues pudieron conocer a Dios con el mismo entendimiento que conocen las cosas de este mundo.

También el apóstol San Pablo nos dice claramente: *«Desde la creación del mundo lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, son conocidos mediante las criaturas. De*

manera que son inexcusables, por cuanto conociendo a Dios no le glorificaron como a Dios... y alardeando de sabios se hicieron necios. Pues trocaron la verdad de Dios por la mentira y adoraron y sirvieron a la criatura en lugar del Creador» (Rom. 1, 18-25).

¿Quién no ve claramente en este texto que los paganos de hecho conocieron a Dios, y que por no glorificarle son inexcusables y dignos de reprensión?

Como consecuencia reflexionemos sobre estas palabras que nos dice Dios por medio del profeta Jeremías: *«No se glorie el sabio de su sabiduría, no se glorie el poderoso de su poder, no se glorie el rico de sus riquezas. El que se gloria, se glorié de esto: en tener la inteligencia y conocerme a Mi, que yo soy Yahvé que hago misericordia, derecho y justicia en la tierra; porque estas son las cosas en que me complazco, dice Yahvé» (Jer. 9, 23-24)*

Cuantos conocemos a Dios, démosle las debidas gracias por depender de Él y le tributemos las debidas alabanzas, a las que nos invita constantemente el salmista: *«Alabad al Señor todas las gentes, alabadle todos los pueblos...» (Sal. 117).*

3ª. Al principio era el Verbo

En la primera página de la Biblia se nos revela la existencia de Dios, creador del cielo y de la tierra (Gén. 1, 1), y en la primera página del Evangelio de San Juan se nos revela la existencia del Verbo, que es la Palabra del Padre, su Hijo unigénito, que en el tiempo se encarnó: *«El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn. 1, 14).* El Verbo hecho hombre, se llama Jesucristo, y *«por Él fueron hechas todas las cosas y sin Él nada se hizo de cuanto existe».* (Jn. 1, 3).

Según estos textos, tenemos que el Verbo, que es el mismo Hijo de Dios, Jesucristo, es también como el Padre, creador de todas las cosas y por tanto Jesucristo y Dios son el mismo Dios creador.

Tenemos que saber que así como un hijo natural de un hombre tiene la naturaleza de su padre, así Jesucristo, por ser Hijo natural de Dios Padre, tiene la misma naturaleza del Padre, y por tanto es Dios como lo es el Padre.

Jesucristo tuvo dos nacimientos: **uno eterno**, «nacido del Padre antes de todos los siglos», como decimos en el Credo de la Misa, y nace del Padre de modo semejante a como el pensamiento y la palabra nacen del espíritu del hombre, por eso el Hijo de Dios se llama también el Verbo (=la Palabra), y otro nacimiento es el **temporal**, porque queriendo hacerse hombre, nació en el tiempo de la Virgen María, y, como sabemos por los Evangelios, donde tenemos su vida, recorrió toda la Palestina, el Israel de hoy e hizo muchos milagros, demostrando que Él era Dios, como el Padre, y así vemos que resucitó muertos, dio vista a los ciegos, etc., y por eso dijo a los judíos: *«Si no me creéis a Mi, creed en mis obras porque ellas dan testimonio de Mi»*. Y como les dijera a su vez: *«Muchas obras buenas hice con vosotros de parte de mi Padre. ¿Por cual de ellas me queréis apedrear?. Respondieron: No te apedraremos por obra alguna buena, sino por la blasfemia, porque tu siendo hombre, te haces Dios»* (Jn. 10)

Los judíos entendieron que les demostraba que era Dios y no quisieron creerle, y bien claro les dijo: *«El Padre y Yo somos una misma cosa»*. *«Quien me ve a Mi, ve al Padre»* (Jn. 14, 9). Él es el retrato del Padre, «la imagen de Dios invisible» (Col. 1, 15). *«Yo estoy en el Padre y el Padre en Mi»*, *«El que me honra a Mi, honra al Padre que me envió»* (Jn. 5, 23).

Y cuando dijo: *«El Padre es mayor que yo»* (Jn. 14, 28), lo dijo por razón de su naturaleza humana como hombre, y así decimos: «Igual al Padre según su divinidad, y menor que el Padre según su humanidad» (Credo del Pueblo de Dios).

Honremos, pues, a Dios Padre e igualmente al Hijo, que por el gran amor que nos tenía vino a este mundo a redimirnos: «Te adoramos, oh Cristo y te bendecimos que con tu santa cruz redimiste al mundo y a mi pecador».

4ª. Creo en Dios Padre... Creo en Dios Hijo... Creo en el Espíritu Santo.

En el Credo tenemos las verdades reveladas que debemos creer. Todos los días al santiguarnos pronunciamos el misterio de la Santísima Trinidad: «El nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo».

Este misterio es el más grande de nuestra fe, y lo creemos porque Dios nos lo ha revelado, y aunque no lo comprendamos porque lo infinito no cabe dentro de nuestro limitado entendimiento, lo creemos por tenerlo claramente revelado en la Biblia (Mt. 28, 18-20; 3, 17-18; 2 Cor. 13, 13 etc.)

Y claramente la revelación nos dice: «*No hay más que un solo Dios*» (Dt. 6, 4; 1 Cor. 8, 4). «*Yo, Yahvé, el único*» (Is. 45, 21) mas este Dios único es Padre, Hijo y Espíritu Santo, y es lo que llamamos la Santísima Trinidad, es decir, en Dios hay tres personas distintas. El Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios, pero no son tres Dioses, sino un solo Dios, porque los tres tienen la misma naturaleza divina (Ejemplo, aunque imperfecto, lo tenemos en un árbol con tres ramas, las ramas son distintas, y forman un solo árbol).

Las tres divinas personas son **iguales en perfección** y no hay inferioridad de una respecto de otra, porque, como hemos dicho, es una misma la naturaleza divina que tienen las tres.

Las tres divinas personas **son eternas**, porque en la procedencia de una persona de otra se excluye la sucesión del tiempo, y así resulta que el Hijo de Dios es eterno como el Padre y existe desde que existe el Padre, y lo aclaramos con el siguiente ejemplo:

«El fuego produce su resplandor, el cual existe desde el mismo instante que existe el fuego. Si hubiera un fuego eterno, eterno sería su resplandor» (S. Agustín). Ahora bien, en la Biblia se nos dice que el Hijo es *como el brillo de la luz eterna* (Sab. 7, 26), *el resplandor de la gloria del Padre y la imagen de su substancia* (Heb. 1, 3). Luego la imagen perfectísima de Dios existe desde que existe Dios, o sea, eternamente.

Este misterio, el más grande del cristianismo, lo recordamos al santiguarnos: «En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo», y al decir: «Gloria al Padre..., y en este nombre se administran los sacramentos: el del bautismo: Yo te bautizo en el nombre...» y en el de la penitencia: «Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre...»

En el nombre de la Santísima Trinidad, San Francisco Javier y San Salvador de Horta hicieron muchos milagros...

Gloria al Padre, Gloria al Hijo y gloria al Espíritu Santo.

5ª. Dios Creador de Cielos y Tierra

La tierra donde se mueven los hombre, el cielo atmosférico donde aparecen las aves, el cielo sidereal, donde se hallan el sol, la luna e infinidad de astros y el cielo empireo donde están los ángeles y santos gozando de la felicidad eterna..., son todas obras grandiosas de Dios creador...

Cuando uno piensa en la variedad maravillosa de seres terrestres y las maravillas de toda la creación, no puede uno menos de admirar la grandeza de Dios y la pequeñez del hombre, y a la vez en medio de su pequeñez la grandeza del conocimiento que Dios le ha dado, bien puede exclamar: «¡Qué grande es Señor, tu nombre en toda la tierra! (Sal. 8)

Para ver la grandeza de Dios, pues ¡sólo Él es grande! contemplemos en una noche serena las estrellas que adornan el firmamento. ¡Cuán grandes son! Parecen pequeñitas a simple vista; pero veamos qué nos dicen los astrónomos:

La tierra, en que habitamos, está completamente aislada en el espacio, y es uno de los satélites del sol, a cuyo alrededor se mueve vertiginosamente. A pesar de toda su inmensidad relativamente a nosotros, es uno de los astros más pequeños del universo.

El planeta **Júpiter** es 1.300 veces mayor que la tierra, y el sol es también un millón de veces mayor que ella.

El sol dista de nosotros 150 millones de kilómetros. Caminando por el espacio a la velocidad de la luz, que es de 300.000 kilómetros por segundo, se llegaría al sol en el tiempo de ocho a nueve minutos.

Si hiciéramos el viaje en avión, tendríamos que pasar, volando de noche y día, sin descansar un instante y a la velocidad de 1.000 kilómetros por hora, sesenta y dos años y medio.

Fijémonos en las estrellas, las que a simple vista se nos presentan en el cielo como tenues lucecitas, más débiles aún que las de las lámparas de nuestros templos. La realidad, no obstante, es otra muy distinta. Cada uno de esos puntitos blancos e insignificantes es un magnífico globo de luz de grandísimas dimensiones, otros tantos soles iguales al nuestro, y muchos incomparablemente más grandes que él.

Al saber que existen millones y millones de astros que giran en un orden admirable, ¿quién no ve que nos están obligando a admitir a un Dios omnipotente y creador del universo?

En el Génesis se nos presenta un esquema literario semítico de los seis días de trabajo y el séptimo de descanso para honrar a Dios creador, que es lo que nos dice el Éxodo:

«Seis días trabajarás y harás tus obras; pero el séptimo día es de descanso, pues en seis días hizo Yahvé los cielos y la tierra, el mar y cuanto hay en ellos, y el séptimo día descansó; por eso lo bendijo Yahvé y lo santificó» Ex. 20, 9-11). Y como hechura que somos de Dios, justo es que le demos el debido culto, especialmente el domingo llamado «día del Señor».

6ª. El hombre es hechura de Dios

Dios, después de haber creado la luz, el sol y demás astros del cielo y formar la tierra y crear toda clase de animales, creó al hombre a su imagen y semejanza, y le dio el señorío sobre todos ellos.

El cuerpo del hombre lo formó Dios del polvo de la tierra, y luego le inspiró un soplo de vida, es decir, infundió un alma en el cuerpo así creado (Gén. 2, 7). Luego formó a la mujer, en cuanto al cuerpo, del costado del hombre, es decir: *El hombre fue formado de la tierra y la mujer del hombre, y el alma de cada uno fue creado directamente por Dios. Ellos formaron la primera familia humana. El cuerpo se distingue del alma, pues ésta es inmortal. El cuerpo volverá a la tierra de la cual fue formado, y el alma, volverá a Dios que le dio el ser»* (Ecl. 12, 7)

El matrimonio fue instituido por Dios nuestro Señor en el paraíso terrenal cuando unió como esposos a Adán y Eva para que viviesen siempre juntos en mutuo y fiel amor. Entonces dijo Dios: *«Dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y vendrán a ser los dos una sola carne. Lo que Dios unió que no lo separe el hombre»* (Gén. 2 18-24).

En este capítulo del Génesis surgen dos cuestiones: 1ª referente a la formación del hombre y 2ª si todos procedemos de Adán y Eva.

1ª cuestión: La Biblia dice que Dios, después de haber creado todos los animales, creó al hombre al que formó del polvo de la tierra y no nos dice que proceda por evolución de una especie del reino animal. Esto sería rebajar al hombre, creado a imagen y semejanza de Dios.

Algunos dicen: «No es preciso entender a la letra lo del «polvo de la tierra» en la formación del cuerpo de Adán. En absoluto, Dios pudo utilizar el cuerpo de un animal, perfeccionándolo e infundiéndole el alma racional para convertirlo en hombre. Pero esta hipótesis está muy lejos todavía de poderse convertir en tesis científicamente demostrada».

El inmortal Pío XII en su encíclica «*Humani generis*», dice: «Algunos empero, con temerario atrevimiento, traspasan esta libertad de discusión al proceder como si el mismo origen del cuerpo humano, de una materia viva preexistente, fuera cosa absolutamente cierta y demostrada por indicios hasta ahora encontrados y por los razonamientos de ellos deducidos, y como si, en las fuentes de la revelación divina nada hubiera que exija en esta materia máxima moderación y cautela» (D. 2327)

2ª cuestión: No faltan quienes pongan en duda que todos procedemos de Adán y Eva; pero por estos textos: «*No había hombre que cultivase la tierra*, y por Gén. 3, 20 y Hech. 17, 26, se deduce que no hay poligenismo en la Biblia, y hoy esta hipótesis carece de pruebas. Por tanto todos procedemos de Adán y Eva, y no de Adán y Eva y otras parejas.

El célebre Dr. Díez-Macho, gran biblista dice en su Historia de la salvación: «No hay poligenismo. Los científicos no ven razones que obliguen a suponerlo. Todos los hombres ha pecado en Adán, como dice San Pablo (Rom. 5, 12) y enseña la Iglesia. Y Pío XII en la «*Humani géneris*» dijo que no era compatible con la verdad revelada sobre el pecado original.

Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, y lo creó «*para que alabe su santo nombre y pregone la grandeza de sus obras*» (Eccl. 17, 3) y *para que guardando sus mandamientos consiga la vida eterna*» (Mt. 19,

7ª. El pecado de nuestros primeros padres

El pecado de nuestros primeros padres: Adán y Eva, se llama **original** porque de ellos trae origen. Dios como supremo Hacedor del hombre, tiene derecho a dar sus leyes y prohibiciones para que el hombre sienta que no es independiente de Dios, sino que le está sujeto y debe obedecerle.

Dios quiso someterles a una prueba para ver si le eran fieles.

Los colocó en un paraíso o hermoso jardín y les dijo: «*Podéis comer del fruto de todos los árboles del paraíso, a excepción del llamado árbol del bien y del mal, porque el día que de él comiereis, quedaréis sujetos a la muerte*» (Gén. 2, 16-17)

La tentación. En esta narración se supone la caída de los ángeles rebeldes, que fueron también sometidos a prueba, y unos se rebelaron contra Dios y pecaron y a estos no los perdonó, sino que los arrojó en el infierno (2 Pe. 2, 4). El jefe de todos los malos: el demonio, llamado también diablo o Satanás, valiéndose de la serpiente, la que le sirvió de máscara, fue el que tentó a nuestros primeros padres, y, como leemos en el libro de la Sabiduría: «*Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo*» (2, 24)

El diablo, envidioso de la felicidad de nuestros padres, por medio de la serpiente le dijo: «**De ninguna manera moriréis..., el día en que comiereis de él, se os abrirán los ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y del mal**» (Gén. 3, 4-5) y como la mujer viese que el árbol era bueno para comer..., tomó de su fruto y dio de él a su marido, el cual también comió.

Entonces «se les abrieron los ojos» no para adquirir mayores conocimientos o para ser como Dios, sino para reconocer su propia miseria y el engaño del demonio. Ellos, por usar mal de la libertad, que Dios les había dado para el bien, al emplearla para el mal, pecaron y por este pecado que fue de desobediencia con raíz en la soberbia, perdieron para sí y para sus descendientes los dones sobrenaturales y la amistad con Dios, y así quedaron sujetos al trabajo penoso, al dolor y a la muerte.

San Pablo lo dice así: «*Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, así la muerte alcanzó a todos los hombres, porque todos pecaron (en Adán)*» (Rom. 5, 12)

Por el pecado original, el mundo quedó convertido en un valle de lágrimas, y sobrevino el castigo para todos. La tierra quedó maldecida por causa de tal pecado, y Dios dijo: «*Comerás el pan con el sudor de tu rostro, hasta que vuelvas a la tierra, de la que fuiste formado, porque polvo eres y al polvo volverás*» (Gén. 3, 14-19).

La consecuencia que podemos sacar de este relato es ver la malicia que encierra el pecado, el que todos podemos cometer, si damos oídos al diablo tentador, quebrantando los mandamientos de Dios.

Dios por el profeta Jeremías dice: *«Tu misma maldad te condenará... para que sepas y veas cuán malo y amargo te es el haber abandonado a Yahvé tu Dios, y haber perdido mi temor, dice el Señor Yahvé de los ejércitos»* (2, 19)

Nota: Contestaremos a la dificultad que ponen algunos: «Por qué hube yo de nacer en pecado?»

Muchos dicen: No se comprende que por el delito de un solo hombre hayamos sido condenados todos los hombres. ¿Por qué hube yo de nacer en pecado, si fueron ellos solamente, nuestros primeros padres, los que cometieron la culpa?. Ellos fueron los que pecaron, yo no.

Quizá podamos aclararlo con un símil:

«Pongamos a un propietario que en los buenos tiempos tenía 10.000 hectáreas de terreno y un magnífico castillo; pero con su vida frívola, los desperdició. Al nacer sus hijos, no quedaba de la magnífica fortuna más que el nombre. Ellos tenían derecho a la herencia, y la habrían poseído si el padre se hubiera portado como debía; sin embargo, nacieron ya sin fortuna, privados de la misma. Los pobres no tenían la culpa ¿verdad?, no son responsables del pecado de su padre, y con todo ya no pueden entrar en el antiguo castillo».

Así ocurre también con el pecado original, no lo cometimos nosotros, y, no obstante, sufrimos sus consecuencias. Así comprenderemos el símil interesante de Pascal, defensor ingenioso de la religión católica, quien aludiendo al pecado original, se expresa de esta manera: «El hombre es un mendigo, que desciende de una familia noble» (Tihamér Tot).

8ª. Promesa del Redentor

Dios, nuestro Señor, por ser Padre misericordioso, al ver a nuestros primeros padres caídos en el pecado, se compadeció de todos, e hizo una **promesa de redención** en la que anuncia que el diablo sería vencido y vendría un Redentor (que sería Cristo). He aquí las palabras del anuncio redentor: Dijo Dios a la serpiente:

«Pongo enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y la suya; ésta te aplastará la cabeza cuando tu le asedies el calcañal» (Gén. 3, 15).

Este texto, llamado de «el Protoevangelio», es profético, pues encierra una promesa de esperanza y redención del género humano por medio del Hijo de una mujer misteriosa, que vencerá al demonio de la misma manera que el hombre aplasta la cabeza de una serpiente.

Pío IX en la bula «Ineffabilis Deus», dice: «Los Padres y los Doctores enseñan que en este oráculo divino se nos ha manifestado clara y manifiestamente de antemano el Redentor misericordioso del género humano Jesucristo, Hijo único de Dios, que la bienaventurada Virgen María, su Madre, se encuentra allí igualmente designada y que sus enemistades contra el demonio están allí señaladas con evidencia».

Con San Pablo diremos: «*Gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo*» (1 Cor, 15, 57), pues por Él lo reparó y lo restauró todo y aparece ya en el horizonte de los tiempos la obra maestra de Dios, la Encarnación del Hijo de Dios.

La reparación por el pecado ¿no podría haberla hecho otro en vez de Jesucristo? La reparación por el pecado no podía sustituirla el hombre por el sacrificio u ofrenda de animales, ni él podía satisfacer a Dios por sus pecados, porque la ofensa se mide por la dignidad de la persona ofendida, y crece en relación a tal dignidad. Un soldado vg. da una bofetada a otro soldado, compañero suyo, y no reviste tanta gravedad como si se la diera a un capitán o a un general.

Pues bien, al ser Dios el ofendido, nuestro pecado o culpa, como ofensa hecha a Dios, es casi infinita, esto es, reviste una gravedad infinita por razón del término o persona a la que hemos ofendido, y exige por tanto, una satisfacción o reparación infinita, y ésta sólo pudo hacerla el Hombre-Dios, o sea Jesucristo, pues como hombre pudo padecer y como Dios darle a sus sufrimientos un valor infinito.

Al ver el gran amor de Dios a los hombres que nos redimió del pecado, de la esclavitud del demonio y de la condenación eterna por medio de la pasión y muerte de Jesucristo y además nos mereció la gracia, la dignidad de hijos de Dios y el derecho a la gloria, ¿qué hemos de hacer, sino darle las más expresivas gracias por tanto beneficios recibidos? Por eso San Pablo dice: «*Cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con Él por la muerte de su Hijo*» (Rom. 5, 10).

9ª. El crimen de Caín

Adán y Eva, en virtud de la bendición de Dios: «*Creced y multiplicaos... y dominad la tierra*», tuvieron varios hijos e hijas (Gén. 5, 4). La Biblia sólo nos nombra a tres: Caín, Abel y Set, y por ellos ha querido señalarnos el cauce de la historia de la salvación a través de Set... Noé... Abraham, etc.

Caín era labrador, y Abel pastor. De las ofrendas hechas a Dios, las de Abel le fueron más gratas por ofrecerle lo mejor del rebaño, y las de Caín no lo eran por ofrecerle lo peor de sus cosechas...

Caín se dejó llevar de la envidia... y un día invitó a su hermano a ir al campo, y cuando estaban solos, creyendo que nadie los veía, mató a su hermano Abel... y al momento se dejó oír la voz de Dios que le clamó desde el cielo: «*Caín, ¿qué has hecho La voz de la sangre de tu hermano está clamando a mi desde la tierra. Por eso andarás maldito... y cuando labres la tierra no te dará su fruto*».

Caín reconoció su culpa y dijo es demasiado grande mi pecado para soportarlo, y anduvo errante y fugitivo... He aquí el primer hombre que no espera perdón. ¡Cuántos pecadores no conocen tampoco la grandeza de las misericordias del Padre Dios, e imitan a Caín en la desconfianza y la desesperación!

Dios castiga el pecado, y aunque lo odia por su maldad, no deja de amar infinitamente al pecador, pues «*Dios, como dice por el profeta Ezequiel, no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva*». (33, 11). Dios espera siempre al pecador y le da tiempo para que se convierta... y si se arrepiente, Dios ya no tiene en cuenta sus pecados.

Esta narración de Caín nos hace comprender la malicia del pecado, y que por el pecado, el odio, la envidia, el crimen y las guerras se remontan ya a los primeros siglos de la humanidad.

¡Cuántos crímenes hay hoy en el mundo, y la sangre derramada no deja de clamar al cielo contra ellos!. Procuremos todos obrar siempre el bien.

Las obras buenas y la virtud siempre son alabadas. «*La virtud engrandece a los pueblos, mientras que el pecado los hace miserables*» (Prov. 14, 34).

10. Longevidad de Adán y sus primeros descendientes

He aquí lo que nos dice la Biblia: *«Fueron todos los días de Adán 930 años y murió... Todos los días de Set, 912 años y murió... Y todos los días de Matusalén (que fue el que más vivió) fueron 969 años y murió...»* (Gén. 5, 5 ss). No deja de ser admirable esta longevidad de las primeras generaciones... Vivieron mucho tiempo, y al fin, después de decir los años que vivieron, termina diciendo con el estribillo *«y murió»*.

Algunos científicos han dicho que por el análisis del paleolítico inferior el hombre primitivo vivía pocos años, pero otros, sin embargo, afirman que no es improbable esta longevidad, atendiendo al vigor primitivo de la raza humana y de su vida santa (Gén. 6,3; Prov. 10,27) y porque Dios quería favorecer la población rápida del universo y para conservar las tradiciones de las revelaciones divinas.

Aunque hoy, no esté aún suficientemente explicado ni resuelto este problema, el hecho es, según la Biblia, que después de la longevidad del hombre en los comienzos del mundo, aparece una disminución notable de ella después del diluvio y la extremada cortedad de la vida media de los hombres.

Antes del diluvio vivían ocho siglos y algunos pasaron de nueve; después del diluvio, las cabezas de familias que se nombran en la Biblia, no se alargaba más allá de los cinco siglos, y luego se va acortando sucesivamente, y así vemos que Taré, el padre de Abraham, vivió 205 años, Abraham 175, Isaac 180 y Jacob 147...

El salmista dice que los días de nuestra vida son 70 años, 80 los más fuertes... y a lo más que suelen vivir algunos son hasta los 100 o muy pocos más y ya llenos de achaques y dolores, y dice el Eclesiástico *¿y que son 100 años comparados con la eternidad? Son menos que una gota de agua comparada con todo el mar»* (Eccl. 18,8), y él mismo nos dice: - *«Acuérdate de que la muerte no tarda y no sabes cuando vendrá»* (Eccl. 14,12).

Dios sabe el porque nuestra vida es corta; pero bien podemos decir que, en general, al pecado hemos de atribuir las causas que aceleran la muerte... Tengamos odio al pecado y vivamos virtuosamente, pues un día, no tardando, aun a los

que viven mucho, se le aplicará el estribillo: *«et mortuus est»* = *murió*.

«Dispón de tu casa -pon en orden tus cosas- porque morirás» (Is. 38,1) No temamos la muerte, porque es el paso para la vida eterna y feliz. El Kempis nos dice: «Podéis morir de un momento a otro... La muerte os espera en todas partes; pero, si sois prudentes, en todas partes la esperaréis vosotros».

11. Los dos diluvios

La Biblia nos refiere la existencia de dos diluvios: uno de agua y otro de fuego:

El diluvio de agua.. Los descendientes de Adán y Eva, pasados varios siglos, como se multiplicasen y con ellos sus muchos pecados, *«pues la tierra estaba llena de maldad»* (Gén. 6,5), Dios mandó un gran castigo, el diluvio, que inundó toda la tierra, al parecer, en la parte en la que entonces vivían todos los hombres.

En aquel tiempo, el que halló gracia ante Dios, fue Noé *«Varón justo y modelo de virtudes»* (Heb. 11,7), y al él le mandó hiciera un arca en forma de barco, porque iba a mandar un diluvio sobre la tierra, y después de haber trabajado en su construcción por espacio de mucho tiempo en presencia de todos, exhortándolos en vano a que se convirtieran e hicieses penitencia, dijo Dios a Noé: *«Entra tu y toda tu familia en el arca, pues sólo tu has sido hallado justo en esta generación... Dentro de siete días voy a hacer llover sobre la tierra, cuarenta días y cuarenta noches...»* (Gén. 7,1 y 4)... y fueron en total sólo ocho personas. Estas fueron Noé y su mujer y sus tres hijos: Sem, Cam y Jafet y las mujeres de estos, y con ellos Dios quiso que fuera poblada la tierra de nuevo... La historia de la salvación continua a través de Noé y luego de Abraham...

El diluvio de fuego. En tiempos de Abraham, los habitantes de Sodoma y de las ciudades colindantes eran muy perversos y muy grandes pecadores, cuyos pecados de impureza clamaban venganza al cielo.

Un día, Dios se apareció en forma de peregrino a Abraham y le comunicó lo que iba a hacer contra aquellas ciudades nefandas, y se entabla este diálogo. Abraham le dice:

«Señor, ¿queréis perder al justo con el injusto? Quizá haya cincuenta justos en aquella ciudad. ¿Acaso destruirás y no perdonarás al lugar por los cincuenta justos?... Díjole el Señor: Si hallare en la ciudad cincuenta justos, perdonaré a todo el lugar por amor a ellos.

El insistió Abraham diciendo: Y si se encontraran sólo 45 justos... y si fueran sólo 40... treinta... y si se encontraron allí diez?...

El señor estaba dispuesto a perdonarla, pero no había diez justos, y mandó a Lot y a su mujer con sus dos hijas, que salieran de ella, y luego vino un diluvio de fuego sobre ellas y las abrasó (Gén. 18 y 19).

Notemos que por no haber diez justos que orasen y hubieran intercedido por su perdón, no se salvaron aquellas ciudades. ¡Cuánto vale la oración de las almas santas! Por eso dice San Pablo: *«El mismo Isaías ya antes había dicho: Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado una semilla -un grupo de almas santas- habríamos venido a ser como Sodoma y asemejados a Gomorra»* (Rom. 9,29).

A las puertas de los Conventos y de tantas almas, entregadas al servicio de Dios y de la oración, deberíamos llamar para suplicarles que no cesaran de orar y rogar a Dios por nosotros.

12. Abraham, padre de los creyentes

Después del diluvio universal, andando los siglos, como se pervirtieran los descendientes de Noé, haciéndose idólatras, Dios en su bondad siguió amando a los hombres y quiso formar un pueblo. A este fin escogió y llamó a Abraham, de entre aquella generación mala, para que fuera el padre de este pueblo. Abraham vivía en Ur de Caldea sobre el año 2000 antes de Cristo, y Dios le dijo:

Sal de tu tierra, de tu parentela, de la casa de tu padre, para la tierra que yo te indicaré. Yo te haré un gran pueblo, te bendeciré y engrandeceré tu nombre... y serán benditas en ti todas las naciones de la tierra» (Gén.12, 1-3).

La vocación de Abraham es muy importante, porque con él empieza la historia del pueblo de Israel, el pueblo escogido de Dios, y además la historia de la redención del género humano.

De la futura descendencia de Abraham nacería un día el Mesías, Jesús de Nazaret. La partida de nacimiento de Jesús puede verse en (Mt. 1, 1-16). Y a la profecía dicha hace referencia San Pablo al decir: *«En ti, en uno de tus descendientes, que es Cristo, serán benditas todas las naciones de la tierra»* (Gálatas, 3,16)

Dios hizo una promesa a Abraham y luego a su hijo Isaac y más tarde a Jacob, de darle una descendencia numerosa, y como señal empieza haciendo una alianza con Abraham, cambiándole el nombre **Abram** (padre excelso) por Abraham (padre de multitudes).

Lo más notable en la vida de Abraham es su fe y su caridad. Su fe fue muy grande, pues habiéndole prometido Dios una descendencia como las estrellas del cielo..., ve pasar los años sin tener hijos y Sara, su mujer es estéril y él sigue creyendo en la promesa, y a los cien años le da un hijo, Isaac; y cuando éste es mayorcito, le dice: *«Vete ahora con él al monte Moriah y lo sacrificas»*. El obedeció, y según iba, decía *«Poderoso es Dios para resucitarlo»*... y al irlo a sacrificar, un ángel detiene su mano, diciéndole: *No mates a tu hijo Isaac, porque ahora sé que temes a Dios...*» (Gén. 22, 11-12).

Y su caridad, al ver que Dios iba a destruir las ciudades de Sodoma y Gomorra, porque amaba a sus semejantes, a pesar de ser culpables, intercede por ellos. San Pablo llama a Abraham, *«Padre de los creyentes»* (Rom. 4,11).

Debemos imitar a Abraham siguiendo a Dios donde nos llama. Hay diversas vocaciones y estados de vida, y entre todas siempre descuella la que regala el Señor a sus predilectos, que es la vocación a la vida de la perfección cristiana, la que se logra mediante la observación no sólo de los mandamientos, sino de los consejos evangélicos: Castidad, pobreza y obediencia. A todos como a Abraham, Dios nos dice: *«Anda en mi presencia y sé perfecto»* (Gén, 17,1).

13. Dios habla a los patriarcas

Después de haber hablado Dios a Abraham, habló también a su hijo Isaac renovando la misma promesa... y des-

pués a Jacob (a quien Dios le cambió un día su nombre por el de **Israel**, y por eso los judíos se llaman «israelitas»).

Isaac se casó con Rebeca, joven, hermosa, hija de Batuel y nieta de Nacor, hermano de Abraham. Vivieron veinte años sin tener hijos, y al cabo de este tiempo, Dios oyó la oración de Isaac, y tuvo dos niños mellizos: Esaú y Jacob. Esaú nació primero, y como mayor tenía derecho a la bendición paterna por la que debía quedar constituido cabeza de familia y heredero de las promesas hechas a Abraham. Pero sucedió que cierto día al volver de caza, rendido de cansancio y angustiado por el hambre, encontró a su hermano Jacob que acababa de sazonar un plato de lentejas. Entonces dijo a Jacob: Por favor, déjame comer ese guiso rojo, porque estoy desfallecido.

Jacob le respondió: *Véndeme ahora mismo tu primogenitura. Entonces dijo Esaú: Estoy a punto de morir, ¿para qué, pues, me servirá el derecho de primogenitura? Jacob le dijo: Júrame ahora mismo, y él le juró y vendió a Jacob su primogenitura»* (Gén. 25, 31-33).

Esaú no pudiendo contener su ansioso apetito, le cedió enseguida con juramento dicho derecho de primogenitura, de cuyo acto tuvo luego gran pesar. Jacob también se valió con cierto engaño para robarle la bendición paterna, y así se cumplió el dicho de que «*el mayor serviría al menor*» (Gén. 25, 23). (Véase cap. 27 del Génesis).

Reconociendo luego Esaú la locura de haberle vendido la primogenitura, y de haberle Jacob robado la bendición, le amenazó de muerte. Asustada Rebeca, dijo entonces a Jacob que huyese a Jaram a casa de sus hermano Labán hasta que se le pasase la cólera a su hermano. Rebeca preparó el ánimo de Isaac para que este aprobase y bendijese el viaje de Jacob, y así lo hizo recomendándole que no tomase mujer entre las hijas de Canaán, sino que fuese a Mesopotamia, a casa de Batuel, el padre de su madre y allí tomara mujer entre las hijas de Labán, hermano de su madre.

Puesto Jacob en camino, conforme al consejo de su madre, al verse sorprendido en descampado por la oscuridad de la noche, y cansado de caminar, tomó una piedra, la puso por cabecera y se quedó dormido.

En sueños vio una escala que descansaba en la tierra y llegaba al cielo, y por ella subían y bajaban los ángeles del Señor. En lo más alto de la escala estaba el Señor y le recordó las promesas hechas a Abraham y a su padre Isaac:

«Yo soy Yahvé, Dios de Abraham tu padre, y Dios de Isaac; la tierra en que estás echado te la daré a ti y a tu descendencia, y ésta será como el polvo de la tierra... y en ti y en tu descendencia serán benditas todas las naciones de la tierra. Yo estoy contigo a donde quiera que vayas y te traeré a esta tierra, porque no te abandonaré... Al despertar dijo: Ciertamente Yahvé está en este lugar, y yo no lo sabía... Esta es la casa de Dios y la puerta del cielo (Gén. 28, 13-19).

Jacob siguió su camino y llegó al país de los orientales, y hallando unos pastores que abrevaban los rebaños, les dijo si conocían a Labán y al contestarle afirmativamente, fue a su casa, y allí en Mesopotamia, se puso al servicio de su tío Labán, tomando a su cargo la guarda de ganados, y más adelante se casó con sus hijas Lea y Raquel, a la que tanto amaba.

Aprendamos la lección de Jacob, él estaba con Dios y por eso Dios estaba con él y así le salieron bien todas las cosas.

14. Regreso de Jacob a su país

Después de haber estado Jacob durante veinte años guardando los rebaños de Labán, como éste le fuera teniendo envidia a causa de las muchas riquezas con que Dios le bendecía, y lo mirase con desdén, Dios le dijo: *«Vuelve a la tierra de tus padres y a su parentela, y yo estaré contigo... Yo soy el Dios de Betel donde ungiste un monumento y donde me hiciste un voto. Ahora, pues, levántate, sal de esta tierra y vuelve a la tierra de tu nacimiento» (Gén. 31,3 y 13).*

No tardó mucho Jacob en ponerse en camino con cuanto poseía. Llamó a Raquel y a Lea, y propuesto el viaje hizo subir a ellas y a sus hijos sobre los camellos, y se llevó por delante todos los ganados y todas las riquezas que había adquirido (el ganado procurado con su trabajo en Mesopotamia) para volver a Isaac, su padre, en tierra de Canaán; más cuando llegó al Jordán, sintió un gran temor

para presentarse ante su hermano Esaú; pero confió mucho en el poder de la oración, y oró así «¡Yahvé! Dios de mi padre Abraham y Dios de mi padre Isaac, que me dijiste: vuelve a tu tierra y a tu patria y te bendeciré. Soy indigno de todos tus beneficios y de la gran benevolencia que has dispensado a tu siervo, porque sólo con mi cayado pasé este Jordán y ahora poseo dos grandes rebaños. Librame, te ruego, de la mano de Esaú, porque le temo...» (Gén. 32, 9-11).

Cuando llegó la noche, se le apareció cierto personaje misterioso, el cual no pudiendo derribar a Jacob, le tocó en el tendón de una pierna, dejándolo cojo. En el acto Jacob conoció que había peleado con un ángel del Señor y le pidió la bendición.

«El ángel le preguntó: ¿Cuál es tu nombre? «Jacob» contestó éste. Entonces le dijo: En adelante no te llamarás ya Jacob, sino Israel; porque has luchado con Dios y con hombres y has prevalecido» (Gén. 22, 27-28).

El ángel le dio la bendición y desapareció. Desde entonces los hijos de Jacob comenzaron a llamarse indistintamente hebreos o israelitas.

Yisrael = Israel significa «Luchador de Dios» o «el que lucha con Dios». Un intérprete llama a este episodio «la lucha de oración de Jacob», «la lucha dramatizada», el que reza bien, vence a Dios.

Jacob prosiguió su camino y con su habilidad y muchos regalos logró aplacar el enojo de su hermano Esaú y se dieron un abrazo de paz. Jacob pasó más tarde por Betel y se dirigió a Mambré, donde le esperaba su padre Isaac. Antes de llegar a Belén (que tenía el nombre de «Efrata») le sorprendieron a Raquel los dolores de parto, y expiró poco después al dar a luz a Benjamín (= hijo de la diestra), al que llamó Benoni (= hijo de mi dolor), y allí fue enterrada.

A continuación Jacob llegó a ver a su padre Isaac, al que tuvo el indecible consuelo de abrazarlo. Trece años más tarde murió el santo patriarca lleno de merecimientos y bendiciendo al Señor, a la edad de 180 años. Esaú y Jacob le enterraron al lado de sus padres: Abraham y Sara y de su esposa Rebeca, en la gruta de Macpelá.

Tenemos que admirar la vida santa de Jacob al que Dios le hablaba con frecuencia, y su vida de oración admirable, y

el saber apaciguar a su hermano Esaú, que tanto le odiaba y así lograrse dar un abrazo.

De aquí hemos de deducir el gran valor de la oración y de la caridad.

15. Historia de José

Jacob tuvo doce hijos, que fueron cabezas de las doce tribus de Israel, y cuyos nombres son: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Dan, Neftalí, Gad, Aser, Isacar, Zabulón, José y Benjamín. Al que más quería Jacob era a José, *«porque le había tenido en su vejez, y por eso le hizo una túnica de varios colores»*. Este hecho despertó envidia en sus hermanos, y se acrecentó por unos sueños que les contó. Uno de ellos fue éste:

«Escuchad (les dijo con inocencia), el sueño que he tenido; Veía que el sol, la luna y once estrellas se postraban ante mí» (Gén. 37, 6-10). Sus padres y sus hermanos que se lo oyeron, comprendieron enseguida su significado, y dijeron: ¿Es que vas a reinar sobre nosotros y nos vamos a postrar ante ti? A causa de estos sueños y de una acción mala que les vio hacer, por la que les denunció ante su padre, le odiaban y ya no querían hablarle y se llenaron más de envidia.

Llegó un día en que Jacob dijo a José: *«Tus hermanos han ido a Siquem a apacentar sus ganados, vete a ver si están bien y vuelve a decírmelo»*. Fue José en busca de sus hermanos, y éstos al verlo de lejos concibieron el proyecto de matarlo.

Se decían unos a otros: Ahí viene el soñador. Vamos a matarle... Rubén, al oír esto, trató de librarle de sus manos y le dijo: *No le quitemos la vida, arrojadlo en ese pozo que está en el desierto, y era con el fin de conseguirlo y poderlo devolver a su padre...*

Una vez que llegó José a su presencia, lo despojaron de la túnica que traía puesta y lo arrojaron en un pozo sin agua... Entonces dijo Judá a sus hermanos: *«¿Qué ganaríamos con matar a nuestro propio hermano y ocultar su sangre? Mejor es venderlo. Pasando luego por allí unos ismaelitos se los vendieron en veinte monedas de plata y lo llevaron a Egipto»*.

Después mataron un cabrito y mancharon con su sangre la túnica de José y se la llevaron a su padre, el cual exclamó

al verla: *«Es el vestido de mi hijo, una bestia salvaje lo habrá devorado»*. Y Jacob lloró a su hijo José sin cesar.

Mientras Jacob lloraba la pérdida de su hijo, los mercaderes ismaelitas, llegados a Egipto, lo vendieron de nuevo a un ministro del faraón llamado Putifar. Dios estaba con José y como todo le salía bien, Putifar lo apreciaba mucho y lo nombró su administrador.

Un día la mujer de Putifar lo incitó al pecado diciéndole *«acuéstate conmigo»*. Pero él rehusó diciéndole: *«¿Cómo voy a hacer tan gran mal y pecar contra Dios?»*.

Aquella mala mujer no cesaba de incitarle al pecado, y un día le agarró del manto y él huyó dejando el manto en sus manos, y luego lo denunció calumniándole que José era el que le había seducido, y al gritar ella, huyendo él le dejó el manto en sus manos. Putifar creyó a la mujer, y metieron a José en la cárcel.

Como José era bueno y Dios estaba con él, el carcelero se dio cuenta de sus buenas cualidades y lo hizo guardián de los presos, entre los que estaban el copero y el panadero del rey, a los que interpretó unos sueños que habían tenido... Más tarde como el rey hubiera tenido unos sueños y no hallando intérpretes de ellos, le dieron cuenta de José, que habría interpretado los sueños de dichos copero y panadero y era el que podía descifrárselos.

El faraón o rey de Egipto mandó a llamar entonces a José, que arreglado y cambiado de vestido, se presentó ante él, y referidos los sueños le dijo: *«No soy yo, es Dios quien dará una respuesta favorable»* Sus sueños significaban que vendrían siete años de abundancia y siete de escasez... Después añadió José: *Busque un ministro inteligente que haga reserva de grano durante los años de abundancia. Entonces el rey le dijo: «Ya que Dios te ha dado a conocer todo esto, tu vas a ser esa persona inteligente, y le dió el gobierno de todo Egipto.*

La lección que podemos aprender de José, es vivir como él, con temor de Dios, pues si Dios estaba con José, es porque él estaba con Dios... José no quiso pecar cuando fue incitado al mal, porque tenía a Dios siempre presente. *«Si pensáramos que Dios nos ve, nunca o casi nunca pecaríamos»*, dice Santo Tomás.

16. Los hermanos de José van a Egipto

Después de los siete años de abundancia en los que José mandó recoger el trigo sobrante, vinieron los siete años de escasez, y el pueblo clamaba al rey pidiendo pan, y él les dijo: *«Id a José, y haced lo que os diga»*.

José abrió los almacenes, y de todos los países iban a Egipto a comprar trigo. Y entonces se hizo sentir también el hambre en Canaán. *«Al saber Jacob que había trigo en Egipto, dijo a sus hijos: Bajad allá y compradlo para que vivamos y no muramos»* (Gén. 42, 1-2).

Los diez hermanos de José se pusieron en camino; pero su padre retuvo consigo a Benjamín. Ellos llegaron felizmente a Egipto y comparecieron ante José, sin conocerle. José los conoció al momento, y deseando saber de Benjamín, pues no lo veía entre ellos, disimuló, y fingiendo que no sabía quiénes eran, les dijo con bastante aspereza: *«Vosotros sois espías»*.

«Ellos le contestaron: No, señor mío; tus siervos han venido a comprar trigo. Todos nosotros somos hijos del mismo padre, somos hombres de bien; jamás tus siervos han sido espías... Somos hermanos, hijos de un mismo padre en la tierra de Canaán; el menor está todavía con nuestro padre, y el otro ya no existe» (Gén. 42, 10s).

A esto dijo José: Yo temo a Dios. Si sois gente de bien, un hermano vuestro quede en la cárcel donde estáis; más vosotros id y llevad el trigo para remediar el hambre de vuestras casas, y me traeréis a vuestro hermano más pequeño para que se confirmen vuestras palabras y no muráis». «Entonces se dijeron unos a otros: en verdad que nosotros somos culpables por lo de nuestro hermano, porque vimos la angustia de su alma al suplicarnos él y no le escuchamos, y por eso nos ha sobrevenido esta tribulación».

Mientras decían esto, pensaban que José no los entendía, porque hablaba por medio de intérprete. Pero él los entendió del todo, y volviéndose a un lado, derramó lágrimas.

Después Simeón fue encarcelado. José mandó a los criados que llenasen los sacos de los demás con grano, y que pusiesen secretamente el dinero de cada uno en su saco. Partieron tristes para Canaán y contaron a su padre Jacob

todo lo sucedido, y como el virrey exigía que le llevarasen a Benjamín. Cuando vaciaron los sacos y cada uno halló su dinero, se asustaron mucho...

Consumamos al poco tiempo los víveres traídos de Egipto. Jacob mandó a sus hijos que volvieran a Egipto... Y Jacob se oponía a dejar ir ahora con ellos a Benjamín, al fin a duras penas lo dejó partir con ellos, y les encargó que le llevaran el doble de dinero, porque creía sería una equivocación el haberles dejado el dinero de la anterior compra en los sacos... Partieron todos ellos para Egipto donde llegaron felizmente.

José, al saber que habían llegado sus hermanos y con ellos Benjamín, llamó a su mayordomo y le dijo: *«Lleva esos hombres a mi casa y prepara una buena comida porque al mediodía comerán conmigo. Llegada la hora, el mayordomo los hizo entrar. Estaban muy amedrentados y le hablaron del dinero hallado en los sacos, pero él les dijo: Sosegaos, no tengáis miedo»* luego sacó a Simeón de la cárcel.

Cuando apareció José, se postraron ante él los once hermanos (el sueño de José se cumplía), y los saludó con afabilidad. Después de decirles a su pregunta, que su padre vivía y que aquél era su hermano menor, José dijo a Benjamín. *«Que Dios te bendiga hijo mío, y como se conmovieran sus extrañas a su vista por ser hijo de Raquel como él, se retiró a llorar.*

Después de hacer pasar a sus hermanos por nuevas pruebas, una vez reunidos todos, no pudiendo ya José contenerse por más tiempo, mandó retirar a todos los extraños, dio un grito con gran llanto, y dijo:

«Yo soy José, vuestro hermano a quien vendisteis.

A estas palabras, sus hermanos se llenaron de terror y espanto, porque sabían muy bien cual era el castigo que merecía su crimen. Pero José los consoló y con cariño les dijo: *«Acercaos a mí y se le acercaron y les añadió: «Yo soy vuestro hermano José, a quien vendisteis para ser traído a Egipto; pero ahora no os entristezcáis y no os pese de haberme vendido para aquí, porque Dios me envió ante vosotros para conservar vuestra vida»* (Gén. 45, 3-5).

Luego abrazó a su hermano Benjamín tiernamente y después uno a uno todos sus demás hermanos, y le dijo que se

apresuraron a volver a su padre y decirle que yo vivo todavía que Dios me ha hecho señor de toda la tierra de Egipto; que venga a mí sin tardanza y habitará la parte más bella de este país y tendréis víveres en abundancia, pues faltan aún cinco años de hambre, y luego se trasladó con toda su familia, que se componían de setenta personas y los colocó en Gésen, el país más fértil.

¿Qué nos enseña esta historia de José? Nos enseña cuán admirables son los caminos de la Providencia. Dios supo sacar bienes de los males que les causaron sus hermanos, pero notemos que de nuestra parte nunca hemos de hacer mal con pretexto de hacer bien a otros, porque el mal como mal siempre es pecado. José salvó a sus hermanos y supo hacer el mayor bien, perdonándoles y luego sustentándoles a todos sus hijos.

ÉXODO

17. Moisés, el libertador de Israel

El libro del Éxodo nos narra la salida de Egipto y nos da a conocer la gran figura de Moisés, una de las más importantes de la historia religiosa de Israel. El fue su caudillo, su legislador y su libertador.

Andando los años, los descendientes de Jacob, que eran setenta personas al establecerse en Egipto, formaron pronto un verdadero y numeroso pueblo o nación, según la promesa que Dios hizo a los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob. Este aumento alarmó a los egipcios de tal manera, que uno de los reyes «que no había conocido a José», comenzó a imponerles trabajos y a maltratarlos; pero como sucediese que entre más los oprimían en sus trabajos, tanto más aumentaban en número, dio esta orden iniqua: «Arrojaréis al río to-

dos los niños que nacieren a los israelitas. Preservad sólo a las niñas» (Ex. 1, 22).

Por aquel tiempo nació Moisés, que había de ser el liberador del pueblo de Dios. Moisés fue un niño de los hebreos, que fue puesto por su madre en una cesta embadurnada entre los juncos del río Nilo por si podía salvarlo.

Una hermana del niño, llamada María, lo observaba desde lejos, y en esto la hija del faraón se fue a bañar, y, al ver la cesta la destapó y vio al niño que lloraba. Tuvo compasión de él, y exclamó: *«Este es un niño de los hebreos»*. Luego se le acercó la joven, que lo observaba como si fuera extraña, y le dijo:

«¿Quieres que vaya a buscar una madre hebrea para que amamante para ti este niño? Vete, le contestó la hija del faraón, y la joven fue y llamó a la madre del niño» (Ex. 2, 7-8). La hija del faraón se lo entregó, y cuidó de él, y cuando fue mayor, la misma hija del faraón lo adoptó por hijo, y le puso el nombre de «Moisés», que significa «sacado del agua» o «del agua te salvé», y adquirió en su palacio una gran cultura aprendiendo las artes y las ciencias.

Más llegó un día que, aunque educado en la corte, no olvidó Moisés a sus hermanos. Un día viendo que un egipcio daba golpes a un hebreo, fue contra el egipcio y lo mató. De esto se enteró el rey y por temor a él, Moisés huyó al desierto de Madian, allí pastoreaba los ganados de su suegro, y al acercarse un día con su ganado al monte Horeb, se le apareció el Señor en medio de una zarza que ardía sin consumirse.

Cuando Moisés se acercó a ver aquel prodigio, le llamó Dios y terminó diciéndole: *«He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto... el clamor de los hijos de Israel ha llegado hasta mí, y también he visto la opresión con que los egipcios los tratan. Yo te envío al faraón para que saques a mi pueblo, los hijos de Israel, de Egipto... Yo estaré contigo. Después Dios reveló a Moisés su nombre. (Ex. 3, 14).*

Y así le dijo: *«Yo soy el que soy. Así dirás a los hijos de Israel. YO SOY me manda a vosotros. Este es mi nombre para siempre»*.

Y luego le concedió el poder de hacer milagros con la vara que llevaba en la mano.

Nota: El nombre de Dios en hebreo es «Yahvé» (más correcto que Jehová). Dios habló a Moisés en primera persona: EHYEH = YO SOY, y nosotros lo denominamos en tercera: «YAHVE = EL QUE ES. Él es el ser por esencia, el que existe por la fuerza de su ser, el que no ha recibido ni ha podido recibir su Ser de nadie, del que reciben su existencia todos los seres de la creación, y en su sentido histórico significa: El que está con vosotros para asistirlos, defenderlos y hacerlos felices.

Dios, que es el creador del mundo y del hombre, nos ama a todos y por su dignación piadosísima quiere llamarse y ser nuestro Padre, y por eso con fe y correspondiendo a su amor hemos de dirigirnos a Él con la oración que nos enseñó Jesucristo: *«Padre nuestro que estás en el cielo santificado sea tu nombre...»*

18. Moisés ante el faraón y obstinación de éste

Al querer Dios librar a su pueblo de la esclavitud de Egipto, quiso que Moisés, que *«había sido instruido en toda la sabiduría de los egipcios y era poderoso en sus palabras y obras»* (Hech. 7, 22), se presentase con su hermano Aarón ante el faraón para sacar de Egipto a su pueblo.

Presentados ante el faraón le dijeron: *«He aquí lo que dice el Señor, Dios de Israel: «Deja partir a mi pueblo para que me ofrezca una fiesta en el desierto. A lo cual respondió el faraón con soberbia: «¿Quién es Yahvé para que yo escuche su voz y deje ir a Israel? Yo no conozco al Señor y no dejaré salir a Israel»*, (Ex. 5, 2) y desde aquel momento oprimió aún más a los israelitas con trabajos muy penosos.

Entonces Aarón arrojó al suelo su vara, la que se convirtió en serpiente e hicieron otros milagros... El faraón quedó pasmado, pero su corazón quedó endurecido y no dejó partir al pueblo.

Dios le dijo a Moisés: *«El faraón no os escuchará, pero yo pondré mi mano sobre Egipto y sacaré de la tierra de Egipto a mi ejército, mi pueblo, los hijos de Israel, y conocerán los egipcios que yo soy Yahvé»* (Ex. 7, 4-5). *«Yo endureceré el corazón del faraón»*. Entendamos que no lo hizo empujándolo al mal, sino abandonándolo a su antojo, porque él abusando de su libertad (pues Dios nos la da a todos para hacer el bien), se obstinó en su terquedad impía y mereció que Dios lo castigase con el endurecimiento, y

así resaltó más el poder de Dios y su misericordia con Israel.

Entonces Dios mandó diez plagas sobre los egipcios; 1ª el agua convertida en sangre; 2ª la invasión de las ranas; 3ª la de los mosquitos; 4ª de las moscas; 5ª la peste mortífera; 6ª tumores; 7ª granizo; 8ª langostas que arrasaron los campos; 9ª tinieblas; 10ª la muerte de los primogénitos.

Todas estas plagas se las mandó Dios como castigo, y el faraón aunque al ver cada plaga seguía con la tentativa de dejar salir al pueblo de Israel, luego se volvía a endurecer su corazón.

La última fue la definitiva, pues al ver la muerte de todos los primogénitos de familias y animales y hasta su mismo hijo, les obligó a que salieran cuanto antes.

Después de haber vivido 430 años los israelitas en Egipto, salieron, según dice la Biblia, en número de seiscientos mil, sin contar las mujeres y los niños, y entonces se llevaron los restos de José, según él se lo había mandado.

El faraón, lleno de temor ante tantas calamidades que afligían al país, dejó salir a los israelitas con todos sus ganados, y fueron estos guiados por una nube, que les iba señalando el camino. El faraón, poco después se arrepintió de haberlos dejado partir y fue con todo su ejército a perseguirlos, y entonces se obró el gran milagro. Moisés extendió su vara, según mandato de Dios, sobre el mar, y las aguas formaron una muralla a la derecha y a la izquierda, y los egipcios, que les seguían, quedaron sepultados en el mar al volver las aguas a su cauce.

Nuestra consecuencia: Ser siempre obedientes a la voz de Dios.

19. Milagros a favor de Israel

Después de pasar milagrosamente el mar Rojo, los israelitas llegaron al desierto de Arabia, en donde debían andar errantes durante cuarenta años antes de establecerse en la tierra prometida (Núm. 14, 29).

Durante esta larga peregrinación, en las que unas veces les faltaba el alimento o por otras causas, se manifestaban

poco agradecidos y murmuraban contra Moisés y contra Dios; mas Dios no dejó de obrar muchos y grandes milagros a su favor. Veamos algunos:

1) **La columna de nube.** Los guió en sus jornadas por una nube en forma de columna, oscura durante el día y luminosa durante la noche, y desde ella Dios les hablaba (Ex. 14, 19; Núm. 9, 15-23).

2) **Conversión de aguas amargas en potables.** Al hallar agua amarga que no podían beber, Moisés les indicó un madero que echaron en el agua, y ésta se endulzó (Ex. 15, 25).

3) **Las codornices y el maná.** Habíanse concluido también las provisiones y ya se empezaba a sentir el hambre. ¿Dónde se hallaría alimentos para tantos miles de personas?. El Señor dijo a Moisés:

«Yo haré llover sobre vosotros pan del cielo, y el pueblo saldrá a recoger cada día la porción necesaria... Esta tarde os dará Yahvé carne para comer y a la mañana pan en abundancia» (Ex. 16).

Y por la tarde ciertamente bajo una nube de codornices sobre los campos y junto a sus tiendas, las que se dejaron recoger fácilmente.

Por la mañana siguiente el desierto apareció cubierto de pequeños granitos blancos como una especie de escarcha, y los israelitas admirados exclamaron: «¿Qué es esto?». Moisés les dijo: Este es el pan que el Señor os da para vuestro sustento». Los granitos tenía el sabor de pan amasado con miel. Con este pan que llamaron «maná» los alimentó Dios por espacio de cuarenta años, hasta llegar a la tierra prometida (Ex. 16, 35; Jos. 5, 12).

«Maná» proviene de la voz hebrea **manhú**, que quiere decir: «¿Qué es esto?», palabra que pronunciaron los israelitas cuando lo vieron por primera vez.

No hay duda que el «maná» es obra de la intervención manifiesta de Dios (al igual que las codornices, que llegaron en el momento querido por Dios)...

El maná que todos los días caía del cielo y alimentaba a los israelitas es figura de la Eucaristía, pues representa al verdadero pan celestial que diariamente desciende del cielo en el santo sacrificio de la misa y alimenta el alma para la vida eterna.

20. El Decálogo y la alianza con Israel

Cerca de tres meses, después de la salida de Egipto, llegaron los israelitas al pie del monte Sinaí, la llanura extensa que hay junto a él. Moisés subió entonces a la montaña donde se le apareció el Señor, y le dijo:

«Vosotros habéis visto lo que yo he hecho a Egipto, y como os he llevado sobre alas de águila y os he traído a Mi. Ahora, pues, si estáis dispuestos a escuchar mi voz y guardar mi alianza seréis mi propiedad sobre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra; y seréis para mi un reino de sacerdotes y una nación santa» (Ex. 19, 4-6).

Moisés refirió estas palabras a los israelitas, y el pueblo entero respondió: *«Haremos cuanto ha dicho el Señor»*. El amor de Dios a su pueblo lo llevó a hacer una alianza o pacto con Él, que consistía en el compromiso de parte de Israel guardar los mandamientos de Dios, y Dios por su parte se comprometía a «ser su Dios», a bendecirlos y protegerlos siempre.

Después el Señor se dirigió de nuevo a Moisés y le mandó reunir al pueblo en las inmediaciones de la montaña y que los exhortase a que se santificasen y se purificasen y lavasen sus vestidos, y así se preparasen para celebrar la manifestación de Dios en el Sinaí.

Una vez reunido el pueblo, la montaña se cubrió de una densa nube, y después de grandes truenos y el brillar de relámpagos, en medio de un profundo y repentino silencio se dejó oír la voz de Dios, que dijo:

Yo soy Yahvé, tu Dios:

1º No tendrás otro Dios que a mi. No te harás esculturas o imagen alguna (estas esculturas era un aviso para que no fueran ídolatrías, pues la prohibición era hacer imágenes «para adorarlas». Sólo Dios merece adoración, y a los santos y a la Virgen les **veneramos**).

2º No tomarás en vano el nombre de Yahvé, tu Dios.

3º Acuérdate de santificar (el día del Señor).

4º Honra a tu padre y a tu madre, para que vivas largos años...

5º No matarás.

6º No cometerás adulterio.

7º No hurtarás.

8º No levantarás falso testimonio contra tu prójimo.

9º No desearás la mujer de tu prójimo.

10º No codiciarás la casa de tu prójimo, ni cosa alguna que le pertenezca (Ex. 20. 1-17).

Este Decálogo o diez mandamientos dados por Dios por medio de Moisés encierran la afirmación de la existencia de un Dios único y exclusivo. Son, por tanto, de origen divino y ellos anuncian los principales puntos de la ley natural, valederos para todos los tiempos y en todos los lugares, y Dios mismo los ha grabado en el corazón de todos los hombres (Rom. 1, 19; 2, 15) y fueron perfeccionados por Jesucristo que los redujo al amor de Dios y del prójimo.

Dios mandó guardar el sábado. Ahora en el N.T. es el «domingo», llamado «día del Señor», porque en domingo resucitó Él. En la época de los primeros cristianos ya se reunían en Domingo para conmemorar la resurrección del Señor (Hech. 20, 7-12).

Los israelitas, cuando estaban temblando al pie de la montaña, dijeron: «*Haremos cuanto ha dicho el Señor*», pero luego fueron infieles y quebrantaron la alianza, y tantos favores recibidos, respondieron con la ingratitud más monstruosa adorando al becerro de oro.

Ante aquella abominación Moisés se encolerizó al bajar del monte e hizo pedazos al becerro y lo redujo a polvo. Moisés se interpuso ante Dios y el pueblo para que no lo destruyese por completo, y Dios castigó a su pueblo, pero no como merecía debido a la oración de Moisés.

Vayamos todos por el camino de la santidad, que está en el cumplimiento de la ley de Dios, y no dejemos de vivir en comunicación con Dios mediante nuestra diaria meditación.

21. Sobre los causantes del aborto

En una de las leyes del Éxodo leemos: «*Si algunos riñeren o hiriesen a una mujer preñada y está abortase y le dieran un golpe, de modo que aborte, sin más daño, (el culpable) será multado conforme a lo que imponga el marido de la mujer y*

según impongan los jueces. Pero si resultare daño mortal, dará vida por vida (Ex. 21, 22-23).

Si uno fuese culpable del aborto «*dará vida por vida*». En la versión griega de los LXX se distingue claramente a niño o feto «formado», o sea, con forma humana, y así aparece con mayor claridad la gravedad del aborto y el castigo del culpable.

También en el Exodo (23, 7) leemos: «*No hagas morir al inocente y al justo, porque yo no absolveré al culpable de ello*». Según la Biblia la muerte de un inocente es un crimen, y si es un crimen monstruoso matar a un inocente, ¡quién más inocente que un niño antes de nacer!.

En la Biblia hallamos textos en los que vemos que Dios nos crea y nos forma, y el feto es una creación de Dios, porque Dios es el que crea la vida: «*Así habla Yahvé, que te ha hecho: en el seno materno te formé* (Is. 44, 2). «*Antes de formarte en las maternas extrañas te conocí..* (Jer. 1).

Dios ha dicho: «*no matarás*» (Ex. 20, 13). ¡No matarás al hombre! En la concepción ya está allí el hombre. Por tanto matar al no nacido es igual que matar al niño nacido. Todo, pues, el que provoque un aborto es un asesino. El Código de Derecho Canónico mantiene la excomunión para aquellos que provoquen el aborto voluntario.

Recordemos a este fin las palabras del papa Juan Pablo II dichas en Madrid (2-11-1982): «**Quien negare la defensa a la persona humana más inocente y débil, a la persona humana ya concebida aunque todavía no nacida**, cometería una gravísima violación del orden moral. Nunca se puede legitimar la muerte de un inocente. Se minaría el mismo fundamento de la sociedad...».

Respetemos siempre la vida de los demás. La muerte de un inocente es un crimen porque le priva del derecho a la vida, y por ser un atentado contra Dios, único dueño de la vida.

A los que gritan y vociferan en favor del aborto, ¿les parecería bien que sus padres les hubieran aplicado la injustísima ley del aborto?

LEVÍTICO

22. Algunas de las leyes mosáicas

El libro del Levítico (que contiene) las prescripciones de la tribu de Leví para atender al culto divino), tenemos leyes que Dios dio al pueblo de Israel por medio de Moisés. Más antes de enumerarlas, conviene sepamos que Dios se reveló a Israel como el único Dios verdadero al darles los mandamientos que tenía que cumplir. Luego dio órdenes a Moisés sobre el Tabernáculo, que era como el palacio de Yahvé, desde el cual, Él actuaba y dirigía a su pueblo.

El palacio de Yahvé era como una gran tienda de campaña, donde Dios se reunía con el pueblo y con Moisés. En este Tabernáculo o tienda estaba el Arca, y en ella estaban las dos tablas de la Ley, testigos perpetuos de la Alianza que Dios hizo con su pueblo en el Sinaí. Sobre el Tabernáculo aparecía una nube que indicaba la presencia de Dios y desde ella Dios les hablaba.

Los sacrificios de que nos habla el Levítico eran figura del sacrificio de Jesucristo, que se conmemora en la Misa y, en atención a este sacrificio, que figuraban, tenían valor ante Dios.

He aquí algunas de las leyes mosáicas, que eran admirables, ante todo las fundamentadas en la Ley de Dios, y también en lo concerniente a la vida civil y social, en las que aparecen custodiados los derechos de los padres, las viudas, huérfanos, pobres, obreros, aun de los mismos enemigos. Veamos algunos ejemplos:

- Sed santos, porque Yahvé, vuestro Dios soy santo.
- En la recolección de la mies de vuestra tierra, no siegues hasta el límite extremo de tu campo, ni recojas las espigas caídas, ni harás rebusco de tus viñas y olivares..., los dejarás para el pobre y el extranjero...
- No hurtaréis; no usaréis de engaño o mentira entre vosotros.
- No juraréis en falso por mi nombre, ni profanaréis el nombre de Dios. Yo soy Yahvé. No oprimas a tu prójimo ni le despojarás. No quede el socorro del jornalero en tu mano hasta el día siguiente.

- No maldecirás al sordo, ni pondrás tropiezo ante el ciego para hacerlo caer, sino que temerás a tu Dios. Yo soy Yahvé.

- No consultéis a los que evocan a los muertos, ni a los adivinos para no contaminaros con ellos.

- Guardad todas mis leyes y mandamientos y ponedlos en práctica (Lev. 19).

- No esparzas falsos rumores, ni te unas con el malvado para dar falso testimonio... Si encuentras el buey o el asno extraviado de tu enemigo, devuélveselo sin falta. Si ves el asno del que te aborrece caído bajo la carga ayúdale a levantarlo... No recibas regalos, porque el regalo ciega a los prudentes y tuercen las causas justas... (Ex. 23).

- Si cumplís mis leyes y guardáis mis mandamientos, poniéndolos en práctica, yo os mandaré las lluvias a su tiempo para que la tierra y los árboles del campo den sus frutos... (Lev. 26).

23. Algunos castigos a los infractores de la Ley

El pueblo conoció muy pronto la severidad con que Dios castigaba a los infractores de su ley, y este rigor se explica por la necesidad de imponer respecto a los mandamientos de Dios, a un pueblo tan ingrato como dispuesto a rebelarse. El blasfemo, el quebrantador del sábado, deberían morir apedreados.

- **Castigo del blasfemo.** Cierta día presentaron a Moisés un israelita que había blasfemado del nombre del Señor. Entonces Moisés consultó a Dios que debería hacerse, y le ordenó que el blasfemo fuese sacado del campamento y apedreado. «*Quien blasfemare el nombre de Yahvé, muera irremisiblemente, toda la asamblea lo apedreará*» (Lev. 24, 14, 16).

- **Castigo del violador del sábado (hoy domingo).** Igualmente otro israelita fue castigado con la muerte porque un sábado fue a recoger leña en el desierto (Núm. 15, 32-36).

- **Nuevo castigo. Nadab y Abiú,** sacerdotes, hijos de Aarón, fueron abrasados por las llamas que salieron del altar, por dar culto en forma caprichosa, no ordenada por Dios (Lev. 10, 1-3).

El espíritu de equidad y dulzura reinaba en casi todos los pormenores de la legislación mosaica; pero todas aquellas leyes quedan superadas por la ley del Evangelio que nos dio Jesucristo.

Los que blasfeman no se dan cuenta que están tirando piedras contra sí mismos. Blasfemar es falta de cultura y educación. Al oír blasfemar digamos «Alabado sea Dios» y llamemos la atención al blasfemo, para que se de cuenta que evite en adelante el feo vicio de la blasfia que tanto envilece, y trate de enmendar su vida y vivir como verdadero cristiano, y tengamos todos presente que nuestro deber es trabajar durante los seis días de la semana y el séptimo, o sea, el domingo y días festivos hemos de dar a Dios el debido culto y santificarlo con la santa misa y la oración.

24. Promesas y amenazas

El Señor, para animar a su pueblo a la obediencia, hizo numerosas promesas a los que observasen fielmente sus mandamientos, y también les hizo grandes amenazas contra los que no los cumpliesen. (Todas ellas las podemos ver en los capítulos 26 del Levítico y el 28 del Deuteronomio). Haremos un breve resumen de tales promesas y amenazas):

Bendiciones: Observad mis sábados (ahora diremos «mis domingos»), y respetar mi Santuario. *Yo soy Yahvé. Si siguiereis mis leyes y guardaréis mis mandamientos, poniéndolos en práctica, os enviaré las lluvias a sus tiempo para que la tierra dé sus productos...*

«Bendito serás en la ciudad, y bendito en el campo. Será bendito el fruto de tu seno, el fruto de tu tierra, el fruto de tus bestias, las crías de tus vacas y de tus ovejas. Benditos serán tu canasto y tu artesa... Yahvé ordenará a la bendición que venga sobre tus graneros y sobre todas las empresas de tu mano... Yahvé te dará, para bien tuyo, abundancia del fruto de tu seno, del fruto de tu ganado y del fruto del suelo sobre la tierra... y Yahvé abrirá su benéfico tesoro, los cielos, para dar a tu tierra la lluvia tiempo, y para bendecir toda obra de tu mano...

- **Maldiciones.** Pero si no escuchares la voz de Yahvé, tu Dios, y si no observar ni prácticas todos sus mandamientos..., vendrá sobre ti y te alcanzarán todas estas maldiciones:

Maldito serás en la ciudad, y maldito en el campo. Malditos serán tus canastos y tu artesa. Maldito será el fruto de tu seno, el fruto de tu tierra, las crías de tus vacas y las de tus ovejas...

Yahvé enviará sobre ti la maldición, la consternación y la amenaza en todo cuanto emprendas, hasta que seas destruido, y hasta que perezcas en breve, a causa de la maldad de tus obras, por las cuales me has abandonado... Yahvé hará que se te pegue la peste..., te herirá de consunción, de fiebre, de inflamación, de ardor y de sequía, de tizón y de añublo, que te perseguirán hasta que perezcas...

Tu cielo sobre tu cabeza será de bronce, y tu tierra bajo tus pies, de hierro... En vez de lluvia Yahvé dará a tu tierra polvo y ceniza, que caerán sobre ti desde el cielo hasta que seas destruido. Yahvé hará que seas derrotado delante de tus enemigos... y te herirá con la úlcera de Egipto, con hemorroides, con sarna y tiña... No tendrás éxito en tus caminos...

Meditemos sobre estas bendiciones y maldiciones que Dios refirió a Israel si no eran cumplidores de sus mandamientos. En ellos sigue estando la felicidad de los pueblos, si los cumplen, y si pesan sobre ellos maldiciones parecidas es porque no los cumplen.

¿Qué hemos, pues, de hacer todos, sino ser fieles cumplidores de la ley de Dios, Dios nos repite como a los israelitas en su tiempo: «Ojalá cumplieseis mis mandamientos para ser felices vosotros y vuestro hijos (Dt. 5, 29).

NÚMEROS

25. Orden de partida. Murmuraciones y milagros

*El libro de los **Números** recibe este nombre por empezar con la narración de un censo. En él se nos describe la historia del pueblo de Israel por el desierto desde el Sinaí hasta el Jordán.*

Los israelitas llevaban acampados al pie del Sinaí casi un año. Dios dio la orden de partida poniendo la nube milagrosa en movimiento. La Escritura dice:

«La nube cubría el Tabernáculo de día, y de noche la nube parecía de fuego. Cuando la nube se alzaba de sobre el Tabernáculo, los hijos de Israel se ponían en marcha, y en el sitio donde se paraba la nube, allí acampaban los hijos de Israel...» (Núm. 9, 16-18).

A los tres días de haber dejado el Sinaí y penetrado en el desierto de **Farán**, empezaron a quejarse algunos de la molestia del viaje, quedándose rezagados. Fuego encendido por la ira de Dios consumió entonces a los culpables, por lo que se llamó aquel lugar **Incendio**.

Poco tiempo después, algunos israelitas manifestaron su hastío del maná y un vivo deseo de comer carne, y con muchos de estos se hicieron ingratos, Moisés cansado ya de sufrir las insolencias del pueblo, se quejó al Señor, el cual, después de mandarle formar «un Consejo supremo de 70 ancianos», que se llamó «**Sanedrín**», para que le ayudasen en el gobierno, les prometió con bondad infinita darles carne hasta que se cansaran y les causara asco.

En efecto: hizo soplar del mar un viento que trajo, por segunda vez al campo israelita y a sus alrededores una cantidad tal de codornices que emplearon en recogerlas un día con su noche y el siguiente día, y las secaron al sol para conservarlas. Y sucedió que, hubieran consumado aquellas provisiones, Dios castigó con la muerte al número más culpable de aquellos glotones, por lo que se llamó aquel campamento «*Sepulcro de la concupiscencia*».

Como podemos observar, Dios es paciente y misericordioso, e hizo que a las nuevas murmuraciones siguieran muchos milagros, sabiendo aguantar a los culpables y también

darles el castigo merecido. En nuestra vida hemos de saber sufrir también con paciencia y resignación cristiana las molestias o cruces que nos sobrevengan, sabiéndolas aceptar como venidas de Dios, sin murmurar jamás de su Providencia.

26. Los exploradores de la tierra prometida

Cuando llegaron los israelitas a Cadesbarne, situado en las fronteras de Canaán, Dios mandó a Moisés que enviase exploradores a la tierra de Canaán para que vieran cómo era el país si fértil o estéril, si la gente era más fuerte que Israel. Fueron doce, un jefe por cada tribu, dos de ellos fueron Josué y Caleb. A su regreso, estos ensalzaron el país y dijeron:

«¡Subamos, subamos luego!,... la tierra que hemos recorrido para explorarla, es muy buena, y si agradamos a Yahvé, nos llevará a esta tierra que mana leche y miel y nos la dará con tal que no os rebeléis contra Él, ni temáis al pueblo de esa tierra... ¡Con nosotros está Yahvé, no lo temáis! (Núm. 13, 30-14, 7-9).

Como prueba de que era buena la tierra prometida por Dios, adujeron los buenos frutos que trajeron a los cuarenta días de explorarla, entre ellos había un sarmiento de vid con un racimo tan extraordinariamente grande que se necesitaban dos hombres para transportarlo.

Los otros diez dieron malos informes y que no era posible conquistar aquel país... y contagiaron al pueblo, que unido a ellos decían: *¡Ojalá hubiéramos muerto en Egipto o en este destierro, y hasta querían apedrear a Josué y a Caleb.*

Al ver que el pueblo no entraba en razón, salió una voz de la nube amenazando al pueblo con el exterminio y prometiendo hacer de Moisés un gran pueblo... Moisés intercede por los rebeldes y Dios los perdonó; pero no como exigía su justicia, los castigó con la prohibición de entrar en la tierra prometida.

Y el castigo fue el siguiente: De los 40 días que duró la exploración, les tocaría andar por el desierto un año por cada día. En consecuencia: Vagarían por el desierto 40 años hasta que todos los israelitas incrédulos murieran de 20 años

para arriba. Y sus hijos menores de veinte años con Josué y Caled y, sin duda, todos los levitas sobrevivirían para entrar en la tierra. Luego sucedió que los exploradores que habían dado malos informes fueron heridos por Dios y cayeron allí mismo muertos.

Lo que sucedió a los israelitas es figura y ejemplo de lo que puede suceder al pueblo cristiano si se aparta de los sacramentos y mandamientos de Dios e imita a Israel en sus pecados (Véase 1 Cor. 10, 6).

27. Las rebeliones de Coré, Datán y Abirón

Ni castigos ni amenazas bastaban para oponerse a las rebeliones de aquel pueblo incorregible. Poco tiempo después 250 hombres capitaneados por el levita Coré, que aspiraba al Sumo Sacerdocio, y por Datán y Abirón, de la tribu de Rubén, que pretendían ocupar el puesto de Moisés, se rebelaron contra Aarón y Moisés, y dijeron: *«Todo Israel es santo, ¿por qué os levantáis contra el pueblo?»*. Pero Moisés después de orar al Señor, se dirigió a Coré y a los motinados diciéndoles:

«Mañana pondrá el Señor de manifiesto su elegido, y quién es el santo para acercarse a Él... Después dijo Dios a Moisés y a Aarón: «Apartaos de este pueblo que yo lo voy a destruir en un momento. (Moisés se interpuso diciendo): «¿No es uno el que ha pecado? ¿Por qué te airas contra todo el pueblo?»». Yahvé contestó entonces a Moisés diciendo: «Habla al pueblo y diles: Retiraos de en derredor del Tabernáculo y de las tiendas de Coré, Datán y Abirón» (Núm. 16, 5. 20-24).

La muchedumbre se apartó de alrededor de las tiendas de Coré, Datán y Abirón, y luego se abrió repentinamente la tierra debajo de los pies de los tres rebeldes, y se los tragó juntamente con sus tiendas y cuanto poseían. En el mismo instante vino fuego del Tabernáculo que dejó muertos a los 250 que, rebelándose contra Moisés y Aarón, estaban ofreciendo incienso contra la voluntad del Señor. Así demostró Dios que estos eran sus representantes y enviados.

La vara de Aarón. La elección de Aarón para el sacerdocio y como sumo Pontífice quiso Dios confirmarla en aquel tiempo con un maravilloso prodigio.

«Habló Yahvé a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel, y cada uno de los príncipes de casa patriarcal, toma una vara, una por cada jefe de tribu, o sea, doce varas, y escribirás en su nombre en la respectiva vara. En la vara de la tribu de Leví escribe el nombre de Aarón. Las pondrás en el Tabernáculo delante del Arca desde el cual Yo hablé. La vara de aquel que yo eligiere florecerá mañana» (Núm. 17, 1-5).

Al día siguiente vino Moisés al Tabernáculo, y halló que la vara de Aarón había echado brotes, yemas, flores y almendras. Entonces todo el pueblo conoció cual era la voluntad de Dios, y cesaron las discordias.

La vara milagrosa fue puesta en el Arca de la Alianza *«para que sirviera de memoria a los hijos rebeldes»*, y se conservó hasta la destrucción del templo de Salomón.

De esta lección aprendamos a ser obedientes a los mandamientos de Dios y a su autoridad manifestada a través de sus superiores legítimos.

28. Desconfianza de Moisés y la serpiente de bronce

Al cabo de cuarenta días por el desierto volvieron los israelitas a Cadés, al mismo sitio de donde habían partido los exploradores.

Un día volvió a faltar a los israelitas el agua, y el Señor mandó a Moisés diera otra vez con la vara en una roca. Moisés desconfió un instante, y entonces dijo al pueblo:

«Escuchad rebeldes: ¿Acaso podemos nosotros sacaros agua de esta roca? Moisés alzó la mano, y, después de herir la peña dos veces con su vara, salieron aguas abundantes, y bebieron el pueblo y sus ganados» (Núm. 20, 10-11).

Como podemos observar, Moisés dio dos golpes con la vara en la roca, pero hasta la segunda no brotó el agua. Desagradó al Señor esta desconfianza de Moisés, y le dijo: *«Porque vacilaste en creer, no serás tú, pues, sino otro, quien introduzca este pueblo en la tierra prometida».*

Por la falta de confianza, ambos hermanos Moisés y Aarón no entraron en la tierra prometida.

La serpiente de Bronce. No tardaron los israelitas en renovar sus murmuraciones contra Moisés y pidieron otro ali-

mento en vez del maná, y esta vez los castigó Dios enviándoles serpientes venenosas, que mordían a los culpables y a muchos dieron muerte / Entonces atemorizados acudieron a Moisés diciendo:

«Hemos pecado, porque hemos murmurado contra Yahvé y contra ti. Ruega a Yahvé que aparte de nosotros las serpientes. Y Moisés rogó por el pueblo. Y Yahvé dijo a Moisés: Hazte una serpiente de bronce y ponla sobre un asta; todo el que haya sido mordido y la mirara, sanará» (Núm. 21, 7-9).

Moisés obedeció y todo aquellos que habían sido mordidos y miraban a la serpiente de bronce, fueron en efecto curados.

La serpiente era figura de Jesucristo, nuestro Salvador, que había de ser levantado en una cruz para librar de la muerte eterna a todos los que con fe viva vuelven los ojos a Él. Así lo dice el Evangelio: *«Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado. Para que todo el que crea en Él tenga vida eterna»* (Jn. 3, 14-15).

Al ser nuestros pecados como mordeduras de serpientes, debemos mirar a Jesucristo crucificado y pedirle perdón, confesando nuestros pecados, para recuperar la gracia divina.

29. La profecía de Balaam

Los israelitas se iban acercando a la tierra que Dios había prometido darles, y como en su marcha por el desierto habían vencido a cuantos enemigos se le opusieron, entonces el rey de Moab, llamado **Balac**, temiendo a los invasores, llamó a un adivino famoso por nombre **Balaam**, quien vino montado en su burra para acudir a su cita.

El rey Balac le ofreció magnífica recompensa para que maldijese al pueblo de Israel; pero cuando se disponía a hacerlo, un ángel del Señor armado con una espada, se interpuso en el camino en paso estrecho.

La burra, al ver al ángel, echó a correr fuera de la senda; pero a fuerza de golpes la hizo volver su amo, y entonces estrechada por el ángel y no encontrando salida, se tendió

en el suelo. Balaam, ciego de ira, la apaleó con toda sus fuerzas.

«Entonces Dios abrió la boca de la burra, que dijo a Balaam: *¿Qué te he hecho yo para que me pegues ya por tres veces?* Balaam respondió a la burra: *«Porque haces burla de mí. Si tuviera una espada, ahora mismo te mataría»* (Núm 22, 28-29).

En aquel momento vio Balaam al ángel y quiso retroceder, pues le vio con una espada desenvainada en la mano. Dios abrió sus ojos, y dijo Balaam: *He pecado, no sabía que tu me cerrabas el camino*». Luego inspirado por Dios, en vez de maldecir al pueblo, lo bendijo, y entre estas bendiciones hay una que anuncia, aunque en forma algo oscura, la venida del Mesías. He aquí el oráculo de Balaam:

«Le veo, pero no como presente. Le contemplo, pero no de cerca. De Jacob sale una estrella, y de Israel surge un cetro que destruirá a todos sus enemigos» (Núm. 24, 17).

Esta estrella misteriosa es el Mesías, y es lo que profetizó Balaam por orden de Dios.

Algunos se admiran de que la barra de Balaam hablase; pero según la narración bíblica, no creo que haya lugar a duda y fue un verdadero milagro. Lo propio sería que el animal rebuznase, pero al decir que Dios abrió su boca para que hablase, y luego San Pedro en su segunda carta diga que *«Dios para confundir la soberbia de un profeta, hizo que un animal hablase con palabras humanas»* (2 Ped. 2, 16)... ¿Nos atreveremos a decir que la claridad con que habla la Biblia es un género literario o cosa parecida cuando el hecho aparece claro y confirmado por el mismo apóstol citado?

DEUTERONOMIO

30. Bendición y maldición

«Deuteronomio», significa «segunda ley» o repetición de la ley. Este libro es una recapitulación de la legislación expuesta en los libros anteriores y una exhortación constante al cumplimiento del Decálogo.

Moisés hace ver al pueblo los bienes y los males que se seguirán de cumplir o no cumplir los mandamientos de Dios. Ante ellos pone Dios la bendición si los cumplen, y la maldición si los quebrantan.

La infidelidad del pueblo de Israel se manifestó cuando adoraron el becerro de oro, y ahora les insiste en que su fidelidad está en que cumplan su santa ley, y por eso les dice:

Si vosotros obedecéis mis mandamientos que hoy os prescribo y amáis a Yahvé, vuestro Dios, sirviéndole con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma, yo daré a vuestra tierra la lluvia a su tiempo, la temprana y la tardía para que puedas recoger tu trigo, tu vino y tu aceite. También haré crecer la hierba en el campo para tus ganados y comerás y te saciarás... De lo contrario la ira de Yahvé se encenderá contra vosotros y se cerrarían los cielos para que no hubiera más lluvia y la tierra no diera sus frutos... (Dt. 11, 13-18).

Luego les insiste en que pongan estas palabras, o sea, sus mandamientos sobre el corazón, sobre las puertas de sus casas, que las aten a las muñecas como pulseras, y de ellos hablen a sus hijos, es decir, que los tengan siempre presente, porque de su cumplimiento depende su dicha y por eso Moisés por orden de Dios les repetía: «Ojalá cumplierais mis mandamientos para ser felices vosotros y vuestros hijos» (Dt. 5, 29).

«Mirad que yo pongo hoy delante de vosotros bendición y maldición, la bendición si cumplís los mandamientos de Dios; la maldición si no lo cumplís... (Dt. 11, 26-28). «Yo invoco hoy por testigos contra vosotros el cielo y la tierra, poniendo ante ti la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la

vida para que vivas tu y tu descendencia, amando a Yahvé, tu Dios... (Dt. 30, 19-20).

También encargó Dios, por medio de Moisés que no imitasen las abominaciones de los pueblos que iban conquistando, y así les dijo:

«No se halle en medio de ti quien haga pasar por el fuego a su hijo o a su hija, ni quien practique la adivinación, ni hechicería, ni encantamientos, ni quien consulte a espíritus o adivinos, o pregunte a los muertos. Porque todo aquel que hace estas cosas es abominable ante Yahvé, tu Dios» (Dt. 18, 10-12).

Amarás al Señor tu Dios. Esta es la exhortación que repite a cada paso Moisés en este libro. El Decálogo, dado por Dios en el Sinaí, de que nos habla en el Éxodo (cap. 20), se nos repite en el Deuteronomio (cap. 5) con pequeñas variantes, y este Decálogo es el que sigue en vigor en la Nueva Ley, y que Jesucristo perfeccionó, como tenemos dicho.

Nota: Moisés tenía 120 años. Al revelarle Dios que se hallaba cercana su muerte, reunió a los hijos de Israel y les dijo: Dios me ha dicho: *«Tu no pasarás el Jordán»...* Vosotros sed fieles cumplidores de la Ley de Dios. Puso por sucesor a Josué. Murió santamente en el monte Nebo, le lloró todo Israel. No hubo otro profeta semejante a él con quien Yahvé tratase cara a cara (Dt. 34, 10).

JOSUÉ

31. Misión de Josué y paso del Jordán

Este libro habla de Josué, el sucesor de Moisés, en cuyo libro se nos habla de su elección para introducir a los israelitas en la tierra prometida, la que una vez conquistada la distribuyó entre las doce tribus.

Misión de Josué. Dios nombró a Josué, hijo de Num, como sucesor de Moisés, y a él después de la muerte del mismo Moisés le habló así:

«Mi siervo Moisés ha muerto, levántate, pasa el Jordán tú y tu pueblo, a la tierra que Yo doy a los hijos de Israel. Nadie podrá resistir ante ti en todos los días de tu vida, pues estaré contigo como he estado con Moisés. No te abandonaré, no te dejaré. Esfuérzate, sé valiente (Jos. 1).

Josué fue conocido unánimemente por Jefe de las tribus de Israel, y Dios mismo confirmó su elección y autoridad. Entonces, por orden de Josué, todo el pueblo se puso en marcha, y fue a acampar aquella noche a las orillas del río Jordán, en donde se dispusieron para la travesía.

Paso del Jordán. Llegando el momento de partir, se pusieron al frente los sacerdotes, llevando sobre los hombros el Arca del Señor; seguía después el ejército, y detrás, todo el pueblo. En el momento de poner los sacerdotes el pie en el agua, se verificó el prodigio anunciado por Josué. Este dijo a los israelitas:

«El arca de la Alianza del Señor de toda la tierra va a pasar delante de vosotros por en medio del Jordán. Cuando los sacerdotes que llevan el Arca de Yahvé, Señor de toda la tierra, pongan la plata de sus pies en las aguas del Jordán, éstas se cortarán y las que bajan de arriba se pararán en montón. (Jos. 3, 11-12).

En efecto, las aguas que bajaban se detuvieron, formando un muro altísimo que se distinguía a la distancia de más de cincuenta kilómetros, mientras que las aguas de abajo siguieron su curso hasta el mar Muerto, dejando en seco el cauce del río. Los sacerdotes permanecieron en medio del cauce hasta que todo el pueblo hubo pasado.

Monumento conmemorativo. Cuando todo el pueblo hubo de pasar el Jordán, habló Yahvé a Josué diciendo:

«Tomad de entre el pueblo doce hombres, uno por cada tribu y decidles que tomen doce piedras del lecho del Jordán donde han estado parados los pies de los sacerdotes y las depositen en el lugar donde acampéis esta noche (Jos. 4, 2).

Sacaron las doce piedras del lecho del Jordán y las colocaron en el lugar llamado «Gálgala», que significa «rueda o círculo de piedra». Este fue un lugar célebre donde varias veces se reunió el pueblo de Israel. Entonces Dios dijo al pueblo por medio de Josué: *«Cuando un día os pregunten vuestros hijos: ¿Qué significan para vosotros estas piedras?, les responderéis: las aguas del Jordán se detuvieron ante el Arca de la Alianza de Yahvé.*

Cuando los israelitas acamparon en Gálgala, celebraron la Pascua en los llanos de Jericó, y entonces comieron de los frutos de la tierra y cesó el maná (Jos. 5, 10-11).

Admiremos la Providencia de Dios con el pueblo de Israel, y creamos firmemente que Dios está con nosotros cuando obramos el bien.

32. Conquista de Jericó

Un ángel del Señor se apareció a Josué, y le reveló lo que había de hacer para tomar Jericó. Dios le había prometido que tomaría la ciudad, aunque estaba bien amurallada y con buenos cerrojos en sus puertas, y le dijo:

«Mira Yo he entregado en tus manos a Jericó con su rey y todos su hombres. Todo los hombres de guerra daréis una vuelta cada día alrededor de la ciudad; así lo haréis por seis días. El día séptimo, los sacerdotes tomarán las trompetas del jubileo, y tocádoles éstos, daréis siete vueltas a la ciudad, concluida la séptima vuelta, el pueblo en masa se pondrá a gritar fuertemente, y las murallas de la ciudad se derrumbarán por sí solas» (Jos. 6, 1-5).

Una vez que quedó cumplida la orden de Dios, la ciudad quedó destruida derrumbándose sus murallas, y todo sus habitantes fueron pasados a filo de espada: hombres, mujeres, niños y ancianos.

Algunos dirán: pero ¿no es esto cruel? Saliendo al paso, diremos que no fue duro ni cruel, pues basta saber cuáles

eran los pecados y vicios de los cananeos. Su idolatría y vicios torpísimos pueden verse enumerados en el capítulo 11 del libro de la Sabiduría:

«Practicaban obras detestables de magia, ritos, impíos y eran crueles asesinos de sus hijos. Era semilla maldita desde su origen... y Dios determinó perder por medio de los israelitas a esos asesinos de seres inocentes...; pero el castigo estuvo temperado por su misericordia e hizo que fueran exterminados no de un modo fulminante, sino poco a poco y así pretendía darles siempre a que se arrepintiesen de sus abominables maldades y creyeran en el Dios verdadero». Con la matanza de los cananeos Dios pretendía que estos no pervirtiesen a su pueblo...

Además todo pecado es digno de castigo, y Dios, como dueño de la vida de los hombres, puede castigar según justicia a los que no cumplen el fin para que fueron creados por Él.

Nota: 1ª Conviene saber que Josué antes de atacar a Jericó, envió dos espías para que explorasen toda la región, y especialmente la ciudad. Pudieron entrar en ella, pero gracias a una mujer llamada Rahab, que los ocultó en su casa, pudieron volver a Josué sanos y salvos.

Al ser tomada Jericó, toda la población fue exterminada, excepto Rahab y su familia. Rahab se casó más tarde con un israelita de la tribu de Judá, llamado **Salmon**, llegando a ser una de las progenitoras de Jesucristo. Su nombre puede verse en la genealogía de nuestro señor Jesucristo (Mt. 1,5).

2ª Josué maldijo a Jericó diciendo: *«Maldito ante Yahvé sea quien se atreva a reedificar esta ciudad. Al precio de su primogénito eche los cimientos de ella y a costa de su hijo menor coloque sus puertas».*

Esta profecía se cumplió en tiempo del rey Ajad de Israel, quien desafiando la maldición de Josué, la reedificó, pero al precio de sus hijos mayor y menor (Véase 1 Rey. 16, 34).

33. Desastre de Hai y castigo de Acam

Al noroeste de Jericó estaba la ciudad de Hai, cuyos moradores estaban dispuestos a morir antes de rendirse a los israelitas. Los exploradores mandados por Josué, dijeron a éste: *«Dos o tres mil hombres bastan para destruir la ciudad, ¿para qué molestar a todo el pueblo?. Josué envió los tres mil hombres; pero los de Hai salieron contra ellos y los pusieron en vergonzosa fuga hasta derrotarlos».*

Aquel inesperado desastre produjo en el pueblo verdadera consternación. Entonces Josué fue ante el Arca de la Alian-

za a presentar sus quejas ante el Señor, y el Señor le respondió:

«Israel ha pecado, ha violado la Alianza, que yo le he mandado guardar. Además han tomado cosas de las dadas al anatema, han robado, mentido y las han guardado entre su equipaje. Por eso los hijos de Israel no han podido resistir ante sus enemigos... Quitad de en medio de vosotros el anatema...» (Jos. 7, 11-12).

Josué reunió al pueblo para descubrir al culpable, y la muerte designó a un soldado de la tribu de Judá, llamado Acán. Este confesó haber tomado de los despojos de Jericó un manto de grana, doscientos siclos de plata y una barra de oro de cincuenta siclos, y haberlos ocultado en su tienda. Josué mandó llevar aquellos objetos delante del Tabernáculo, y dirigiéndose a Acán:

«Por cuanto no has perturbado, Yahvé te pertirá en este día» (Jos. 7, 25). Y era como decirle que Dios hacía recaer sobre su cabeza el daño que había causado a todos. Acán murió apedreado, y las llamas consumieron todo cuanto tenía. (Después tomaron con facilidad la ciudad de Hai).

Consecuencia: Reconocer que el pecado es perjudicial al que lo comete, y también puede dañar a la comunidad, si resulta pecado «colectivo» como en este caso de Acán.

34. La detención del sol

Los habitantes de la ciudad de Gabaón, al tener noticia de que los israelitas, por divino mandato, exterminaban a cuantos pueblos hallaban a su paso, temiendo también ser exterminados, recurrieron a una estratagema, se llegaron a Josué con zapatos y vestidos viejos y pan duro, y le dijeron a él y a los de Israel: *«Venimos de una tierra lejana para hacer alianza con vosotros... Somos siervos tuyos* (Jos. 9, 4).

Josué los creyó de buena fe y juró salvarlos, pero tres días después supo que Gabaón, la ciudad de donde venían estaba cerca, por el juramento dado les perdonó la vida, y los condenó a suministrar el agua y la leña necesarias para el servicio del Tabernáculo.

Entonces sucedió que el rey de Jerusalén, Adonisec, y sus confederados furiosos al ver que los gabaonitas había desertado de la causa común de los cananeos, vino inmediatamente con otros cuatro reyes contra Gabaón.

«Entonces Yahvé dijo a Josué: No los temas, porque los entregaré en tus manos; ningún hombre de ellos podrá resistir ante ti» (Jos. 10, 8).

Josué se echó de repente sobre ellos y los venció, pues Dios le favoreció haciendo que sobre sus enemigos cayera una lluvia de enormes piedras de granizo, que mataron a un gran número; pero como quedasen aún muchos, al ver Josué que el día empezaba a declinar, y que por impedírsele la noche, no podía completar la victoria, inspirado por Dios exclamó:

«¡Sol, detente sobre Gabaón, y tú luna, en el valle de Ayalón! Y el sol se detuvo y se paró la luna hasta que el pueblo se hubo vengado de sus enemigos» (Jos. 10, 12-13).

«No hubo antes ni después, dice la santa Biblia, día como aquel en que obedeció Yahvé a la voz de un hombre». Este hecho milagroso parece que debe explicarse así: que fue debido a una simple desviación de los rayos solares, y Dios pudo hacer que éstos iluminasen más tiempo la parte de la tierra del ejército de Israel *«por quien Yahvé combatía»*. De todos modos hay que sostener el hecho, aunque no se nos diga cómo se verificó.

Los cinco reyes enemigos se refugiaron en una cueva, y concluida la batalla, los sacaron de ella para matarlos. Después de este hecho nadie pudo oponer resistencia a la espada de Josué. Venció, y según las órdenes de Dios, dio después muerte a treinta y un reyes, y en corto espacio de tiempo entró en posesión de la tierra que el Señor había prometido a Abraham y a su descendencia.

Josué después distribuyó la tierra entre las doce tribus, colocó el Tabernáculo de la Alianza en Silo, que vino a ser centro religioso de Israel, y por fin reunió en Siquem todas las tribus para inculcarles la observancia de los mandamientos, y habiendo obtenido Josué la promesa de que todos se conservarían fieles a Dios, murió apaciblemente a los 110 años de edad.

Notemos que al que cumple con fidelidad los mandamientos de Dios, Él lo bendice y todas las cosas le saldrán bien.

LOS JUECES DE ISRAEL

35. Situación de Israel a la muerte de Josué

En el libro de los Jueces se nos refiere la historia de estos héroes, que fueron los caudillos y libertadores del pueblo de Israel. Los jueces, conocidos en la Biblia, son quince. Todos ellos fueron notables por su fe en el Dios de Israel.

Por ser los israelitas muchas veces infieles a Dios, por eso fueron entregados en manos de sus enemigos para ser castigados, mas cuando se volvían a Dios con sincero arrepentimiento, entonces se compadecía de ellos y les suscitaba un juez que fuera su libertador.

Después de la muerte de Josué y repartida por éste la tierra, aún quedaron entre las tribus cananeos, que ellos debían combatir, pues como Dios dijo a Josué, Él rechazaría a todos sus enemigos con tal que se esforzasen «en poner por obra su santa Ley» (Jos. 23, 5-6).

Dios les ayudaría a condición de que ellos no hicieran pacto alguno con los habitantes de aquellas tierras y debastaran sus altares y no contrajeran matrimonio con las hijas de aquellos idólatras, porque serían lazo para ellos y causa de sus desgracias y arrastrados a practicar su culto infame.

Sucedió, pues, que andando el tiempo, los hijos de Israel hicieron lo que era malo a los ojos de Dios, y olvidándose de Él sirvieron a los baales o dioses falsos, entonces Dios irritado contra ellos los entregó en manos de sus enemigos; pero cuando se vieron humillados y les toca mucho sufrir, clamaron a Dios para que se compadeciera de ellos, y los libertó por medio de los primeros jueces, que fueron Otoniel y Aod.

Fijémonos en la actuación de **Débora y Barac**.

Muerto Aod, después de haber estado en paz durante más de cuarenta años, volvieron los hijos de Israel a hacer el mal a los ojos de Yahvé, y Yahvé los entregó en manos de Jabin, rey de Asor, quien tenía por jefe de su ejército a **Sísara**.

Viéndose oprimidos los hijos de Israel, clamaron a Yahvé, dispuesto siempre a perdonar a los sinceramente arrepentidos. Gobernaba entonces en Israel una profetisa llamada

Débora, y ésta por inspiración divina mandó llamar a **Barac**, de la tribu de Neftalí, y le dijo:

«¿Acaso no es Yahvé el Dios de Israel el que te ordena: Marcha a ocupar el monte Tabor, y lleva contigo diez mil hombres de los hijos de Neftalí y Zabulón? Yo llevaré hacia ti, al torrente Cisón, a Sísara, jefe del ejército de Jabin con sus carros y con su ejército y los pondré en tus manos» (Jue. 4, 6-7).

Los diez mil guerreros, acaudillados por Débora y Barac, ocuparon el monte Tabor. Sísara marchó contra ellos con sus novecientos carros de guerra y su formidable ejército; pero apenas había llegado al torrente Cisón, sucedió que Débora lanzó sus huestes contra el enemigo, que retrocedió poseído de gran pánico.

Barac persiguió a aquellos batallones deshechos y fugitivos hasta derrotarlos por completo. Sísara huyó también, y saltando de su carro para librarse del peligro, entró para apagar su sed y tomar algún descanso en la tienda de una mujer llamada **Jael**, que pertenecía al pueblo de Israel. Jael le dio una taza de leche, y como estaba muy rendido, se acostó y quedó profundamente dormido.

«Entonces Jael, mujer de Jeber, tomó un clavo de los de fijar la tienda, y empuñando con su mano un martillo, se acercó a él calladamente, y le clavó en la sien el clavo hasta que penetró en la tierra. Y así murió» (Jue. 4, 21).

Barac, llegada en el mismo instante, y ella le enseñó con orgullo el cadáver del general enemigo, en el que había hecho justicia. Esta victoria inspiró a Débora un magnífico cántico. Con la vergonzosa derrota de Jabin quedaron libres de la servidumbre los israelitas.

¡Cuanto vale seguir las inspiraciones de Dios, confiar en Él y no apoyarse en las propias fuerzas!

36. Gedeón y los madianitas

Pasados unos cuarenta años, volvieron a prevaricar los israelitas entregándose de nuevo a la idolatría, y para castigarlos tomó Dios por instrumento a los madianitas, los cuales invadieron todo el país y, como «nube de langostas», devastaban sus cosechas y se retiraban llevándose bueyes y

ovejas y cuanto podían de sus casas, y hasta en sus invasiones tenían que esconderse en cavernas.

Este gran castigo hizo reconocer a los israelitas cuán culpables habían sido, e «imploraron a Dios», que también se compadeciera esta vez. Un día en que Gedeón, hijo de Joas, de la tribu de Manasés, estaba en las eras limpiando el trigo a escondidas de los madianitas, un ángel del Señor se le apareció y le dijo:

«El Señor está contigo, héroe valiente... Vete y libra a tu pueblo de la mano de Madián... Tu lo derrotarás como si fuera un solo hombre» (Jue. 6, 11 ss).

Gedeón replicó al mensajero, *«Si Dios está con nosotros, ¿por qué nos vemos acosados por tanto males?»*. Tú, le contestó el mensajero, *ve, porque has de saber que Yo soy el que te envía»*.

Una vez cerciorado Gedeón del mandato de Dios, logró reunir un ejército de 32.000 hombres; más el Señor dijo a Gedeón:

«El pueblo que llevas contigo es demasiado numeroso para que yo entregue en sus manos a Madián; podría gloriarse contra Mi Israel y decir: Es mi poder el que me ha librado» (Jue. 7, 2).

No queriendo, pues, Dios que Israel se pudiera atribuir aquella victoria por el número de sus soldados, ordenó a Gedeón que despachase a todos los que tuvieran miedo, y por tal motivo se fueron a sus casas 22.000, quedando sólo 10.000. El Señor dijo de nuevo a Gedeón:

«Todavía es demasiada la gente, hazlos bajar al agua... A todos los que lamieren el agua en su mano, como la lame el perro, los pondrás aparte; igualmente a los que doblen la rodilla para beber. El número de los que al beber lamieron el agua en su mano, fueron trescientos hombres» (Jue. 7).

Con esos trescientos, dijo Yahvé a Gedeón, os libentaré y entregaré a Madián en tus manos. Todos los demás que se vayan cada uno a su casa. Luego le dijo que descendiese cerca del campo de Madián, y lo que allí oyó cautelosamente a uno de los centinelas fue como orden de Dios para poner los madianitas en sus manos.

Llegada la noche, proveyó a cada uno de los 300 israelitas de una trompeta y un cántaro vacío, dentro del cual había

una antorcha encendida. *«Miradme y haced como yo»*, les dijo Gedeón. Divididos en tres grupos y acercándose al campamento por tres lados diferentes, cuando los madianitas estaban dormidos, Gedeón tocó ruidosamente la trompeta y rompió el cántaro, para que se viera el resplandor de la antorcha. Sus hombres le imitaron gritando: *«¡Por el Señor y por Gedeón!»*.

Los madianitas y sus aliados se despertaron sobresaltados, creyendo que un ejército numeroso de israelitas había penetrado en su campo.

«Todo el campamento echó a correr, gritar y huir. Mientras los 300 hombres tocaban las trompetas, hizo Yahvé que la espada de los unos se volviera contra los otros por todo el campamento, y huyó el ejército... Luego hicieron prisioneros a los dos príncipes de Madián, Oreb y Zeeb... (Jue. 7, 21 ss).

El pueblo quiso luego nombrar rey a Gedeón; pero él rehusó esta dignidad, diciendo: *«Vuestro Rey es el Señor»*. Así les recordaba que sólo Dios era su Rey verdadero a quien se le debía la victoria. Los madianitas derrotados y humillados por espacio de cuarenta años.

¡Cuán poderoso es el hombre cuando cumple la voluntad de Dios!.

37. Jefe y su sacrificio

Volviéron los hijos de Israel a hacer el mal a los ojos de Dios y sirvieron a los baales, y Dios los entregó en manos de los filisteos y de los amonitas, y ante tantas opresiones y desgracias clamaron a Yahvé diciendo:

«Hemos pecado contra Ti, porque hemos abandonado a nuestro Dios y hemos servido a los baales... Haz con nosotros lo que mejor te parezca; pero líbranos, te rogamos, en este día» (Juec. 10, 10).

Por fin los israelitas abandonaron los ídolos y se convirtieron a Dios, implorando su clemencia. Entonces los ancianos de Galaad eligieron por jefe a un esforzado guerrero, famoso por su valor y le dieron el mando del ejército en la guerra contra los amonitas.

Jefté recorrió rápidamente el país para reclutar combatientes, y con la esperanza de hacerse más favorable a Dios, hizo un voto solemne:

«Si tu entregas en mi mano a los hijos de Amón, el que de las puertas de mi casa salga el primero a mi encuentro cuando vuelva yo en paz de los hijos de Amón, será para Yahvé y lo ofreceré en holocausto» (Jue. 11, 30).

Jefté obtuvo una sorprendente victoria contra los amonitas, y al volver, salió a recibirle su hija con tímpanos y danzas. Era su hija única, y al verla rasgó él sus vestiduras y dijo: *«¡Ay, hija mía, tu me has abatido sobremanera. He hecho un voto y no puedo anularlo»*.

La joven le respondió *«Padre mío, si has hecho un voto al Señor, trátame según lo has prometido, pues te ha vengado Dios de tus enemigos»*. Y añadió: *«Hazme esta gracia: Déjame que por dos meses vaya con mis compañeras por los montes, llorando mi virginidad»*. Y se lo concedió.

Pasados los dos meses volvió a casa y el cumplió en ella el voto que había hecho. No había conocido varón (Jue. 9, 31).

Algunos autores suponen que Jefté consagró la virginidad de su hija al servicio del Señor; pero parece más conforme al texto bíblico, creer que la inmoló en sacrificio, creyéndose obligado, a causa de la falsa conciencia. No dejaba de ser un voto temerario y cruel, que tenía que desagradar a Dios.

Este hecho nos debe enseñar a no hacer votos, sino después de haber tomado consejo, y a no hacer promesas de cosas inciertas o que no se pueden cumplir sin pecado.

38. Sansón y los filisteos

Volvieron los hijos de Israel a hacer el mal a los ojos de Yahvé, y los entregó en manos de los filisteos, que los sometieron a la más vergonzosa servidumbre, y Dios suscitó a Sansón para humillarlos.

Sansón es uno de los jueces y héroes célebre, que fue dotado de una fuerza extraordinaria, que bien podemos decir que era milagrosa y sobrenatural. Su nacimiento había sido anunciado a sus padres por un ángel. Dios quiso que le fue-

se consagrado y para ello le dotó de dicha fuerza, pero con condición expresa que no se le habían de cortar los cabellos.

Veamos algunos ejemplos de su extraordinaria fuerza:

- Un día bajaba Sansón de Timna y le salió al encuentro un joven león, rugiendo. Apoderose de Sansón el espíritu de Yahvé, y sin tener nada en mano, destrozó al león como se destroza un cabrito (Jue. 14, 16).

- Otro día se valió de una estratagema para que las mieses de los campos de sus enemigos quedaron reducidas a cenizas, y furiosos con aquel desastre, exigían, para evitar represalias, que se les entregase a Sansón maniatado, y así se lo presentaron, y al verlo en este estado lanzaron gritos de júbilo; pero cuando se acercaron para llevarlo, rompió las cuerdas como si fuera un hilo frágil, y, con una quijada de asno, que halló a sus pies, se abalanzó sobre ellos y mató a mil filisteos.

- Al ir un día a la ciudad de Gaza, dándose cuenta los filisteos que estaba en ella, resolvieron matarle a la mañana siguiente cuando se dispusiera a salir de la ciudad. Él no se turbó por tal noticia.

«Sansón permaneció acostado hasta media noche. A media noche se levantó y tomando las dos hojas de la puerta de la ciudad con las dos jambas, las arrancó juntamente con el cerrojo, y se las echó a cuestras llevándolas a la cumbre del monte que mira hacia Hebrón» (Jue. 16, 3).

Desgraciadamente Sansón trabó amistad con una pérfida mujer llamada Dalila a la que prometieron una crecida recompensa si llegaba a descubrir en que consistía la enorme fuerza que tenía. Y después de engañarla por tres veces tuvo la debilidad de rebelarse el secreto, y le dijo:

«Nunca ha pasado navaja por mi cabeza, pues soy nazareno de Dios desde el vientre de mi madre. Si me rapasen, perdería mi fuerza, me quedaría débil y vendría a ser como cualquier otro hombre» (Jue. 16, 17).

Una vez dormido Sansón, cortadas las siete trenzas en que traía partido el cabello, su mujer avisó a los filisteos, y gritó: *«¡Levántate Sansón, que vienen los filisteos sobre ti!»*. Este despertó, pero esta vez se vio sin fuerzas, porque el espíritu del Señor se había alejado de él. Vinieron los

filisteos, le sacaron los ojos y lo condenaron a dura esclavitud haciéndole dar vuelta a la rueda de un molino de mano.

Algún tiempo después, se habían reunido para ofrecer un sacrificio a Dagón, su dios, unos 3.000 filisteos de la clase principal de la nación, y se dijeron: «Que traigan a Sansón para que nos divierta». Llevado Sansón, dijo éste al mozo que le hacía de lazarillo: Déjame tocar las columnas que sostiene la casa para apoyarme».

«Entonces Sansón invocó al Señor, y dijo: «Señor, Yahvé, acuérdate de mí, dame fuerza solamente esta vez, para que ahora me vengue de los filisteos por mis dos ojos... Y añadió: «Muera yo con los filisteos».

Sansón se agarró a las dos columnas centrales que sostenían el edificio y las sacudió con las fuerzas, que la casa se hundió, pereciendo todos y él con ellos. De esta manera hizo morir más muerto que los que había hecho en su vida, y así vengó a su pueblo.

Nota: Sansón no fue ciertamente un hombre santo, sino de conducta moral bastante imperfecta, pero elegido para juez de Israel por su fe y patriotismo, Dios se valió de él para castigar a los culpables y a los que querían anteponer el honor del ídolo Dagón a la honra que a Él le pertenecía como Dios verdadero.

No olvidemos que Dios está siempre con nosotros y nos ayuda en todas nuestras esperanzas mientras no nos apartemos de Él quebrantando sus mandamientos.

RUT

39. Rut y Noemí... y Rut y Booz

El libro de Rut es pequeñito y como un apéndice del libro de los Jueces, pues es un episodio ocurrido en esta misma época. Esta historia está escrita con cierta sencillez y belleza y tiene como fin tejer la genealogía histórica de la familia de David.

En tiempos de los Jueces sobrevino un hambre desoladora, y una familia de este pueblo se vio precisada a emigrar a la tierra de Moab para poder vivir. Esta familia se componía del padre, por nombre Elimelec y su mujer Noemí, y dos hijos: Maalón y Quelión. Estos se casaron con dos mujeres moabitas, Orfa y Rut. Al cabo de algún tiempo murieron Elimelec y los dos hijos, y se quedó sola Noemí con Orfa y Rut.

Al regresar a Belén, por el camino les aconsejó se volvieran a casa de su madre.

«Noemí dijo entonces a sus dos nueras: «Id, volved, hijas mías cada una a casa de su madre, y que el Señor use de misericordia con vosotras como la habéis tenido vosotras con los difuntos y conmigo (Rut. 1, 8).

Ambas se pusieron a llorar, y le decían: «No, nos iremos contigo»; pero ante la insistencia de Noemí, Orfa se dejó convencer; se despidió de Noemí y de Rut y se volvió a su país. Rut no consistió en separarse de Noemí, y le dijo:

«No insistas en que te deje y me retire lejos de ti; donde tú vayas, iré yo; donde tu vivas, viviré yo; tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios» (Rut. 1, 16).

La fe en el Dios de los israelitas, unidas a su amor filial, era, pues, la que impulsaba a Rut a estar fuera de su país. Juntas, pues, llegaron a Belén cuando se estaban segando las mieses.

Las mujeres de Belén, se decían: ¿Es ésta Noemí? - No me llaméis Noemí (hermosa), decía ella; llamadme Mara (amarga), porque el Omnipotente me ha llenado en extremo de amargura. Salí rica y Dios me ha hecho volver pobre.

Entonces Rut aprovechó el derecho que la ley de Moisés concedía a los pobres para ir a espigar, y así obtener el ali-

mento que ella y su suegra necesitaban, y se puso a espigar en un campo, que resultó ser de un hombre rico y bondadoso, llamado Booz.

Poco después se enteró Booz que Rut era una mujer moabita, que había mostrado muchas atenciones y cariño con Noemí, y encargó a los segadores que dejaran caer algunas espigas, para que pudiese recoger mayor cantidad sin ruborizarse...

Booz estimó después mucho a Rut y la amaba. Un día Booz le dijo: *«Bendita de Yahvé seas, hija mía...; toda la ciudad sabe que eres mujer virtuosa»*. Y luego la pidió por esposa.

Rut consintió y llegó a ser la madre de un hijo que se llamó *Obed*, el cual fue padre de Jesé o Isaí, y el abuelo del rey David.

De esta manera, por su matrimonio con Booz, que descendía en línea directa del patriarca Judá, Rut tuvo el gran honor, a pesar de su origen pagano, de llegar a ser progenitora del Mesías (Véase Mt. 1, 5).

LIBRO PRIMERO DE SAMUEL

40. Ana y su hijo Samuel. Helí y sus hijos

En los dos libros de Samuel se narran los hechos de los dos últimos jueces de Israel: Helí y Samuel, y la creación y consolidación de la monarquía israelita desde los jueces a David. Y se llaman libros de Samuel, porque en ellos se habla extensamente de este profeta, que fue el último Juez de Israel.

Ana, mujer de Elcana, de la tribu de Leví, carecía de hijos, y andaba afligida, y al ver que era estéril, iba con frecuencia a Silo donde estaba el Tabernáculo con el Arca de

la Alianza, y se postró ante el Señor con el corazón lleno de amargura y oró así:

«Yahvé de los ejércitos, si te dignas prestar atención a la angustia de tu sierva..., y me dieras un hijo varón, yo lo consagraré a Yahvé por todos los días de mi vida» (1 Sam. 1, 11).

El juez y sacerdote Helí estaba observándola. Al notar el movimiento de sus labios, la tuvo por una mujer ebria y que estaba fuera de sí. Mas ella entendiéndolo le dijo: *«No es mi Señor lo que creéis, es que estaba desahogando mi corazón con el Señor...»*. Entonces Helí repuso: *«Vete en paz y que Dios de Israel escuche tu oración»*.

Dios la escuchó, en efecto, Dios le dio un hijo al que llamó **Samuel** (dado por Dios), y tres años más tarde volvió a Silo con el hijo, que confió al sumo sacerdote para que le preparase a servir piadosamente al Señor en el Tabernáculo durante toda su vida.

Helí y sus perversos hijos. Helí tenía dos hijos sacerdotes: **OfnÍ y Finés**. Eran hombres perversos, que desconocían a Yahvé. Con su codicia y relajación de costumbre escandalizaban a todos. Helí les dijo: *«¿Por qué vosotros hacéis tales cosas y tan malas / Pues todo el pueblo me habla de ellas. No, hijos míos, porque es malo lo que de vosotros oigo... Pensad que sois intercesores ante Dios, y si un hombre peca, ofendiendo a Dios, ¿quién podrá interceder por él?»* (1 Sam. 2, 23 ss).

Helí dio buen consejo a sus hijos, pero lo hizo débilmente... y como seguían pecando, lo que debiera hacer era hablarles fuerte y removiéndolos del oficio que en el Tabernáculo ejercían, y porque le faltó valor para hacerlo le fue anunciado por Samuel el castigo que Dios reservaba para él y para sus hijos.

Dios habló a Samuel. Samuel dormía de ordinario en el vestíbulo del Tabernáculo, cerca de Helí. Una noche oyó una voz que le llamaba por su nombre: ¡ Samuel, Samuel!. Creyendo que era el sumo sacerdote el que le llamaba acudió corriendo. *«He aquí, le dijo a Helí, pues me has llamado. No te he llamado, hijo mío, acuéstate y duerme. Por tres veces oyó la misma llamada y fue a Helí, y le dijo: No te he llamado. Comprendiendo que era voz de Dios, le dijo. Si oyes tu voz de nuevo, dirás: «Habla, Señor, que tu siervo escucha»*.

Se acostó y oyó el llamamiento de Dios, y entonces Samuel respondió: *«Habla Señor, que tu siervo escucha»*. Entonces Yahvé le dijo: el mal que iba a sobrevenir sobre Helí y sus hijos por su mala conducta. Helí, por la mañana pidió a Samuel le dijera lo que le habría dicho el Señor. El joven tuvo que obedecer, y después de haberlo oído dijo estas hermosas palabras: *«El es el Señor, que haga lo que bien parezca»*. Reflexionemos en nuestra oración sobre estas dos oraciones: *«Habla Señor, que tu siervo escucha y la dicha por Helí»*.

41. Dios castigó al pueblo, a Helí y a sus hijos

No tardaron en cumplirse las amenazas de Dios. Los filisteos invadieron el país y cerca de Afec triunfaron de los israelitas, que perdieron 4.000 hombres.. No queriendo ver en aquella derrota un castigo del Señor, los israelitas se obstinaron en continuar la guerra, y para asegurarse la victoria enviaron a buscar el Arca de la Alianza, que bajo la custodia de OfnÍ y Finés fue transportada desde Silo al campamento; pero Dios no estaba entonces con ellos por sus pecados.

Los filisteos se atemorizaron al ver el Arca y decían: Ha venido Dios al campamento. ¡Desgraciados de nosotros!, pero alentados por sus jefes, entablada la batalla, fue derrotado Israel.

Un soldado israelita, que escapó del campo de batalla, fue a llevar a Silo la espantosa noticia del desastre. Llegó con la cabeza cubierta de polvo y los vestidos rotos, en señal de duelo. Al llegar a la presencia de Helí, éste le preguntó: *«Y qué ha pasado hijo mío!»*. El soldado le dijo:

«Israel huyó delante de los filisteos y ha sido grande el estrago: también tus dos hijos, OfnÍ y Finés, quedaron muertos, y el Arca de Dios ha sido tomada» (1 Sam. 4, 17).

Apenas hubo mentado el Arca de Dios, cayó Helí de su silla hacia atrás, junto a la puerta, y se desnucó y murió. Cantaba entonces 98 años de edad, y había gobernado como Juez de Israel durante cuarenta años. ¡Terrible ejemplo para los padres de familia que son demasiado indulgentes para con sus hijos!

¿Qué sucedió después? Capturada el Arca de la Alianza por los filisteos, éstos la llevaron a su país como trofeo glorioso, y la colocaron en el templo de su ídolo Dagón, en Azoto; pero al día siguiente vieron el ídolo hecho pedazos delante del Arca. Además se propagó entre todos sus habitantes una enfermedad eruptiva muy dolorosa, mientras que un ejército de roedores infestaba la ciudad y devastaba los campos. Convencidos de que aquellas calamidades les venían del Dios de Israel, determinaron devolver el Arca.

Las gentes de Betsames que estaban segando el trigo y viendo al Arca pasar, hicieron sacrificios al Señor con mucha alegría; mas los hijos de Jeconías que no se alegraron con las gentes de Betsames al ver el Arca, Yahvé hirió a setenta hombres de entre ellos. Los de Betsames se decían: *¿Quién podrá estar en la presencia de Yahvé, este Dios tan santo? Y hacia quien irá esta Arca al alejarse de nosotros?* (1 Sam. 6).

Los de Betsames rogaron a los habitantes de Quiriat-Jearim que vinieran y la llevaran a casa de un ciudadano piadoso, llamado Abinadab, y consagraron a Eliezer, su hijo, para que custodiase el Arca de Yahvé, y Dios bendijo a la casa de Abinadab.

El Arca santa merecía gran respecto porque allí se manifestaba la presencia de Dios, mas hoy nuestro Dios, Jesucristo, el Dios hecho hombre, por amor nuestro está en el Sagrario de nuestros altares y está mereciendo nuestro gran respecto y adoración.

42. Samuel, juez de Israel. Saúl, primer rey

«Samuel creció y Yahvé estaba con él... Todo Israel desde Dan a Berseba, reconoció que era un verdadero profeta de Yahvé» (1 Sam. 7, 3).

Samuel, pues, fue designado para ejercer el cargo de juez, después de Helí. El convocó a los israelitas a una asamblea solemne, y viéndoles bien dispuestos, arrepentidos de haber ofendido a Dios, les habló así:

«Si de todo corazón os volvéis a Yahvé, quitad de en medio de vosotros los dioses extraños y los de Astartés, dirigid vuestro

corazón hacia el Señor y servidles sólo a Él, y Él os libraré de las manos de los filisteos». (1 Sam. 7, 3).

Los israelitas obedecieron sin tardar, ayunaron y confesaron humildemente sus pecados. Los filisteos que los creían indefensos, vinieron a atacarlos en Masfa donde se habían congregado con Samuel. Los israelitas tuvieron miedo de los filisteos y dijeron a Samuel:

«No ceses de clamar por nosotros a Yahvé, nuestro Dios, para que nos salve de la mano de los filisteos» (1 Sam. 7, 8).

Samuel intercedió en presencia del Señor por el pueblo que le había confiado, y ofreció sacrificios por esta intención. Dios lo escuchó, e hizo estallar una violenta tormenta sobre los filisteos, que los puso en derrota.

Los hombres de Israel los persiguieron con valor, y fue tal la humillación, que estos no intentaron combatir más a Israel durante toda la vida de Samuel.

Los israelitas piden un rey. Querían tenerlo, a semejanza de los pueblos de Oriente. Esta petición inesperada contristó a Samuel, porque creía que ninguno debía ser rey en una nación donde el Señor había sido y debía seguir siendo el verdadero rey; pero al fin, aunque esto era una ingratitud, el Señor le aconsejó que atendiera los deseos del pueblo, no sin antes hacerles ver los impuestos y exigencias despóticas de los futuros reyes, que serían como las de los otros reyes orientales.

Pero al fin, por circunstancias intrascendentes, Dios quiso que se llegase al cumplimiento de los que Él tenía ordenado. Había un hombre en la tribu de Benjamín, por nombre Cis, al que se le perdieron unas borricas que tenía para labrar, por lo que encargó a su hijo Saúl que saliese con un criado por cerros y campos en su busca. Cansados de buscarlas, estando cerca de Rámata, residencia de Samuel, se le ocurrió preguntarle al profeta acerca del paradero de las bestias.

«Un día antes de la llegada de Saúl, Yahvé había avisado a Samuel diciéndole: «Mañana a esta hora, te enviaré a un hombre del país de Benjamín, al que ungirás por jefe sobre Israel, mi pueblo; él libraré a mi pueblo del poder de los filisteos. Luego que Samuel vio a Saúl, Yahvé les dijo: Este es el hombre de quien te hablé ayer...» (1 Sam. 9, 15-17).

Compareciendo Saúl ante el «Vidente», le hicieron su consulta; mas entonces Samuel, que por revelación de Dios sabía que aquel joven era Saúl, el que había de ser rey, tras asegurarles que las borricas habían sido halladas, les convidó a comer con él.

Al día siguiente, tomando aparte a Saúl, le ungió rey, derramando aceite sobre su cabeza, y después de haberle abrazado le despidió.

En el mismo instante Dios dio a Saúl un corazón y un espíritu nuevo, para ayudarle a cumplir la misión para la que había sido elegido.

La sociedad humana sin autoridad carece de cohesión y de unidad... y se deshace.. A los gobernantes los pondrá elegir la sociedad de un modo o de otro con una u otra forma de gobierno; pero una vez elegido el que ha de gobernar, su autoridad no le viene del pueblo, sino de Dios y a toda autoridad, legítimamente constituida, debemos obedecer, mientras no legislen contra la ley de Dios.

43. Elección de Saúl y sus primeras victorias

Samuel convocó una asamblea general en Masfa para elegir un rey como habían pedido. Echaron, pues, suerte por tribus y familias, y terminó recayendo la suerte sobre Saúl, y cuando estuvo en medio de todos, entre los que descollaba por su estatura, entonces Samuel dijo a todo el pueblo:

«¿Veis al que ha escogido Yahvé? No hay entre todos otro semejante a él». Y gritó todo el pueblo: *«¡Viva el rey!»* (1 Sam. 10, 24).

Saúl era un hombre de gran estatura y no carecía de valor ni de pericia militar como lo demostró muy pronto. Al principio de su reinado siguió los caminos del Señor que la hablaba por boca de Samuel, y triunfó de los enemigos de su pueblo, mas no fue así siempre.

Veamos una de su grandes victorias: Pasó cosa de un mes, y subió Najas, rey de los amonitas con poderoso ejército a sitiar la ciudad de Jabes de Galaad. Los israelitas que allí viéndose impotentes para resistir, le prometieron rendirse

si consentía en celebrar un tratado de alianza con ellos. Mas recibieron de Najas esta cruel respuesta:

«Entraré en negociaciones con vosotros, a condición de sacaros a cada uno de vosotros el ojo derecho, infligiendo así un oprobio a todo Israel» (1 Sam. 11, 2).

Al oír los habitantes de Jabes la respuesta de Najas, enviaron mensajeros a Saúl pidiéndole socorro con insistencia. Cuando le contaron a Saúl cuál había sido la respuesta de Najas, *«el espíritu de Dios se apoderó de Saúl»*, e irritado en gran manera, mató a dos bueyes con los que volvía del campo y los cortó en trozos, que hizo llevar por todo el territorio de Israel por medio de mensajeros con esta amenaza = *«El que no siga a Saúl y a Samuel, verá sus bueyes tratados de la misma manera»* (1 Sam. 11, 7).

Este llamamiento a los guerreros de la nación tuvo un éxito completo, pues miles y miles de hombres acudieron para defender a sus hermanos de Jabes, y cayendo de improviso sobre los batallones amonitas, los derrotaron al primer encuentro. Saúl entró luego en Jabes con su ejército victorioso ante la alegría y las aclamaciones del pueblo que la debía la libertad.

Por entonces, en una asamblea del pueblo, reunido en Gálgala, Samuel abdicó solemnemente su cargo de juez de Israel... y les dijo: Ahí tenéis el rey que habéis querido y habéis pedido. Yahvé le ha puesto por rey vuestro. No obstante esta vuestra petición, os digo:

«Si teméis a Yahvé y le servís y escucháis su voz, si no sois rebeldes a sus mandatos, tanto a vosotros como al rey que ahora reina sobre vosotros, todo os sucederá bien. Pero si no escucháis la voz de Yahvé, si sois rebeldes a sus mandamientos, su mano se dejará sentir sobre vosotros como se dejó sentir sobre vuestros padres» (1 Sam. 12, 14 ss).

A continuación les añadió: Quedaros todavía para que veáis el portento que Yahvé va a realizar ante vuestro ojos. El enviará truenos y lluvias para que sepáis y veáis cuan gran mal es a los ojos de Dios el pecado que habéis cometido, pidiendo para vosotros un rey.

Después invocó Samuel a Yahvé, y Yahvé envió ese mismo día truenos y lluvias con lo cual el pueblo tuvo un gran temor de Yahvé y de Samuel. Entonces todo el pueblo dijo a

Samuel: *«Ruega a Yahvé tu Dios por tus siervos para que no muramos...»*. No temáis, le dijo Samuel, seguiré rezando por vosotros; pero si seguís haciendo el mal, pereceréis vosotros y vuestro rey.

44. Desobediencia de Saúl y cómo fue rechazado por Dios

Samuel cumplió fielmente con su misión. Les dejó en manos del rey que habían elegido; pero a pesar de encargarles mucho que no se olvidasen de Dios, al poco tiempo quebrantaron sus mandamientos que era el camino para ser felices.

En el segundo año del reinado de Saúl, los filisteos atacaron a los israelitas con un formidable ejército. A la vista de las fuerzas enemigas, se apoderó de muchos israelitas tal pánico, que muchos desertaron cobardemente... Samuel le tenía dicho de parte de Dios que no emprendiese las operaciones y esperase siete días para ofrecer antes un sacrificio...; pero el séptimo día, al no ver a Samuel, Saúl pecó arrogándose él mismo el honor de presidir el holocausto, usurpando así las funciones sacerdotales. Dijo entonces Saúl: *«Traedme el holocausto y las víctimas pacíficas»*, y él mismo ofreció el sacrificio.

Apenas ofrecido, vino a Samuel, y Saúl salió a su encuentro para saludarle. Entonces Samuel le respondió severamente diciéndole:

«Has obrado neciamente. No has observado el mandato que Yahvé, tu Dios te impuso. Yahvé estaba ya para establecer tu reino sobre Israel para siempre, pero ahora tu reino no se consolidará. Yahvé ha buscado para sí un hombre conforme a su corazón, para que sea el jefe de su pueblo, por cuanto tu no has guardado su mandato» (1 Sam. 13, 13-14).

Otra vez, habiéndole Dios mandado por Samuel que, derrotado el ejército de los amalecitas, los diese al anatema exterminándolos a todos, (porque en otro tiempo impidieron el paso a Israel cuando estaba cerca del Sinaí y porque era una raza de instintos perversos, y que no se quedase con bienes algunos suyos), derrotó, ciertamente, el ejército de los amalecitas, pero se reservó los mejores rebaños y se llevó al rey Agag prisionero.

Entonces Dios encargó a Samuel que fuera a reprender a Saúl por sus faltas; más éste tuvo la audacia, al acercarse Samuel, de decirles: *«He cumplido la orden del Señor»*. Samuel indignado le contestó: *«¿Qué es ese balido de ovejas que estoy oyendo?»*. Saúl se excusó diciendo que los había conservado para ofrecerlos a Dios en sacrificio. Mas Samuel lo dejó confundido al replicarle:

«Más vale la obediencia que los sacrificios, y el ser dócil a la palabra de Dios, vale más que el sebo de los carneros. Puesto que has rechazado la palabra de Yahvé, El te rechaza también a ti como rey» (1 Sam. 15, 22-23).

Luego dijo Samuel: *«Traedme a Agag, rey de Amalec»*, y le dijo: *«Así como tu espada ha privado de hijos a tantas madres, así será entre las mujeres tu madre privada de su hijo»*. Y luego degolló a Agag ante Yahvé, en Gálgala. Después se marchó Samuel para Ramá y no volvió a ver a Saúl hasta el día de su muerte, y se lamentó por su suerte, porque Dios lo había reprobado.

Seamos siempre obedientes a los mandatos de Dios, porque son los que nos salvan.

45. Saúl y David

David sucedió a Saúl en el trono, pero antes de desechar por completo Dios a Saúl, le fue revelado a Samuel que ungiera a David por rey, y poco después entraría al servicio de Saúl.

La sentencia contra Saúl era irrevocable, y por lo mismo Dios mandó a su profeta Samuel que fuera secretamente a Belén, a ungir por rey de Israel a uno de los hijos de Jesé = Isai. Obedeció Samuel y le dijo a Jesé que le fuese presentando uno por uno a todos sus hijos. Cuando vino Eliab, el primogénito, joven de hermosa presencia, creyó ver en él el elegido de Yahvé; pero el Señor le habló interiormente: *«No tengas en cuenta su exterior ni su elevada estatura; porque yo lo rechazo. Dios no ve como el hombre. El hombre ve lo exterior, mas Yahvé ve el corazón»* (1 Sam. 16, 7).

Jesé hizo pasar de la misma manera a sus otros seis hijos por delante de Samuel quien recibió de Dios la misma res-

puesta: ninguno de ellos era su elegido. El profeta preguntó entonces al padre: *«¿Son estos todos tus hijos?»*. Jesé respondió que tenía todavía uno, David, el más joven que guardaba las ovejas en el campo.

- Hazle venir, dijo Samuel, porque no nos sentaremos a la mesa hasta que venga. Al poco tiempo se presentó David, que era casi un niño, rubio, de hermosa presencia y agraciado rostro.

«Este es, dijo Dios al profeta, el rey de Israel». Samuel le ungió derramando aceite sobre su cabeza, y desde aquel momento el espíritu de Dios estaba con él. Fue una preparación para la dignidad real. Después Samuel volvió a su casa de Rama.

Saúl continuaba reinando; pero mientras el espíritu de Dios estaba con David, no así con Saúl, del que se apoderó cierto malestar, que, a ratos, le agitaba y le volvía furioso. Por esta causa sus servidores le dijeron que buscarse a un hombre hábil en tocar el arpa y sería aliviado. Saúl aceptó, y entonces un criado suyo le dijo:

«Yo conozco a un hijo de Isaí de Belén, que sabe tañer, hombre valiente y de guerra, prudente en el hablar y de gallarda presencia y Yahvé está con él» (1 Sam. 16, 18).

David fue pronto presentado a Saúl y le cobró mucho cariño y le hizo su escudero.

Por entonces, los filisteos invadieron el territorio de Israel, y salió Saúl a su encuentro con tropas, y estando frente a frente los ejércitos, de pronto, un filisteo gigante, llamado Goliat, cuya altura era de tres metros, revestido con coraza escamada y casco de bronce, se encaramó con el ejército de Israel, y les decía: *«Escoged a un hombre que venga a pelear conmigo. Si él es capaz de hacerlo y me mata, seremos siervos vuestros, pero si yo lo mato, nos quedaréis sujetos»*.

Los soldados de Israel estaban con miedo, pero David que llegó a oír las bravatas del gigante, dijo a Saúl y a todos que no se desmaye vuestro corazón, yo iré y lucharé contra él, y al fin, tomando su cayado, una honda y cinco piedras, lleno de confianza en Dios, dijo a Goliat:

«Tu vienes contra mí con espada, lanza y venablo, mas yo voy contra ti en el nombre de Yahvé de los ejércitos, el Dios de

Israel, a quien tu has ultrajado. Hoy te entregaré Yahvé en mi mano...» (1 Sam. 17, 45 s).

Entonces burlándose, cuando avanzaba hacia David, éste corre a su encuentro, echa mano a la honda, y pone en ella una piedra, y después de hacerla girar sobre su cabeza, la suelta y fue a hundirse en la frente del filisteo, que cayó desplomado al suelo.

David se lanzó sobre él, le arrancó su espada y con ella le cortó la cabeza, que más tarde llevó a Jerusalén en trofeo.

El que confía en el Señor, obra grandes prodigios.

46. Amor de Jonatán a David y envidia de Saúl

Jonatán, hijo de Saúl, cobró grandísimo cariño a David, vencedor de Goliat, y desde entonces le amó como a sí mismo e hizo un pacto con él poniéndole el manto que llevaba. Al contrario Saúl concibió respecto a David una envidia y odio implacable.

He aquí la ocasión: Mientras el rey y su ejército volvían victoriosos de los filisteos, coros de mujeres al son de flautas y panderos, salían diciendo: «**Saúl mató a mil, y David a diez mil**».

Saúl se irritó mucho, y esto le desagradó, pues decía: «*Dan diez mil a David y a mi mil, nada le falta, sino es el reino*». Desde entonces miraba Saúl a David con malos ojos. Un día que tocaba el arpa para calmarle durante una de sus crisis terribles, mientras tenía la lanza en su mano, Saúl se dispuso a arrojársele diciéndose:

«*Clavaré a David en la pared. Pero David esquivó el cuerpo por dos veces delante de él. Entonces Saúl temió a David, porque reconoció que Yahvé estaba con éste, y de él se había apartado*» (1 Sam. 18, 11-12).

Otro día se dijo Saúl: «No quiero poner mis manos sobre David; que le maten las de los filisteos. Supo después que su hija Micol amaba a David, y esto le agradó, y así se decía: «*Se la daré para que le sirva de lazo, y le haga caer en manos de los filisteos*».

Saúl le propuso que se casaría con su hija Micol, a condición de que matase a cien filisteos. Esperaba que David su-

cumbiera en la lucha. David mató a doscientos, y el rey tuvo que cumplir otra vez su promesa. Saúl vio claramente que Yahvé estaba con David y que Micol, su hija, le amaba. Los servidores de David también veían que todas las cosas le salían bien a David y lo admiraban, llegando a ser muy celebrado su nombre.

Saúl sigue persiguiendo abiertamente a David y le propuso a Jonatán y a sus servidores que lo matasen. Al oír esta noticia Jonatán, puso en guardia a David y lo abrazó, prometiéndole que juraría defenderle.

David se vio obligado a andar desde aquel día errante de una parte a otra para librarse del cruel perseguidor. En tan angustiosa situación se fue a Nob, a casa del sumo Sacerdote Ajimelec para pedirle de comer y una espada. David le pidió cinco panes o lo que tuviera para él, y el grupo de mozos que le acompañaban y como no tuvieran más que el «pan santo» o panes de la proposición, de ellos le dio para que comiesen. El sumo Sacerdote pagó caro aquel acto de caridad, porque el traidor Doeg dio cuenta a Saúl, y se valió del mismo Doeg para matar al Sumo Sacerdote y a 85 sacerdote más (1 Sam. 22, 17-18).

Con todo se salvó un hijo de Ajimelec, que se llamaba Abiatar, el cual huyó en pos de David. Saúl pasó luego a cuchillo a toda la ciudad de Nob.

¡A donde llega la envidia y el odio de un hombre!

47. Magnanimidad de David

Merece ésta una especial mención, por ser perseguido a muerte por Saúl con tres mil hombres. David pudo matarlo por dos veces: una vez en la cueva de Engadí, no lejos del mar Muerto. David estaba oculto con algunos de sus soldados en aquella cueva, y a ella misma se acercó Saúl para hacer una necesidad: tan oscura estaba.

David consiguió acercarse a él por detrás y cortar la orla de su manto. Cuando Saúl se alejó alguna distancia, David salió de la cueva y le gritó diciendo:

«En este día ven tus ojos como Yahvé te ha entregado en mis manos en la cueva, pero aunque me instigaron a que te mata-

ra, me he compadecido de ti y no he querido matarte por ser el ungido del Señor. Mire, en mi mano tengo la orla de tu manto.. (Saúl reconoció su culpa) y dijo:

Más justo eres tu que yo, porque tu me has hecho bien y yo te he pagado mal... Que Yahvé te recompense lo que conmigo has hecho. Ahora sé con certeza que tus serás rey... Júrame, por Yahvé, que no destruirás a mi descendencia después de mi. David se lo juró (1 Sam. 24, 11-23).

Saúl manifestó su arrepentimiento, pero le duró poco, porque poco después continuó su oficio de perseguidor.

Otra vez, por aquellos mismos sitios, durante una noche pudo acercarse al campamento enemigo y llegar a la misma tienda de Saúl donde dormía él y sus jefes, y se llevó su lanza. Pudo clavarle con ella como le pedía su acompañante y huir, pero no quiso hacerlo, por ser el ungido del Señor, y apartado de allí le gritó desde lejos para que lo supiera, enseñándole su lanza. Saúl dejó de perseguirlo por entonces.

Muchos no saben más que hacer mal por bien, pero lo más bello es saber devolver bien por mal, y como nos dice Jesucristo: *Amad a vuestros enemigos, hacedles bien, orad por ellos... Haz bien, y no mires a quien...*

48. Trágica muerte de Saúl

Había muerto Samuel. Todo Israel le había llorado, y había sepultado en Ramá, su ciudad. Saúl había hecho desaparecer de aquella tierra a todos los evocadores de muertos y adivinos.

Un día le declararon la guerra los filisteos, que acamparon en las llanuras de Sunam. Saúl reuniendo sus tropas, tomó posiciones en los montes de Gelboé, y temblando ante la fuerza enemiga, consultó al Señor, a cuyos sacerdotes había hecho degollar sacrílegamente, mas el Señor no le respondió.

Entonces fue en busca de una hechicera, para que hiciera aparecer la sombra de Samuel y saber de él el éxito de la batalla. Mientras la hechicera se disponía a hacer los sortilegios de costumbre, para engañar a Saúl, Dios, no por vir-

tud de ella, sino por inescrutable decreto, dejó oír al impío rey la voz del venerable profeta, que de dijo: «¿Por qué has turbado mi reposo, haciéndome aparecer? ¿Por qué me preguntas a mí cuando Yahvé se ha retirado de ti y se ha hecho enemigo tuyo?... Mañana, tú y tus hijos estaréis conmigo, y Yahvé entregará el ejército en manos de los filisteos» (1 Sam. 28, 15-19).

Esta profecía se realizó a la letra. La batalla se libró al pie de los montes de Gelboé. Los israelitas quedaron derrotados. Saúl gravemente herido, sacó su espada y apoyando el pecho sobre la punta, se dejó caer sobre ella, atravesándose de parte a parte, para no caer vivo en mano de los crueles filisteos. Sus hijos murieron también en aquella batalla.

David, aunque entonces quedó libre de su enemigo, fue noble y lloró por Saúl y por su hijo Jonatán, gran amigo suyo, y compuso una elegía por ellos:

¡La flor de Israel, traspasada, yace sobre tus alturas!

¡Montes de Gelboé, ni rocío ni lluvia vuelvan a caer sobre vosotros... ¡Cómo cayeron los héroes en el campo de batalla!.

Así desapareció Saúl, valiente, emprendedor, sacrificio por su pueblo. Todo iba bien mientras cumplió la ley de Dios; pero terminó mal por no seguir los consejos de Samuel. Su fin triste y miserable, fue visiblemente un castigo de Dios.

SEGUNDO LIBRO DE SAMUEL

49. El reinado de David

Después de la muerte de Saúl y de sus tres hijos en la batalla de Gelboé, David fue proclamando rey de Israel. David cumplió el juramento hecho a Saúl de no exterminar a su familia, y es más por amor a Jonatán la favoreció.

Una vez que murió Saúl, David recibió de Dios la orden de establecerse en Hebreón, para desempeñar el cargo del rey, y allí fue la tribu de Judá, única, a principio, que le reconoció como rey de Israel.

Las demás tribus se pusieron al lado de Isbaal, hijo de Saúl, porque el generalísimo de los ejércitos de Saúl, Abner, lo alzó por rey.

David permaneció en Hebrón unos siete años, y mientras tanto hubo frecuentes luchas entre los partidarios de los dos reyes.

Isbaal terminó pasándose al partido de David, y Abner se dispuso a hacerlo con todas las demás tribus y se le proclamaría único rey de Israel.

En estas circunstancias, temiendo Joab, generalísimo de David de ser suplantado por Abner, le asesinó alevosamente... David sintió mucho la muerte de Abner e hizo duelo por él.

Poco tiempo después de presentarse Isboset a David prometiéndole su unión, dos oficiales del mismo Isboset se presentaron la cabeza de éste, a quien villanamente habían decapitado sorprendiéndole dormido en la cama; pero David dio justa recompensa a los miserables asesinos, mandando quitarles la vida.

Entonces todas las tribus de Israel con sus ancianos y ungieron a David por rey sobre Israel. Treinta años tenía David cuando comenzó a reinar, y reinó cuarenta años. En Hebrón reinó sobre Judá siete años y seis meses, y treinta y tres años en Jerusalén sobre todo Israel y Judá (2 Sam. 5, 1-5).

Una vez que todas las tribus unidas proclamaron a David como rey de Israel, éste se propuso establecer la capital de su reino en Jerusalén, pero era preciso conquistarla, desalojando de la colina de Sión a los jebuseos, que desde los tiempos de Josué se habían refugiado en aquella fortaleza inexpugnable.

Cuando supieron que David se proponía desalojarlos dijeron:

«Aquí no entrarás; los ciegos y los cojos bastarán para impedírtelo con sólo decir: «¡David no entrará aquí!»» (Sam. 5, 6).

Pero aquella fortaleza fue tomada por asalto, y desde entonces la colina de Sión recibió el nombre de «Ciudad de David», y quedó en proverbio: *«Ni ciego ni cojo entrará en la casa»*.

Luego tuvo que luchar contra los filisteos, que se levantaron contra él al saber que había sido ungido rey de todo Israel y les ocasionó dos grandes derrotas, de las que tardaron tiempo en reponerse.

Más tarde tuvo que sostener otras guerras contra los mohabitas, los idumeos y los sirios, a los que sometió y les impuso un tributo anual que le proporcionó grandes cantidades de oro y plata para la construcción del futuro templo.

50. Traslado del Arca a Jerusalén

Después de las victorias dichas, el joven rey pensó hacer de Jerusalén un centro religioso para todo Israel, y para eso pensó en trasladar el Arca Santa, depositada en la casa de Abinadab, en Quiriat-Jearim, al mismo Jerusalén donde la había preparado un magnífico Tabernáculo.

El Arca de Dios la colocaron en un carro nuevo tirado por dos bueyes. Al sonido de instrumento de música y entonando salmos y cánticos, que el mismo David había compuesto, acompañado de treinta mil hombres selectos de Israel y de todo el pueblo, se pusieron en marcha y le acompañaron piadosamente. Entonces un doloroso incidente turbó aquella fiesta solemne cuando se encontraban a corta distancia de Jerusalén.

He aquí lo sucedido:

«Oza y Ahío, hijos de Abinabad, conducían el carro... Oza iba al lado del Arca de Dios... y extendió la mano hacia el Arca y la agarró, porque los bueyes la sacudían. Entonces se encendió la ira de Yahvé contra Oza, y le hirió allí cayendo muerto junto al Arca de Dios» (2 Sam. 6).

El que Dios castigara con la muerte a Oza, fue sin duda por haber olvidado, a pesar de su buena intención, que sólo los sacerdotes estaban autorizados para tocar el Arca. Dios quiso recordar a su pueblo, por medio de este ejemplo el profundo respecto con que debían ser trasladados los objetos y cosas santas y culto.

Atemorizado entonces de Yahvé, David dijo: «¿Cómo voy a traer a mi el Arca de Dios?... Y prefirió que fuera trasladada a la casa de Obededom, geteo, permaneciendo en ella tres meses, y al saber después que Yahvé había bendecido a la casa de Obededom, la trasladó a Jerusalén con un jubiloso cortejo.

Delante de aquella procesión iba David y delante del Arca con movimientos graciosos y rítmicos que constituían la danza religiosa de los orientales, y al ser introducida el Arca en el Tabernáculo preparado se inmolaron numerosas víctimas. David bendijo a los asistentes en el nombre del Señor y los despidió. Después organizó el culto y compuso numerosos salmos.

Entonces, por haberse burlado Micol de la danza de David ante el Arca de Dios, David la reprendió, y termina diciendo la Escritura: *«Y Micol hija de Saúl, ya no tuvo más hijos hasta que murió»* (2 Sam. 6, 23). Aquí tenemos como la expresión «hasta que» equivale a nunca» (Véase Mt. 1, 25).

Entonces también fue hecha a David la profecía en la que se anuncia que el Mesías, el Salvador de Israel y del mundo entero, pertenecerá a la familia de David, que será rey y que su reino no tendrá fin.

Cuando el ángel hable a María del Niño que va a nacer, continuará los términos de la profecía: *«El será grande, y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David su padre; El reinará sobre la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin»* (Lc. 1, 32-33).

51. Los dos grandes pecados de David

David fue grande por sus cualidades de rey, pero también hombre pecador. No supo defenderse contra las tentaciones y cometió, uno tras o otro dos grandes pecados. Primeramente, fijándose desde el terrado de su casa en Betsabé, que se estaba lavando, concibió por ella una pasión criminal. Esta mujer era la esposa de Urías, uno de los mejores oficiales del ejército de David, y pecó con ella.

David, para ocultar su pecado y poderse casar con Betsabé, cometió otro no menos horrible, dando una orden inicua a Joad, general en jefe, que estaba lejos de Jerusalén, ocupado con Urías en hacer guerra a los enemigos de Israel. En una carta (de la que fue portador de la sentencia de su muerte el mismo Urías), le decía:

«Colocad a Urías en aquel lugar del frente donde más recio sea el combate, y retiraos de él para que sea herido y muera» (2 Sam. 11, 25).

Urías fue, en efecto, muerto, combatiendo denodadamente, y luego David se casó con Betsabé. ¡A qué extremo tan infame arrastran las pasiones cuando se enseñorean del corazón humano!

Mas Dios tuvo piedad de su siervo David, pero justamente airado, le envió el profeta Natán para reprenderle severamente por su conducta. El enviado de Dios se expresó primeramente bajo la forma de parábola diciendo:

«En una ciudad había dos hombres: el uno rico y el otro pobre. El rico tenía ovejas y bueyes en gran número. El pobre tenía tan solo una ovejita, que había comprado y criado, la cual había crecido juntamente con él y con sus hijos, comiendo de su pan y bebiendo de su copa y durmiendo en su seno; era para él como una hija.

Mas llegó un viajero al hombre rico, y no queriendo éste tocar a sus ovejas ni a sus bueyes para dar de comer al viajero que le había llegado, tomó la ovejita del pobre, se la aderezó para el hombre que había venido a su casa.

David se airó fuertemente contra aquel hombre y dijo a Natán: *«¡Vive Yahvé que el hombre que ha hecho esto es digno de muerte! Pagaré la oveja cuatro veces más por haber hecho esto y no haber tenido piedad».*

Entonces Natán dijo a David: *«Ese hombre eres tu»* (2 Sam. 12, 1s). Y siguió diciéndole el profeta: Escucha lo que dice el Señor: Yo te ungí por rey sobre Israel y te libre de la mano de Saúl, te hice dueño de la casa de tu enemigo... Tu, en cambio, has despreciado mi ley cometiendo crímenes en mi presencia, has matado a Urías con la espada de los amonitas y robaste su mujer.. Yo haré que no se aparte jamás la espada de tu casa... Tu lo has hecho ocultamente, pero haré esto a vista de todo Israel y a la luz del sol.

Dijo entonces David a Natán: «He pecado contra Yahvé». David se arrepintió, y debió ser este acto de contrición tan perfecto, que oyó de labios de Natán: *«Yahvé, por su parte, ha perdonado tu pecado. No morirás»*, pero tenía que aceptar la expiación -la pena- por su pecado. El vería morir el hijo de su pecado, y el castigo no se apartaría de su casa, presenciando pronto la rebelión de su hijo Absalón.

David reconoció su pecado y compuso el bello salmo de penitencia *«el Miserere»* (Sal. 51). San Agustín dice a este propósito: *«Muchos imitan a David en el pecado, pero pocos en la penitencia»*. Para no pecar evitemos toda ocasión de pecado...

52. Rebelión de Absalón

Pronto se cumplió la sentencia del Señor contra David. Por haber pecado, *«Yo haré surgir el mal contra ti de tu misma casa»*, y, en efecto, su hijo Absalón primeramente afligió mucho a su padre haciendo asesinar a uno de sus propios hermanos (el primogénito Amnón), que le había ofendido con un gravísimo ultraje en la persona de su hermana Tamar. Más tarde, el mismo Absalón que había estado desterrado de la corte y después de nuevo llamado a Jerusalén), concibió el inicuo proyecto de usurpar la corona, destronando a su anciano padre.

Con este fin fue a Hebrón, y empezó a granjearse las simpatías de los israelitas, tratándolos con cariño y con mentira, dando a todos la razón y lamentándose de que no se administrara justicia.

«Entonces mandó mensajeros por toda las tribus de Israel, diciendo: «Cuando oyereis el sonido de la trompeta, decid:

¡Absalón es rey de Hebrón». De Jerusalén fueron después doscientos hombres, que con él había invitado; mas fueron con sencillez de corazón, sin tener conocimiento de nada» (2 Sam. 15, 10-11).

Una vez rodeado Abasalón de numerosos partidarios, levantó bandera de rebelión en Hebrón y marchó contra Jerusalén al frente de un ejército.

David, sorprendido por esta revolución, cuyos principios no había vigilado bastante, se creyó en la precisión de dejar la ciudad para asegurarse al otro lado del Jordán, donde formó su ejército y oponerse a los rebeldes . Salió, pues, el rey y toda su familia detrás de él. Fue por la pendiente del monte de los Olivos, y subía llorando, cubierta la cabeza y descalzos los pies, en señal de penitencia, y entonces supo que su íntimo consejero Ajitofel se había pasado al partido de Absalón.

Al saber esta noticia, llamó a Cusai, amigo suyo, y le dijo se pasara a Absalón para desbaratar el consejo de Ajitofel.

Cuando ya David había subido el monte de los olivos, apareció un hombre de la parentela y casa de Saúl, profiriendo maldiciones y tirando piedras «*¡Vete, vete hombre sanguinario, le decía, y hombre malvado!*».

Al oír esto Abisai que acompañaba a David, dijo: «*Déjame pasar y le corto la cabeza*».. *Dejadle, dijo David, que continúe maldiciendo, si mi hijo me persigue, ¡con cuanta más razón éste! Dios se lo habrá mandado. ¡Quizá Yahvé mire mi aflicción y me devuelva bienes en vez de las maldiciones de hoy.*

En aquellas circunstancias Ajitofel dio el consejo acertado para apoderarse de David; Cusai, al que llamaron luego, les dio el suyo «*Entonces Absalón y todos los hombres de Israel dijeron: «El consejo de Cusai, arquita, es mejor que el consejo de Ajitofel», porque Yahvé había determinado frustrar el acertado consejo de Ajitofel, pues Yahvé quería traer el mal sobre Absalón» (2 Sam. 17, 14).*

Siendo, pues, más acertado el consejo de Ajitofel, Dios quiso desbaratar los planes de este pérfido consejero y traidor de David, el cual viendo perdida la causa se ahorcó.

Poco antes de entablarse la batalla, David encargó a sus generales que conservaran la vida de su hijo. Mas sucedió que trabado el combate, huyó Absalón desconcertado, y en

su huida al galope de su mulo, al pasar por debajo de una espesa encina, quedó colgado de su hermosa cabellera, que se le enredo en las ramas del árbol. Entonces Joad, desobedeciendo al rey, corrió enfurecido, y traspasó el corazón del hijo rebelde con tres dardos.

Sabedor luego David de esta triste noticia, empezó a llorar y andando exclamaba: *«Hijo mío, Absalón! ¡Hijo mío!... ¡Ojalá hubiera yo muerto en vez de ti!... El ejército de David salió vencedor; pero el corazón de David quedó entonces traspasado de dolor.*

53. El censo del pueblo

«Satanás se alzó contra Israel e instigó a David a hacer el censo de Israel» (1 Cr. 21). David mandó hacerlo a Joab y a los jefes del pueblo para saber el número de sus súbditos. Joad le respondió: *«¿Acaso no son, oh rey, señor mío, todos ellos siervos suyos? ¿Por qué, pues, pide esto mi señor y traer pecado sobre Israel?. El rey persistió en la orden y se hizo.*

«Esta orden desagradó a Dios, por lo que castigó a Israel. Entonces dijo David a Dios: «He pecado gravemente en hacer esto. Perdona, te ruego, la iniquidad de tu siervo, pues he obrado como un insensato» (1 Cr. 21, 7-9).

Indignado el Señor por esta curiosidad de David, viviendo pacíficamente en posesión de su trono, le envió al profeta Gad, para que la hablase en su nombre, y el profeta le dijo:

«Así habla Yahvé: Tres cosas voy a proponerte; elige una de ellas, y yo la realizaré: Tres años de hambre, o tres meses durante los cuales andes huyendo de tus enemigos..., o tres días de peste... Considera tu lo que debo responder al que me envía.

David respondió a Gad: Me veo en gran aprieto. ¡Pero caiga yo en manos de Yahvé, porque su misericordia es muy grande antes que caer en manos de los hombres»! (1 Cr. 21, 11-13).

David eligió la peste y Dios la mandó sobre Israel. La mortandad fue espantosa; perecieron más de setenta mil hombres, y hubiera sido mayor el número de muertos, si

David, arrepentido, no hubiese aplacado al Señor con oraciones y sacrificios cesando así la mortandad.

David alzó los ojos y vio al ángel destructor de Yahvé entre el cielo y la tierra, teniendo en su mano desnuda la espada vuelta contra Jerusalén. David arrepentido decía: *«Yo soy quien ha pecado y hecho mal, pero estas ovejas ¿qué han hecho?»*. Entonces David levantó un altar en la era de Ornam, jebuseo, donde había visto al ángel.

Ante estos sentimientos de arrepentimiento, visto por el Señor, fue por lo que Dios dijo al ángel cuando iba a destruir Jerusalén: *«Basta, retira ya tu mano»*. Una vez que alzó allí el altar David y ofreció sacrificios, se mostró Yahvé propicio al país, cesando la peste sobre Israel. (En el lugar de la era de Ornam donde David levantó el altar, que era el monte Moriah, allí construyó después Salomón el templo: (1 Cr. 24, 25).

De lo dicho podemos inferir la malicia del pecado y el valor del arrepentimiento.

54. Últimos años de David

Cuando sintió David acercarse su fin, tuvo dos grandes y nobles preocupaciones: la construcción del templo y la sucesión al trono de Israel (1).

David concibió la idea de construir un magnífico templo para el Señor, y a este fin reunió los más hábiles arquitectos y obreros, gran cantidad de maderas de cedro, hierro, oro y plata en abundancia, y pidió a los circunstantes que también ellos hicieran generosos donativos para tal fin y así lo hicieron... Y fue construido en el monte Moriah, en el lugar en que David había dispuesto, en la era de Ornán, el jebuseo (2 Cr. 3).

David se decía: *«Mi hijo Salomón es todavía joven y de tierna edad, y la casa que ha de edificarse para Yahvé debe ser*

(1) **Nota:** Algunos se darán cuenta que hemos hecho ya varias citas anticipadas de los libros de las Crónicas, y los advertimos porque luego omitimos el hablar de estos libros, ya que muchos de sus hechos pueden verse incluidos en los de Samuel y los Reyes, y por lo mismo tomamos ahora algunos datos más precisos, en lo relativo al templo, de las Crónicas, libros que tienen muchas cosas comunes con los libros dichos.

grande sobre toda ponderación, para renombre y gloria de todos los países. Haré, pues para ella los preparativos (1 Cr. 22, 5).

David le dio los planos del templo a su hijo y le dijo: «*Tú, Salomón, hijo mío, esfuérzate y ten buen ánimo, y ¡manos a la obra! No temas ni desmayes, porque Yahvé, tu Dios, está contigo*»... y le dejó todo bien explicado y temiendo que hubiera desavenencias después de su muerte, respecto a la sucesión del trono, llamó a Natán, profeta, y a Sadoc, sacerdote, y le hizo consagrar solemnemente, como veremos, viviendo él, con gran alegría de la mayoría de los israelitas.

Entonces David bendijo a Yahvé en presencia de toda la asamblea y oró así:

«¡Bendito seas Tú, Yahvé, Dios de nuestro padre Israel, desde siempre y para siempre! Tuya, oh Yahvé, es la grandeza, el poder, la magnificencia, el esplendor y la majestad; pues tuyo es cuanto hay en el cielo y en la tierra. Tuyo, oh Yahvé, es el reino, pues tu te alzas sobre todas las cosas como dueño! De Ti procede la riqueza y la gloria. Tu lo gobiernas todo, en tus manos están el poder y la fortaleza, y en tu mano el dar grandeza y poder a todos.

Ahora, pues, oh Dios nuestro, te alabamos y celebramos tu Nombre glorioso. Porque ¿quién soy yo y quién es mi pueblo para que podamos hacerte estas ofrendas?... Yahvé, Dios nuestro, todo este cúmulo de cosas que hemos preparado para edificar una Casa a tu santo Nombre, viene de tu mano y es todo tuyo... Tu amas la rectitud; por eso te he ofrecido voluntariamente todo esto con sincero corazón.

Da a mi hijo Salomón un corazón perfecto para que guarde tus mandamientos... a fin de que todo lo ponga por obra y edifique el templo para el cual yo he hecho los preparativos.

Después dijo David a toda la asamblea: «*¡Benedicid a Yahvé, vuestro Dios!*, y toda la asamblea bendijo a Yahvé (1 Cr. 29, 10-20).

David murió en Jerusalén, después de haber reinado cuarenta años. Este gran rey no pasó de la edad de setenta años.

Con aquella vida de continua agitación, había envejecido físicamente, aunque conservando íntegras sus facultades intelectuales y morales hasta el último momento. Compuso salmos en alabanza al Señor. Sus restos mortales fueron depositados en el monte Sión.

LIBROS 1º Y 2º DE LOS REYES

55. Breve resumen de los sucedido al morir David

Primeramente diremos que estos dos libros hablan de la historia de Salomón y de la división de su reino, y también de los reinos de Israel y de Judá hasta su destrucción, destacándose en ellos la intervención de los profetas que hablaban a los reyes en nombre de Dios.

Poco antes de morir David y de proclamar rey a su hijo Salomón, conspiró contra éste su hermano Adonías, diciendo: «Yo reinaré», y logró formar un partido, ayudado por Joab, jefe del ejército y el sumo sacerdote, Abiatar.

Enterado David de este complot, mandó llamar al profeta Natán, al sacerdote Sadoc y a Benayas, capitán de su guarda personal, y le mandó que ungieran y proclamaran rey a Salomón.. Después llamó David a su hijo Salomón y le dio estas instrucciones:

«Yo me voy por el camino de todos los mortales; muéstrate fuerte y sé hombre. Guarda los preceptos de Yahvé, tu Dios, siguiendo sus caminos y cumpliendo sus mandamientos... para que tengas éxito en todo lo que hagas... (A mis conspiradores trátalos según tu sabiduría)» (1 Rey. 2, 2-6).

- Y he aquí cómo obró Salomón. Penetrando las perversas intenciones de su hermano **Adonías**, y para evitar nuevos trastornos, le hizo quitar la vida.

- **Joab** supo que se había descubierto también su intención, y se refugió en el Tabernáculo; pero no por eso se libró el asesino de Abner.

- Salomón perdonó la vida del sumo Sacerdote **Abiatar**, en atención a su carácter sagrado; pero le desterró a Anatot, prohibiéndole volver a Jerusalén y ejercer el sumo sacerdocio, en cuya dignidad fue confirmado Sadoc, de la familia de Eleazar.

- Tres años más tarde, por haber sido infiel a una orden dada, Semei, el que maldijo a David, consiguió que sus maldiciones cayeran sobre su cabeza. Y a Benayas,

que quedó como jefe de ejército, le mandó ejecutar la sentencia.

Reinado de Salomón. Después de la muerte de David, su hijo Salomón empezó a reinar, y Dios le amó porque iba por el camino de sus mandamientos. Una noche se le apareció el Señor en sueños en Gabaón, y le dijo: *«Pídeme lo que quieras que Yo te dé»*.

«Salomón respondió: Yahvé, Dios mío, Tu has hecho rey a tu siervo en lugar de mi padre David, no siendo yo más que un niño pequeño...», dame un corazón bueno y la sabiduría necesaria para gobernar bien a mi pueblo. Mucho agradó al Señor esta petición, y además de los que le había pedido le dio riquezas y gloria sobre todos los reyes de la tierra.

Salomón tuvo pronto ocasión de manifestar la sabiduría maravillosa con la que Dios le había adornado.

«Vinieron entonces al rey dos mujeres de mala vida, y presentándose ante él, una de ellas le dijo: «¡Oyeme, señor mío! Esta mujer y yo habitábamos en la misma casa y en ella di a luz un niño. Tres días después, también esta mujer dio a luz. En la misma casa permanecíamos juntas y solas sin ninguna persona extraña.

Una noche murió el niño de esta mujer por haberse ella acostado sobre él. Y levantándose ella a media noche, me quitó de mi lado a mi hijo, estando dormida tu sierva, y puso en el mío a su hijo muerto. Cuando yo me levanté por la mañana para dar el pecho a mi hijo, vi que estaba muerto; mas mirándole con atención, a la luz del día vi que no era el mío, el que yo había dado a luz.

Respondió la otra mujer: «¡No, mi hijo es el que esta vivo, y tu hijo muerto!», mas la primera replicaba: «No, sino que tu hijo es el muerto, y el mío el vivo» Y así altercaban ante el rey.

(En vista de lo que decís), dijo el rey: Traedme una espada, y la trajeron ante el rey, el cual dijo: *«Partid el niño vivo en dos, y dad la mitad a la una y la otra mitad a la otra. Entonces la mujer, a la que pertenecía el niño vivo, conmoviéndosele las entrañas por amor a su hijo, dijo: «Señor mío, dadle a ella el niño vivo, pero no lo matéis. Mientras la otra decía: No ha de ser mío ni tuyo, que lo partan»*.

Entonces Salomón dijo: «Dad a la primera el niño vivo y no lo matéis; ella es su madre».

Esta sentencia excitó en el pueblo profunda admiración y respecto hacia Salomón, viendo que le asistía la sabiduría de Dios para hacer justicia. Y tan grande era su sabiduría que venían reyes y sabios de todo el mundo a escucharle. Una de estas visitas fue la reina de Saba, una vez construido el templo, y al ver sus sabiduría sus obras quedó llena de admiración de cuanto había visto en él.

Salomón manifestó su sabiduría escribiendo colecciones de sentencias y máximas, algunas de las cuales podemos leer en el libro de los Proverbios.

56. Construcción e inauguración del templo

Entre las grandes obras que realizó Salomón, la que más gloria le dio fue la construcción del templo, para que no escatimó oro ni plata ni las mejores maderas de cedro del Líbano. Empleó en los trabajos pesados más de 150.000 obreros palestinos. Niveló el terreno donde se había levantar, que fue el llamado monte Moriah, donde está hoy construida la mezquita de Omar, al sudeste de Jerusalén.

En siete años se construyó tan grandioso monumento, verdadera maravilla de Oriente. El «*Sancta sanctorum*» o Santísimo, que medía unos diez metros de largo, fue revestido todo él de planchas de oro purísimo y a este lugar se trasladó entonces el Arca de la Alianza desde el Tabernáculo de Sión, lugar en el que había sido colocada por David.

Las fiestas de la Dedicación del templo, a las que invitó Salomón a todos los jefes de la nación, duraron siete días y en ellos se ofrecieron innumerables sacrificios. Después que fue colocada el Arca en **Santa Sanctorum**, el Señor manifestó su presencia por medio de una nube luminosa. He aquí lo sucedido:

«Y sucedió que al salir los sacerdotes del Santuario, la nube llenó la Casa de Yahvé; y los sacerdotes no pudieron permanecer en él para ejercer su ministerio por causa de la nube, pues la gloria de Yahvé llenaba la Casa. Entonces dijo Salomón: «Yahvé ha dicho que habitaría en la oscuridad. Pues bien, yo he edificado una Casa que sea tu morada, el lugar de habitación para siempre» (1 Rey. 8, 10-13).

Las fiestas de la Dedicación se celebraron con un júbilo extraordinario. Ciento veinte sacerdotes hacían resonar las trompetas sagradas; otros vibraban sus arpas, cítaras y címbalos. Los levitas cantaban salmos y repetían con frecuencia: *«Alabad al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia»*.

Salomón se colocó sobre un estrado, ante el altar de Yahvé, en presencia de toda la asamblea de Israel, y pidió a Dios que bendijera a su pueblo y que oyera sus súplicas en aquel templo:

«Cuando pecare alguno contra tu prójimo... Cuando haya hambre en la tierra o peste... Cuando se cierra el cielo y no llueva por haber ellos pecado contra Tí, si oraren mirando hacia este lugar y alabando tu Nombre y se convirtieren de su pecado por haberlos Tu afligido, óyelos y perdona el pecado de tus siervos...» (1 Rey. 8, 22 ss).

Luego se le apareció el Señor a Salomón y le dijo:

«Si vosotros y vuestro hijos os apartáis de Mí, si no guardáis mis mandamientos y os vais a servir a otros dioses... extirparé a Israel de la tierra que os he dado, y esta Casa que he santificado para mi Nombre, la echaré lejos de mi vista y será reducida a ruinas... y cuando digan ¿por qué ha tratado Yahvé así a esta Casa? Porque abandonaron a Yahvé su Dios...» (1 Rey. 9, 1-9).

Las palabras del Señor se han visto cumplidas. Cuando Dios los desterró a Babilonia por sus pecados, el templo quedó destruido. Levantado de nuevo por Zorobabel al regresar del destierro... y restaurando por Herodes el Grande, fue de nuevo destruido el año 70 de nuestra era por los ejércitos romanos, conforme a la profecía de Jesucristo: *«No quedara piedra sobre piedra»*.

Hoy, el lugar de aquel templo de Salomón no es más que una gran explanada... y la roca de los holocaustos es la que está cobijada por la mezquita de Omar... La causa de tanta ruina ¡por no cumplir los mandamientos de Dios!

57. Decadencia y triste fin de Salomón

Salomón fue un gran rey, porque hizo de Israel, pequeño país, un poderosos estado, y entre las grandes obras que

realizó, la que más gloria le dio fue la construcción del templo, el que dedicó con gran solemnidad al Señor; más después de haber trabajado mucho para la gloria de Dios y dado muchas pruebas de sabiduría, virtud y santidad, anciano, ya, se dejó alucinar por las mujeres idólatras, las cuales le pervirtieron, induciéndole a erigir templos a los ídolos de los gentiles.

El Señor le avisó y le amenazó más de una vez, pero esclavo de vergonzosas pasiones, persistió en el mal.

«Yahvé dijo a Salomón: «Por cuanto te has portado así, y no has guardado mi alianza y las leyes que yo te había mandado, yo arrancaré el reino de tu mano, y se lo daré a un siervo tuyo» (1 Rey. 11, 11).

Esto le dijo el Señor, mas no lo haré mientras vivas, por honra a David, tu padre, pues por él dejare una tribu a tu hijo, y por Jerusalén a la que he escogido. Dios hacía esta limitación, en su bondad infinita, para mantener la promesa, según la cual, el Mesías debía ser del linaje de David.

Las riquezas y las mujeres paganas corrompieron el corazón de Salomón y provocó el descontento del pueblo, y esto condujo a la división del reino, que quedó dividido en dos: el reino de Judá y el reino de Israel. Diez tribus quedaron bajo el mando de Jeroboán, inspector de las obras de Salomón, y sólo dos: la de Judá y Benjamín permanecieron fieles en tono a Roboán, hijo de Salomón.

El reino de Israel, duró dos siglos y medio y fue regido por 19 reyes, que fueron todos malos desde el punto de vista religiosos. Este reino cayó el año 722 antes de Cristo.

El reino de Judá duró algo más, hasta la cautividad de Babilonia (año 586 a.C) y fue ocupado por 20 reyes todos del linaje de David y progenitores del Mesías. Varios de ellos dejaron mucho de desear, si bien alguno como Asá, Josafat, Ezequías y Josías, fueron verdaderamente fieles a los mandamientos de Dios.

Los reyes de ambos reinos, así como el pueblo, se fueron apartando progresivamente del verdadero Dios para entregarse a la idolatría, y se debilitaron por guerras internas y externas entre ambos.

Dios suscitó profetas en estos reinados, y por hacer «lo malo a los ojos de Dios» y no escuchar las apremiantes ex-

hortaciones que Él les hizo por medio de ellos, les anunció grandes castigos y, con toda claridad, el destierro. Si preguntamos por qué sobrevinieron tantos males al pueblo de Israel, no hallamos otra respuesta que por no cumplir los mandamientos de Dios, y lo mismo nos puede suceder a nosotros, si no observamos la ley de Dios.

58. ¿Cómo se realizó el cisma de Israel?

El cisma o división del reino de Israel en dos, fue **preparada** primeramente por Salomón por su decadencia religiosa y por la carga de impuestos con que tenía abrumado al pueblo.

Después se realizó por la arrogancia y poca inteligencia de su hijo Roboán y haber seguido el consejo imprudente de los jóvenes.

Las tribus de Judá y Benjamín reconocieron inmediatamente a Roboán por rey; pero no así las otras tribus, las acaudilladas por Jeroboán y la razón fue ésta: Al estar primeramente dispuestas a prestar a Roboán el homenaje de fidelidad, le exigieron a éste que los aliviase un poco de la insoportable carga de los impuestos, y así le dijeron:

«Tu padre hizo muy pesado nuestro yugo, aligera tú la dura servidumbre de tu padre y el yugo pesado que nos puso encima, y te serviremos. El les contestó: «Id y volved a mi dentro de tres días». Y se fue el pueblo.

El rey Roboán consultó entonces a los ancianos, diciéndoles: ¿Qué me aconsejáis que responda a este pueblo? Le contestaron: *«Si hoy te haces siervo de este pueblo y condesciendes con ellos, respondiéndoles y en tono amable, serán para siempre siervos tuyos»* (1 Rey. 12, 6-7).

Luego consultó a los jóvenes, que se habían criado con él, y le dijeron: *«Así dirás al pueblo que te ha dicho: Tu padre hizo muy pesado su yugo sobre nosotros, aligéralo tú», le hablarás así: «Mi padre os impuso un yugo pesado, pero yo haré vuestro yugo más pesado todavía; mi padre os castigo con látigos y yo os castigaré con escorpiones».*

El consejo de los ancianos era prudente y único que debía seguir en aquella circunstancias; pero Roboán, conside-

rándolo injurioso a su majestad y depresivo de su autoridad, siguió el imprudente de los jóvenes... y el resultado fue que una vez que se lo comunicó al pueblo, éste desoyó al rey y le negaron su obediencia, y quedaron divididos así los dos reinos.

A las tribus de uno y otro reino Dios les habló por medio de los profetas; pero, como veremos, fueron desobedientes a los mandamientos de Dios, y por eso los castigó con el destierro.

REINO DE ISRAEL

59. Jeroboán establece la idolatría

Jeroboán, primer rey de Israel, temiendo que sus súbditos se pasasen para el rey de Judá, si acudían al templo de Jerusalén a ofrecer sus sacrificios, hizo fabricar dos becerros de oro, uno en Dan y otro en Betel para impedirselo.

Jeroboán dijo al pueblo: *«Bastante tiempo habéis subido a Jerusalén. ¡He aquí tu Dios, oh Israel, el que te sacó del país de Egipto!... Esto fue ocasión de pecado para el pueblo, pues iban hasta Dan para adorar... (1 Rey. 12, 28-30).*

Esto hizo que casi todos los israelitas abandonaron la religión y así los indujo a la idolatría, haciendo a su vez sacerdotes a gentes del pueblo que no eran de la tribu de Leví.

Un día en que Jeroboán se disponía a ejercer funciones de rey y sacerdote, sacrificando al ídolo de Betel, se le presentó un hombre de Dios de Judá y alzando la voz exclamó:

«¡Altar, altar! Así dice Yahvé: Nacerá un hijo de la casa de David, que me llamará Josías. Este sacrificará sobre ti a los sacerdotes de los lugares altos, que en tus aras queman incienso, y quemará sobre ti huesos humanos, y ésta es la señal de que

es Yahvé quien habla; el altar se quebrará y se derramará la ceniza que hay sobre él» (1 Rey. 13).

Al oír el rey Jeroboán tales palabras, extendió su brazo desde el altar diciendo: «Prendedle»; pero en este momento el brazo del rey quedó completamente paralizado y rígido, y se rompió el altar y se derramaron por el suelo sus cenizas.

Consternado el rey, dijo al profeta: «Ruega a Yahvé, tu Dios, y ora por mi, para que vuelva hacia mi la mano». El hombre de Dios se lo pidió al Señor y lo curó». A este beneficio lo que hizo el rey fue invitarle a comer y hacerle algún regalo, mas el profeta le dijo que no le aceptaba la comida porque Dios se lo tenía ordenado, y se fue por otro camino; mas el impío Jeroboán no se convirtió de su escandalosa apostasía.

Cuando este profeta, que curó el brazo de Jeroboán, emprendió su camino a Judá, otro viejo profeta de Betel, que había tenido noticia de sus milagros, salió corriendo para verle, y una vez hallado, le invitó a comer con él, y el Judá le dijo como a Jeroboán, que Dios se lo tenía prohibido. Entonces el profeta de Betel se atrevió a mentirle, diciéndole que él era también profeta y un ángel de Dios le había hablado para fuera a su casa.

El profeta de Judá, aunque tenía revelación en contra, se fió de la simple palabra del de Betel, y mientras estaban en la mesa, Dios quiso valerse del mismo de Betel para reprenderle, y le gritó:

«Así dice Yahvé: Por cuanto has sido rebelde a la orden de Yahvé, tu Dios, y no haber observado el mandato que te había dado, volviéndote para comer el pan y beber el agua en el lugar donde te lo prohibí, no será llevado tu cadáver al sepulcro de tus padres (porque vas a morir en Israel) (1 Rey. 13, 21).

En efecto; el hombre de Dios volvió a tomar su camino, y se fue en el asno que le mandó preparar el de Betel, y encontrando, según iba un león, le mató quedando allí tendido su cadáver. El asno y el león siguieron junto a él, y el león ni devoró el cadáver del profeta ni hizo daño al asno. Al saberlo el de Betel levantó el cadáver y lo llevó a su ciudad donde le sepultó y lloró, y luego encomendó a sus hijos que cuando él muriera lo sepultaran junto al profeta de Judá,

para que se conservaran intactos sus huesos junto a los suyos para que se cumpliera la palabra que de parte de Yahvé gritó él contra el altar de Betel.

Las enseñanzas que podemos sacar de este hecho, es que Dios pudo hablar por medio del profeta mentiroso, como otro día lo hiciera por la burra de Balaam. Dios castigó al profeta de Judá, para dar a entender la exactitud con que se quiere ser obedecido por los que están dedicados a su servicio.

60. Historia de Elías y de Ajad

Primeramente advertiremos que el profeta Ajías que fue el que anunció a Jeroboán que sería rey de Israel, fue también el que le anunció su ruina, la de su hijo y todos sus descendientes.

De los reyes que sucedieron a Jeroboán haremos mención de **Ajad**, y nos fijaremos en su figura y en la del profeta Elías.

¿Quién fue Ajad? Ajad, hijo de Omri, fue uno de los reyes de Israel más impíos. Era de un carácter más bien débil que malo, y se casó con Jezabel, hija de un sacerdote de Baal y rey de los sidonios.

Jezabel fue una mujer imperiosa, cruel y fanática, que influyó mucho en su marido para extirpar el culto del Señor en Israel y sustituirlo por el de los ídolos de Baal, y logró se construyera en Samaria un templo en honor de Baal y protegió a los numerosos sacerdotes de esta falsa divinidad, mientras buscaba por toda parte a los profetas del verdadero Dios para darles muerte.

¿Quién era el profeta Elías? Elías fue un profeta que Dios se reservó y del que se valió para resistir a estos reyes impíos e impedirles pervertir enteramente el reino.

Elías es uno de los profetas más célebres del Antiguo Testamento, que luchó con todo su celo y valor contra la idolatría. Era natural de Tesba, en las montañas de Galaad, y un día, por orden de Dios, se presentó a Ajad, el rey de Israel y sin preámbulos le intima un castigo diciéndole:

«Vive Yahvé, el Dios de Israel, a quien sirvo, que no habrá en estos años ni rocío ni lluvia, sino por mi palabra.

Entonces llegó a Elías esta orden de Yahvé: *«Vete de aquí, dirígete hacia el Oriente y escóndete junto al torrente Carit, que está al este del Jordán. Beberás el agua del torrente, y Yo mandaré a los cuervos que ten allí de comer»* (1 Rey. 17, 1-4).

Así lo hizo el profeta y los cuervos le llevaban por la mañana y por la tarde pan y carne, hasta que se secó el torrente por no haber caído lluvia alguna sobre la tierra. Luego le fue dada una nueva orden de Yahvé a Elías: *«Levántate y vete a Sarepta, que pertenece a Sidón, y habita allí. Yo he dado orden a una mujer viuda para que te sustente»*.

Elías se fue a Sarepta, y al llegar cerca de la ciudad, vio a una mujer, que estaba recogiendo leña, y le dijo: «Mujer, tráeme un poco de agua para apagar la sed», y luego le dijo: «Tráeme, por favor, un poco de pan», y la mujer le respondió: «Bien sabe Dios que no tengo nada de pan cocido; sólo me queda un puñado de harina y un poco de aceite, y ahora estaba recogiendo esta poca de leña, a fin de preparar ese alimento para mi y para mi hijo, comérmolos y después morir. Elías le dijo:

«No temas; anda y haz como has dicho; pero haz primero un panecillo para mí, y después lo harás para ti y para tu hijo, porque así lo dice el Señor, Dios de Israel: no faltará harina en la tinaja, ni aceite en la vasija hasta el día que Yahvé envíe lluvia sobre la tierra».

La mujer, llena de fe, hizo lo que le indicó el siervo de Dios, cuya promesa tuvo exacto cumplimiento. Tres años estuvo Elías en casa de aquella pobre viuda, y en todo este tiempo no faltó ni la harina ni la aceite. Después cayó enfermo el hijo de la mujer, y murió, y Elías rogó al Señor por él y se lo devolvió vivo, y la mujer gozosa, exclamó:

«Ahora conozco que eres hombre de Dios y que la palabra de Yahvé en tu boca es verdad» (1 Rey. 17, 24).

La fe en la palabra de Dios salva a todos.

61. Elías aparece ante Ajab

La sequía continuaba por entonces y el hambre seguía haciendo estragos en Israel. Compadecido el Señor de su pueblo, habló a su profeta diciéndole: *«Anda y preséntate a*

Ajab, porque voy a enviar lluvia sobre la tierra». Al mismo tiempo salía Ajab con su mayordomo Abdías para explorar el país en busca de pasto para los animales, que perecían de hambre.

Elías salió al encuentro del rey, que al verle le dijo con rostro severo: «*¿No eres tu el perturbador de Israel?*»

Elías le respondió: «No soy yo el que he perturbado a Israel, sino tú y la casa de tu padre -por tus pecados- por haber abandonado los mandamientos de Yahvé y haber seguido a los baales» (1 Rey. 18, 18).

Después hizo Elías al rey esta proposición, que debía manifestar clarísimamente la omnipotencia del Señor: «*Reune sobre el monte Carmelo al pueblo y a los 450 sacerdotes de Baal*». Ajab consintió en ello, y asistió el mismo a aquella reunión imponente que habría atraído una multitud de espectadores.

Elías acercándose entonces a todo el pueblo, dijo: «*¿Hasta cuando estaréis vacilantes hacia dos lados? Si Yahvé es Dios, seguidle, y si es Baal, id tras él. Mas el pueblo no le respondió palabra. Elías entonces volvió a decir al pueblo: «Yo sólo he quedado de los profetas de Yahvé, mientras los profetas de Baal son cuatrocientos cincuenta». Que nos traigan dos bueyes; ellos escojan uno, lo corten en pedazos, colocados sobre la leña del altar, sin aplicarle fuego, y yo prepararé el otro buey y lo colocaré sobre la leña, sin poner fuego debajo.*

Después invocad el nombre de vuestro dios, y Yo invocaré el Nombre de Yahvé y el dios que respondiere con el fuego, ese sea el verdadero Dios» (1 Rey. 18, 21-24).

¡Excelente proposición! exclamó el pueblo. Pues empezaad vosotros, dijo Elías a los sacerdotes de Baal, porque sois más numerosos.

Dispusieron, en efecto, la leña y la víctima sobre el altar, y empezaron a invocar a su dios gritando: «*Baal, escúchanos!*». Así estuvieron toda la mañana repitiendo esta invocación, acompañándola de ridículas contorsiones y danzas, pero nadie respondía.

- «Gritad más fuerte - les decía irónicamente Elías, porque acaso vuestro dios esté conversando con alguno o descansando de algún largo viaje, o durmiendo y ya despertará».

Y aquellos miserables daban mayores gritos y se sajaban las carnes con lancetas hasta quedar bañados en sangre; pero todo en vano; Baal permaneció sordo y no envió el fuego para el holocausto.

Súplicas de Elías. Pasado el mediodía, cuando estaba bien patente la inutilidad de las súplicas y esfuerzos de los sacerdotes de Baal, Elías preparó su sacrificio. Erigió un altar y colocada la víctima sobre la leña, mandó regarlo todo con agua. Después oró así:

«¡Oh Yahvé, Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; que se haga hoy notorio que tu eres Dios de Israel y que soy tu siervo, y que todo esto lo hago por tu mandato. ¡Respóndeme, Yahvé, respóndeme, para que sepa este pueblo que Tú, Yahvé, eres Dios, y que conviertes a su corazón (1 Rey. 18, 36-38).

Entonces de repente bajó fuego del Señor y consumió el holocausto las leñas y las piedras sobre las que estaba colocada la víctima. Al ver esto el pueblo, cayeron sobre sus rostros y exclamaron: *«¡El Señor es Dios! ¡El Señor es Dios!»*.

«Echad mano a los profetas de Baal», dijo Elías, y prendiéndolos los llevaron a la orilla del torrente Cisón, y los degollaron, terminando así aquellos infames sacerdotes que por tanto tiempo habían abusado de su credulidad.

Elías subió luego a la cima del Carmelo, e hizo ferviente oración. Pasadas pocas horas, el cielo se cubrió de espesas nubes, y una lluvia abundante regó los mustios campos.

62. Elías huye de Jezabel y el Señor lo conforta

Cuando Jezabel supo por boca de Ajab lo ocurrido en el Carmelo, se desató en horribles amenazas e imprecaciones contra Elías, y así mandó por su mensajero a decirle: «Así hagan conmigo los dioses, y aún más, si mañana a esta hora no te tratado tu vida como tú has tratado la de cada uno de los profetas de Baal».

Temió, pues, Elías y se levantó y huyó para salvar su vida a través del desierto. Rendido de fatiga se acostó debajo de un árbol y deseó morir, y así dijo:

«Basta ya, oh Yahvé. Lleva mi alma, que no soy mejor que mis padres. Luego acostándose allí, se quedó dormido; mas un

ángel le tocó y le dijo: «Levántate y come». Miró y vio a su cabecera una torta cocida y un jarro de agua. Comió, pues, y bebió, y se acostó de nuevo. Mas el ángel de Yahvé vino por segunda vez y le tocó, diciendo: «Levántate y come, porque el camino aún es demasiado largo para ti» (1 Rey. 19, 2-7).

Obedeció Elías, y confortado con aquel manjar milagroso anduvo errante por el desierto cuarenta días y cuarenta noches, hasta llegar al monte Horeb (= el Sinaí), donde le mostró el Señor en misteriosos signos el rigor de su justicia y la bondad de su clemencia.

Llegando más tarde a una de aquellas montañas del Sinaí, entró en una cueva para pasar la noche, y he aquí que Yahvé le dijo:

«¿Qué haces aquí, Elías?». Él respondió: «He defendido con gran celo la causa de Yahvé, del Dios de los ejércitos; pues los hijos de Israel han roto tu alianza, han derribado tus altares y pasando a cuchillo a tus profeta; y he quedado yo sólo; y me están buscando para quitarme la vida». Díjole Yahvé: «Sal fuera y ponte de pie en el monte ante Yahvé. He aquí que va a pasar» (1 Rey. 19, 7-9).

- Pasó primero un viento tan fuerte, que parecía trastornar los montes y arrancar las peñas; pero el Señor no venía en el viento.

- Siguió un terremoto, pero el Señor no venía en él.

- Tras el terremoto pasó un fuego de grandes llamaradas; pero el Señor no venía en el fuego.

- Y tras del fuego un silvido o soplo del viento suave como el de una brisa ligera. Cuando Elías sintió este viento apacible, conoció que pasaba el Señor y oyó una voz que le dirigía de nuevo la pregunta: «¿Qué haces aquí, Elías?». Y el profeta le repitió las palabras dichas.

Entonces Dios le dio esta misión: Vete, vuélvete por tu camino, por el desierto de Damasco, y cuando llegues, unge a Jazael por el rey de Siría, a Jehú por rey de Israel, y a Eliseo, para que sea profeta en tu lugar.

Y siguió diciéndole: *Voy a dejar con vida en Israel a siete mil, cuyas rodillas no se han doblado ante Baal y cuyo labios no le han besado.*

Nota: Referente al pan milagroso con que se alimentó Elías, notemos que es figura de la Eucaristía, que nos sostiene en la peregrinación de esta vida.

Partió de allí y halló a Eliseo sobre el que arrojó su manto, como para enseñarle que desde aquel momento estaba invitado a hacerse cargo de la misión profética. El joven, comprendiéndolo, fue a despedirse de sus padres y siguió a Elías en calidad de criado y de discípulo.

Elías, arrebatado al cielo. Elías había cumplido su misión gloriosa. Eliseo, el más fiel de sus discípulos, sabiendo por revelación que su maestro iba a ser arrebatado de este mundo, no quería apartarse de su lado, y juntos se dirigieron al Jordán. Elías golpeó con su manto las aguas del río, que se separaron como en otro tiempo delante del Arca de la Alianza para dejarle paso. Ambos pasaron a pie enjuto. Una vez pasaron, iban conversando, cuando de repente apareció un carro luminoso tirado por caballos de fuego, Eliseo vio a su maestro elevarse por los aires en aquella carroza triunfal, y cuando lo hubo perdido de vista recogió el manto que Elías había dejado caer.

Así se libró de la muerte Elías, como en otro tiempo el patriarca Henoc. Dios sólo conoce el lugar donde mora hasta los últimos tiempos, en los que volverá para predicar la penitencia a los pecadores, sostener a los justos en la virtud y pelear contra el anticristo.

63. Ajab y la viña de Nabot

Ajab no contaba para nada con Dios, y, por satisfacer sus gustos o los antojos de la reina Jezabel, no retrocedía ante los crímenes más horrendos.

Los reyes tenían un magnífico palacio en Jezrael, junto a una viña perteneciente a un vecino de la ciudad, llamado Nabot.

Ajab dijo a Nabot: «Dame la viña para hacer un huerto para legumbres; porque está muy cerca de mi casa, y yo te daré a cambio otra mejor, o si te parece bien te pagaré su valor en dinero» (1 Rey. 21, 2).

Como Nabot le respondiese que la ley prohibía enajenar la herencia paterna, y no quisiera deshacerse de ella, se fue al rey a su palacio tan enojado, que no quiso comer. Cuando expuso la causa de su tristeza a Jezabel, ésta le

exclamó con ironía: *«¿Eres tú quien reina sobre Israel? ¡Levántate y come, y que tu corazón se alegre: Yo te daré la viña de Nabot.*

Después envió con este fin a los magistrados de la ciudad, que estaban a su disposición, una carta sellada con el sello real. He aquí lo que escribió la impía Jezabel:

«Promulgad un ayuno y colocad a Nabot entre los primeros del pueblo; y frente a él a dos hombres malvados, que depongan contra él, diciendo: ¡Tu has maldecido a Dios y al rey! Después sacadle y apedreadle para que muera».

Los inicuos magistrados cumplieron las órdenes de aquella mujer perversa, y Nabot murió apedreado. Al saberlo Ajab se levantó gozoso para bajar a la viña de Nabot de Jezrael y tomar posesión de ella. En esto le salió al encuentro el profeta Elías por orden de Dios, quien con severo acento le dijo:

«Así habla Yahvé: No sólo has cometido un asesinato, sino que también has robado. Y le dirás además: En el mismo lugar donde los perros lamieron la sangre de Nabot, lamerán también la tuya». Respondió Ajab a Elías: «¿Me has hallado, enemigo mío?». Y Elías le dijo: «Sí, te he hallado; por cuanto te has vendido para hacer lo que es malo a los ojos de Yahvé. He aquí que haré venir el mal sobre ti. Exterminaré a toda tu posteridad... y los perros comerán a Jezabel junto al muro de Jezrael» (1 Rey. 21, 19-23).

Después de haber oído esta terrible amenaza, el rey desgarró sus vestidos en señal de arrepentimiento, se cubrió con un saco áspero y se entregó al ayuno. Dios dijo entonces a Elías: «Porque se ha humillado delante de mí, no ocurrirá la desgracia durante su vida, sino durante la de su hijo. El triple oráculo del profeta se cumplió a la letra:

1) Tres años más tarde fue herido mortalmente Ajab y los perros lamieron su sangre (1 Rey. 8, 22, 38).

2) Por medio de Jehú hirió de muerte a su hijo Jorán (2 Rey. 9, 24) y también a todos sus descendientes (2 Rey. 10).

3) Jezabel fue muerta y los perros comieron su cadáver en el campo de Jezrael (2 Rey. 9, 30-37).

64. El profeta Eliseo y sus milagros

Eliseo recogió el manto que Elías había dejado caer al ser arrebatado al cielo, y volvió después y con él golpeó las aguas diciendo: «¿Dónde estás ahora Yahvé, el Dios de Elías?, y en cuanto golpeó las aguas de Jordán, se partieron éstas de un lado y de otro, pasando así Eliseo.

Los hijos de los profetas que había en Jericó, viendo lo sucedido, le salieron al encuentro, se postraron en tierra, y dijeron: «*El espíritu de Elías reposa sobre Eliseo*».

Eliseo hizo muchas milagros, recordaremos algunos:

1) La fuente de Eliseo. Hay actualmente en Jericó una fuente, que lleva el nombre de «Fuente de Eliseo», y nos recuerda el milagro que allí realizó.

Los vecinos de la ciudad dijeron a Eliseo: «El sitio de la ciudad es hermoso, como lo ve mi señor, pero las aguas son malas y la tierra estéril». Entonces él les dijo: «Traedme una vasija nueva y echad sal en ella...». Luego la echó en las aguas de la fuente diciendo: «*Así dice Yahvé: Yo saneo estas aguas. En adelante no saldrá de ellas ni muerte ni esterilidad*» (2 Rey. 2, 19-21).

En la actualidad las aguas de esta fuente brotan dulces y abundantes.

2) Socorre a una viuda de Samaria. Estaba cargada de deudas y le refirió a Eliseo como su acreedor le amenazaba con quitarle los hijos.

¿Qué tienes en tu casa?, le preguntó el profeta. Nada, respondió ella; nada absolutamente fuera de una vasija de aceite.

Eliseo le mandó que pidiese a sus vecinos muchas vasijas vacías, que no se contentase con pocas, y luego fuese llenándolas todas. Luego fue a decírselo al profeta. Eliseo le dijo:

«*Vete y vende el aceite y paga tus deudas, y de lo restante viviréis tu y tus hijos*». (2 Rey. 4, 7).

3) Curación del leproso Naaman. Uno de los milagros más célebres de Eliseo consistió en la curación de un general sirio, llamado Naamán, que estaba atacado de lepra. La mujer de Naamán había tomado a su servicio una joven israelita, y habiendo sabido por ella los prodigios que obraba

Eliseo, Naamán se presentó en casa de éste con gran aparato de carros y caballos para que lo curase. El profeta sin salir a verle, se contentó con decirle lo que tenía que hacer para quedar limpio de la lepra.

«Eliseo le mandó un mensajero que le dijese: *«Ve y lávate siete veces en el Jordán y recobrarás tu carne y quedarás limpio.* Naamán se enojó y se fue diciendo: Yo pensaba que por lo menos saldría, y se presentaría a mi, e invocando el nombre de Yahvé, su Dios, me pasaría la mano sobre mi llaga y así curaría la lepra. ¿Acaso los ríos de Damasco, el Albaná y el Farfar, no son mejores que todas las aguas de Israel?... Volviendo su rostro, se iba muy enojado; pero acercándose sus siervos le dijeron: *«Padre mío, si el profeta te hubiera mandado hacer algo difícil, ¿no lo habrías hecho? ¿Cuánto más habiéndote dicho: Lávate y quedarás limpio»* (2 Rey. 5, 10-13).

Naamán se dejó persuadir, bajo al Jordán, se bañó siete veces y quedó curado, quedando su carne como la de un niño. Luego Naamán volvió al profeta, y postrado a sus pies dijo: *«Ahora conozco que no hay Dios en toda la tierra sino el de Israel»*.

Naamán ofreció ricos presentes a Eliseo; más éste nada aceptó.

- Apenas el general había marchado, cuando **Guejazi**, criado de Eliseo, se dijo a si mismo, impulsado por la tentación de avaricia: «Mi amo ha tratado con miramiento a este sirio no aceptando nada de su mano; correré tras él y conseguiré algo». Cuando le vio acercarse corriendo, bajó de su carro para ir a su encuentro, y dijo:

«¿Va todo bien? Bien, respondió él; pero mi señor me ha enviado para decirte: «Acaban de llegar de la montaña de Efraim dos jóvenes, discípulos de los profetas; te ruego me des para ellos un talento de plata y dos vestidos nuevos» (2 Rey. 5, 21-22).

Naamán le dio los talentos y lo que pedía, y el infiel criado fue a ocultarlo en su casa. Pero Eliseo que había visto en espíritu todo cuanto había hecho Guejazi, le dijo:

«Ya tienes dinero y vestidos, y luego podrás comprar olivares, viñas, ovejas, bueyes, siervos y siervas, pero la lepra de Naamán se te pegará a ti y a tu descendencia para siempre» (2 Rey. 5, 25-27).

En el mismo instante Guejazi salió de la presencia de Eliseo blanco de lepra como la nieve.

¡Cara se pagan la avaricia y las mentiras!.

65. Asedio de Samaria

Benadad, rey de Siria, reunió todo su ejército y puso sitio a Samaria, capital de Israel. Permaneciendo cercada esta ciudad bastante tiempo, hubo en ella mucha hambre, llegando la comida más vil a alcanzar precios fantásticos (20 veces más de lo ordinario). Además se dio el caso de que algunas madres se comieron a sus propios hijos, y el rey, al saberlo, se rasgó sus vestiduras, y culpó a Eliseo, sin duda por haber animado a resistir mientras llegaba una ayuda divina.

Jorán, que era el rey de Israel, entonces al ver tantas calamidades en la capital de su reino, en vez de volverse a Dios en trance tan apurado, juró matar a Eliseo, y cuando había tomado esta determinación, lo supo el mismo Eliseo y previno a los ancianos de que el rey se acercaba con el fin de asesinarle.

«Antes que llegara el enviado del rey, Eliseo dijo a los ancianos: «¿Habéis visto como ese hijo de asesino manda a cortarme la cabeza? Mirad: cuando llegue el enviado, cerrad la puerta y rechazadle con ella. ¿No se oye ya, en pos de él, el ruido de los pasos de su señor?». Estaba todavía hablando con ellos, cuando he aquí que llegó el rey a su casa, y dijo: De Yahvé nos ha venido esta calamidad. ¿Qué tengo yo que esperar de Yahvé?» (2 Rey. 6, 32-33).

El rey blasfemaba, echando ahora la culpa a Dios, y parece se contuvo, quedando turbado ante la presencia del hombre de Dios, a quien le oyó una promesa inesperada. Los precios altísimos de los víveres cambiarían en veinticuatro horas, y la ciudad tendría alimentos a precios más baratos que de ordinario. Eliseo lo dijo así ante el rey y los ancianos:

«Oid la palabra de Yavhé (de esos Dios a quien acaba de injuriar): Mañana a esta hora se venderá en la puerta de Samaria la medida flor de harina por un siclo, y dos medidas de cebada por un siclo».

El oficial, sobre cuyo brazo se apoyaba el rey, contestó al hombre de Dios: «Aun cuando Yahvé abriese ventanas en el cielo, ¿podría ser eso? y Eliseo le dijo: *Con tus ojos lo verás pero no le comerás*» (2 Rey. 7, 2).

Todo esto se realizó como lo anunció el profeta. Aquella misma noche -sin duda por la oración-, Dios hizo que el campamento de los sirios, que tenían lleno de provisiones, éstos oyeran un gran estrépito de carros, caballos, y de un gran ejército, hasta creer que el rey de Israel se había coaligado con otros reyes extraños que se acercaban para atacarlos, y se levantaron al anochecer poniéndose en fuga, abandonando sus tiendas y sus caballos, el campamento tal cual estaba, con el fin de salvar su vida.

Unos leprosos que, al amanecer, llegaron al campo de los sirios en busca de alimentos, no encontrando alma viviente, dieron aviso a los de la ciudad. Entonces los habitantes de Samaria, que habían estado sitiados tanto tiempo, llenos de gozo, salieron en tropel a saquear el campamento, en donde se halló tal abundancia de provisiones, que los dos celemines o medidas de flor de harina se daban por el precio que había dicho Eliseo.

Para sostener el orden se colocó a las puertas de la ciudad el oficial, que había acompañado al rey el día anterior, y que tenía por imposibles las predicciones del profeta, y atropellado por la gente, murió viendo la abundancia de víveres, sin poder probarlos.

Cuando los profetas hablan en nombre de Dios, todo se cumple.

Muerte de Eliseo. En el reino de Joas, rey de Israel, murió Eliseo y fue sepultado. Por entonces hacía incursión en la tierra, un año tras otro, las tropas de Moab; y sucedió que mientras estaban unos sepultando a un muerto, vieron venir de pronto una de estas tropas, y arrojaron el muerto en el sepulcro de Eliseo, y en cuanto el muerto llegó a tocar los huesos de Eliseo, resucitó y se puso en pie (2 Rey, 13, 20).

REINO DE JUDÁ

66. Reinado de Roboán... de Asá y Josafat.

Roboán (como queda dicho) sucedió a su padre Salomón y provocó el cisma de las diez tribus y muy pronto, a los cuatro años de su reinado, tanto él como sus súbditos, se olvidaron del Señor, entregándose a la idolatría.

Por este motivo, Dios lo castigó con una invasión de Sesac, rey de Egipto, que penetró en Jerusalén y saqueó el templo y los palacios reales. He aquí lo que sucedió:

Entonces el profeta Semeyas, se presentó a Roboán y los príncipes de Judá, que se habían reunido en Jerusalén por miedo a Sesac, y les dijo: *«Así dice Yahvé: Vosotros me habéis abandonado a Mí, y por eso también Yo os abandono en poder de Sesac»* (2 Cr. 12, 5).

Ante estas palabras, los príncipes y el rey se humillaron diciendo: «Justo es Yahvé». Al ver Yahvé esta humillación, llegó su palabra a Semeyas, que les dijo: «Por haberse ellos humillado, no los destruiré, ni derramaré mi ira sobre Jerusalén por la mano de Sesac, pero le quedarán sujetos para que conozcan lo que es mi servidumbre y la de estos reinos. Sesac se retiró, y se contentó con imponer tributo al rey de Judá, (A Roboán le sucedió su hijo Abías que imitó los malos ejemplos de su padre).

Reinado de Asá. Asá reinó después de su padre Abías he hizo lo que es bueno y recto a los ojos de Dios. Hizo desaparecer los ídolos que sus padres se habían hecho, y hasta despojó a su madre Macá, de la dignidad de reina por dar culto a un ídolo, el que redujo a cenizas y destruyó todos los altares y estatuas paganas, y con un pequeño ejército aniquiló a millares de etíopes que intentaron una invasión en el reino de Judá.

Entonces el Espíritu de Dios vino sobre Azarías, hijo de Obed, el cual fue al encuentro de Asá y le dijo: *Oídme vosotros, Asá y todo Judá y Benjamín, Yahvé estará con vosotros cuando vosotros estéis con Él, y si le buscáis, se dejará hallar de vosotros; mas si le abandonáis, os abandonará»* (2 Cr. 15, 1-2).

Cuando oyó Asá las palabras y la profecía de Azarías, profeta, se sintió fortalecido y luchó por la causa de Dios haciendo desaparecer las abominaciones de toda la tierra de Judá y Benjamín, he hizo que el pueblo renovase la alianza con Yavhé.

Reinado de Josafat. Siguiendo los buenos ejemplos de su padre Asá elevó su reino a un grado de prosperidad y grandeza, y comprendiendo que la ignorancia en materia de religión trae necesariamente la corrupción de costumbres, se propuso inculcar en todo el país la ley de Dios por medio de sus príncipes, de los levitas y sacerdotes.

Esto hizo que el corazón del rey y de sus súbditos se fortaleciesen en los caminos del Señor y que el terror del mismo Yavhé cayese sobre todos los reinos de la tierra que había en torno a Judá.

67. Jorán y Atalía

A Josafat le sucedió en el trono su hijo Jorán (conviene advertir que por este tiempo hubo dos reyes con este mismo nombre, el uno hijo y el otro yerno del impío Ajab. Ambos favorecieron la idolatría).

Jorán, al posesionarse del reino, pasó a cuchillo a todos sus hermanos y algunos del reino, y por haberse casado con Atalía, hijo del impío Ajab y de Jezabel, siguió los caminos de los reyes de Israel, haciendo lo malo a los ojos de Dios, dando culto a los ídolos.

En estas circunstancias recibió una carta del profeta Elías en la que le prevenía cuanto le iba a suceder. Este era su contenido:

«Así dice Yahvé, el Dios de tu padre David: Por no haber seguido los caminos de tu padre Josafat, ni los caminos de Asá, rey de Judá, antes bien has andado por los de los reyes de Israel, y has hecho idolatrar a Judá..., y has dado muerte a tus hermanos, la casa de tu padre, que eran mejores que tú, Yahvé castigará a tu pueblo con una plaga grande, a tus hijos, a tus mujeres y a tu hacienda, y a ti te castigará con una grave enfermedad y con una dolencia de entrañas, hasta que éstas salgan fuera a causa de la enfermedad... (2 Cr. 21, 12-15).

Esta profecía se cumplió al pie de la letra. Dios despertó contra Jorán la animosidad de idumeos, filisteos y árabes, unos sacudieron el yugo de Judá, otros penetraron en Jerusalén, saquearon el palacio del rey y mataron a todos sus hijos, salvándose únicamente el menor llamado Ocozías. Este que apenas ocupó el trono un año fue tan perverso como sus padres Jorán y Atalía, y fue muerto por las tropas de Jehú.

Reinado de Atalía. Esta fue una mujer impía, ambiciosa y cruel, como su madre Jezabel. Una vez que supo la muerte de su hijo Ocozías, se apoderó del poder, y para estar más segura de conservarlo, hizo matar a todos los nietos o príncipes de la estirpe real. Uno de ellos, Joas, hijo de Ocozías, sólo fue salvado por Josabat, mujer del sumo sacerdote Joyada.

(Josabat, hija de Jorán y nieta de Josafat, era hermana de Ocozías, pero de madre distinta de Atalía, y cuando vio que iba a matar a los hijos del rey su hermano, corrió al dormitorio del niño Joas y le ocultó en las dependencias del templo).

Cuando Joas tenía siete años, el sumo sacerdote Joyada de acuerdo con los caudillos del ejército y jefes de las principales familias tramaron una conspiración contra Atalía a la que el pueblo detestaba, y preparó a todos para su coronación.

Joyada les dijo: *«He aquí el hijo del rey, que ha de reinar, como ha dicho Yahvé, de los hijos de David. Lo que habéis de hacer (para su coronación) es esto:... Todo el pueblo estará en el atrio de la casa de Yavhé... Los levitas rodearán al rey por todas partes. Cada uno con las armas en su mano. Sólo ellos acompañaran al rey cuando éste entrare o saliere»* (2 Cr. 23, 3-7).

Los levitas y todo Judá hicieron cuanto el sacerdote Joyada había mandado. Los conjurados y los soldados penetraron en el patio principal del templo con las armas en la mano y rodearon al joven príncipe, sobre cuya cabeza colocó Joyada la corona real y derramó aceite santo, y una vez ungido, exclamaron: ¡Viva el rey!. Las trompetas sonaban y la muchedumbre aclamaba entusiasmada. Atalía al oír estas aclamaciones corrió al templo ignorando lo que pasaba, y al ver a Joás sentado en el trono, gritó: «¡Conspiración, conspira-

ción!». Es lo único que pudo pronunciar Atalía, porque en el mismo instante ordenó Joyada que fuese arrojada del templo. La sacaron a la fuerza y la mataron a la entrada de su palacio.

Joás fue un rey piadoso mientras vivió el sumo sacerdote Joyada, su buen consejero y director, pero muerto Joyada siguió las peticiones de los malos consejeros y restableció el culto de los ídolos.

En estas circunstancias el espíritu de Dios descendió sobre el profeta Zacarías, hijo del sacerdote Joyada, y habló al pueblo diciendo:

«Así habla Dios: ¿Por qué traspasáis los mandamientos de Yahvé?. No tendréis éxito; pues si vosotros dejáis a Yahvé, Yahvé os dejará a vosotros» (2 Cr. 24, 20).

Al pueblo no le agradó la reprensión, y se conjuraron contra él sin duda como un día Pilato accedió a la petición del populacho para que le entregaran a Jesús, así accedió el rey Joás a entregar al profeta Zacarías para que lo apedreasen, quien, al morir, dijo: «¡Véalo Yahvé y tome venganza!». Joás, al fin murió asesinado por dos siervos suyos.

Dios sabe castigar a su tiempo las infidelidades de los hombres.

68. Acaz, rey de Judá

Acaz fue el más impío y perverso de los reyes de Judá. Fue, como dice un autor (J. D. Avalet), «un demonio en medio de dos ángeles, porque su padre Joatán y su hijo Ezequías fueron los reyes más piadosos de Judá». De Joatán, dice la Escritura que «llegó a ser poderoso, porque caminaba delante de Yahvé, su Dios» (2 Cr. 27, 6).

Acaz, para abolir el culto del verdadero Dios y arrastrar al pueblo a la idolatría, destruyó los vasos sagrados, tomó los tesoros del templo, y, por último, mandó cerrar sus puertas, erigió altares a los ídolos en todo el reino, llegando hasta practicar las abominaciones más horrendas de los cananeos, pues hizo pasar por el fuego sus propios hijos en honor del dios Moloc.

Por su culpa humilló Dios al reino de Judá, pues para castigar tan escandalosa apostasía, Dios entregó a Judá en manos de sus enemigos. Por el sur invadieron el reino de los idumeos, y por el norte se confederaron los reyes **Rasín** de Siria, y **Pecaj**, rey de Israel, los cuales subieron contra Jerusalén y sitiaron a Acáz; pero no pudieron vencerle ni realizar sus designios según la profecía de Isaías, quien intentó reducir al rey a reconciliarse con su Dios en aquel supremo peligro, en el que le pedía confiase más en el auxilio de Dios que en el de los hombres. Isaías dijo a Acáz:

«No temas ni se desaliente tu corazón a causa de esos dos tizones humeantes (**Rasín y Pecaj**), que se han coaligado para arrojarte del trono... «Así dice Yahvé: *«Esto no se llevará a cabo ni se hará»* (Is. 7, 4-7).

A tan generosas promesas, el empedernido idólatra respondió con un gesto de incredulidad.

¡Pide, oh rey, - insistió el profeta-, pide a tu Dios una señal de su omnipotencia! -no la pediré-, le contestó con hipocresía, porque no debemos tentar a Dios.

-Oid, pues, descendientes de David- repuso Isaías -, ¿os parece poco abusar de la paciencia de los hombres, sino que también queréis abusar la paciencia de Dios?. No queréis un milagro, pero Dios lo obrará a pesar vuestro.

«Por tanto el Señor mismo os dará una señal: he aquí que la Virgen concebirá y dará a luz un Hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel (=Dios con nosotros). (Is. 7, 14).

Esta es la señal de que la dinastía de David duraría por siempre como lo tenía prometido por Natán al mismo David (2 Sam. 7, 16), y por causa del Mesías prometido socorrería a Judá.

De hecho los reyes confederados no entraron en Jerusalén, si bien devastaron todo el reino.

No hay duda que mientras estemos con Dios, Él estará con nosotros.

69. Reinado de Ezequías.

Ezequías sucedió a su padre, el impío Acáz, en nada semejante a él. La Biblia resume su reinado en estas palabras:

«Hizo lo que era recto a los ojos de Yahvé..., y no hubo semejantes a él entre todos los reyes de Judá que les sucedieron, ni tampoco entre los que le precedieron» (2 Rey. 18, 3-5).

Lo primero que hizo fue purificar el templo de todos los ídolos introducidos en él por el rey Acáz y reponer los vasos sangrados y el altar para los sacrificios. Hizo reunir a los sacerdotes y levitas y les dijo:

«Escuchadme, levitas; santificaos ahora y santificad la Casa de Yahvé, el Dios de vuestros padres, y echad fuera del santuario lo que es impuro. Porque nuestros padres han pecado haciendo lo que era malo a los ojos de Yahvé, Dios de Israel, y por eso su ira se ha encendido sobre Judá y sobre Jerusalén. Yo tengo el propósito de hacer alianza con Yahvé para que se aparten de nosotros sus castigos.

Hijos míos, no seáis ahora negligentes, poned manos a la obra, vosotros sois los elegidos de Yahvé» (2 Cr. 29, 5-11).

Inmediatamente comenzaron las purificaciones del templo, y a los pocos días, una vez realizadas, Ezequías reunió a los jefes de la ciudad y subió con el pueblo y le ofrecieron muchos sacrificios, y al son de trompetas comenzó también el canto de Yahvé y con el acompañamiento de los salterios o instrumentos de David.

Para no dejar rastro de la idolatría en todo el reino, mandó Ezequías hacer pedazos la serpiente de bronce erigida por Moisés en el desierto, porque los Israelitas la adoraban y le ofrecían incienso como a un ídolo... y luego celebró la Pascua con gran regocijo de todo el pueblo de Judá y muchedumbre venida de Israel, y fue tan grande la solemnidad celebrada en Jerusalén como nunca la hubo desde los días de Salomón.

Después de la restauración del templo y del culto, Ezequías empezó la restauración de costumbres, y puesta su confianza en Dios logró destruir los numerosos batallones de los filisteos, tomando todas sus fortalezas hasta Gaza.

La Escritura dice que *«En el año sexto de Ezequías, que era el noveno de Oseas, rey de Israel, fue tomada Samaria... el rey de Asiria transportó los Israelitas a Asiria..., porque no habían escuchado la voz de Yahvé, su Dios, y habían roto su alianza» (2 Rey. 18, 10-12).*

Enfermedad de Ezequías. En este intermedio, «Ezequías enfermó de muerte, y fue a verle el profeta Isaías, hijo de Amós, y le dijo: Así habla Yahvé: *«Dispón de tu casa, porque vas a morir y no vivirás más»*. Entonces Ezequías volvió su rostro contra la pared, y oró así:

«¡Oh Yahvé!, ten presente como he andado ante ti con fidelidad y corazón sincero, haciendo lo que es bueno a tus ojos». Y Ezequías lloró con gran llanto. Isaías salió, y cuando aún estaba en el atrio central, recibió palabra de Yahvé que le dijo: *«Vuélvete: vuélvete, y di a Ezequías, jefe de mi pueblo: «Así dice Yahvé, el Dios de tu padre David: he oído tu oración y he visto tus lágrimas. Te voy a curar y dentro de tres días subirás a la Casa de Yahvé. A tus días añadiré quince años y te librará a ti y a esta ciudad de la mano del rey de Asiria, y Yo protegeré a esta ciudad por amor de mí y de mi siervo David»* (2 Rey. 20, 1-6).

Tres días después subía al templo el piadoso monarca para dar gracias a Dios.

70. Embajada del rey de Babilonia e invasión de Senaquerid.

La noticia de tan prodigiosa curación se divulgó por todas partes. Con este motivo Medorac Baladán, rey de Babilonia, envió una embajada con ricos presentes a Ezequías para felicitarle... Tan inesperada atención halagó mucho al rey de Jerusalén, recibió a los mensajeros con suma benevolencia, los colmó de honores, y dominado por cierto espíritu de vanidad, les enseñó todos sus tesoros de oro y plata, haciendo ostentación de ellos ante aquellos orientales, y esto motivó la reprensión del profeta de parte de Dios.

«Entonces dijo Isaías a Ezequías: Escuchad la sentencia de Yahvé: Día vendrá en que será llevado a Babilonia todo cuanto hay en tu palacio y todas las riquezas atesoradas por tus padres hasta el día presente, no quedando nada. Y tus hijos, tus mismos descendientes serán llevados cautivos para ser humildes esclavos del rey de Babilonia» (2 Rey. 20, 16 s).

¡Profecía admirable y sorprendente es ésta! El anuncio de Isaías, hecho con más de un siglo de anticipación, se cumplió al pie de la letra.

Invasión de Senaquerib. En el reinado de Ezequías, el soberbio Senaquerib, ocupando él el trono de Nínive, vino contra Judá y la invadió; mas Ezequías lo calmó dándole cuantiosos tributos, hasta que poco más tarde, le declaró la guerra abiertamente, y al disponerse a atacar a Jerusalén, mandó a tres de sus primeros oficiales para intimar a Ezequías que se rindiese, y al ver que no se rendía a sus palabras, los comisarios de Senaquerib llegaron a blasfemar de Yahvé, diciendo que los dioses de los pueblos conquistados no habían podido oponerse a ellos, ni tampoco podría Yahvé, y dijeron al pueblo: «No hagáis caso a Ezequías, rendiros a Senaquerib para que tengáis paz...».

Al oír tales insultos, el rey, el profeta Isaías y el pueblo oraron y se apoyaron en Dios, y le fue revelado:

«No entrará en esta ciudad, ni disparará aquí flechas... Por el camino, que vino, por el mismo se volverá y no entrará en esta ciudad, dice Yahvé, porque Yo la ampararé para salvarla... En aquella misma noche salió el Ángel de Yahvé e hirió en el campamento de los Asirios a ciento ochenta mil hombres, y por la mañana, al levantarse, todos eran cadáveres.» Entonces Senaquerib, rey de Asiria levantó el campamento y se marchó a Nínive donde le mataron sus hijos (2 Rey. 19, 20 ss.).

La milagrosa derrota de Senaquerib causó tal espanto y consternación en los países vecinos, que nadie se atrevió a mover guerra contra Judá en los días de Ezequías, que amado por los suyos, respetado por los extraños y temido por sus enemigos, murió el piadoso monarca y con magníficas exequias fue sepultado en el panteón de David.

La oración ferviente y la confianza en Dios siempre tiene éxito.

71. Manasés, rey de Judá.

A Ezequías sucedió su hijo Manasés, de edad de doce años, a quien malos consejeros hicieron seguir durante

mucho tiempo un camino enteramente opuesto al de su padre.

El paganismo más desenfrenado triunfó de nuevo en el reino. El culto de Baal y de Astartés se establecieron en el templo. Adoraban a los astros y quemaban niños en honor de Moloc, en el valle del Hinnón.

Manasés descarrió a Judá y a los moradores de Jerusalén e hizo numerosos mártires de tal manera que corrió su sangre por las calles de Jerusalén. Dios le llamó la atención por medio de los profetas que le dijeron:

«Porque Manasés, rey de Judá ha cometido tantas abominaciones, porque ha hecho pecar a Judá con sus ídolos, he aquí lo que dice Yahvé, Dios de Israel: Haré tales calamidades sobre Jerusalén y sobre Judá, que los que las oigan les retiñirán ambos oídos... Abandonaré el resto de mi heredad, y los entregaré en poder de sus enemigos y serán presas y botín de todos ellos, porque han hecho lo que es malo a los ojos de Dios» (2 Rey. 21, 11-15).

El impío rey Manasés fue de los primeros en experimentar el castigo, por no querer oír la voz de Dios; pues vinieron los Asirios, le hicieron prisionero y le llevaron cargado de cadenas a Babilonia. Allí, como leemos en el 2º libro de las Crónicas 33, 11 ss, encerrado en un calabozo el desgraciado Manasés se acordó del Dios de su padre, y con muchas lágrimas y penitencias imploró el perdón de sus pecados, y fue atendido, pudiendo volver a Jerusalén, y ocupar de nuevo el trono.

Habiendo conocido en la desgracia que ciertamente Yahvé es Dios, puso los medios para reparar con una conducta ejemplar el mal que había hecho, empezando por hacer desaparecer de la Casa del Señor el ídolo y demás dioses ajenos con que había profanado aquel santo lugar.

El reinado de Manasés fue el más largo de todos los reyes de Judá, 55 años, siendo el más perverso en la primera mitad de estos años, y luego uno de los más pacíficos hasta el fin de su vida.

Pensemos cuánto vale la penitencia y el arrepentimiento para que Dios se apiade de nosotros.

72. Reinado de Josías.

El joven Josías marchó desde su infancia por los caminos de la ley de Dios, siguiendo sin duda los consejos de su madre Idida.

Cuando tenía doce años, se derribaron en su presencia los altares de los baales e hizo pedazos los ídolos que estaban en ellos.

A los 18 años tomó las riendas del gobierno y su primera preocupación fue restaurar el templo del Señor y extirpar por completo el culto idolátrico.

Merece la atención en su reinado el hallazgo del «Libro de la Ley de Moisés» (o del «Deuteronomio», según algunos intérpretes), que dio origen a una forma religiosa a fondo.

Con ocasión de las obras que en el templo se llevaron a cabo, el Sumo Sacerdote Helcías encontró el «Libro de la Ley», que fue leído ante el rey.

Al oír el rey las palabras del Libro de la Ley, rasgó su vestido y dio esta orden: «Id a consultar a Yahvé por mí por el pueblo y por todo Judá, sobre las palabras de este libro que ha sido hallado, porque grande debe ser la ira de Dios contra nosotros por no haber obedecido nuestros padres las palabras de este libro y no haber puesto por obra cuanto en él se nos manda...».

Fueron luego a consultar a la profetisa Olda... y ella les respondió: «Así dice Yahvé: *Yo haré venir sobre este lugar y sobre sus habitantes los males de que habla este libro que el rey de Judá ha leído, porque me han abandonado a Mí, dando culto a otros dioses...* Al rey de Judá le diréis: «*Porque has rasgado tus vestiduras y has llorado ante Mí, por eso te he oído, dice Yahvé y te reuniré con tus padres, y serás sepultado en paz, y no verán tus ojos ninguno de los males que descargaré sobre este lugar*» (2 Rey. 22, 8-20).

Al fin de aplacar al Señor, convocó Josías a los ancianos de Judá y a todo el pueblo para renovar la alianza con Yahvé, su Dios. Reunidos todos en el templo, el rey leyó en voz alta el sagrado volumen encontrado y, acabada la lectura, puesto en pie juró solemnemente en su nombre y en nombre de su pueblo observar fielmente todos los preceptos y estatutos que acababa de leer.

Los asistentes arrastrados por el ejemplo del rey repitieron el juramento de fidelidad.

En cumplimiento de lo que acababan de prometer se destruyeron todos los últimos vestigios idólatricos de Jerusalén y en todo el reino.

La profecía del tiempo de Jeroboán, al ir Josías a Betel, quedó cumplida, pues a su vista hizo demoler el altar que allí había erigido Jeroboán, primer rey de Israel. Cuando Josías se volvía de allí, vio los sepulcros que había en la montaña, y mandó sacar de ellos los huesos de los sacerdotes idólatras, y los quemó sobre las ruinas del altar.

Llamó la atención del rey uno de aquellos sepulcros, y preguntó a los ciudadanos de Betel:

«¿Qué monumento es este que veo?». Los habitantes de la ciudad le contestaron: *«Es el sepulcro del hombre de Dios que vino de Judá y anunció estas cosas que tu acabas de hacer contra el altar de Betel»*. Entonces dijo él: *«¡Dejadle en paz; que nadie mueva sus huesos!»*. Así quedaron intactos sus huesos con los del profeta que había venido de Samaria» (2 Rey. 23, 16-18) (Véase 1 Rey. 13, 2 y 31).

Vuelto Josías a Jerusalén se celebró la Pascua con tanta solemnidad como nunca se había visto desde los tiempos de Samuel y de David.

La Escritura hace un gran elogio de Josías, diciendo que no hubo otro rey como él entregado a la causa de Dios; pero como la conversión del pueblo era muy superficial, permaneció la sentencia de Yahvé:

«Arrojaré a Judá de mi presencia, como he arrojado a Israel, y abandonaré a Jerusalén» (2 Rey. 23, 27). Poco más tarde iría al destierro.

Josías tuvo un fin trágico, por oponerse a Necao, el faraón o rey de Egipto, que subiendo a combatir contra Asiria, le pidió lo dejase atravesar pacíficamente el país con su ejército. Las palabras de Necao, dice la Escritura, que venían de la boca de Dios; pero Josías avanzó a atacarle, porque creía un honor y un deber defender su patria, y cayó mortalmente en el campo de Megiddo, y le llevaron a enterrar a Jerusalén y todo Judá y Jerusalén lloraron a Josías y a Jeremías compuso una lamentación sobre él.

El libro del Eclesiástico (49, 3-6) hace un elogio sobre Josías.

73. Reinado de Sedecías, último rey de Judá.

Sedecías tenía 21 años cuando comenzó a reinar. Reinó once años en Jerusalén. Empezó jurando fidelidad al rey de Babilonia; pero siguió haciendo lo malo a los ojos de Dios, no haciendo caso de las amonestaciones que le dirigió por medio del profeta Jeremías que eran las que podían salvarles a él y a Jerusalén.

Hizo escarnio de los profetas, y al no haber remedio, Dios trajo contra ellos al rey de los caldeos, y esta profecía se cumplió:

«Así dice Yahvé: Porque no habéis escuchado mis palabras, mandaré a todos lo pueblos del Norte y a mi siervo Nabucodonosor, rey de Babilonia y los haré venir contra esta tierra y contra todos sus habitantes... y los destruiré del todo, convirtiéndolos en objeto de horror, de irrisión y desolación perpetua... Toda esta tierra será una desolación y un desierto, y esta población servirá al rey de Babilonia 70 años» (Jer. 25, 8-11).

El pueblo judío seguía apartado de los mandamientos de Dios y Jeremías le dijo que la ciudad quedaría como un desierto e inhabitada. Aquellos insensatos, que oían al profeta, empedernidos en sus maldades, se desataron en denuestos y maldiciones contra él... y luego vieron que en el año noveno de Sedecías, vino Nabucodonosor con todo su ejército a sitiar a Jerusalén, y Jeremías les volvió a hablar diciendo lo que debían hacer para salvarse:

«Así dice Yahvé Cuantos se quedaron en esta ciudad morirán a espada, de hambre y de peste; pero el que se refugiare entre los caldeos vivirá y tendrá la vida por botín. Así dice Yahvé: Esta ciudad caerá con toda certeza en poder del rey de Babilonia, el cual la tomará» (Jer. 38, 2-3)

Estas palabras del profeta las siguieron todavía tomando a mal porque hacían flaquear las manos de los guerreros, y dijeron al rey: «Este hombre debe morir porque no procura el bien del pueblo, y lo arrojaron en un pozo con lodo para que muriese allí de hambre...; pero uno intervino ante el

rey y lo sacaron. Luego el rey quiso hablar en secreto con él, y le dijo, estando a solas: *«Quiero preguntarte una cosa: no me ocultes nada»*. Jeremías le respondió: *«Si te lo digo, ¿no es cierto que me quitarás la vida?; y si te doy un consejo no me vas a escuchar»*.

Sedecías le juró por Yahvé que respetaría su vida. Entonces le dijo:

«Así dice Yahvé, el Dios de los ejércitos, el Dios de Israel: Si te pasas a los jefes de Babilonia, salvarás tu vida y esta ciudad no será entregada a las llamas... y no debían resistir al ejército caldeo». Su resistencia fue ciertamente heroica y fueron vencidos no por la fuerza, sino por el hambre, siendo ésta tan grande que algunas madres llegaron a comer a sus propios hijos.

No pudiendo ya resistir, Sedecías y algunos oficiales intentaron escaparse y huyeron saliendo de noche de la ciudad. He aquí lo que sucedió según el relato de la profecía de Jeremías.

«El ejército de los caldeos los persiguió, alcanzando a Sedecías en la llanura de Jericó y lo llevaron preso ante Nabucodonosor, rey de Babilonia, que estaba en Riblá, en la tierra de Jamat. Allí lo sentenció e hizo matar a los hijos de Sedecías delante de éste. Luego hizo degollar a todos los nobles de Judá. A Sedecías le sacó los ojos y ordenó atarlo con cadenas de bronce, para conducirlo a Babilonia» (Jer. 39, 5-7) (donde murió sin verla conforme a la profecía de Ezequiel: 12, 13)

Finalmente los caldeos penetrando en la ciudad la devastaron y la entregaron a las llamas y tomaron los objetos de valor que quedaban para llevarlos, a la vez que deportaban a los ricos y nobles de Jerusalén, dejando sólo a los pobres y jornaleros para cultivar la tierra.

La deportación de los judíos que empezó con los dos reyes anteriores a Sedecías (o sea, Joaquín y con Jeconías o Joaquín II), terminó el año once del reinado de Sedecías.

En Babilonia estuvieron sujetos a sus reyes setenta años según la profecía de Jeremías, al cabo de los cuales regresarían a su tierra en virtud del edicto de Ciro.

Los caminos de la Providencia divina son admirables, pero notemos que los castigos cuando sobrevienen a los hombres son debidos a ser desobedientes a los mandamientos de Dios.

ESDRAS Y NEHEMÍAS

74. Vuelta del destierro

La Biblia sólo nos habla del regreso de los cautivos de Babilonia, los cuales volvieron a Jerusalén en virtud de un decreto de liberación que dio Ciro, rey de Persia, el año 536 antes de Cristo. A los que regresaron a Jerusalén les prometió ayuda para reconstruir el templo entregándoles los vasos sagrados que Nabucodonosor había robado del templo al llevarlos cautivos a Babilonia.

En los libros de Esdras y Nehemías se nos dice que los judíos que regresaron fueron cincuenta mil al mando de Zorobabel (nieto de Jeconías), que ejercía las funciones de gobernador, y de Josué, el sumo sacerdote. Animados por sus jefes, especialmente por Esdras y Nehemías y también por los profetas Ageo y Zacarías reconstruyeron el templo y la ciudad.

En el año 538 antes de Cristo, Ciro, rey de Persia, promulgó el famoso edicto que permitió a los judíos desterrados volver a Jerusalén y reconstruir el templo. He aquí los términos del decreto:

«En el año primero de Ciro, rey de Persia, para que se cumpliese la palabra de Yahvé por boca de profeta Jeremías, Yahvé suscitó el espíritu de Ciro, que hizo publicar de viva voz y por escrito, por todo su reino este decreto:

«Así dice Ciro, rey de Persia: Yahvé, el Dios del cielo, me ha dado todos los reinos de la tierra, y me ha mandado que le edifique una Casa en Jerusalén, que está en Judá. Todos los que formen de entre vosotros parte del pueblo, sea Dios con ellos y suban a Jerusalén y edifiquen la Casa de Yahvé, el Dios de Israel. Y en todo lugar donde habiten restos de este pueblo de Yahvé, han de ser ayudados por los vecinos de su lugar con plata, oro, bienes, ganados y dones preciosos para la Casa de Dios que está en Jerusalén» (Esd. 1, 1-4).

Entonces se levantaron los jefes de las familias de Judá y Benjamín, los sacerdotes y los levitas, con todo aquellos cuyo espíritu había movido Dios para edificar el templo de Yahvé, y subieron a Jerusalén.

Al comienzo del reinado de Asuero, y luego el de Artajerjes, rey de Persia, unos enemigos de Judá y Benjamín se valieron

de acusaciones para decir al rey, que Jerusalén era una ciudad que se rebelaría contra él y que impidiera reedificarla, y por este motivo mando suspender las obras.

Estas quedaron en suspenso hasta que el rey Darío enterado por los anales del reino de lo dicho por Ciro, terminó diciendo que se pagase a los ancianos que los judíos los gastos exactamente y sin demora de la hacienda el rey, y que se castigase a los que se oponían a la construcción del templo.

En el reinado de Artajerjes vino de Babilonia a Jerusalén Esdras, escriba muy versado en la Ley de Moisés, dada por Yahvé, Dios de Israel, y como la mano de Yahvé, su Dios, estaba sobre él, el rey le concedió todo lo que pidió (Esd. 7, 6) y le dijo a Esdras:

«Instruid a los que no conocen la leyes de Dios. Y contra todo el que no guarde con exactitud la ley de tu Dios y la ley del rey, será condenado a muerte o al destierro o una multa pecuniaria o a la pena de prisión» (Esd. 7, 25-26).

Esdras bendijo a Yahvé, que había dispuesto el corazón del rey a glorificar así la Casa de Dios en Jerusalén.

Luego el mismo rey Artajerjes dio permiso a Nehemías para ir a reedificar a Jerusalén y preparar sus murallas. Y es de advertir que gentes de Samaria y los amonitas al saber que la reparación de las murallas avanzaba, se confabularon para venir a atacar a Jerusalén, pero los constructores con firmeza en la obra la continuaban haciendo y trabajando con una mano y teniendo un arma en la otra.

Al fin, el templo y las murallas fueron construidos y terminadas las obras, los hijos del cautiverio celebraron la Pascua con júbilo, y Esdras, leyó la Ley de Dios, al pueblo y empezó la reforma de costumbres de que estaban muy necesitados, y terminaron con una oración y confesión de sus pecados, dirigiéndose al Dios grande, clemente y misericordioso, que hizo el cielo de los cielos con toda su milicia y la tierra con cuanto hay en ella y los mares con todo lo que en ellos existe.

Como podemos ver, Dios interviene en todos los acontecimiento humanos y nos pide y repite con frecuencia que cumplamos sus mandamientos si queremos que nos auxilie y seamos felices.

LIBRO DE TOBÍAS

75. Historia de Tobías

Este libro es uno de los más instructivos y bellos del A.T., que nos refiere la historia de Tobías, israelita, llevado cautivo a Asiria.

Cuando Tobías estuvo desterrado en Nínive, por su probidad y honradez mereció la estimación del rey Salmanasar, quien le concedió plena libertad y le colmó de honores y riquezas, y de estos favores se aprovechó para visitar a sus hermanos cautivos, socorrerlos y consolarlos con saludables consejos.

Después de la muerte de Salmanasar, subió al trono Senaquerib, quien se mostró muy duro con los israelitas, llegando su crueldad hasta negarles la sepultura; mas Tobías escondía los muertos en su casa y los enterraba durante la noche. El rey lo supo y confiscó todos sus bienes, y tuvo que huir con su mujer y con su hijo para salvar su vida.

Cuando Senaquerib pereció asesinado, el nuevo rey de devolvió todo sus bienes y pudo seguir haciendo sus buenas obras de misericordia.

Dios probó al anciano Tobías. Este fue un hombre que había observado fielmente desde su juventud los mandamientos del Señor y practicaba con todos las obras de misericordia, mas he aquí la prueba por la que pasó:

Un día después de volver a su casa fatigado de enterrar, se echó al pie de una pared para descansar. Mientras dormía, de un nido de pájaros que había en el muro, le cayó estiércol sobre los ojos y quedó ciego (Tob. 2, 10-11).

Por entonces Tobías se quedó tan pobre, que iba su mujer todos los días a trabajar, para con su ganancia atender la casa. Un día, además de su salario, recibió como regalo un cabrito, y el honrado Tobías temió hubiese sido robado, y al oír su balido, dijo:

«¿No será acaso robado?, restituidlo a sus dueños; porque no nos es lícito comer cosa robada?» (Tob. 2, 21).

Su mujer le aseguró que era regalo; pero como siguiera él con cierto temor, ella le reprochaba: *«¿Dónde están tus li-*

mosnas y tus buenas obras?. Ya lo ves ahora». Tobías nos murmuró, su paciencia fue entonces admirable y comparable con la de Job que había tenido en otro tiempo, y se puso a orar.

«Justo eres, Señor y justas todas tus obras; todos tus caminos son misericordia, verdad y justicia. Ahora, pues, Señor, acuérdate de mí, no tomes vergüenza de mis pecados, ni recuerdes mis delitos, ni los de mis padres... Por no haber obedecido tus mandamientos, por eso hemos sido entregados al saqueo, a la esclavitud, a la muerte, y hemos venido a ser fábula y el escarnio entre todos los pueblos, entre los cuales nos ha dispersado... Y ahora, Señor, haz conmigo conforme a tu voluntad... (Tob. 3, 1-6).

Consejos a su hijo. Tobías, creyéndose próximo a la muerte, llamó a su hijo y le hizo piadosas recomendaciones:

- Al morir, hijo mío, entierra mi cuerpo y honra a tu madre todos los días de su vida; guárdate de pecar, observa tus mandamientos...

- *Da limosna de tus bienes; no apartes tu rostro de ningún pobre... Si tienes mucho, da con abundancia; si tienes poco, da poco, pero de buen grado... La limosna libra de todo pecado...*

- No permitas que la soberbia domine en tu corazón o en tus palabras, porque de ella tomó principio toda perdición...

- A todo aquel que haya trabajado algo por ti, dale enseña su jornal, y de ningún modo se lo retengas...

- *No hagas jamás a otro lo que no quieres que otro te haga a ti... Pide siempre consejo al hombre sabio... (Tob. 4).*

76. Viaje del joven Tobías a Ragés de Media

Queriendo Tobías, antes de su muerte, arreglar los negocios de familia, dijo también a su hijo: «Cuando tu aún eras niño, presté diez talentos de plata a Gabelo en Ragués, ciudad de los medos, y tengo en mi poder el recibo firmado de su mano. Debes procurar el modo de ir allá y cobrarle dicha suma de dinero, devolviéndole el recibo».

Salió, pues, el joven Tobías y encontró no lejos de su casa a un esbelto joven, que tenía su túnica ceñida a la cintura, como quien está a punto de emprender un viaje. Tobías no

sospechaba que era un ángel puesto a su disposición por la Providencia. ¿Sabrías tu, le dijo el camino para ir a la ciudad de Ragues? Sí yo lo sé y conozco a Gabelo, respondió el ángel. Luego entraron ambos en la casa del anciano Tobías, y el ángel le animó diciendo que tuviera buen ánimo y que pronto sería curado por Dios, y que él acompañaría a su hijo, y sano lo volvería a traer.

Al atardecer del primer día, llegaron a las márgenes del Tigris, y lavándose Tobías los pies en éste, un enorme pez se lanzó sobre él para devorarlo. Viéndolo Tobías se asustó. Entonces el ángel le dijo:

«No tengas miedo, agárralo por las agallas, y tíralo hacia ti. Así lo hizo y arrastrando lo sacó a tierra... Y el ángel le dijo de nuevo: «Desentraña ese pez y guarda su corazón, el hígado y la hiel; pues éstas son necesarias para útiles medicamentos» (Tob. 6, 2-5).

Tobías siguió el consejo y después de asar el pez y comer, prosiguieron el camino.

Ciudad de Ecbatana. Cuando iban llegando a esta ciudad el ángel dijo a Tobías. Aquí vive un pariente tuyo, llamado Ragüel, cuya hija única, Sara, debes pedirla por esposa. A ti te toca por herencia, pues tu eres ya el único de su linaje, la joven es bella y discreta.

Replicó Tobías: He oído que ha sido dada ya a siete maridos y que al acercarse a ella murieron. Animado por el ángel (pues no se acercaría a ella movido únicamente por la pasión y sin temor de Dios como ellos), sabiendo que «ella estaba limpia de pecado con hombre», llegaron a casa de Ragüel, que les recibió con sumo gozo, y sabiendo que era hijo de Tobías lo abrazó y dijo: «¡Bendito eres, hijo mío, pues eres hijo del mejor de los hombres!» Después mandó prepararles un banquete.

Entonces, como les instase a que se sentasen a la mesa, dijo Tobías: «Yo no comeré aquí, si no me otorgas mi petición y me das tu hija por esposa... y el ángel le dijo: «No temas dárselas, porque éste es temeroso de Dios». No dudo, dijo Ragüel, que Dios ha oído mis oraciones y creo que por esto Dios os ha traído a mi casa. Y tomando la mano derecha de su hija, la puso en la derecha de Tobías, y dijo: «El Dios de Abraham, de Isaac y Jacob sea con vosotros. El os junte y cum-

pla su bendición». Luego hicieron la escritura matrimonial. Después celebraron el banquete, bendiciendo a Dios.

Tobías permaneció quince días en su casa, mientras el ángel fue en su nombre con el recibo de Ragés a cobrar el dinero en casa de Gabelo.

Entonces Ragüel le dejó marchar con Sara y con la dote de ésta que consistía en la mitad de todo lo que poseía su padre en dinero, rebaños y criados. Los padres besaron a su hija y la dejaron partir.

Los padres de Tobías que estaban ansiosos de volverle a ver a ver al salir a su encuentro, su hijo hizo lo que tenía dicho el ángel. Después de dar gracias a Dios y besar a su padre, le ungió con la hiel del pez los ojos y recobró la vista, y con la venida de Sara, el regocijo de los ancianos fue completo.

Revelación del ángel. Tobías llamó aparte a su hijo, y le dijo «¿Qué podemos dar a este santo varón que ha ido contigo?... Reconocieron los grandes beneficios que por él había recibido, y al ofrecerle la mitad de sus bienes, estando el ángel con ellos solos, les dijo:

«Benedicid al Dios del cielo... pues ha mostrado con vosotros su misericordia... Cuando tu orabas con lágrimas y enterrabas a los muertos... yo presentaba tu oración al Señor. Y por lo mismo que eras acepto a Dios, fue necesario que la tentación te probase. Ahora el Señor me mandó a sanarte a ti, y a librar del demonio a Sara, mujer de tu hijo. Porque yo soy el ángel Rafael, uno de los siete que asistimos delante del Señor» (Tob. 13, 6-15).

Al oír estas palabras se llenaron de turbación y temblando se postraron en tierra. Pero el ángel les dijo: *«La paz sea con vosotros, no temáis; por disposición de Dios estaba entre vosotros, bendecidle y cantad sus alabanzas.*

Los dos Tobías vivieron muchos años en paz y alegría. El relato de ese libro nos pone de manifiesto la admirable Providencia de Dios, respecto a Tobías, varón insigne por su piedad.

LIBRO DE JUDIT

77. Contenido de este libro

*Este libro lleva el nombre de **Judit**, por ser ésta la heroína y personaje principal de la obra, por medio de la cual Dios se valió para salvar de una manera milagrosa a su pueblo predilecto.*

Un rey de Nínive, capital del imperio asirio, por nombre **Nabucodonosor** (propiaamente era **Asurbanipal**, que quiso también llamarse «Nabucodonosor» por haber conquistado Babilonia), hizo la guerra a Arfaxat, rey de los medos, al que derrotó, y entonces en su orgullo exigió la sumisión de las naciones de Occidente.

«Asurbanipal» mandó mensajes a Betulia y a otras ciudades para que se rindieran a él, pero como todas ellas lo rechazaron, llamó a su generalísimo Holofernes y le dijo:

«Sal a campaña contra todos los reinos de Occidente, y principalmente contra los que menospreciaron mi dominación. No te compadecerás de reino, alguno, sino que me subyugarás toda ciudad fuerte» (Judt. 2, 5-6).

Holofernes, siguiendo la orden del rey, escogió ciento veinte mil soldados de infantería y doce mil flecheros a caballo y empezó saqueando ciudades, asolando campiñas, hiriendo de muerte a la juventud... hasta llegar a Betulia fortificada por los israelitas.

En el relato de estos acontecimientos no se hace mención del rey de Judá (pues era al parecer Manasés, que se hallaba prisionero en Nínive o Babilonia) y el que mandó resistir a los israelitas fue el Sumo Sacerdote Joaquín, el cual les dijo que resistieran al enemigo persistiendo en la oración y recordasen a Moisés que no por medio de armas, sino suplicando con santas oraciones, derrotó a Amalec...

Actitud de Holofernes. Al saber éste que los israelitas se disponían a resistir, montando en cólera, preguntó a los jefes de Moab y de Amón: ¿Qué pueblo es éste que tiene la osadía de resistir y no venir a postrarse a mis pies como los demás? ¿En qué está su fuerza y su poder?. Entonces Aquior, jefe de los amonitas, le dijo, después de hallarle del origen

de este pueblo y de los prodigios de Dios obrados con este pueblo.

«Mientras este pueblo no se apartó del culto del Señor su Dios, no hubo jamás quien pudiese hacerle daño... Mientras no pecaron contra su Dios, les fue bien, porque Dios aborrece la iniquidad... Infórmese, y si son reos de algún delito pecado contra su Dios, subamos y los derrotaremos, pues si no ha ofendido a Dios, no podremos resistirle (5, 17-25).

Indignado Holofernes por las palabras de Aquior mandó que fuera entregado a los de Betulia, y con ellos caería al ser tomada la ciudad.

Asedio contra Betulia e intervención de Judit. Al día siguiente Holofernes dio orden de marchar contra Betulia, y primero puso guardias en los manantiales de agua, para matarlos de sed...

Ozias, el gobernador, al ver las quejas, bañado en lágrimas, dijo:

«Tened buen ánimo, hermanos, y esperar durante cinco días la misericordia del Señor... Mas si pasados los cinco días no vienen nuestro auxilio nos entregaremos a ellos.

Las palabras de Ozías llegaron a oídos de Judit, una joven viuda, muy respetada y querida por todos y hasta admirada por su hermosura y mucho más por su piedad, y le dijo a Ozías y a los ancianos:

«¿Quiénes sois vosotros para tentar al Señor?... ¿Quién sois vosotros para fijar plazo a la misericordia de Dios?. Más, puesto que el Señor es sufrido, arrepintámonos de esto mismo... Pidamos con lágrimas al Señor, para que según su voluntad use con nosotros de su misericordia...

Judit infundió ánimos e hizo que aquellos jefes con su autoridad levantasen el ánimo de los abatidos recordándoles cómo probó Dios a Abraham, a Isac, Jacob y a Moisés, y como le sirvieron con fidelidad en medio de las tribulaciones.

Todo eso es verdad - respondieron los ancianos-. Ruega por nosotros tu que eres santa y piadosa. Rogad también vosotros por mi, repuso Judit para que Dios bendiga el designio que he formado, y les comunicó que saldría al campamento enemigo con sus esclava y que ellos orasen para dentro de los cinco días, que habéis dicho el Señor sea propicio a su pueblo de Israel (8, 30-33).

78. Judit ora y sale para el campo enemigo

Primeramente, estando a solas, postrada en tierra y con traje de penitencia, dirigió al Señor una oración fervorosa implorando su auxilio y amparo en la arriesgada empresa que iba a ejecutar.

«Dios mío, Dios mío, escuchad mi oración, desbarata el ejército poderoso de los asirios que se apoyan en sus armas y en su fuerza. Tu eres el Señor que decide las batallas. Que los ojos de Holofernes, fijados en mí sean el lazo en que quede preso, hiérello tu con las dulces palabras de mi boca. Pon firmeza en mi corazón para despreciarlo y valor para destruirlo. Que todas las naciones de la tierra reconozcan que tu eres Dios y que no hay otro fuera de ti» (Cap. 9).

Concluida la oración, cambió sus vestidos de luto y de penitencia por ricos adornos y joyas, se ungió con exquisitos perfumes y quedó tan ataviada, que seducía los ojos de cuantos hombres la miraban.

Después en compañía de una criada que llevaba las provisiones, se dirigió a las puertas de la ciudad, donde ya estaban aguardándola los ancianos, y le dijeron: *«Dios, el Dios de nuestro padres, te dé gracias y lleve a cabo tus proyectos para gloria de Israel y exaltación de Jerusalén»*. Y adoraron a Dios.

Llegada a las vanguardias del campo enemigo, fue conducida al instante a la tienda de Holofernes, quien la acogió con benevolencia, y le preguntó el motivo de abandonar Betulia y venir a refugiarse entre los enemigos de su pueblo. Había que engañarle, pues la empresa de Judit consistía en un ardid de guerra.

«Judit le respondió: Vas a saberlo, señor, y si quieres seguir mi consejo, Dios te dará concluido el negocio. Todo el mundo conoce tu prudencia, bondad, poderío y pericia. Ya sabemos como te hablo Aquior, y con cuanta clemencia lo has tratado. Por lo demás es indudable que nuestro Dios, irritado por nuestras prevaricaciones, va a poner a su pueblo en tus manos. Los hijos de Israel lo saben, y por eso se ha apoderado de ellos el terror. Ya los acosa el hambre, y, muertos de sed, andan pensando en matar los ganados para beber su sangre.

Conociendo ya que su ruina es inevitable, vengo enviada por Jehová para darte aviso de todo. Ese Dios a quien yo adoro, y a quien no cesaré de invocar, me revelará la hora señalada para el castigo de su pueblo y yo te lo anunciaré. Yo te llevaré en triunfo por medio de Jerusalén, en donde encontrarás a Israel como ovejas sin pastor, y aun sin un perro que ladre y las defienda. Todo esto me ha sido revelado, y para anunciártelo, he sido yo enviada» (Cap. 11).

Todos quedaron encantados del discurso de Judit y decían: «De un extremo a otro de la tierra no hay mujer de tan hermoso rostro y de discretas palabras.

«¡Bendito sea tu Dios, exclamó Holofernes, por haberte enviado para que pongas en nuestras manos a Israel!». Holofernes mandó instalar a Judit en la tienda de los tesoros, y permitió que cuando ella quisiese, la dejasen salir al campo cada tarde para ir a invocar a su Dios... iba pues, a rezar durante la noche al valle de Betulia, y después volvían a su tienda para continuar su rezo. Únicamente tomaba algún alimento al atardecer.

En la noche del cuarto día, Holofernes invitó a Judit a comer con él, ella aceptó esta invitación, que debía proporcionarle la ocasión de ejecutar su proyecto, tan atrevido. La comida tuvo lugar en la tienda del general. Este bebió con exceso, lo mismo que sus servidores, que se marcharon después de la comida; mas el general tuvo que echarse en cama, sumergido por el sueño que le produjo la embriaguez.

Este era el momento esperado por Judit. Sin pérdida de tiempo invocó la protección divina, y puesta en pie junto al lecho de Holofernes, dijo en su corazón: «*Dame valor, Señor de Israel, y echa en esta hora una mirada propicia sobre la otra de mis manos para que ensalces a Jerusalén.*

Inmediatamente se acercó a la columna que estaba cerca de la cama, y desenvainó la espada que había allí colgada, agarrando a Holofernes por los cabellos, al tiempo que decía: «*Dame fuerza, Dios de Israel, en esta hora*», con toda su fuerza le hirió dos veces en el cuello, cortándole la cabeza.

Dejando el cuerpo tendido en el suelo, tomo la colgadura, envolvió en ella la cabeza y la entregó a la criada para que la metiera en el saco. A la hora de la oración salieron ambas del campamento, según costumbre, y llegaron a las puertas

de Betulia, y dijo a todos: *Alabad al Señor, Dios nuestro que por mi mano ha quitado la vida a nuestro enemigo y todos alabaron a Dios.*

Se prepararon armados los israelitas y al verlos así preparados fueron a despertar los Holofernes y quedaron aterrados al verlo decapitado y saberse la noticia huyeron y abandonaron el campamento, y todos con el Sumo Sacerdote aclamaron a Judit, diciendo:

«Tu eres la gloria de Israel, tu la alegría de Israel, tu la honra de nuestro pueblo».

LIBRO DE ESTER

79. ¿Quién era Ester?

Este libro recibe el nombre de la heroína «Ester», que es su figura principal. Ester era una huérfana judía, que vivía con un tío suyo llamado Mardoqueo y que la había adoptado como hija. Era uno de los desterrados, llevados de Jerusalén a Susa por Nabucodonosor.

El rey Asuero (sucesor de Darío y que ocupaba entonces el trono de Persia, y más conocido con el nombre de Jerjes I), se prendó de la hermosura de Ester, se casó con ella y le dio el título de reina; pero ignoraba que fuese judía, porque su tío le había dicho que guardase secreto de su procedencia.

- **Conspiración contra el rey.** Mardoqueo venía todos los días a la puerta de palacio, en la gran ciudad de Susa, y Ester le daba noticias suyas, y como un día llegase a conocimiento de Mardoqueo de que dos oficiales de la real cámara querían asesinar al rey, dio parte a Ester de ellos, la que se lo comunicó al rey. Los dos conspiradores fueron ejecutados, y el hecho fue consignado en los anales del reino.

- **Amán, primer ministro.** Algún tiempo después, Asuero elevó a la primera dignidad del Imperio a un hombre ambicioso e intrigante, soberbio y astuto, enemigo de los judíos y en particular de Mardoqueo, llamado **Amán**, delante del cual, según orden del rey, debía doblarse la rodilla para rendirle homenaje.

Mardoqueo rehusó darle esta señal de respeto, que creía era solamente debida a Dios.

Amán indignado por esta afrenta, resolvió vengarse haciendo condenar a muerte no sólo a Mardoqueo, sino a todos los judíos que residían en el territorio persa, y hasta logró arrancar un edicto del rey contra ellos diciéndole que debían ser exterminados porque era una raza perversa que se iban a sublevar contra él.

- **Consternación de los judíos.** La población judía, al tener noticia del edicto quedó aterrada, y sabedor Mardoqueo de tan triste noticia se presentó a la reina para que interviniese a su vez ante el rey.

Ester, después de orar y pedir a todos que orasen y pidiesen a Dios que su intervención fuese favorable, logró presentarse ante el rey, y poco antes sucedió que, por uno de esos designios de la Providencia, Asuero no pudo dormir aquella noche, y pidió que le leyesen los anales de su reino. Cuando hubo oído el relato del complot fraguado, y del cual se libró gracias a Mardoqueo, preguntó que recompensa había recibido el que le salvó la vida, y como sus servidores le dijeran que ninguna, ante la petición de la reina promulgó otro edicto en favor de los judíos. Mardoqueo fue elevado a la dignidad de primer ministro, y Amán que tenía preparada un patíbulo para colgar a Mardoqueo, en él, fue ahorcado Amán.

En el decreto promulgado por todo el imperio mandaba a todas las autoridades que diesen favor y auxilio a los judíos, y que estos pudieran amarse y defenderse contra los que les atacasen.

En este libro se nos pone de manifiesto el cuidado providencial que Dios tiene de Israel al salvarle y de cuantos confían en El.

LIBRO DE LOS MACABEOS

80. Breve resumen de la historia de los judíos

Los judíos repatriados en Palestina, después de la cautividad de Babilonia, habían vivido casi siempre en paz, durante unos doscientos años bajo el dominio benévolo de los sucesores de Ciro en el trono de Persia (a. 538-332). Al caer Persia bajo el poder de Alejandro Magno (332-323), los judíos por temor reconocieron su autoridad.

- **Alejandro Magno**, hijo de Filipo, rey de Macedonia y célebre conquistador que derribó el trono de Persia, ganó muchas batallas y se apoderó de las provincias, de las naciones y de sus reyes; se enorgulleció mucho. En la Biblia leemos: *«Enmudeció la tierra ante él... Reinó Alejandro doce años, y murió»*.

Durante su reinado los judíos siguieron fieles a su religión, pues la Judea quedó bajo su gobierno. Y después de su muerte, sus generales se distribuyeron su dilatado imperio, formando reinos independientes: el de Siria, al norte (cuyos reyes recibieron el nombre de **Seléucidas**, porque el fundador de la dinastía, se llamaba **Seleuco**), o el de Egipto, al sur, la mayoría de cuyos reyes llevó el nombre de **Tolomeos**.

- **Los judíos bajo los reyes de Egipto**. Palestina estuvo bajo el poder de los reyes de Egipto más de un siglo (301-198). Los judíos mediante un ligero tributo conservaron su autonomía y vivieron en paz practicando entre los gentiles el conocimiento del verdadero Dios y las prescripciones y ritos de la ley mosaica.

- **Los judíos bajo los reyes de Siria**. Hacia el año 200 antes de Cristo, cuando los reyes de Siria, entraron en lucha con Egipto, **Antioco el Grande** se apoderó de Judea, y aunque al principio fueron bien tratados por él, y por **Seleuco**, hijo y sucesor de Antioco, después fueron abrumados de impuestos.

Muerto Seleuco, ocupó el trono su hermano Mayor, **Antioco Epífanes**, y con él estalló una violenta persecución como jamás la habían padecido ni aun en los aciagos tiempos del cautiverio. Profanó el templo y los vasos sagrados, hizo añicos el altar de oro y promulgó un decreto, mandando bajo pena de muerte, abrazar el culto y la religión de los dioses

paganos; se quemaron los libros sagrados se erigió un altar profano encima del altar de los holocaustos.

Entonces muchos tuvieron la desgracia de apostatar, pero otros prefirieron morir antes que renegar de su fe, entre estos tenemos el martirio de un doctor de la ley, llamado Eleazar, y el siete hermanos macabeos y de su madre.

Martirio del anciano Eleazar. Eleazar era un eminente doctor de la ley, venerable anciano de 90 años y noble aspecto, al que querían obligar a comer carnes prohibidas por la ley de Moisés más él rehusó enérgicamente y prefirió ser conducido al suplicio.

Sus amigos le proponían que le traerían secretamente carnes no prohibidas por la Ley; él las comería en público, como si fuesen de hecho las prohibidas, y así escaparía de la muerte. Pero él rechazó este engaño hipócrita. Y así respondió:

«No es decoroso a mi edad usar de fingimiento, porque serían causa de que muchos jóvenes, creyendo que Eleazar en la edad de noventa años se había pasado a la vida de los gentiles, cayesen en error a causa de esta ficción mía por conservar yo un pequeño resto de esta vida corruptible, además de atraer sobre mi ancianidad la vergüenza y execración. Y aun cuando pudiese al presente librarme de los suplicios de los hombres, no podría yo, ni vivo ni muerto, escapar de las manos del Todopoderoso. Por eso quiero morir valerosamente, mostrándome digno de mi ancianidad y dejando a los jóvenes un noble ejemplo de virtud» (2 Mac. 6, 24-28).

Al martirio de Eleazar, siguieron el martirio de siete jóvenes con su madre, que vinieron a decir todos: *«Estamos dispuestos a morir antes que traspasar las leyes patrias, que Dios nos ha dado»*.

Muchos otros judíos siguieron estos nobles ejemplos, prefiriendo la muerte a la apostasía.

El que conoce bien la palabra de Dios, no puede menos de dar la vida por ella.

81. Sublevación de los judíos

En aquella época había un sacerdote judío, de temple de héroe, llamado Matatías, que tenía cinco hijos. Todos ellos

lentos de fe religiosa y santo patriotismo, estaban indignados de tantos horrores y sufrimientos, y aún más de la cobardía de gran número de sus compatriotas, causa verdadera de que tantos renegaran de su religión.

Estos residían en Modín, lugar de las montañas de Judá, y al ver el santuario profanado y en manos de extraños, y tantas otras abominaciones y muertes de niños inocentes, rasgaron sus vestiduras y se vistieron de traje penitencial e hicieron duelo. Un día un oficial enviado por Antioco se presentó en su casa, a fin de someterlos a las órdenes del rey, y les dijo:

«Tu eres el principal, el más grande e ilustre de esta ciudad con esa corona de muchos hijos y parientes. Acércate, pues, el primero y haz lo que el rey manda... y con esto tú y tus hijos seréis del número de los amigos del rey y os enriquecerá.

Respondió Matatías y dijo en alta voz: *«Aunque todas las gentes obedeciesen al rey Antioco y todos abandonasen la observancia de la ley de sus padres yo y mis hijos y mis hermanos viviremos en la alianza de nuestros padres...»* (1 Mac. 2, 17-22).

Apenas había terminado de hablar, cuando en presencia de todos se acercó un judío para quemar incienso en un altar idólatrico, que había mandado levantar el rey. Al verlo Matatías no pudo contener su indignación. Se precipitó sobre el miserable apóstata y le mató. Al mismo tiempo mató al enviado del rey, que obligaba a sacrificar y destruyó el altar.

Recorrió después las calles de la ciudad gritando con todas su fuerzas: *«¡El que tenga celo por la ley, que me siga!»*. Después huyeron él y sus hijos a los montes, abandonando cuanto tenían en la ciudad.

Numerosos judíos, resueltos como él a observar la Ley de Dios, le siguieron, formando en poco tiempo un pequeño ejército, de un valor a toda prueba. Su primer acto fue castigar a los judíos que había prevaricado.

Con este objeto se diseminaron por toda la comarca, reanimaron el valor de los buenos e hicieron desaparecer a los renegados, dándoles muerte y arrojándolos del país.

Por fin Matatías, que era un anciano, viendo acercarse los días de su muerte, reunió a su hijos y les dirigió esta exhortación:

«Al presente domina la soberbia, y es tiempo del castigo y de la ruina y del furor y de la indignación. Por lo mismo, hijos míos, mostráros celosos de la Ley y dad vuestras vidas en defensa de la alianza de vuestros padres... Combatid valerosamente en defensa de la Ley, pues ella será la que os llenará de gloria... Luego les echó la bendición. Murió el año 146 (a.de C.) y le sepultaron sus hijos en Modín.

Judas Macabeo, sucedió a su padre Matatías, y fue uno de los más grandes héroes de que pudo gloriarse el pueblo de Israel, pues consiguió derrotar a cinco grandes ejércitos sirios, rescató la ciudad de Jerusalén, purificó el templo, destruyó los altares idolátricos y restableció el culto del verdadero Dios.

Por entonces murió Antioco Epífanés cuando intentaba hacer de Jerusalén el «osario de los judíos», como decía. Cayó de su carroza magullado, le invadió la gangrena y los gusanos lo devoraron vida, y en aquella ahora dijo: *«Ahora se me presenta a la memoria los males que causé en Jerusalén».*

He aquí un rasgo interesante de la vida de Judas. Después de una de sus grandes victorias quedaron en el campo de batalla bastantes soldados judíos muertos, cuyo cadáveres ocultaban algunos objetos, consagrados a los ídolos... y creyendo por tal culpa habían caído, rogaron a Dios perdónase su falta... e hicieron sacrificios por el pecado...

«Es, pues, una obra santa y saludable el rogar por los difuntos, a fin de que sean libres de sus pecados» (2 Mac. 12, 43-46).

A Judas Macabeo sucedió su hermano **Jonatán**, y tanto creció la fama del valor de Jonatán, que los reyes de Siria y Egipto andaban a porfía para obtener su amistad... y fue muerto a traición por Trifón, general del rey de Siria....

A Jonatán le sucedió su hermano **Simón**, que fue un gran gobernante, arrojó de Judea a los asirios. Hizo observar la ley de Moisés y floreció con él el culto divino... y fue a asesinado por un pariente suyo que aspiraba al trono.

Desde la muerte de Simón hasta la venida de Jesucristo, nada dice la Sagrada Escritura, y por Flavio Josefo, historiador judío sabemos que a Simón le sucedió su hijo **Juan Hircano**, y entonces se formaron los dos partidos de «fariseos» y «Saduceos», que llevaron al país a la ruina. La independencia de los judíos duró unos 80 años, del 153 al 63

antes de Cristo, fecha en que cayeron bajo el poder de los romanos

LIBRO DE JOB

82. ¿Qué decir del libro de Job?

Este es un libro que trata de la vida de Job, varón rico y justo, que fue tentado por el demonio por permisión divina para probar su virtud / Pruebas: privación de bienes, de hijos... hasta llegar a quedar cubierto de llagas. Todo lo recibe con paciencia y bendice a Dios.

Este es uno de los primeros libros llamados didácticos, doctrinales y sapienciales, y con él se cuentan estos otros siete: El Salterio(= los Salmos). Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares, Sabiduría y Eclesiástico.

Pruebas que sufrió Job. Para comprender mejor estas pruebas, veamos lo que nos dice la Biblia de la persona de Job y de las muchas riquezas que poseía:

«Había en tierra de Hus un varón que se llamaba Job, era hombre íntegro y recto, temeroso de Dios y apartado del mal. Nacióronle siete hijos y tres hijas, y poseía siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, quinientas asnas y muy numerosa servidumbre, y venía a ser aquel hombre más poderoso que todos los orientales (Job. 1, 1-3).

Cierto día en que los ángeles, «los hijos de Dios», se hallaban reunidos en presencia de Dios, según expresión del libro sagrado, se presentó Satanás en medio de ellos.

«Entonces dijo Yahvé a Satanás: ¿De dónde vienes?». Respondió Satanás a Yahvé, y dijo: «Acabo de dar una vuelta por la tierra y pasearme por ella». Y preguntó Yahvé a Satanás: *¿Has reparado en mi siervo Job? Pues no hay ninguno*

como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal» (1, 7-8).

Satanás replicó a Yahvé y le dijo: ¿Acaso teme Job a Dios desinteresadamente? Le habéis colmado de bienes, que su virtud no tiene nada de sorprendente; pero dejad sentir un poco sobre él vuestra mano, heridle en lo que posee, y entonces os blasfemaré y abandonaré.

Dios le dio permiso para tentar a Job, con la condición que ponía en sus manos todos los bienes; pero que respetase su persona.

- **Llueven desgracias sobre Job.** Satanás puso a prueba inmediatamente la virtud de Job y hace que caigan sobre él reunidas las más espantosa desgracias. Se hallaba Job descansado tranquilamente bajo su tienda, cuando vio llegar su mensajero muy cansado, y le dijo:

«Los sabeos han invadido vuestras tierras y os han arrebatado los bueyes, las asnas y matado a los que estaban guardándolos, y he podido escapar yo solo para traerte la noticia. A continuación llegó otro y le dijo: «Fuego del cielo y ha reducido a cenizas tus rebaños y pastores y luego otra adversa noticia: «Un violento huracán, soplando del desierto, ya derribado la casa donde tus hijos e hijas estaban comiendo, y han muerto sepultados bajo los escombros».

Al oír Job esta serie de espantosas calamidades, rasgó sus vestidos en señal de dolor y postrado en tierra adoró a Dios diciendo:

«Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo (bajaré al sepulcro). El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. ¡Bendito sea el nombre de Yahvé!» (Job. 1, 21).

- **Nuevas calamidades sobre Job.** El demonio irritado al ver a Job tanta constancias y conformidad con la voluntad de Dios, dijo al Señor: «Todo cuanto el hombre tiene lo sabe sacrificar gustoso, con tal que se quede con vida y salud. Pero extiende tu mano y toca sus huesos y carne, entonces verás que él blasfema de ti».

Entonces Dios, permitiendo una nueva prueba sobre Job, dijo a Satanás: *«He aquí que en tu mano está, pero consérvale la vida».* Salió, pues Satanás de la presencia de Yahvé, e hirió a Job con una úlcera maligna desde la planta de los pies, hasta la coronilla de la cabeza» (2, 6-7).

Job, desamparado por lo contagioso de su enfermedad y sentado sobre un mulador, raspaba con una teja el pús que salía de sus úlceras. - En tan miserable situación, su mujer se burlaba de él y decía: «¿Aún sigues en tu necedad? ¡Mal-dice a Dios y muérete!. Job le respondió: *«Hablas como una mujer necia. Si recibimos de Dios los bienes, ¿por qué no hemos de aceptar los males?»* (2, 107).

Job no pecó con sus labios, y con heroica paciencia supo sufrir los insultos de su mujer, y las reprensiones de los tres amigos que le visitaron y que le creían culpable de algún pecado.

Job se proclamó inocente y permaneció impasible e inquebrantable en su fe y confianza en la Providencia, esperando otra vida mejor.

Por fin, Dios se compadeció de Job y premió su paciencia le devolvió su salud y le restituyó al doble de bienes que poseía y vivió 140 años siempre contento y feliz.

El libro de Job nos da muchas enseñanzas y ante todo por qué el hombre justo sufre, bien por sus pecados, bien para probar a las personas justas y perfeccionar su virtud y así dar gloria Dios; mas sólo a la luz del Nuevo Testamento comprenderemos que el dolor no es sólo expiación del pecado, sino prueba y señal de amor; nos hace partícipes de la cruz redentora de Cristo, y reconoceremos a su vez que *«los padecimientos del tiempo presente no son dignos de ser comparados con la gloria que ha de manifestarse en nosotros»* (Rom. 8, 18).

LOS SALMOS

83. ¿Qué son los «salmos»?

Los Salmos son una colección de himnos o canciones sagradas con las que la Iglesia acostumbra a «alabar al Señor, darle gracias, hacerle súplicas, pedirle perdón, etc...».

Como oración no es sólo pedir gracias a Dios, sino también alabarle, darles gracias..., por eso presentaremos algunos de los salmos laudatorios, de acción de gracias, deprecatorios y otros varios. Orar con los Salmos es orar con palabras de Dios.

Salmo 1 Camino que conduce a la felicidad

¡Bienaventurado el hombre que no sigue el consejo de los impíos, ni pone el pie en la senda de los pecadores, ni en la tertulia de los burladores toma asiento. Antes bien, la Ley del Señor tiene su complacencia, y en ella medita día y noche!.

Es como un árbol plantado junto a los ríos de agua que a su tiempo dará fruto y cuyas hojas no se marchitan; todo cuanto hiciere prosperará.

No así los malvados, no así. Ellos son como paja que el viento desparrama. Por eso en el juicio no estarán en pie los impíos, ni los pecadores en la reunión de los justos. Porque Yahvé cuida el camino de los justos; pero la senda de los pecadores tiene mal fin.

Salmo 25. Propio del que va a orar

«A ti, Señor, Dios mío, elevo mi alma. En tí confío, no sea yo confundido. Muéstrame tus caminos e instrúyeme... Tu eres el Dios que me salva.

Acércate Señor, de tus misericordias y de tus bondades de todos los tiempos. No recuerdes los pecados de mi juventud, ni mis ofensas... Acuérdate de mí por tu bondad... Tu perdonarás mi culpa aunque es muy grande.

Mírame Tú y tenme lástima, porque soy miserable y estoy solo. Perdona Tú todos mis delitos... Cuida Tú mi alma y sálvame.

Salmo 139. Para actuarse en la presencia de Dios

Oh Señor, Tú me penetras y me conoces. Sabes cuando me siento y me levanto. De lejos disciernes mis pensamien-

tos. Si ando y si descanso Tu lo percibes y todos mis caminos te son familiares.

No está todavía mi palabra en la lengua, y Tú Señor, ya sabes toda. Tú me rodeas por detrás y por delante.

¿Adónde huiré que me aleje de tu espíritu? ¿Adónde huir de tu presencia?. Si subiere a los cielos, allí estás Tú; si bajare al abismo, allí estás presente.

Si dijere: «Al menos las tinieblas me esconderán», y a modo de luz me envolviese la noche, las mismas tinieblas no serían oscuras para Tí.

Te alabo por el maravilloso modo en que me hiciste, porque tus obras son admirables... Examina mi corazón... y si ando por falso camino condúceme por la senda de la Eternidad (dichosa)...

Santo Tomás dice: «Si pensáramos que Dios nos ve, nunca o casi nunca pecaríamos».

84. Salmos laudatorios y de Acción de gracias...

Estos salmos son himnos de alabanza, nos invitan a alabar al Señor de todas las gentes, a Dios que es bueno, poderosos, providente, y a su vez desea invitemos a otro y a la creación entera para que continúen en esta alabanza.

Salmo 117. Alabad al Señor todas las naciones, celebradle todos los pueblos, porque su misericordia se ha confirmado sobre nosotros, y la fidelidad del Señor permanece para siempre.

Salmo 136. Alabad al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia.

Salmo 148. Alabad al Señor desde los cielos, alabadlo en las alturas.

Angeles suyos, alabadlo todos; alabadle todos; ejércitos suyos. Alabadle sol y luna; lucientes astros, alabadle todos. Alabadle, cielos de los cielos y aguas que estáis sobre los cielos, alaben el nombre del Señor porque Él lo mandó y fueron creados.

Alabad al Señor desde la tierra... Alaben el Nombre de Yahvé, porque sólo su Nombre es digno de alabanza...

Salmo 30, deprecatorio

A Tí, Señor, me acojo; no quede yo nunca confundido; sálvame con tu justicia. Inclina a mí tu oído, apresúrate Tu a librarme.

Sé para mí la roca de seguridad, la fortaleza donde me salves.

Porque Tu eres mi roca y baluarte, y por la gloria de tu nombre cuidarás de mí y me dirigirás.

Tú me sacarás de la red que me han tendido, porque eres mi protector. En tus manos encomiendo mi espíritu. Tu me redimirás, ¡oh Yahvé, Dios fiel!

Ten piedad de mí, Señor, porque estoy conturbado..., porque mi vida se va acabando entre dolores y mis años entre gemidos...

Yo confío en Ti, Señor; digo: «Tu eres mi Dios»... Oh, cuán grande es la bondad que reservas para los que te temen y aman.

Salmo 103 de acción de gracias

Bendice, alma mía, al Señor y todo cuanto hay en mi bendiga su santo Nombre. Bendice, alma mía, al Señor y no olvides sus beneficios. Es Él quien perdona todas tus culpas, quien sana todas tus dolencias. Él rescata de la muerte tu vida, Él te corona de bondad y misericordia.

- Cuanto dista el Oriente de Occidente, tan lejos echa de nosotros nuestros delitos.

- Misericordiosos y benigno es el Señor tardo en airarse, lleno de misericordia...

Como un padre que se apiada de su hijos, así Yahvé se compadece de los que le temen, porque Él sabe de que estamos formados, Él recuerda que somos polvo... Los días del hombre son como la flor del campo...

Mas la misericordia del Señor permanece para siempre.

Salmo 51. Compadécete de mí, oh Dios, según tu benignidad. Por vuestra gran misericordia borra, borra mi iniquidad. Lávate enteramente de mi culpa, límpiame de mi pecado...

Contra ti, contra ti solo he pecado... Lávame y seré más blanco que la nieve...

LOS PROVERBIOS

Este libro (que contienen una 500 máximas, dirigidas a personas de toda clase, edad y condición) es una colección de sentencias, avisos, exhortaciones y reglas prácticas para obrar y vivir rectamente.

«Proverbios» no es lo mismo que «refranes», sino que equivale a «sentencias», «consejos atinados». Expondremos sólo algunos.

85. Obra bien. Acepta la corrección y habla bien.

El camino recto es apartarse del mal (16, 17). Examina los pasos de tu pie, y sean rectos todos tus caminos (4, 26).

El que sigue la justicia (o va por el camino de la santidad) va a la vida, el que va tras el mal corre a la muerte (11, 19). (El camino de la virtud, aunque a veces es estrecho, lleva a la vida, en cambio, el sendero del pecado, aunque ancho, lleva a la muerte, a la condenación (Véase Mt. 7, 13-14).

El principio de la sabiduría es el temor de Dios (El «temor de Dios» o sea, la práctica de la religión «es el principio, el fundamento, la base sólida de la verdadero sabiduría).

- Va por la senda de la vida quien hace caso de la corrección, el que no la acepta va por el camino falso (10, 17). Camino de la vida es la corrección del que te enseña (6, 22).

El hijo sabio acepta la corrección de su padre, pero el insensato no escucha la reprensión (13, 1).

No deseches, hijo mío, la corrección de Dios; ni te enojas cuando te corrige, porque Yahvé castiga al que ama, y aflige al hijo que es más querido (3, 11-12). El crisol prueba la plata, la hornaza al oro, mas los corazones los prueba Yahvé (17, 3).

La necedad del hombre tuerce sus caminos y luego le echa la culpa a Dios. (Muchas veces nos quejamos de la Providencia divina, cuando los verdaderos autores de nuestra desgracia hemos sido nosotros mismos, bien por nuestros pecados, bien por nuestro obrar irreflexivo e imprudente).

Encomienda a Dios tus planes, y tendrán éxito tus proyectos (16, 3).

- Los caminos del hombre están ante Yahvé y Él ve todos sus pasos. El impío queda preso en su propia iniquidad y

enredado en el plazo de su culpa (5, 21-22) (Viene a ser el dicho de Jesucristo: «*El que comete el pecado es esclavo del pecado*»). No te creas sabio a tus ojos, teme a Dios y huye del mal (3, 7).

Habla bien. En el mucho hablar no faltará pecado. El sabio ahorra sus palabras (10, 19). Con su boca el impío arruina a su prójimo, mas los justos se salvan mediante la ciencia. Cuando prosperan los justos se alegra la ciudad, y cuando perecen los impíos hay júbilo. Con la bendición de los buenos se engrandece un pueblo, la boca de los malos es su ruina (11, 9 ss).

La muerte y la vida están en poder de la lengua; cual sea el uso que de ella hagas, tal será el fruto (18, 21).

Gran importancia tienen las palabras en nuestra vida. Por eso decía Esopo que la lengua es la mejor y la peor cosa del mundo. La lengua revela el corazón del hombre. Por esta razón decía Sócrates a un joven: «habla para que te conozca». No hay que sentenciar sin haber escuchado antes las dos partes.

EL «ECLESIASTÉS»

86. ¿De qué trata este libro?

El «Eclesiastés» nos viene a plantear esta cuestión: ¿Vale la pena de ser vivida la presente vida? ¿Qué provecho saca el hombre de todo su trabajo con que se afana debajo del sol?. Y concretando más: ¿Podrá hallar el hombre la felicidad que tan ardientemente desea aquí, en la tierra, o sea, en las cosas creadas? Ni el placer, ni las riquezas, ni los honores, ni la actividad ni el progreso le aseguran la felicidad. Él viene a responder a esto solamente con esta frase: **Vanidad de vanidades, todo es vanidad.**

Y a esto se reduce el argumento del libro, si bien en él se echan de ver estos dos pensamientos centrales, que vienen a ser como los dos polos de todo lo que se describen en él: El primero: «*Todas las cosas de la tierra son vanidad*». Y el segundo: «*Temer a Dios y guardar sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre*».

El desaliento expresado por Eclesiastés, muestra que hay en el fondo del corazón humano una aspiración hacia un estado de cosas mejores. Este estado es justamente el programa del reino de Dios, que Jesús anunciará en el Evangelio.

A la luz de la revelación divina, añadiremos lo que dice Kempis: «Vanidad de vanidades y todo vanidad, fuera de amar a Dios y servirles».

También se deduce del Eclesiastés esta condición práctica: Que gocemos con moderación -sin quererle ofender- de los bienes que el Señor nos concede para alivio y consuelo de las penas de esta vida y con ánimo agradecido a Él como dador de todo bien.

Vanidad de vanidades, todo es vanidad

¿Qué provecho saca el hombre de todo el trabajo con que se afana debajo del sol?

Una generación se va y otra generación viene, mas la tierra es siempre la misma. El sol se levanta, el sol se pone, y camisa presuroso a su lugar, de donde vuelve a levantarse.

Todos los ríos se van al mar, y el mar nunca se llena; al lugar de donde los ríos vienen, allá vuelven para correr de nuevo...

Los ojos nunca se hartan de ver, ni los oídos de oír. Lo que fue, eso será; lo que hizo, lo mismo se hará nada hay de nuevo bajo el sol... He visto cuanto se hace... y aquí que todo es vanidad Vanidad los placeres... Empecé grandes obras, me construí palacios... amontoné plata y oro... Compré esclavos y esclavas... tuve muchas mujeres e hijos. Nada negué a mis ojos de cuanto pedían... Mas considerando todas las obras de mis manos... vi que todo era vanidad.

Todo tiene su tiempo. Hay tiempo de reír y tiempo de llorar, tiempo de callar y tiempo de hablar, tiempo de

amar y tiempo de aborrecer, tiempo de guerra y tiempo de paz...

- **Desórdenes sociales.** Otras cosas he visto debajo del sol: que en el puesto del derecho está sentada la maldad, y en lugar de la justicia la iniquidad. Díjeme entonces en mi corazón: Dios juzgara al justo y al impío, porque hay un tiempo destinado para todo y para toda obra.

No te olvides del fin. Acuérdate de tu Creador. Aunque un hombre viva largos años y ellos llenos de alegría, piense en los días tenebrosos, pues serán muchos. Todo lo que sucede es vanidad.

Alégrese tu corazón en los días de tu juventud, sigue los caminos de tu corazón y lo que encanta a tus ojos (sin ofender a Dios), pues sábetelo que de todas esas cosas Dios te pedirá cuenta.

- Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes de que vengan los días malos, y lleguen los años en que dirás: «No tengo ya contento». Y antes que el polvo (= cuerpo) vuelva a la tierra de donde salió, y el espíritu (= el alma) retorne a Dios que le dio el ser...

Oídas todas estas cosas, se sigue como conclusión: *«Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es todo el hombre»*. Esta es la razón de su existencia, y para esto ha sido creado.

CANTAR DE LOS CANTARES

87. Contenido e interpretación de este libro

Este libro es una composición poética en la que el amado y la amada se manifiestan su amor en diálogos y soliloquios y, por fin, se casan. Intervienen como protagonistas: la esposa (Sulamita) y el esposo (Salomón), denominados también hermano y hermana, ella aparece como hija del rey y pastora, él como rey pastor, intervienen asimismo como formando comparsa, el coro del pueblo, doncellas de Jerusalén y hermanos de la esposa.

No obstante la apariencia profana, la crítica judía tradicional y luego la Iglesia reconocen en él su carácter místico, es decir a través del idilio entre ellos, nos pinta amores más altos y divinos.

- Para los Padres de la Iglesia el **Cantar** es un poema alegórico, no profano, y aparecen como convencidos de su sentido espiritual.

(Conviene saber que el título «Cantar de los Cantares» es un hebraísmo que equivale a «Cantar sublimísimo», o «Cantar por excelencia»).

- Para la tradición judía, bajo la imagen de un perfecta unión conyugal, ha visto la unión entre Dios y la sinagoga o pueblo de Israel.

-La interpretación cristiana, lo interpreta como representando el vínculo y unión de la nueva alianza divina entre Cristo y su Iglesia. Ya los mismos judíos reconocían el Amado del **Cantar** era el Mesías y Cristo, en los Evangelios, se compara al esposo (Mt. 9, 15).

- Algunos siguiendo la interpretación mística han visto la unión de Cristo con el alma fiel, y la Iglesia en la Liturgia aplica a María muchas frases de este libro... El libro, pues, no es erótico, sino purísimo y más atendiendo al lenguaje oriental.

La visita del Amado

En este pequeño poema podemos ver una evocación de la situación del pueblo de Dios después del destierro. Durante el destierro Él dormía. Al regreso, este pueblo pensaba

que le sería dada la felicidad por completo; en la alegría esperaba la visita de Dios. Pero Dios, por algunas razones misteriosas, atrasa su llegada.

El amado: «Yo dormía, pero mi corazón estaba despierto. ¡Una voz!. Es mi amado que golpea. Ábreme, hermana mía, amiga mía... Me levanté para abrir a mi Amado... Abrí a mi Amado, pero mi Amado, volviéndose, había desaparecido.

Mi alma desfalleció al oír su voz. Los busqué y no la hallé; lo llamé, mas no me respondió. (Cap. 5).

La esposa o pueblo escogido. La esposa representa al pueblo escogido que quiere darse a su Dios. La alegría sucederá a la prueba, como la primavera sigue al invierno.

La esposa

«Yo soy de mi Amado y hacia mi tienden sus besos. ¡Ven, Amado mío!. Ponme cual sello sobre tu corazón, cual marca sobre tu brazo! Porque es fuerte el amor como la muerte... Sus flechas son flechas de fuego, llamas del mismo Señor» (Cap. 9).

SABIDURÍA

88. ¿De qué trata este libro de la Sabiduría?

En este libro se nos habla de la vida futura, de la recompensa de los justos y del castigo de los impíos. La justicia de Dios no aparecerá plenamente más que en la otra vida. También nos habla de la misericordia de Dios, y cómo por las obras creadas podemos llegar al conocimiento de su Artífice, o sea, de Dios Creador de todas ellas.

La sabiduría, fuente de felicidad. Amas la justicia los que gobernáis la tierra. Sentid rectamente del Señor, y buscadle con sencillez de corazón. Porque los que no le tientan la

hallan, y se manifiesta a los que no le son incrédulos. Los pensamientos perversos apartan de Dios...

La sabiduría no entrará en el alma maliciosa, ni habitará en el cuerpo esclavo del pecado...

Dios no hizo la muerte, ni se goza en la perdición de los vivientes. El Espíritu del Señor llena el universo, y el que todo lo abarca tiene conocimiento de lo que se habla...

Dios creó inmortal al hombre y le formó a su imagen y semejanza, mas por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo e imitan al diablo los que son de su bando (Sab. 2, 23-25).

- Destino de los justos y desdicha de los impíos. Las almas de los justos están en manos de Dios, y no llegará a ellas el tormento de la muerte. A los ojos de los insensatos pareció que morían; y su tránsito se miró como una desgracia, y como un aniquilamiento su partida de entre nosotros, mas ellos reposan en paz...

Su tribulación ha sido ligera, y su galardón será grande, porque Dios los probó como el oro en el crisol, y los halló dignos de sí, a su tiempo se les dará la recompensa.

Mas los impíos serán castigados a medida de sus pensamientos: ellos que no hicieron caso de la justicia y apostataron de Dios.

Los impíos niegan la vida eterna. Dijeron entre sí, discutiendo sin juicio: Corto y lleno de tedio es el tiempo de nuestra vida; no hay consuelo en el fin del hombre... Nuestra vida se desvanecerá como nube que pasa... Venid, pues, y gocemos de los bienes presentes... Coronémonos de rosas antes que se marchiten... Ninguno de nosotros deje de tomar parte en nuestra lascivia...

Oprimamos al justo... Nos echa en cara los pecados contra la ley... No podemos sufrir ni aun su vista, porque no se asemeja su vida a la de nosotros... Los impíos, cegados de su propia malicia no entendieron los misterios de Dios... (mas un día dirán) :

¡Insensatos de nosotros! La vida de los justos nos parecía una necesidad... Mirad como son contactos entre los hijos de Dios... Luego hemos errado y apartado del camino de la verdad... ¿De qué nos ha servido la soberbia? Comparecerán llenos de espanto por el remordimientos de sus pecados...

- **La recompensa de los justos.** Mas los justos vivirán eternamente su galardón está en el Señor, y el Altísimo tiene cuidado de ellos. Por tanto, recibirán de la mano del Señor el reino de la gloria, y una brillante diadema. Los protegerá con su diestra y con su santo brazo los defenderá...

Grandeza y misericordia del Señor. El mundo todo es delante de Tí, oh Señor, como un granito en la balanza, y como una gota de rocío que por la mañana desciende sobre la tierra. Pero Tú tienes misericordia de todos, por lo mismo que todo lo puedes, y disimulas los pecados de los hombres a fin de que hagan penitencia; porque Tú amas cuanto existe, y nada aborreces de lo que has hecho; pues si alguna cosa aborrecieras, no la habías hecho.

¿Cómo podrías subsistir alguna cosa, si Tú no quisieses o cómo podría conservarse sin Tí? Pero a todos perdonas, porque son tuyos, Señor, amador de las almas.

Tu corriges poco a poco a los que caen, y los amonestas por las faltas que cometen, despertando la memoria de su pecado para que apartándose de la maldad, crean en Tí, Señor (Sab. 11, 23-27; 12, 2).

- **La creación nos habla de Dios.** Vanos son ciertamente todos los hombres en quienes no se halla la ciencia de Dios, y que por los bienes visibles no llegaron a conocer Aquel que es; ni considerando las obras, reconocieron al Artífice de ellas... Pues de la grandeza y hermosura de las criaturas, se puede a las claras venir al conocimiento del Creador... (Sab. 13, 1-5).

Dios no puede ser ignorado, la creación entera, obra suya, nos habla de su omnipotencia y de su divinidad. Todos debemos reconocerlo así y adorarle.

ECLESIAÍSTICO

89. Pensamientos del libro del Eclesiástico

El libro del «Eclesiástico» es un «manual de sabiduría». Comenta numerosas máximas del libro de los Proverbios, verdaderos consejos y reflexiones que no han perdido su utilidad para el hombre de hoy.

Elogio de la sabiduría. Toda sabiduría viene del Señor, y con Él está siempre y existe antes de los siglos. ¿Quién podrá contar las arenas del mar, las gotas de la lluvia y los días del pasado? La altura de los cielos, la extensión de la tierra y la profundidad del abismo, ¿quién podrá explorarlos?

La sabiduría de Dios, que precede a todas las cosas, ¿quién es el que la ha investigado, y sus caminos son los mandamientos eternos. El origen de la sabiduría, ¿a quién fue revelado? ¿y quién conoce sus trazas?

Hay un solo Creador, altísimo y omnipotente y rey grande, y sumamente terrible, que está sentado sobre su trono, y es Dios, el Señor (Eclo. 1, 18).

- Hijo, en entrando en el servicio de Dios, persevera firme en la justicia y en el temor, y prepara tu alma para la tentación...

- **Honra a Dios y a tus mayores.** Honra a tu padre con todo tu corazón, y no te olvides de los gemidos de tu madre. Acuérdate que sin ellos no hubieras nacido, y correspóndeles según lo que han hecho por ti.

Honra Dios con toda tu alma, y respeta a los sacerdotes...

No te huelgues de la muerte de tu enemigo, sabiendo que todos morimos, y queremos ser objeto de gozo.

No menosprecies lo que contaren los ancianos sabios; antes bien, hazte familiares sus máximas, porque de ellos aprenderás sabiduría (7 y 8).

- **Haz bien a tu prójimo.** Hijo mío, disfruta de aquello que tienes, y haz de ello ofrendas dignas a Dios.

Acuérdate de la muerte, la cual no tarda, y de la ley que se te ha intimado de ir al sepulcro, porque el morir es una ley de la que nadie está exento. Antes de morir haz bien a tu prójimo, y alarga tu mano hacia el pobre según tu posibilidad... Da y toma, y santifica tu alma (14).

- **Libertad.** Dios creó desde el principio al hombre, y le dejó en manos de su consejo. Le dio además sus mandamientos y preceptos.

Si guardando constantemente que le agrada quisieras cumplir los mandamientos. Ellos serán tu salvación.

He puesto delante de ti el agua y el fuego; extiende tu mano a lo que más te agrade. Delante del hombre están la vida y la muerte, el bien y el mal; lo que escogiere le será dado.

(Dios nos da la libertad para hacer el bien, si la empleamos para el mal, nosotros seremos culpables) (15, 14-21).

- **No cedas tus bienes hasta la muerte.** Ni al hijo, ni a la mujer, ni al hermano, ni al amigo, jamás en tu vida les des autoridad sobre ti; ni cedas a otros lo que posees, para que no suceda que arrepentido hayas de pedirle rogando que te lo devuelva.

Mientras estés en este mundo y respires, ningún hombre te haga mudar de este propósito, porque mejor es que tus hijos hayan de recurrir a ti, que no el que tu hayas de esperar el auxilio de las manos de tus hijos. En todas tus cosas manten la superioridad (33, 20-23).

- **Los cuidados por la hija.** Una hija es causa de desvelos para el padre; pues el cuidado de ella le quita el sueño, para que no se marchite en su juventud ni sea aborrecida después de casada. Por terror de que sea manchada su virginidad, y se vea encinta en la casa de su padre, o estando casada peque, y bien casada sea estéril.

Vigila sobre la hija atrevida, no sea que algún día te haga escarnio de tus enemigos o sea fábula de la ciudad y befa de la plebe y te cubra de ignominia delante de todo el pueblo (42, 9-11).

- **Dios creador del hombre.** El Señor formó al hombre de la tierra y lo formó a imagen suya y de nuevo le hará volver a la tierra. Le señaló un número contado de días y le dio potestad sobre las cosas que hay en la tierra. Le hizo temible a todos los animales, y les dio el dominio sobre las bestias y sobre las aves.

Le dio capacidad de elección, y le dio lengua, ojos, oídos y corazón para entender. Le llenó de ciencia e inteligencia y le hizo conocer el bien y el mal... Le mostró la magnificen-

cia de sus obras, para que alabe su santo Nombre y pregone la grandeza de sus obras... y les dijo: «Guardaos de toda iniquidad» (Eclo. 17, 1-11).

LIBROS PROFÉTICOS

Los profetas

Breve introducción

Dios suscitó y envió profetas especialmente durante los reinados de Israel y de Judá. Estos tenían como fin, no sólo anunciar cosas futuras, sino recordar a los reyes y al pueblo la observancia de los mandamientos de Dios y combatir sus transgresiones.

Los profetas también tuvieron la misión de preparar los caminos del Mesías, anunciar su venida y su obra salvadora, y mantener la esperanza en Él como futuro Redentor.

Hubo profetas «no escritores» como Elías, uno de los personajes más célebres del Antiguo Testamento, y Eliseo que vivieron en el siglo IX antes de Cristo, y otros que anunciaron verdades reveladas por Dios a través de sus escritos, y son: Isaías - Jeremías - Ezequiel y Daniel.

Estos se llaman profetas mayores por el volumen e importancia de sus escritos, y hay otros doce, llamados menores, de los que hablaremos después, y de todos ellos presentaremos algunas de sus palabras o trozo más significativos de su predicación.

EL PROFETA ISAÍAS

Isaías vivió en el siglo VIII a.C. y profetizó en el reino de Judá. Es el primero de los cuatro profetas mayores, y su libro es el más importante de todos los libros proféticos. He aquí el elogio que de él leemos en el Eclesiástico:

«Isaías, profeta grande y fiel en la presencia de Dios..., previó con poderosa inspiración los últimos tiempos y consoló a los que lloraban en Sión. Anunció el futuro y las cosas ocultas hasta la eternidad antes que sucedieran (Eccl. 48, 25 y 27).

En este libro se nos rebela que Dios juzgará a su pueblo y se servirá de las naciones paganas para castigarlo. Más tarde estas naciones serán destruidas y un «resto de Israel» será salvo... y termina hablando de un nuevo aspecto del Mesías, «el Siervo de Yahvé», bajo la forma de Maestro y de Profeta, especialmente como Redentor, que salvará a su pueblo mediante el sufrimiento.

90. El Señor habla a su pueblo

Isaías hace ver al pueblo su ingratitud para con Dios, su falta de verdadera piedad y les incita a la conversión.

«Oid, cielos, y tu, tierra, escucha, porque habla el Señor; he criado hijos y los he engrandecido mas ellos se han rebelado contra Mi.

El buey conoce al que lo posee, y el asno el pesebre de su amo, pero Israel no se conoce; mi pueblo no tiene inteligencia.

«¡Ay de la nación pecadora, pueblo cargado de culpa, raza de malvados, hijos corrompidos! Han abandonado al Señor, han despreciado al Santo de Israel, se han vuelto atrás. La cabeza toda está enferma, y todo el corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la cabeza, no queda en él nada sano; hay sólo heridas, contusiones y llagas inflamadas, que no han sido cerradas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite (1, 2 s).

Nota: La «cabeza enferma» indica, sin duda los gobernantes. Ellos y todo el pueblo eran una llaga.

Esto se aplica en sentido acomodaticio a la pasión de Cristo. En realidad todos estábamos enfermos, todos heridos de pies a cabeza por nuestros pecados, y Cristo vino a sufrir en su cuerpo y ser una pura llaga de heridas, para curarnos.

La viña ingrata (5, 17). Para expresar todos los motivos de queja que Dios tiene contra su pueblo infiel, el profeta recurre a una parábola. Compara el pueblo a una viña, Dios es quien la ha plantado y cuidado con esmero, y no halla en ella frutos cuando va a buscarlos.

«Cantaré ahora a mi amado un canto, la canción de mi amado acerca de su viña». Tenía mi amado una viña en un collado muy fértil. La cavó y la despedregó, la plantó de capas escogidas y edificó en medio de ella una torre, y también un lagar, y espero que diese uvas, pero dio agraces.

Ahora, pues, habitantes de Jerusalén, juzgad entre mi y mi viña. ¿Qué más había de hacer yo por mi viña que no lo hiciera? ¿Por qué mientras esperaba que diese uvas, dio agraces?

Ahora voy a deciros lo que haré con mi viña: La quitaré su seto, y será talada, derribaré su muro y será hollada. Haré de ella una desolación y no será podada ni cultivada, brotarán allí zarzas y espinas, y mandaré que las nubes no lluevan sobre ella.

He aquí la explicación de esta parábola: Pues la viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel. Esperaba de ellos rectitud, y no veo más que derramamiento de sangre; justicia, y he aquí que no hay más que gritos de dolor.

- **La verdadera penitencia o piedad auténtica.** La verdadera señal de la conversión del corazón no son las solas palabras de penitencia, sino la caridad para el prójimo. El amor al prójimo conduce a la amistad de Dios.

«Clama a voz en cuello y no ceses; cual trompeta alza tu voz; denuncia a mi pueblo sus maldades, y a la causa de Jacob sus pecados. Decís: ¿Por qué ayunamos si tu no lo ves, si Tú te haces el desentendido? Es porque en vuestro día de ayuno andáis tras vuestros negocios y apremiáis a todos vuestros trabajadores.

He aquí que ayunáis para hacer riñas y pleitos, y para herir a otros impiamente... El ayuno que yo quiero consiste en esto: soltar las ataduras injustas, desatar las ligaduras de la opresión, dejar libre al prójimo y romper todo yugo, partir tu pan con el hambriento, acoger en tu casa a los pobres sin hogar, cubrir al que veas desnudo, y tratar misericordiosamente a todo hombre necesitado... Entonces

clamarás al Señor y Él te responderá... y te guiará sin cesar...

91. Profecía escatológica: ruina de la tierra

(Is. 24). Esta tendrá lugar en los últimos tiempos, debido a los muchos pecados de los hombres y quedará un corto número de los salvados.

He aquí que el Señor devastará la tierra, y la dejará desolada, trastornará la superficie de ella y disperersará sus habitantes.

Y será el pueblo como del sacerdote, del siervo como de su amo, de la sierva como de su dueña, del comprador como del vendedor... La tierra será devastada y saqueada del todo, por cuanto el Señor así lo ha decretado. La tierra se consume de luto, el orbe se deshace y se marchita; desfallecen los magnates de la tierra.

La tierra está profanada por sus habitantes; pues han traspasado las leyes y violado los mandamientos, han quebrantado la alianza eterna. Por eso la maldición devora la tierra, y son culpables sus moradores; por eso será consumidos los habitantes de la tierra, y quedará solamente un corto número.

- Señor, hemos pecado, pero puedes salvarnos (Is. 64). No hay quien invoque tu nombre, nadie se levanta para adherirse a Ti, pues nos ha escondido tu rostro y nos ha entregado a nuestras maldades.

Mas ahora, Señor, tu eres nuestro Padre; nosotros somos el barro, y Tú el alfarero, obra de tus manos somos todos,

No te enojés demasiado, oh Señor, ni te acuerdes siempre de la iniquidad, míranos, te rogamos, que somos pueblo tuyo.

Poemas del «Siervo de Yahvé» (Is. 42, 50 y 53).

En un cierto número de poemas de este libro de Isaías aparece un misterioso personaje, llamado El «Siervo» de Yahvé. Este no es ni un rey, ni un sacerdote ni un profeta como los demás. Cada poema presenta un aspecto de él. Este siervo es, sin duda, Cristo, el Mesías. Una vez se presenta bajo la forma de un Maestro, que enseña la sabiduría, otra vez como «Siervo» obediente... y especialmente como

«Siervo» sufriendo (Cap. 53) que acepta los sufrimientos, y se pone en lugar de los hombres y es el «Varón de dolores», que ofrece este sacrificio a Dios, obteniendo así el perdón de los pecadores...

Jesús conformará su conducta a este retrato del «Siervo». Después de su resurrección, sus discípulos comprenderán que Él ha muerto conforme a las Escrituras (1 Cor. 15, 3) (Este capítulo es como resumen de la Pasión de Cristo según los Evangelios, escrito ocho siglos antes de que sucediera.

Nota: El profeta nos habla de varios oráculos del Mesías:

1) Un niño nos ha nacido, un Hijo nos ha sido dado, que lleva el imperio sobre sus hombros. Se llamará Maravilloso, Dios poderosos, Príncipe de paz.

2) Referente a la Virgen: «La Virgen concebirá y dará a luz un hijo y le podrá por nombre Emmanuel (Is. 7), y a esta profecía se cumplió al dar a luz la Virgen a Jesús (Ved Mt. 1, 21-23).

3) También se nos dice que el Señor vendrá en persona y nos salvará (Cap. 35, 4) y tendrá un precursor (Cap. 40), que fue el Baustista, etc.

EL PROFETA JEREMÍAS

92. ¿Quién fue el profeta Jeremías y cuál su misión?

El Eclesiástico (49, 9) y el 2º libro de los Macabeos (15, 13-14) nos hablan elogiosamente de Jeremías, profeta extraordinario, que fue penitente, casto y hombre de oración (Jer. 15, 8; 16, 2) puesto por Dios como una ciudad fuerte, como columna de hierro y muro de bronce contra los reyes, los príncipes, los sacerdotes y todo el pueblo que le hacían guerra. Su vida fue anunciar calamidades y desastres, principalmente la cautividad de Babilonia que sería de 70 años (Cap. 25 y 29).

Jeremías anunció, con anterioridad, a los últimos reyes de Judá y especial a Sedecías por su impiedad, los castigos

que les había de venir Vaticinó a su vez la ruina del templo y de Jerusalén, y que Sedecías y su pueblo caerían en manos de Nabucodonosor, aconsejándoles que no se opusieran al invasor (Cap. 38 y 39).

Jeremías empieza diciendo: Me habló Dios en estos términos:

«Antes de formarte en el seno materno te conocí; y antes de que salieras del seno te santifiqué; para profeta entre las naciones te he constituido.

Yo contesté: «¡Ah, Señor, Yahvé!, he aquí que no sé hablar, porque soy un adolescente. El Señor me respondió: «*No digas soy un adolescente, sino anda a donde quiera que Yo te enviaré, y habla cuanto yo te dijere. No tengas miedo delante de ellos, porque Yo estoy contigo para librarte, oráculo del Señor.* Después me dijo:

Yo pongo mis palabras en tu boca. Mira, Yo tengo hoy sobre naciones y sobre reinos, para desarraigar y derribar, para destruir y arruinar, para edificar y para plantar. (Jer. 1, 4-10).

Este pasaje del profeta nos debe hacer reflexionar a todos y pensar que Dios nos conoce desde que estamos en el seno de la madre como durante la vida y cada uno debe cumplir con la misión que Dios nos da y ser fieles a nuestro deber, apoyándose siempre en Dios.

Invitación a la conversión

Entonces me dijo el Señor: Anda, pues, y grita estas palabras, y di: *Conviértete, apóstata Israel, no os miraré con rostro airado, porque soy misericordioso, no me airaré para siempre, con tal que reconozcas tu iniquidad, pues contra el Señor, tu Dios, has pecado.*

Si te conviertes, oh Israel, conviértete a Mi, dice el Señor; y si quitas delante de Mi tus abominaciones, no andarás más errante.

Si juras «¡dice el Señor! en verdad, y con rectitud y justicia, serán bendecidas en Él las naciones y en Él se gloriarán (3, 12-13; 4, 1).

- **Hay falsos sabios** (Jer. 8, 7-12). Aun la cigüeña en el aire conoce su tiempo, la tórtola, la golondrina y la grulla (que conocen sus migraciones) saben cuándo han de venir; pero mi pueblo no conoce lo debido al Señor. ¿Cómo decís: sa-

bios somos, poseemos la ley del Señor? Confundidos están los sabios, consternados y presos; pues han rechazado la palabra del Señor. ¿Qué sabiduría puede haber en ellos? Todos se dejan llevar de la avaricia, todos practican el fraude.

Curan la llaga de mi pueblo a la ligera, diciendo: ¡Paz, paz! Cuando no hay paz. Serán confundidos, porque cometen abominaciones.

93. La verdadera gloria consiste en conocer a Dios

Así dice el Señor: «No se gloríe el sabio de su sabiduría, no se gloríe el poderoso de su poder, no se gloríe el rico de sus riquezas.

El que se gloría, glóriese en esto: En tener inteligencia y conocerme a Mi, que Yo soy el Señor, que hago misericordia, derecho y justicia en la tierra; porque estas son las cosas en que complace, dice el Señor» (9, 23).

- **Confianza en el Señor.** Así dice el Señor: *Maldito quien pone su confianza en el hombre* (que es débil y frágil), y se apoya en un brazo de carne, mientras su corazón se aleja del Señor. Será como desnudo arbusto en el desierto; cuando viene el bien no lo ve.

Bienaventurado el varón que confía en el Señor, y cuya confianza es el mismo Señor. Es como árbol plantado a la vera de las aguas, que echa sus raíces hacia la corriente y no teme la venida del calor, conserva su follaje verde, no se inquieta en el año de sequía, ni deja de dar fruto.

La cosa más dolorosa y perversa es el corazón, ¿quién podrá conocerlo? Yo, el Señor, que escudriño el corazón y pruebo (o sondeo) los riñones (o interior del hombre) para retribuir a cada cual según su proceder, según el fruto de sus obras (Jer. 17, 5 ss).

- **Maldades de Israel.** Dos maldades ha cometido mi pueblo. Me han abandonado a Mi, fuente de aguas vivas, para excavar cisternas, cisternas rotas que no pueden retener el agua (2, 13).

Reconoce y advierte cuán malo y amargo es apartarte de Yahvé, tu Dios (2, 19).

¡Qué necio es mi pueblo! No me han conocido; son mis hijos insensatos que no tienen inteligencia; son sabios para hacer el mal, pero el bien no lo saben hacer (4, 22).

Piensa que Dios te ve. «¿Soy Yo Dios sólo de cerca?, dice el Señor ¿No soy también Dios de lejos?

¿Acaso un hombre puede ocultarse en escondrijo alguno, sin que lo vea Yo? ¿No lleno Yo el cielo y la tierra? (Jer. 23, 23-24).

LAMENTACIONES

94. Lamentaciones y oración del profeta

Este libro que la tradición judía y cristiana ha venido atribuyendo al profeta Jeremías, son unos bellísimos cánticos elegiacos sobre las ruinas de Jerusalén.

El profeta trabajó incesantemente por su pueblo al que tanto amaba, para que evitasen las amenazas divinas, y al ver que se apartaban de los mandamientos de Dios, no puede menos de llorar las desgracias que vendrán sobre Jerusalén, la que ya ve saqueada, profanada y quemada.

Lamentaciones. ¿Cómo ha quedado solitaria la ciudad populosa? Ha quedado como viuda la que era grande entre las naciones... No hay quien la consuele, todos sus amigos la abandonaron...

Los caminos de Sión están de luto, pues no hay quien venga a las solemnidades. Todas sus puertas están en ruinas, gimiendo sus sacerdotes, desoladas sus vírgenes y ella llena de amargura... Ha desaparecido de la hija de Sión toda su gloria (Lam. 1, 1 ss).

¡Cómo el Señor en su ira ha oscurecido a la hija de Sión!... ¿Qué puedo decirte, y a quién te compararé, hija de Jerusa-

lén?... Grande como el mar es tu llaga, ¿quién podrá curarte?... (2, 1 y 13).

¡Cómo se ha oscurecido el oro! ¡Cómo el oro fino perdió su valor! Dispersas están las piedras del Santuario en las esquinas de todas sus calles... Los pequeñuelos piden pan y no hay quien se los reparta (lam. 4).

Oración del profeta. Acuérdate, Yahvé, de lo que nos ha sobrevenido, mira y considera nuestro oprobio. Nuestra herencia ha pasado a manos de extranjeros, y nuestras casas en poder de extraños... Pecaron nuestros padres, que ya no existen... y nosotros llevamos sus culpas...

¡Cayó de nuestra cabeza la diadema! ¡Ay de nosotros, que hemos pecado! Por eso está enfermo nuestro corazón y se han oscurecido nuestros ojos...

Conviértenos a Tí Yahvé, y nos convertiremos. Danos todavía días como los antiguos. ¿Por qué nos has rechazado enteramente, te has irritado contra nosotros hasta el extremo? (Lam. 5).

Notemos que la causa de todos los males y castigos que suelen sobrevenirnos, son nuestros pecados, y por eso bien podemos decir con el mismo profeta Jeremías: «*Reconoce y advierte cuán malo y amargo es apartarte de Yahvé, tu Dios* (Jer. 2, 19).

BARUC

95. Confesión de los pecados e imploración de misericordia

Este pequeño libro fue escrito, al parecer, en la cautividad de Babilonia por Baruc, fiel discípulo y secretario de Jeremías (Jer. 36, 4), para exhortar a penitencia a los cautivos y retraerlos del culto a los ídolos.

La primera parte de Baruc viene a ser una oración del pueblo penitente, o sea, una confesión de los pecados y una plegaria por la liberación.

Al final del libro va una «carta de Jeremías» a los deportados, que es una verdadera sátira contra el culto de los ídolos.

Confesión de los pecados. Así diréis: Del Señor, Dios nuestro, es la justicia, mas de nosotros la confusión y el sonrojo, como está sucediendo en este día a todo Judá y a los moradores de Jerusalén, a nuestros reyes y nuestros príncipes, a nuestros sacerdotes y profetas y a nuestros padres, porque hemos pecado en presencia del Señor, Dios nuestro y no le creímos... ni quisimos escuchar su voz, conforme a todas las palabras de los profetas que nos envió... cometiendo maldades a sus ojos... (1, 15 ss).

Imploración de misericordia. Hemos pecado, hemos obrado impiamente, oh Señor, Dios nuestro, contra todos tus mandamientos. Aléjese de nosotros tu indignación, porque somos pocos los que hemos quedado entre las naciones donde nos dispersaste.

Escuchad, Señor, nuestros ruegos y nuestras súplicas, y líbranos por amor de Ti mismo, y haz que hallemos gracias a los ojos de aquellos que nos han deportado, a fin de que conozca todo el mundo que Tú eres el Señor, Dios nuestro, y que tu Nombre ha sido invocado sobre Israel y sobre su linaje. Vuelve, oh Señor, tus ojos hacia nosotros desde tu santa Casa, inclina tus oídos y escúchanos (Bar. 2, 12-16).

- Palabras de consuelo. Ten buen ánimo, oh pueblo de Dios... Fuisteis vendidos a las naciones, pero no para ruina. Por haber provocado la indignación de Dios, por eso fuisteis entregados a los enemigos. Pues irritasteis a Aquel que os

creó, al Dios eterno, ofreciendo sacrificios a los demonios en lugar de Dios...

Tened buen ánimo, hijos míos, clamad al Señor, y Él os libraré del poder y de las manos de los príncipes enemigos... Ten confianza, oh Jerusalén, pues te consolará Aquel que te dio su nombre.

He aquí que vuelven tus hijos que tu enviaste dispersos, vienen de Oriente hasta el Occidente, reunidos por la palabra del Santo (= de Yahvé), gozándose en la gloria de Dios (Bar. 4). Partieron de Ti a pie, llevados por los enemigos, pero Dios te los devolverá traídos con honor.

¿Por qué castigó Dios a su pueblo? «Por los pecados que habéis cometido contra Dios, fuisteis llevados cautivos a Babilonia por Nabucodonosor, rey de los babilonios» (Bar. 6, 1). No nos olvidemos de cumplir los mandamientos de Dios para ser felices...

EZEQUIEL

96. ¿Quién fue el profeta Ezequiel?

Este profeta fue deportado el año 597 a.C. a Babilonia con el rey Joaquín. Vivió en la colonia de Tell-Aviv, junto al río Cobar, donde notó sobre él la mano o poder de Dios en una magnífica visión...

Su ministerio o misión, que se dirigía a los deportados, lo desempeñó por espacio de unos veintidos años, no cesando de consolar, exhortar y mover a penitencia a los judíos, a quienes echaba en cara su idolatría y toda clase de pecados.

El argumento del libro es el anuncio, por medio de palabras y de acciones simbólicas, de las amenazas de Dios contra Judá y contra diversos pueblos gentiles, y de las prome-

sas de una restauración final del pueblo de Dios, al que sacará de entre los países en que se halla disperso.

La restauración que tuvieron los judíos al regresar de Babilonia fue muy pobre y precaria, mas ésta que señala el profeta mira al fin de los tiempos.

- **Misión de Ezequiel.** Este profeta tuvo una visión majestuosa muy parecida a la de Isaías, y en ella recibe su misión profética. Esto ocurría en el año 597 antes de Cristo.

Aquí Dios llama al profeta «hijo del hombre», para recordarle su fragilidad, como dice San Jerónimo; mas también se nos presenta aquí como figura profética del Mesías, Jesucristo, el Hijo del hombre por excelencia, por cuanto como hombre había de aparecer entre los hombres para adoctrinales. La expresión se repite 84 veces en Ezequiel y una vez en Daniel (8, 17).

En Daniel (7, 13), en cambio se entiende por el «Hijo del hombre», lo mismo que en los 79 pasajes del Evangelio donde aparece este término, un ser sobrehumano, el hombre por excelencia, el Mesías, al cual Dios entrega el poder y la dominación eterna.

Responsabilidad del profeta. Las palabras que dirige el Señor a Ezequiel deben tenerlas muy presentes los que están al frente de los pueblos, de las diócesis o comunidades, sean sacerdotes u obispos y cuantos tienen cargo de gobierno.

Al cabo de los siete días recibí del Señor esta palabra:

«Hijo de hombre», Yo te pongo por atalaya de la casa de Israel; oirás de mi boca la palabra y les amonestarás de mi parte.

Si Yo digo al impío: de seguro morirás, y tu no le previenes ni hablastes para amonestar al impío que se aparte de su perverso camino y viva, ese impío morirá en su iniquidad; mas Yo demandaré de tu mano su sangre. Pero si tu amonestares al impío y éste no se convierte de su maldad y su perverso camino, él morirá en su iniquidad, mas tú habrás salvado tu alma.

Y cuando un justo se aparte de su justicia cometiendo iniquidad, y Yo le pusiere un tropiezo delante y él muriere porque tú no le amonestaste, en su pecado morirá y no serán recordadas sus obras buenas que hizo, y Yo demandaré su sangre de tu mano. Pero si tú amonestares al justo, para

que no peque, y el justo, en efecto, no pecare más, de seguro vivirá porque se dejó amonestar, y tu habrás salvado tu alma (3, 16 ss).

Cada uno es responsable de su pecado (Ez. 18).

El Señor dice: He aquí que todas las almas son mías; mías son el alma del padre, como el alma del hijo; mas el alma que pecaré, ésa morirá. Si un hombre es justo y vive según derecho y justicia; si no mancha la mujer de su prójimo (con su impureza); si no oprime a nadie y devuelve al deudor la prenda; si no roba nada; si parte su pan con el hambriento y cubre al desnudo con vestido; si no presta a usura ni acepta interés; si retira su mano de lo que es malo y juzga entre hombres y hombre según la verdad; si sigue mis preceptos y guarda mis juicios para obrar rectamente; ese tal es justo, ése vivirá, dice el Señor.

El alma que pecare, esa morirá. El hijo no pagará la iniquidad del padre, ni el padre la iniquidad del hijo, la justicia del justo sobre este mismo recaerá, y la iniquidad del inícuo caerá sobre él mismo.

Si el malo se convierte de todos sus pecados cometidos y guarda todos mis preceptos y obra según derecho y justicia, ciertamente vivirá, no morirá. No le será imputado ninguno de los pecados que haya cometido. A causa de la justicia que ha obrado, vivirá. ¿Acaso quiero Yo la muerte del impío? dice el Señor. ¿No quiero más bien que vuelva de sus caminos y viva?.

Pero cuando el justo se desviare de su justicia cometiendo iniquidad e imitando todas las abominaciones del impío, ¿acaso vivirá? Ninguna de las justicias que ha hecho le será imputada. Por la prevaricación en que ha caído, por el pecado que ha cometido, por ellos morirá.

Si el justo se desvía de su justicia y obra la maldad, y muere a causa de ellos, muere por la maldad que ha cometido. Asimismo, si el impío se convierte de su maldad que ha hecho y obra según derecho y justicia, conserva la vida de su alma..., de seguro vivirá, no morirá.

Convertíos y apartaos de todos vuestros pecados que habéis cometido y formaos un corazón nuevo y un nuevo espí-

ritu, pues ¿por qué queréis morir?. Porque yo no quiero la muerte del que muere, dice el Señor.

¡Convertíos y viviréis! «No quiero la muerte del impío, sino que se convierta y viva» (33, 11).

- Valor de la santidad de vida y del espíritu de oración

Los vicios de Israel y sus crímenes eran grandes... El Señor deseaba hallar almas santas y al no hallarlas se queja por no poder dar curso a su misericordia.

«Busqué entre ellos un varón que construyen un vallado y que se pusiese en la brecha frente a Mí, en favor de la tierra, a fin de que yo no la devastase, mas no la hallé. Por eso derramé sobre ellos (mis castigos)...

97. Retorno y restauración de Israel

Todos los profetas concuerdan en hablarnos de un retorno definitivo de todas las tribus de Israel y de Judá a su patria de origen formando una sola nación: Israel «de la cual no volverán a ser arrancados jamás».

«Así dice Yahvé, el Señor: No por vosotros hago esto, oh casa de Israel, sino por mi santo Nombre, al que vosotros habéis profanado entre las naciones adonde llegasteis... Pues Yo os sacaré de entre los gentiles, os sacaré de todos los países y os llevaré a vuestra propia tierra... Os daré un corazón nuevo y pondré en vosotros un espíritu nuevo... Infundiré mi Espíritu en vuestro corazón y haré que sigáis mis mandamientos... Y habitaréis en la tierra que Yo di a vuestros padres; y vosotros seréis el pueblo mío, y Yo seré vuestro Dios (Ez. 36).

Visión de los huesos áridos (Ez. 37).

Durante su largo destierro, los israelitas, deportados de Babilonia, se dejaban llevar del desaliento. Ellos venían a decir: «*Nosotros somos un pueblo muerto, estamos como supultados en medio de los paganos. Los judíos son como esqueletos sin vida, cuyas sepulturas son los pueblos entre los que están dispersados...*

«Viene sobre mí la mano del Señor (yo entré en éxtasis). El Señor me sacó fuera en espíritu y me colocó en medio de la llanura, la cual estaba llena de huesos. Y me

hizo pasar junto a ellos, todo en torno; y he aquí que eran numerosísimos. Estaban tendidos sobre la superficie de la llanura y secos en extremo. Y me dijo: *«Hijo de hombre, ¿Acaso volverán a tener vida estos huesos? Yo respondí: Yahvé, Señor, tu lo sabes».*

Entonces me dijo: Profetiza sobre estos huesos y diles: ¡Huesos áridos, oíd la palabra del Señor. Así dice el Señor a estos huesos: Yo os infundiré espíritu y viviréis. Os recubriré de nervios, haré crecer carne sobre vosotros, os revestiré de piel y os infundiré espíritu para que viváis; y conoceréis que Yo soy el Señor.

Profeticé, pues, como se me había mandado, y mientras yo profetizaba he aquí que hubo un ruido tumultoso y juntáronse los huesos, cada hueso con su hueso correspondiente... y entró en ellos el espíritu y vivieron y se pusieron en pie formando un ejército sumamente grande.

Entonces me dijo: *«Hijo de hombre, estos huesos son toda la casa de Israel».* Mira cómo dicen: *«Se han secado nuestros huesos y ha perecido nuestra esperanza, estamos completamente perdidos».* Por eso profetiza y diles: Así dice Yahvé, el Señor: He aquí que abriré vuestros sepulcros y os sacaré de vuestra tumbas, oh pueblo mío, y os llevaré a la tierra de Israel. Y al abrir Yo vuestros sepulcros y al sacaros de vuestras tumbas, conoceréis, oh pueblo mío, que Yo soy el Señor.

E infundiré en vosotros mi espíritu y viviréis, y os daré reposo e vuestra tierra; y conoceréis que Yo el Señor lo he dicho, y Yo lo hago, dice el Señor. Esta es una profecía que está cumpliéndose en nuestros días.

Dios conoce el porvenir de los pueblos y de cada uno de nosotros, y para que tengamos un fin feliz, obremos conforme a sus mandamientos.

DANIEL

98. ¿Quién es el profeta Daniel?

Daniel era de la tribu de Judá y fue trasladado con otros jóvenes nobles a Babilonia por Nabucodonosor en el tercer año de Joaquín, rey de Judá (a. 605 a. C.). Fue educado en la corte real. El espíritu de Dios estaba con él. Muy jovencito defendió a la casta Susana, y por sus habilidades en interpretar sueños fue elevado al puesto de más alta autoridad en el imperio babilónico; permaneció en el poder bajo el reinado de Darío y vivió al menos hasta el tercer año de Ciro (a. 536), pues su última visión data de este año.

La finalidad del libro es hacer ver cómo el Dios de Daniel, el Dios del pueblo de Israel es el verdadero, y como tal, superior a todos los dioses paganos. En él hay profecías y hechos notables.

- El Hijo del hombre (Dn. 7, 13-14).

Jesucristo hizo varias alusiones a este texto, y Él mismo se designó con esta expresión: «Hijo del Hombre», lo que quiere decir «como hombre» (Dn. 3, 13); (Mt. 26, 64).

«Hijo del Hombre» o «el Hombre» es el título del Mesías, pues como hombre modelo y ejemplar, siendo Dios, aparecería en la tierra.

En el «Hijo del Hombre» los judíos ya veían al Mesías, al Salvador esperado. Jesús no se designa solamente como «Hijo del Hombre», sino como «el Hijo del Hombre», el hombre por excelencia, el Dios hecho hombre por salvar a los hombres.

- Daniel salva la vida a la casta Susana (Dn. 13)

Entre los cautivos de Babilonia había un hombre muy rico llamado Joaquín, en cuya casa solían reunirse los demás israelitas desterrados. Entre ellos se encontraban dos ancianos, a quienes sus compatriotas, por creerles recomendables, les confiaron al cargo de jueces.

La mujer de Joaquín, por nombre Susana (nombre hebreo, que significa «azucena»); era notable por su hermosura, pero más aún por su virtud y costumbres irreprochables. Hacia el mediodía tenía la costumbre de pasear por el jardín de su casa y bañarse; pero un día los dos jueces, que eran, en realidad, hombres indignos del aprecio en que se

les tenía, se escondieron en el jardín con intención de inducir a Susana a hacer el mal, y cuando la vieron sola, por haberse retirado las criadas, se acercaron a ella, y con el mayor descaro le manifestaron su vergonzosa pasión.

Como los rechazase indignada, recurrieron a las amenazas para rendirla. Si no consientes -le dijeron- testificaremos que te hemos sorprendido a solas con un joven.

Susana contestó: *«Prefiero morir inocente, a pecar en la presencia del Señor»* (Dn. 13, 23).

Dicho esto, lanzó un grito pidiendo socorro. Entonces los infames viejos, viéndose perdidos, levantaron gran clamoreo contra ella. La servidumbre llegó apresuradamente, que quedaron confusos y avergonzados que se pudieran acusar de pecado a su virtuosa señora.

Al día siguiente, Susana es conducida ante el tribunal. Los ancianos renovaron solemnemente su acusación. Se creyó en su palabra por respeto a sus canas y autoridad, y Susana fue condenada a muerte. Ella exclamó entonces en alta voz:

«Oh Dios eterno, que conoces las cosas ocultas, que sabes todas las cosas aun antes de que sucedan. Tu sabes que estos han levantado falso testimonio contra mí. Tu sabes que soy inocente» (Dn. 13, 42-43).

El Señor escuchó su oración. Cuando ya iban llevando a Susana al suplicio, Daniel inspirado por Dios, sale a su defensa exclamando: «Inocente soy yo de la sangre de ésta». Y volviéndose hacia él toda la gente, le dijeron: ¿Qué es lo que dices?. Tan insensatos sois hijos de Israel, que sin examinar y conocer la verdad, condenáis a una hija de Israel. Volved al tribunal, porque éstos han dado falso testimonio contra ella. (13, 45-49).

Y todo el pueblo a gran prisa se volvió. El mismo Daniel separó a los dos ancianos, uno del otro, y juzgados los halló en contradicción, y al contradecirse, probaban la falsedad de su acusaciones, y así se salvó providencialmente Susana.

El pueblo de Dios gracias a Dios, comprendiendo como libra al inocente cuando pone en Él toda su confianza. Los dos ancianos fueron apedreados, y Daniel con una gran reputación de sabiduría.

Saquemos la consecuencia de que «nunca hay que sentenciar sin oír antes las dos partes», y el que sea inocente que recurra a Dios y será atendida su oración.

99. Los tres jóvenes en el horno de Babilonia

Nabucodonosor, en su desmedido orgullo, mandó construir una gigantesca estatua de oro, de treinta metros de altura. Convocó para su inauguración a todos los dignatarios de Caldea, y publicó por un heraldo un decreto que decía:

«En el momento en que oigáis el sonido de la trompeta, de la flauta y otros instrumentos de música, postraos para adorar la estatua de oro. Cualquiera que se negare a postrarse para adorarla, será arrojado inmediatamente al horno de fuego. Por tanto todos los pueblos y gentes a tal señal adorarán la estatua de oro» (Dn. 3, 4-7).

Daniel estaba entonces ausente, pues no se hace mención de él en este episodio; pero sus tres amigos rehusaron enérgicamente practicar este acto de idolatría.

Los caldeos, envidiosos de la distinción con que el rey los había honrado, fueron a denunciarlos. Nabucodonosor los mandó llamar, y exigió de ellos que obedecieran a sus órdenes; pero ellos dieron esta noble respuesta a sus amenazas:

«Ellos dijeron: *Nuestro Dios puede salvarnos. Pero, oh rey, nosotros no serviremos a tus dioses, ni nos postraremos ante la estatua que has alzado*» (3, 17-18).

Lleno entonces de ira Nabucodonosor, demudado el rostro contra Ananías, Misael y Azarías (=Sidraj, Misaj y Abel-Nego), ordenó que se calentase el horno siete veces más de lo ordinario y que los arrojasen en él.

Mas fueron salvados milagrosamente, porque andaban dentro del horno alabando y bendiciendo a Dios. Un ángel del Señor había bajado al horno y reprimido la violencia de las llamas, haciéndolas salir fuera del horno, de suerte que los ejecutores de la sentencia del rey fueron abrasados, mientras que en el interior del horno se sentía, por el contrario, un fresco semejante a la brisa de la tarde.

El fuego no llegó a tocar a ninguno de los jóvenes en lo más mínimo, sólo consumió las cuerdas con que estaban atados.

Entonces con voz sonora cantaron un hermoso cántico el cual es una invitación elocuente a todas las criaturas del cielo y de la tierra para alabar si fin a su Creador Todopoderoso.

«Benedicid al Señor, obras del Señor, cantadle y alabadle por los siglos. Angeles del Señor, bendecidle. Cielos, sol y luna y estrellas del firmamento, fuego y calor, hielo y nieves bendecid al Señor...»

Al tener Nabucodonosor noticia de este prodigio, vino él mismo a verlo quedando extrañado al contemplar en el horno a cuatro jóvenes en vez de tres, el cuarto era el ángel tutelar enviado por Dios.

«Salid, les dijo, y venid». Salieron del horno, presentándose a él sanos y salvos, y no pudo menos de bendecir al Señor y decir a todos que «no hay Dios alguno que como Él pueda librar». Luego el rey engrandeció a los tres jóvenes en la provincia de Babilonia.

Daniel en el lago de los leones

Daniel pasó más tarde por una gran prueba. Conquistada la Caldea, puso Ciro en el trono de Babilonia a **Darío el Medo**, y éste reconociendo muy pronto la mucha sabiduría, prudencia y rectitud de Daniel, lo puso por príncipe o magistrado supremo, bajo cuyo mando estaban los gobernadores de diversas provincias, y éstos se conjuraron para quitarle el poderío, sabiendo que adoraba a Yahvé, su Dios, y no al rey, lograron del rey un edicto, según el cual, cualquiera que dirigiese oraciones a alguna divinidad que no fuera al rey, autoridad suprema, sería arrojado al lago de los leones.

Poco después fue enunciado Daniel al rey, y éste bien a pesar suyo, se vio obligado a condenar a su más fiel ministro, porque la Constitución de los medos era irrevocable.

Daniel fue arrojado al lago de los leones. Daniel le dijo, al separarse de él: «*El Dios que adoras quiera salvarte*». Una vez encerrado en el foso o lago de los leones, sellaron bien la entrada. Al día siguiente se acercó el rey y dijo: «¿ha podido librarte tu Dios?. Daniel contestó: «*Mi Dios ha enviado un ángel y cerrado la boca a los leones*» (6, 23).

Luego Darío mandó arrojar en el foso a los que habían denunciado a Daniel y todos fueron despedazados por los leones, y luego dijo:

«Temed y adorad todos al Dios de Daniel».

100. La visión de la estatua (Cap. 3)

Este episodio del sueño del rey Nabucodonosor hace alusión a los grandes imperios: los babilonios, los medos, los persas, los griegos y los romanos, que se han sucedido y derrumbado uno tras otro por la mano de Dios. La piedra que ha pulverizado la estatua simboliza el reino de Dios.

«El año segundo del reinado de Nabucodonosor, tuvo este rey unos sueños; y turbóse su espíritu de modo que no pudo dormir. Mandó el rey llamar a los magos, los adivinos, los encantadores y los caldeos, para que le manifestasen sus sueños. Llegaron, pues, y se presentaron delante del rey, y éste les dijo:

«He tenido un sueño y mi espíritu está perturbado hasta que entienda el sueño». Respondieron entonces los caldeos al rey en siríaco: «¡Vive para siempre, oh rey! Manifiesta el sueño a tus siervos, y te daremos la interpretación.

Respondieron los caldeos ante el rey y dijeron: «No hay hombre sobre la tierra que pueda indicar lo que el rey exige; como tampoco jamás rey alguno por grande y poderoso que fuese, pidió cosa semejante a ningún mago, adivino o caldeo. La cosa que pide el rey es difícil y no hay quien pueda indicarla al rey, salvo los dioses que no moran entre los mortales.

Con esto el rey se enfureció, y llenándose de grandísima ira mandó quitar la vida a todos los sabios de Babilonia.

Daniel revela al rey el sueño. Entonces Arioc llevó apresuradamente a Daniel a la presencia del rey, a quien dijo así: «He hallado un hombre de los cautivos de Judá, que dará a conocer al rey la interpretación.

Tomó el rey la palabra y dijo a Daniel, cuyo nombre era Baltasar: *¿Eres tú capaz de hacerme conocer el sueño que he visto y su interpretación?».* Respondió Daniel ante el rey y dijo: *«El secreto (cuya interpretación) pide el rey, no se lo pueden manifestar los sabios, ni los adivinos, ni los magos, ni los astrólogos. Pero hay un Dios en el cielo que revela los secretos y que da a conocer al rey Nabucodonosor lo que ha de suceder al fin de los días. He aquí tu sueño y las visiones que ha tenido tu cabeza en tu cama:*

Tú, oh rey, estando en tu cama, pensabas en lo que sucedería después de estos (tiempos), y El que revela los secre-

tos te hizo saber lo que ha de venir, y a mi ha sido descubierta este secreto, no porque haya en mi más sabiduría que en todos los vivientes, sino a fin de que se dé a conocer al rey la interpretación y para que conozcas los sentimientos de tu corazón.

Tú, oh rey, estabas mirando, y veías una gran estatua. Esta estatua era inmensa y de un esplendor extraordinario. Erguías frente a ti, y su aspecto era espantoso. La cabeza de esta estatua era de oro fino, su pecho y sus brazos de plata; su vientre y sus caderas de bronce; sus piernas de hierro; sus pies en parte de hierro y en parte de barro.

Mientras estabas tú mirando, se desgajó una piedra -no desprendida por mano de hombre- e hirió la imagen en los pies, que eran de hierro, y de barro, y los destrozó. Entonces fueron destrozados al mismo tiempo, el barro, el bronce, la plata y el oro, y fueron como el tamo de la era en verano. Se los llevó el viento; pero la piedra que hirió a la estatua se hizo una gran montaña y llenó toda la tierra.

- **La interpretación del sueño por Daniel.** «Este es el sueño; y (ahora) le daremos al rey la interpretación: Tú, oh rey, eres rey de reyes, a quien el Dios del cielo ha dado el imperio, el poder, la fuerza y la gloria. Donde quiera que habiten los hijos de los hombres, las bestias del campo y las aves del cielo, Él los ha puesto en tu mano, y a ti te ha hecho señor de todos ellos. Tu eres la cabeza de oro.

Después de ti se levantará otro reino inferior a ti; y otro tercer reino de bronce, que dominará sobre la tierra. Luego habrá un cuarto reino fuerte como el hierro. Del mismo modo que el hierro todo lo destroza y rompe, y como el hierro todo lo desmenuza, así él desmenuzará y quebrantará todas estas cosas.

Si tu viste que los pies y los dedos eran en parte de barro de alfarero y en parte de hierro, (esto significa) que el reino será dividido. Habrá en él algo del hierro, según viste en el hierro mezclado con barro de lodo. Los dedos de los pies eran en parte de hierro, y en parte de barro (esto significa) que el reino será en parte fuerte, en parte endeble. Así como viste el hierro mezclado con barro, así se mezclarán por medio de simiente humana; pero no se pegarán unos con otros, así como el hierro no puede ligarse con el barro.

En los días de aquellos reyes el Dios del cielo suscitará un reino que nunca jamás será destruido, y que no pasará a otro pueblo; quebrantará y destruirá todos aquellos reinos, en tanto que él mismo subsistirá para siempre, conforme viste que de la montaña se desprendió una piedra -no por mano alguna- que desmenuzó el hierro, el bronce, el barro, la plata y el oro.

El gran Dios ha mostrado al rey lo que ha de suceder en lo porvenir. El sueño es verdadero, y fiel la interpretación.

La piedra, sin duda, significa el triunfo del reinado de Cristo de su Iglesia santa: «*Las puertas del Infierno* (las heregías, las persecuciones) *no prevalecerán contra ella*» (Mt. 16, 18). Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera.

101. Festín de Baltasar (Dn. 5)

Este texto muestra la santidad del templo y el respeto en que deben ser tenidos los cálices y los vasos sagrados.

El rey Baltasar dio un gran banquete a sus mil príncipes y bebió vino en presencia de los mil. Y estando ya excitado por el vino mandó Baltasar traer los vasos de oro y de plata que su padre Nabucodonosor había sacado del Templo de la Casa de Dios que hubo en Jerusalén; y bebieron en ellos. Bebían el vino, alabando a los dioses de oro y plata, de bronce, de hierro, de madera y de piedra, sus príncipes y concubinas...

En aquel momento aparecieron los dedos de una mano de hombre, y escribieron en frente del candelero, sobre la cal de la pared del palacio real; y el rey vio al extremo de la mano que escribía. Entonces el rey mudó de color, le perturbaron sus pensamientos, se la desencajaron las contaduras de sus caderas y batíanse sus rodillas una contra otra. Y gritó el rey en alta voz que hiciesen venir a los adivinos, los caldeos y los astrólogos. Luego el rey tomando la palabra dijo a los sabios de Babilonia: «El que leyere esta escritura y me indicara su interpretación, será vestido de púrpura, (llevará) un collar de oro al cuello, y será el tercero en el gobierno del reino.

Vinieron entonces todos los sabios del reino, mas no pudieron leer la escritura ni explicar al rey su significado. Por

eso el rey Baltasar se turbó en sumo grado, mudó de color y sus grandes estaban consternados.

Entonces la reina dijo: «¡Vive para siempre, oh rey! no te conturben tus pensamientos. Hay un hombre en tu reino en el cual reside el espíritu de los santos dioses... Llámense a Daniel y él te indicará el sentido:

- **Daniel interpreta la escritura misteriosa.** Presentado ante el rey, dijo éste: De ti, he oído decir que eres capaz de dar interpretaciones y resolver problemas difíciles. Ahora bien, si sabes leer la escritura e indicarme su interpretación será vestido de púrpura... y serás el tercero en el reino.

Daniel le contestó: «¡Sean para ti tus dones, y da a otro tus recompensas! Yo leeré al rey la escritura y le daré a conocer la interpretación. El Dios Altísimo, oh rey, dio a Nabucodonosor, tu padre, el reino, la grandeza, la gloria y la majestad.

Pero cuando su corazón se engrió y su espíritu se obstinó en la soberbia, fue depuesto del trono de su reino y despojado de su gloria.

Y tú, Baltasar, su hijo, aunque sabías todo esto, no has humillado tu corazón, sino que te has levantado contra el Señor del cielo..., has profanado los vasos de su Casa y no le has dado gloria...

Por eso vino de su parte el extremo de la mano que trazó esta escritura. He aquí la escritura trazada: **Mené, Tequel, Ufarsin.**

Y esta es su interpretación: **Mené**, Dios ha contado tu reino y le ha puesto término. **Tequel**, has sido pesado en la balanza y hallado falto de peso. **Ufarsin.** Dividido ha sido tu reino y dado a los medos y persas.

Aquella misma noche fue muerto Baltasar, rey de los medos.

La causa de los males y castigos siempre es el pecado, y Baltasar pecó profanando los vasos sagrados y como profanador, recibió su castigo.

EL PROFETA OSEAS

102. ¿Quién era el profeta Oseas?

Oseas es el primero de los profetas menores, según el orden de la Biblia, profetizó en el siglo VIII en tiempos de Ozías, Acáz y Ezequías, reyes de Judá, y de Jeroboán, rey de Israel. El tema del libro es el amor de Dios y su misericordia hacia el pueblo infiel de Israel, simbolizado por una mujer mala y adúltera.

En la primera parte aparecen las relaciones entre Dios e Israel bajo la figura de un matrimonio, en el que vemos por un lado el grande amor de Dios, y por otro la ingratitud e infidelidad. En la segunda parte Dios reprende los pecados de Israel, a quien exhorta a la penitencia y finalmente le hace una promesa de salvación.

Dios, pues, se revela como un esposo. Esta imagen del matrimonio es frecuente en la Escritura para expresar las relaciones entre Dios e Israel. La mujer con la que dice el profeta que se case, representa la nación infiel a Dios por sus idolatrías; los hijos son los israelitas, que Dios por la penitencia, entonces Dios los recibe como a nación fiel, o sea, como esposa.

Unos autores ven a este matrimonio un episodio simbólico, y otros históricos. Lo que se nos revela es que Dios ama tanto a Israel que aunque se porte como una mujer infiel nunca la despedirá por completo.

- El amor incansable de Dios

Las palabras del profeta Oseas que van a continuación pregonan el grande amor de Dios a su pueblo, y por consiguiente hoy al pueblo cristiano, «el Israel de Dios». Este profeta profetizó la restauración final de las tribus de Israel.

«Cuando Israel era niño, Yo lo llamé, y de Egipto llamé a mi hijo. Pero cuanto más se los llama, tanto más se alejan, sacrificando víctimas a los baales y quemando incienso a los ídolos.

Y fui Yo quien enseñé a andar a mi pueblo. Yo le tomé de los brazos, mas ellos desconocieron que yo los cuidaba. Y los

atraje con lazos de hombre, con vínculo de amor... no han querido convertirse.

Mi pueblo tiende a alejarse de Mí; se lo llama hacia arriba, pero ninguno quiere alzar la mirada. Se conmueve mi corazón dentro de Mí, a la par que se inflama mi compasión.

No volveré a destruir a mi pueblo, porque soy Dios y no un hombre; soy el santo que está en medio de ti...

Conviértete, pues, a tu Dios; guarda la misericordia y la justicia y espera siempre a tu Dios.

Restauración final de Israel (Os. 3, 4-5)

Porque mucho tiempo han de estar los hijos de Israel sin ley, sin jefe, sin sacrificio y sin cipos, y sin efod y sin terafim. Luego volverán los hijos de Israel y buscarán a Yahvé, su Dios, y a David, su rey, y se apresurarán a venir temerosos a Yahvé y a su bondad al fin de los días.

Corrupción general (Os. 4, 1-3)

El profeta Oseas prevé castigos a causa de la corrupción general de su tiempo. Lo que él decía entonces del suyo, ¿no se podría aplicar en parte al nuestro?

¡Oíd la palabra del Señor!... pues Él entra en juicio con los habitantes del país, porque no hay verdad ni misericordia, y no hay conocimiento de Dios en la tierra. Perjuran y mienten, roban y adulteran, hacen violencia, y un homicidio sigue a otro...

Por eso el país está de luto, y desfallecen cuanto en él habitan... Mi pueblo perece por falta de conocimiento.

Por haber rechazado tu el conocimiento, -por haber olvidado la Ley de Dios- Yo te rechazaré a ti.

Grave es la acusación del profeta: «No hay conocimiento de Dios», porque donde no hay conocimiento de Dios, no hay fe; donde no hay fe, no hay moral y donde no hay moral se derrumba la sociedad.

EL PROFETA JOEL

103. ¿Quién fue el profeta Joel?

Este profeta empieza describiendo una plaga terrible de langostas. Luego exhorta a Israel a la penitencia, anuncia «el día del Señor» y el juicio de naciones en el valle de Josefat y el reino mesiánico.

San Pedro aplicó esta profecía (Hec. 2, 28-31) el día de Pentecostés a los carismas del Espíritu Santo. Las grandes calamidades y castigos que aquí se describen son imagen de otras más espantosas que sobrevendrán al fin de los tiempos.

Castigo devastador el día del Señor (1, 9-15; 2, 1-11)

Falta la ofrenda y la libación en la Casa del Señor; los sacerdotes, ministros del Señor, están de duelo. El campo solado, la tierra en luto, porque devastados están los trigales, secóse el vino, falta de aceite.

Confundíos labradores; ululad viñadores, por el trigo y la cebada, porque la cosecha del campo ha sido destruida. Las viñas agostadas, la higuera marchita; todos los árboles del campo se han secado; no hay más alegría entre los hijos de los hombres.

Haced penitencia, oh ministros de mi Dios, promulgad un ayuno, convocad una asamblea solemne; congregad a los ancianos y a todos los habitantes del país en la Casa del Señor, vuestro Dios; y clamad al Señor. ¡Ay del día!, pues cercano está el día del Señor, como ruina vendrá de parte del Todopoderoso.

Tiemblen todos los moradores de la tierra, porque viene el día del Señor; ya está cerca. Día de oscuridad y de densas tinieblas. Grande es el día del Señor y muy terrible, ¿quién podrá soportarlo?

Dios exhorta al pueblo a la penitencia

Ahora, pues, dice el Señor, convertíos a Mi de todo vuestro corazón; con ayunos, con llantos y plañido. Rasgad vuestros corazones, y no vuestros vestidos, y volved al Señor, vuestro Dios; porque Él es benigno y misericordioso, tardo para airarse, y de mucha clemencia, y le duele el mal.

Entre el pórtico y el altar lloren los sacerdotes ministros del Señor, y digan: «¡Apiádate, Señor, de tu pueblo, y no abandones el oprobio la herencia tuya!».

Bendiciones celestiales (2, 30-32). Haré prodigios en el cielo y en la tierra; sangre y fuego y columnas de humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que llegue el grande y terrible día del Señor.

Y sucederá que todo aquel que invocare el hombre del Señor será salvo. Congregaré a todos los gentiles y los haré bajar al valle de Josafat y los juzgaré.

Vivamos siempre preparados para el día del Señor.

EL PROFETA AMÓS

104. ¿Quién fue el profeta Amós?

Amós, profeta en el siglo VIII a.C. es el primero de los profetas escritores; fue pastor y labrador que apacentaba su rebaño en Tecoá, localidad situada a 20 kilómetros al sur de Jerusalén. Él mismo dice cómo fue su vocación: «El Señor me tomó de detrás del rebaño, y me dijo: Ve y profetiza a Israel, mi pueblo (7, 15). Se mostró intrépido defensor de la Ley de Dios, y puso de manifiesto los vicios del pueblo. Profetizó en el reino de Jeroboán II (784-744) y les anunció el destierro por sus pecados.

Vicios de los ricos. Exhortación a la penitencia (Am. 5,4 s; 6, 3 ss)

Así dice el Señor: Buscadme y viviréis... Yo sé la multitud de vuestros crímenes y cuán graves pecados habéis cometido vosotros, que oprimís al justo, aceptáis cohecho y torcéis el derecho de los pobres ante los tribunales. Aborreced el mal y amad el bien, y restableced la justicia.

Vosotros queréis alejar el día aciago, y aceleráis el imperio de la violencia... Duermen en divanes de marfil y se tienden sobre sus lechos; comen corderos del rebaño y novillos sacados del establo. Beben vino en copones, y se ungen con el óleo más exquisito sin compadecerse. Por eso irán ahora al cautiverio, a la cabeza de los deportados...

Oíd esto, los que os tragáis al pobre y hacéis perecer a los humildes de la tierra, diciendo: «¿Cuándo pasará el novilunio para que vendamos el trigo, y el sábado para que abramos los graneros? Achicaremos la medida y agrandaremos el peso, y falsearemos la balanza para engañar. Así compraremos por dinero al pobre y al menesteroso por un par de sandalias y venderemos hasta las ahechaduras del trigo.

Convertiré en duelo vuestras fiestas y, en llantos todos vuestros cantares.

Oraciones formulistas y sin piedad (5, 21-23)

Amós es el primero en luchar contra la hipocresía y el formulismo en la religión. A las ofrendas y oraciones de los israelitas, les faltaba la savia del corazón... honraban con los labios, y el corazón estaba lejos de Dios, como dijo Jesucristo.

«Yo aborrezco y desecho vuestras fiestas, y no me agradan vuestras asambleas solemne. Cuando me presentéis holocaustos y oblaciones no les gustaré, ni miraré vuestros sacrificios de animales cebados...

¡Aparta de Mi el ruido de tus cantos!...

Hambre y sed de la palabra de Dios (Amos 8, 11-12)

El profeta advierte a los israelitas que los profetas cesarán bien pronto de predicar como castigo por la infidelidad del pueblo...

«He aquí que vienen días, dice el Señor, en que enviaré hambre sobre la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír palabras del Señor. Andarán errantes de mar a mar, y discurrirán de norte al oriente en busca de la palabra del Señor, mas no la hallarán.

Amemos mucho la palabra de Dios, no cesando de leer la santa Biblia, porque en ella Él nos habla.

EL PROFETA ABDÍAS

105. ¿Qué sabemos del profeta Abdías?

La profecía de Abdías es el escrito más corto del Antiguo Testamento, consta de un solo capítulo con veintiún versículos.

Este profeta se refiere sin duda a la mala conducta o mal comportamiento de Edom o hijos de Esaú con los hijos de Judá en los días de la invasión caldea, y por eso un día Edom sufriría un gran castigo y sería exterminado por su maldad. Sobre el profeta Abdías, refiere San Jerónimo una tradición judía según la cual Abdías no es otro que el mayordomo del rey Ajab, que llevaba el mismo nombre, que había ocultado a cien profetas (1 Rey. 18, 3-16), y cuya tumba se mostraba en Samaría junto a las de Eliseo y Juan el Bautista.

Suerte de Edom por sus crímenes

Por la matanza y la violencia hecha contra tu hermano Jacob, te cubrirá la vergüenza y serás exterminado para siempre...

Tú no debes contemplar el día de tu hermano, el día de su desastre, ni debes alegrarte de los hijos de Judá en el día su perdición, ni insultarlos en el día de la angustia...

No debes pararte en las encrucijadas para matar a sus fugitivos, ni entregar a sus escapados el día de la tribulación. Porque cercano está el día de Yahvé para todas las naciones, y como tú has hecho, así se hará contigo; tu merecido caerá sobre tu cabeza (VV. 10-15).

Suerte de Israel sobre el monte Sión

Pero en el monte Sión habrá salvación y será un lugar santo, y la casa de Jacob recuperará sus posesiones... y no quedará superviviente de la casa de Esaú, porque lo dice Yahvé...

Al monte de Sión subirán salvadores para juzgar el monte de Esaú, y REINARA YAHVÉ (vv- 17 y 21).

Como podemos observar, el profeta Abdías anuncia solemnemente la repatriación de los exiliados, que volverán como salvadores o héroes al monte Sión (v. 21), para desde allí regir y juzgar la montaña de Esaú, o Edom, símbolo de

las naciones de las naciones paganas, que se convertirán en vasallos del pueblo elegido, porque Yahvé pertenece el imperio.

Es la hora de Yahvé, que inaugura su reinado universal sobre los pueblos, con Jerusalén como capital. El pueblo judío será el primogénito entre todos los de la tierra, quedando así compensado de todas sus aflicciones pasadas.

Los edomitas por llegar a exterminar a **los fugitivos de Judá**, por eso su conducta cruel tendría su merecida retribución. Tantos crímenes no pueden quedar impunes. Todo pecado, a la larga, tiene su castigo.

EL PROFETA JONÁS

106. ¿Qué sabemos del libro de Jonás?

El libro de Jonás se distingue de los otros profetas por contarnos la historia del profeta otra persona distinta a él. De Jonás se cuenta en 2 Rey. 14, 25 que vaticinó las conquistas del Jeroboán II, pero nada más sabemos de su ministerio. El tema fundamental del relato es claro: poner de relieve la misericordia de Dios para con los pecadores arrepentidos, aun cuando sean extraños a su pueblo; lo que no querían entender los judíos en la predicación de Jesús.

- La orden de ir a Nínive y rebeldía de Jonás (1, 1 ss)

Yahvé habló a Jonás, hijo de Amitay diciéndole: «Levántate, vete a Nínive, la gran ciudad, y anuncia en ella que la maldad de sus habitantes ha llegado ante Mi. Mas Jonás se levantó para huir de la presencia del Señor, y embarcó en una nave en dirección a Tarsis.

Yahvé hizo levantar un gran viento sobre el mar y tuvo lugar una gran tormenta en el mar, de tal manera que la

nave parecía que iba a romperse. Los marineros cobraron miedo y clamaron cada uno a su dios, y arrojaron al mar el cargamento para aligerar la nave... En esto llamaron a Jonás que estaba dormido en el fondo de la nave, y echando suerte sobre el cual sería culpable de la tormenta, y recayó sobre Jonás.

¿Qué haremos contigo para que el mar se calme, ya que nos has dicho que huías de la presencia de tu Dios? Él les dijo: Arrojadme al mar y el mar se aplacará, porque sé que por mi culpa esta tempestad os ha sobrevenido.

Jonás es arrojado al mar

Y agarrando a Jonás lo arrojaron al mar, y el mar permaneció libre de su furia. Entonces Dios dispuso un enorme pez que tragó a Jonás, y él oró desde las entrañas del pez... Y luego Yahvé dio orden al pez, dentro del cual permaneció tres días, y vomitó a Jonás en la tierra.

- **Jonás predice en Nínive** (3, 1-5). Nuevamente le dijo Yahvé: «Levántate, vete a Nínive, la gran ciudad de tres días de camino.

(Advertimos que Nínive era ciudad grande, porque se componía de cuatro ciudades (Gén. 10, 11-12), de aquí que los «tres días de camino» eran los que necesitaba Jonás para hacer oír su mensaje en todos los barrios de la ciudad. Y el milagro de que se conservase vivo en el vientre del pez, dice San Jerónimo hablando de Lázaro, que «es mas fácil preservar a un hombre en el vientre del pez, que resucitar a un muerto de la tumba).

Predicación de Jonás: «*Cuarenta días y Nínive será destruida*». Eran lo que les daba de plazo para hacer penitencia, y ante este anuncio, el rey y los nobles y la ciudad en masa hicieron lo posible para convertirse, y al ver Dios su penitencia y su cambio de vida, se arrepintió Yahvé del mal que les había dicho les haría, y no lo llevó a efecto.

Despecho de Jonás: Este llevo muy a mal esta conversión y por eso habían huido la primera vez, pues sabía que Dios era clemente y piadoso, tardo para airarse, de gran misericordia y que se compadecía del mal... El Señor lo reprendió diciéndole que si él se compadece de sus cosas, «Yo, le dice Yahvé. ¿No tendré compasión de Nínive, la gran ciudad, en la cual hay más de 120.000 personas?

EL PROFETA MIQUEAS

107. ¿Qué sabemos del profeta Miqueas?

Este profeta vivió en los reinados de Joatán, Acáz y Ezequías (siglo VIII a.C.) y denunció los vicios de los ricos y de los grandes: sacerdotes, jueces, profetas falsos. Anunció la venida del Mesías que nacería en Belén y termina con un himno a la divina misericordia, la que anuncia para los que siguen el camino de la salvación. Al texto de Miqueas (5, 2) hace referencia San Mateo (2, 5-6).

- **Contra los vicios de los ricos y de los grandes (2 y 3)**

«¡Ay de los que maquinan iniquidad y en sus lechos preparan el mal!. A la luz del día lo ponen por obra, porque tienen el poder en su mano. Codician campos y los roban, también casas y se apoderan de ellas; oprimen al dueño y su casa, al propietario y su heredad.

Por eso dice el Señor: He aquí que tengo preparado contra esta raza un mal del cual no podréis librar vuestras cervices; y no andaréis ya erguidos, porque será tiempo calamitoso.

Quedarán avergonzados los videntes y confundidos los adivinos. Sus jefes juzgan aceptando dádivas, sus sacerdotes enseñan por salario sus profetas adivinan por dinero, y se apoyan en el Señor diciendo. ¿Acaso no está el Señor con nosotros? ¡Sobre nosotros no vendrán ningún mal!.

Por eso, por culpa vuestra, Jerusalén será un montón de escombros...

- **Profetiza el nacimiento del Mesías en Belén (5, 2)**

Pero Tú, Belén de Efrata, pequeña para figurar entre los millares de Judá, de ti me saldrá el que ha de ser dominador de Israel, cuyos orígenes son desde los tiempos antiguos, desde los días de la eternidad.

- **Himno a la divina misericordia (7, 18-20)**

¿Quién es Dios como Tú, que perdonas la iniquidad y olvidas el pecado del resto de tu herencia? No guarda Él para siempre su ira, porque se complace en misericordia.

Volverá a compadecerse de nosotros, aplastará nuestras iniquidades, y arrojará a lo más profundo del mar todos nuestros pecados.

Tu manifestarás fidelidad a tu pueblo, y a Abraham la misericordia, que juraste a nuestros padres desde los días de la antigüedad.

Alabad al Señor todas las gentes, alabadle todos los pueblos porque su misericordia es grande para con nosotros.

EL PROFETA NAHUM

108. ¿Qué sabemos del profeta Nahum?

Este profeta vaticinó el castigo y la ruina de Nínive, la que un día -única entre los pueblos gentiles- se convirtió al Dios de Israel (según la profecía de Jonás) y por caer después en la apostasía y haberse llevado cautivas las diez tribus de Israel, Dios decretó por Nahum su destrucción. Mas para Israel habrá restauración.

- Dios vengador marcha contra Nínive

Oráculo sobre Nínive... Yahvé es un Dios celoso y vengador; vengador es Yahvé y Señor de ira que ejerce la venganza contra sus adversarios... Yahvé es tardo para la ira y grande en poder, y no deja (al impío) impune... Increpa al mar y lo seca y agota todos los ríos...

Ante Él tiemblan los montes y se derriten los collados, y la tierra se conmueve en su presencia y el mundo y cuantos en él habitan.

Yahvé es bueno, es fortaleza en el día de la tribulación, y conoce a los que en Él confían.

Sentencia contra Nínive

Con inundación impetuosa destruirá por completo aquel lugar, y tinieblas perseguirán a sus enemigos. ¿Qué andáis maquinando contra Yahvé? El hará devastación completa (de Nínive); no se levantará nueva tribulación...

Esto es lo decretado por Yahvé sobre ti: No quedará más semilla de tu nombre. De la casa de tus dioses exterminará las estatuas e ídolos fundidos y la haré tu sepulcro... (1, 14).

- Anuncio de la restauración de Israel y ruina de Nínive

Mira sobre los montes los pies del mensajero que trae buenas nuevas, del que anuncia la paz. Celebra, oh Judá, tus fiestas, cumple tus votos; porque no volverá a pasar por ti aquel Belial, que será del todo extirpado...

El destructor ha subido contra ti, guarda la fortaleza, observa los caminos... Yahvé restaurará la gloria de Jacob, la gloria de Israel (2, 1 ss).

¡Ay de la ciudad sanguinaria, toda llena de fraudes y de rapiñas que no quiere apartarse del pillaje!... Multitud de muertos, montones de cadáveres, muertos sin fin... a causa de sus muchas fornicaciones y hechicerías. Heme aquí contra ti, dice Yahvé de los ejércitos... y mostraré a las naciones tu desnudez y a lo reinos tu vergüenza...

Cuantos te vean, se apartarán de ti diciendo: ¡Nínive está destruida! ¿Quién se compadecerá de ella? Tus pastores, oh rey de Asiria, se durmieron; tus grandes cayeron y tu pueblo se dispersa por los montes sin quien los junte. No tiene remedio tu ruina, tu herida es gravísima. Cuantos oigan hablar de tu desastre batirán palma contra ti, pues ¿sobre quién no pasó de continuo tu maldad?.

La ruina de los pueblos siempre es el pecado...

EL PROFETA HABACUC

109. ¿Qué sabemos de este profeta?

Este profeta que parece haber profetizado en el siglo VI a.C., nos presenta a los caldeos como instrumentos de la cólera divina para castigo de Judá y de otras naciones, castigo que a su vez recaerá sobre ellos mismos.

- Problema que plantea Habacuc

Habacuc propone el viejo problema de la injusticia sobre la tierra y de la aparente inactividad de Dios. Empieza lamentándose de los pecados del pueblo, y Dios le responde que le castigará por medio de los caldeos.

Después pregunta el profeta por qué el impío es instrumento de los castigos divinos, y en visión Dios le responde que también el impío será castigado. Termina con un magnífico canto en el que celebra la majestad, la justicia y la misericordia de Dios Salvador.

- Pregunta de Habacuc

¿Hasta cuándo, oh Yahvé, he de clamar sin que Tú me escuches? ¿Hasta cuándo daré voces a Ti por la violencia sin que me salves? ¿Por qué me haces ver la iniquidad, y soportas la vista de la aflicción, y la opresión y la violencia se hallan ante mí, y surgen las discordias y las contiendas? El impío asedia al justo, y así sale torcido el derecho (Hab. 1, 2-4).

Yahvé dice: He aquí que suscitaré a los caldeos, ese pueblo cruel e impetuoso que recorre las anchuras de la tierra, para ocupar moradas que no son suyas. Es horrible y espantoso... Vuelven cual águila que se da prisa para devorar. Vienen todos ellos para hacer violencia.

El profeta replica:

¿No eres Tú, oh Yahvé, desde la eternidad mi Dios, el Santo? No podremos morir porque Tú, Yahvé, hiciste aquel pueblo para ejercer la justicia, y le has establecido para aplicar castigos.

Tus ojos son demasiado puros para mirar el mal, y no puedes ver la injusticia. ¿Por qué, pues, soportas a los pérfidos y callas cuando el inicuo devora al que es más justo que él...? (Hab. 1, 12-13).

Respuesta de Yahvé: He aquí que el soberbio, el que no tiene alma recta, sucumbirá; mas el justo, por su fe, vivirá (2, 4).

El sentido de estas últimas palabras es éste: El justo puede salvar su vida natural confiando en Dios, es decir, puede salvarse de la muerte en la cautividad de Babilonia.

San Pablo en Rom. 1, 17 aplica este texto a la salvación nacida de la fe, pues por ella alcanzará la vida eterna.

Un día la tierra se llenará del conocimiento de la gloria de Yahvé como las aguas llenan el mar (2, 14). Y éste es el pensamiento del profeta Jeremías (31, 34).

EL PROFETA SOFONÍAS

110. ¿Qué sabemos de este profeta?

Sofonías, que vivió en tiempos de Josías, rey de Judá (a 640-609 a.C.) nos habla del «día del Señor», o sea, de un juicio contra Judá y Jerusalén, en el que hará Dios perecer a hombres y animales, y serán exterminados los impíos con sus baales o ídolos.

El «día de Yahvé» será día de gran castigo, mas en este juicio de naciones no será aniquilado el mundo, pues quedarán supervivientes. El profeta exhorta a la penitencia. Israel será purificado y glorificado.

- ¿Cómo es el «día de Yahvé»?

Día de ira es aquel día, día de angustia y de aflicción, día de devastación y de ruina, día de tinieblas y oscuridad, día de nubes y densas tinieblas; día de trompeta y alarma contra las ciudades fuertes...

Yo angustiaré a los hombres de modo que andarán como ciegos, porque han pecado contra Yahvé, y por eso su sangre será derramada como polvo y tirados sus cadáveres como estiércol (1, 14-17).

- Exhortación a la penitencia

Reflexionad sobre vosotros mismos y arrepentíos antes de que llegue el día de la ira de Yahvé... Buscad a Yahvé los humildes de la tierra, los que obráis rectamente. Buscad la justicia, buscad la humildad por si podéis poneros a salvo el día de la ira de Yahvé (2, 2-3).

- Jerusalén será castigada por su pecados

¡Ay de la ciudad rebelde, contaminada y opresora! No quiere escuchar la voz de Dios ni acercarse a Él... Esto dice el Señor: (Por tantos pecados y por la profanación de las cosas santas) he decretado congregar los pueblos y juntar los reinos para derramar sobre ellos mis castigos (3, 8).

- Promesas mesiánicas. Glorificación de Israel

(Después del castigo quedarán supervivientes). Entonces volveré a dar a los pueblos labios puros para que todos invoquen el Nombre de Yahvé... Dejaré en medio de ti un pueblo pobre y humilde que confiará en el Nombre de Yahvé. El «resto de Israel» no cometerá iniquidad, no dirá mentira, ni se hallara en su boca lengua mendaz...

¡Alégrate y regocíjate de todo corazón hija de Jerusalén! Pues Yahvé ha apartado de ti sus castigos. Él está en medio de ti como poderoso Salvador...

En aquel tiempo os traeré, y entonces os congregaré y os dará nombre y gloria entre todos los pueblos de la tierra (3, 9 ss).

La virtud siempre engrandece a los pueblos, como nos dicen los proverbios, mientras que el pecado los hace miserables» (14, 34).

EL PROFETA AGEO

111. ¿Qué sabemos del profeta Ageo?

Este profeta vivió en el cautiverio de Babilonia y animó al pueblo, a Zorobabel, gobernador de Judá, y a Josué, sumo sacerdote, para que reedificasen el templo, una vez que volvieron del destierro, y les hizo ver que si los cielos retenían el rocío y la sequía aparecía en la tierra sin darle ésta el fruto esperado, es por estar en ruinas la Casa del Señor, mientras ellos se apresuraban a construir las suyas.

- Ageo habla al pueblo

¿Ha llegado acaso para vosotros el tiempo para habitar en vuestras casas artesonadas, en tanto que esta Casa está en ruinas? Pues así dice Yahvé de los ejércitos: Reflexionad sobre vuestro proceder. Habéis sembrado mucho y recogido poco; coméis, y no os hartáis; bebéis y no apagáis la sed; os vestís y no os calentáis; el que gana salario lo echa en saco roto.

Así dice Yahvé de los ejércitos: Reflexionad sobre vuestro proceder. Subid al monte, traed maderas y reedificad la Casa, y Yo me complaceré en ella, y seré glorificado, dice Yahvé.

Esperabais mucho, y he aquí que cosechasteis poco; y lo trajisteis a casa, mas Yo soplé en ello.

¿Por qué? dice Yahvé de los ejércitos. Porque mi Casa está en ruina mientras cada uno de vosotros se da prisa para contribuir su propia casa. Por eso, por vuestra culpa el cielo detiene el rocío y la tierra no da su fruto (L, 4-10).

- Ageo habla a Zorobabel y a Josué

¡Anímate Zorobabel, dice Yahvé, cobra tú también ánimo, Josué, hijo de Josadac, Sumo Sacerdote, y cobra ánimo, pueblo todo el país, dice Yahvé. ¡Y manos a la obra!, pues Yo estoy con vosotros... Mía es la plata, mío el oro... Grande será la gloria de esta Casa; más grande que la primera será su postrera, dice Yahvé de los ejércitos, y en este lugar daré la paz (2, 4-10).

Todos los trabajos que se hagan y redunden en gloria de Dios, redundan a su vez en beneficio nuestro, pues Dios los bendice.

EL PROFETA ZACARÍAS

112. ¿Qué sabemos de este profeta?

Zacarías es contemporáneo de Ageo, y con él exhortó a la edificación del Templo (a. 520). El libro comienza exhortando a la penitencia, y luego en una serie de visiones nocturnas habla de la restauración del reino caído y promete la salvación.

Es muy interesante este profeta, por sus profecías mesiánicas, por los títulos que atribuye a Zorobabel y Josué escatológicos, por la intervención de la Providencia divina en la marcha de la humanidad y del pueblo escogido, al que Dios santificará después del juicio de naciones, y Jerusalén vendrá a ser centro de la religión verdadera y capital del mundo cristiano.

- Exhortación a la penitencia

Así dice Yahvé de los ejércitos: «Volveos (= convertíos) a Mi, y Yo me volveré a vosotros. No seáis como vuestros padres, a los que predicaron los profetas anteriores, diciendo: Así Yahvé: *«Convertíos de vuestros malos caminos y de vuestras malas obras, pero ellos no escucharon, no me prestaron atención»* (1, 3-4).

En las primeras visiones que tuvo este profeta, nos hace ver que si Yahvé había castigado a Judá con el destierro, será compasivo de nuevo y los dejará reedificar el templo.

«Zacarías clama diciendo: Así dice Yahvé: Siento gran amor hacia Jerusalén y gran celo por Sión y estoy muy irritado contra las naciones que están tranquilas (en medio de su maldad)... Yo vuelvo mi rostro compasivo hacia Jerusalén, en ella será reedificada mi casa (1, 14-16).

-La nueva Jerusalén

Las visiones que siguen miran más bien al final de los tiempos cuando Jerusalén tendrá una restauración definitiva, pues aunque Dios irá castigando a Israel y Judá por sus crímenes, no los desampara y los sigue amando muchísimo, pues llega a decir de los judíos: «*El que toca a vosotros, toca a la niña de mis ojos*» (2, 8).

- El Zorobabel y el Josué escatológicos

Estos son dos personajes misteriosos. Del Zorobabel escatológico (= de los últimos tiempos) no es más que una figura pálida del Zorobabel **histórico** que, como nos dice Ageo y lo vemos en Esdras y Nehemías, no fue más que un gobernador de Judá y tributario de los reyes de Persia.

Por el profeta Zacarías y por Jeremías (léase Jer. 33, 7-14-18), vemos que estos dos personajes de los cuales habla el mismo Zacarías (3, 8; 6, 12-13), son «varones de presagio» y con ellos tendrá lugar la restauración universal prometida y esperada, de la que no fue más que una pobre y débil figura de restauración del regreso de Babilonia. He aquí lo que dice Zacarías:

«Oye, pues, Josué, Sumo Sacerdote, tu y tus compañeros que se sientan en tu presencia, pues son «varones de presagio»; porque he aquí que haré venir a mi siervo «Germen»... y en un día quitaré de este país la iniquidad... (3, 8)... Así dice Yahvé: «He aquí el hombre cuyo nombre es Germen, el cual germinará en su lugar y edificará el templo de Yahvé... y será revestido de gloria y se sentará para reinar sobre tu trono, y el sacerdote se sentará en su solio, y habrá entre ambos espíritu de paz».

A la luz de estos textos, vemos claramente que en los tiempos futuros, cuando sea borrada la iniquidad de la tierra, habrá dos potestades supremas, **un rey** descendiente de David, que representa a la autoridad civil o temporal, y **un Sumo Sacerdote**. ¿Quiénes son éstos? Son los dos varones de presagio (3, 6) el Zorobabel y el Josué (hijo de Josadac) escatológicos, y entre ambos habrá consejo de paz.

- Profecías mesiánicas

Entrada en Jerusalén: He aquí que viene a ti tu rey... viene humilde montado en un borrico, hijo de asna (Zac. 9, 9, y véase cumplida en Mt. 21, 5).

Vendido por treinta monedas: Si os parece justo, pagad mi salario; y si no, dejadlo... Y ellos pesaron mi salario: treinta monedas de plata... Tomé, pues las treinta monedas de plata y las tiré al alfarero en la casa de Yahvé al tesoro (compárese Zac. 11, 12.13 con Mt. 26, 15; 27, 9-10).

En la pasión: Hiere al Pastor y se dispersarán las ovejas (Zac. 13, 7 y Mt. 26, 31).

- Juicio de Dios y santificación de Jerusalén

«Y sucederá que en toda la tierra, dice Yahvé, serán exterminados los dos tercios, perecerán y quedarán en ella sólo un tercio. Y este tercio, lo meteré en el fuego, lo purificaré como se purifica la plata y lo probaré como se prueba el oro. Invocaré m Nombre y yo lo escucharé; Yo diré: «Pueblo mío es». Y él dirá: «Yahvé es mi Dios» (13, 8-9).

- Dios a favor de Jerusalén

«He aquí que voy a hacer de Jerusalén una copa de vértigo para todos los pueblos de derredor, y también vendrá angustia para Judá cuando estrechen a Jerusalén. En aquel día haré que Jerusalén sea una piedra pesada para todos los pueblos. Quienes probaren alzarla se harán cortaduras y se congregarán contra ella todos los pueblos de la tierra... mas Jerusalén será de nuevo habitada en su antiguo sitio, en Jerusalén, y en aquel día voy a destruir a todos los pueblos que vengan contra Jerusalén (Zac. 12, 2-9).

- Espíritu de Plegaria

Y derramaré sobre la casa de David y sobre los habitantes de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración, y pondrán sus ojos en Mí, a quien traspasaron. Lo llorarán como se llora al unigénito, y harán duelo amargo por él como suele hacerse por el primogénito (12, 10).

He aquí que viene el día de Yahvé... Y Yahvé «reinará sobre toda la tierra, pues en aquel día Yahvé será único y único su Nombre. Entonces Jerusalén vivirá en paz» (14, 6, 6-9 y 11).

Jerusalén vendrá a ser un día centro del mundo cristiano y capital del mundo y en ella adorarán al Rey, Yahvé de los ejércitos.

Reconozcamos ya a Jesucristo como Rey del mundo, y a Él sea dado todo honor y gloria por los hijos de los siglos.

EL PROFETA MALAQUÍAS

113. ¿Qué sabemos de este profeta?

Malaquías aparece en la Biblia como el último de los profetas de Israel. Se dice que vivió en tiempos de Esdras y Nehemías (hacia el 150 a.C.) y fue, a juicio de los judíos, «el sello de los profetas», pues después de él hasta San Bautista no hubo ningún profeta en el A.T.

Este libro termina con el anuncio del profeta Elías antes de que llegue el grande y terrible día del Señor. San Juan Evangelista al hablar del Bautista, nos dice que éste precede al Mesías con el espíritu y el poder de Elías, y por eso San Gregorio Magno dice: «Juan Bautista era Elías en espíritu, pero no en persona».

- El amor de Dios a su pueblo

Oráculo. Palabra de Yahvé a Israel por medio de Malaquías: Yo os he amado, dice Yahvé, y vosotros decís: ¿En qué nos ha amado?.

El hijo honra a su padre y el siervo teme a su señor. Pues si yo soy Padre, ¿dónde está mi honra?. Si yo soy Señor, ¿dónde está mi temor? dice Yahvé de los ejércitos a vosotros, sacerdotes que despreciáis mi Nombre. Decís: ¿en que menospreciamos tu Nombre? Ofrecéis en mi altar pan inmundo, y decís: ¿En qué le hemos hecho inmundo? En decir: La mesa de Yahvé es despreciable, y ofrecer lo cojo o lo enfermo, ¿no es malo?.

Sacrificio de la Nueva Ley (1, 11-13)

Porque desde el nacimiento del sol hasta el ocaso, en grande mi Nombre entre las naciones, y en todo lugar de ofrecerse a mi Nombre un sacrificio humeante y una oblación pura, pues grande es mi nombre entre las gentes, dice Yahvé de los ejércitos.

Pero vosotros lo profanáis, diciendo: La mesa de Yahvé es inmunda y despreciables sus alimentos. Y aún decís: ¡Oh qué fastidio! y lo despreciáis, dice Yahvé de los ejércitos, y ofrecéis lo robado, lo cojo, lo enfermo, lo presentáis como ofrenda ¿Voy a complacerme Yo aceptándolo de vuestras manos?.

Reflexión: Dios aparece como Padre que ama grandemente a los hombres, pero éstos no corresponden debidamente

a su amor. Los sacerdotes de la antigua ley no le tributaban debidamente culto, y llegó un día que Dios rechazó por indignos aquellos sacrificios que le ofrecían: y fue cuando anunció el SACRIFICIO DE LA NUEVA LEY.

«No me son gratas vuestras ofrendas porque desde que nace el sol hasta el ocaso es grande mi nombre entre las gentes, y en todo lugar se ofrece a mi nombre un sacrificio, una ofrenda pura...»

Esta profecía se refiere a la Santa Misa, como único y verdadero sacrificio de la Nueva Ley: en ella se ofrece una hostia pura en todo lugar.

San Agustín dice a este propósito: «Abrid los ojos por fin, y ved como de levante a poniente, no en un solo lugar, sino en todos, se ofrece el sacrificio de los cristianos; no a un día cualquiera, sino al que predijo esto, al Dios de Israel» (Adv. Iud. 9, 13).

NUEVO TESTAMENTO

Los libros del N.T. que fueron escritos en el primer siglo después de Jesucristo, son 27. Entre estos «sobresalen los Evangelios, por ser el testimonio principal de la vida y doctrina de la Palabra hecha carne, nuestro Salvador» (DV. 18).

«La Santa Madre Iglesia ha mantenido y mantiene con firmeza y máxima constancia que los cuatro Evangelios (según San Mateo, según San Marcos, San Lucas y San Juan), cuya historia afirma sin dudar, narran fielmente lo que Jesús, el Hijo de Dios, viviendo entre los hombres, hizo y enseñó realmente hasta el día de la Ascensión» (DV. 19).

«El canon del Nuevo Testamento, además de los cuatro Evangelios, comprende las cartas de Pablo y otros escritos apostólicos inspirados por el Espíritu Santo» (DV. 20).



Χαῖρε Μαρία κεχαριτωμένη,
 ὁ Κύριος μετὰ σοῦ.
 Εὐλογημένη σύ ἐν γυναιξί, καὶ
 εὐλογημένος ὁ καρπὸς
 τῆς κοιλίας σου Ἰησοῦς.
 Ἄγια Μαρία, Μήτηρ Θεοῦ,
 προσεύχου ὑπὲρ ἡμῶν τῶν αμαρτωλῶν,
 νῦν καὶ ἐν τῇ ᾧρᾳ τοῦ θανάτου ἡμῶν.
 Ἀμήν.

שְׁמַח מְלֵכָה שְׂמֵחָה
 מְלֵכָה שְׂמֵחָה
 : שְׂמֵחָה שְׂמֵחָה
 בְּרִיבְרִיבָה בְּרִיבְרִיבָה

Debajo de la imagen de la Virgen va el Ave María en «griego», y el comienzo de la misma en «hebreo». Estas son las dos lenguas principales de los textos originales de la Biblia.

LOS EVANGELIOS

Los Evangelios son los cuatro primeros libros del N.T., llamados de San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan, los cuales contienen la vida, los milagros y principales palabras o enseñanzas de Jesucristo.

En los Evangelios hay cuatro figuras, que vamos a destacar, ya alrededor de ellas iremos anotando y relacionando con ellas el contenido esencial de los mismos Evangelios. Jesucristo es la primera y principal figura, y sobre ellas hacemos estas preguntas, que iremos desarrollando:

- ¿Quién es Jesucristo?
- ¿Quién es la Virgen María?
- ¿Quién es San José?
- ¿Quiénes son los apóstoles?

114. ¿Quién es Jesucristo?

Por los Evangelios, que son históricos, íntegros y verídicos, sabemos que Jesucristo existió antes que el mundo existiera (Jn. 17, 5), y que por Él fueron hechas todas las cosas y sin Él no se hizo nada (Jn.1, 3).

Jesucristo es Hijo de Dios e Hijo de María, y esto nos dice que Jesucristo tuvo dos nacimientos: Uno eterno y otro temporal.

Uno eterno, pues como decimos en el Credo de la Misa: «Nacido del Padre antes de todos los siglos», y nace del Padre de modo semejante a como el pensamiento y la palabra nacen del Espíritu del hombre, y por eso al Hijo de Dios se le llama el Verbo o Palabra del Padre, que existe desde que existe el Padre, y es Dios como el Padre, pues participa de su misma naturaleza.

Otro temporal, pues llegada la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo nacido de una mujer (Gal, 4, 4). «María de la cual nació Jesús, por sobrenombre Cristo» (Mt. 1, 16). Jesucristo, pues nació en el tiempo de la Virgen María.

Jesucristo al revestirse de nuestra naturaleza humana, o sea, al hacerse hombre, vivió como hombre en medio de los

hombres, y vivió en Palestina, el Israel de hoy. Es, pues, una persona histórica, pues nació en Belén en tiempos del rey Herodes, siendo gobernador romano Poncio Pilato... (Mt. 2, 1; Jn. 19, 1).

Jesucristo recorrió todos los pueblos de Israel, y en todos ellos se habla de sus milagros. En Betania resucitó a Lázaro, en Naín resucitó al hijo de una viuda, en Caná de Galilea convirtió el agua en vino, en Jericó dio vista a dos ciegos, etc... y predicó una doctrina admirable. Él nos enseñó a amarnos: «*Amaos unos a los otros*» (Jn. 15, 12) y a amar a nuestros enemigos... y nos enseñó a orar al decirnos: «*Cuando oréis, decid: «Padre nuestro que estás en el cielo...»*» Nos enseñó a practicar las Bienaventuranzas.

JESUCRISTO ES DIOS. Él lo demostró con sus palabras y con sus obras o milagros. Con sus palabras: «*Quién me ve a mí, ve al Padre*» (Jn. 14, 9). Jesucristo es el retrato o imagen visible de Dios invisible (Col. 1, 16). «*Yo estoy en el Padre y el Padre en mí*». «*Yo y el Padre somos uno, una misma cosa*», es decir, soy Dios (Jn. 10, 30), y si dice otra vez: «*El Padre es mayor que Yo*» (Jn. 14, 28) es refiriéndose a su humanidad o considerado como hombre: «Igual al Padre según su divinidad, y al menos que el Padre según la humanidad» (Credo del Pueblo de Dios).

También dijo Jesucristo: «*Antes que Abraham fuera, existo Yo*» (Jn. 8, 58). En Jesucristo sólo hay un Yo, una sola persona con dos naturalezas, una divina y otra humana. Por razón de la naturaleza divina o como Dios que era, existió antes que Abraham el cual vivió unos 2.000 años antes de Cristo) y por razón de la naturaleza humana, o como hombre era posterior a Abraham y posterior a la Virgen de la cual quiso nacer, y así aparecer como hombre en medio de los hombres.

Profecías en favor de la divinidad de Jesucristo:

Además de los muchos milagros tenemos también muchas profecías. Jesús predijo su muerte en Jerusalén (Lc. 13, 32), y que sería azotado, escupido, crucificado y muerto, y que al tercer día resucitaría (Mt. 20, 17); predijo también la traición de Judas (Jn. 13, 26) y que Pedro le negaría tres veces (Mt 26, 34).

Además vaticinó que Jerusalén sería sitiada por los enemigos, destruida y los judíos dispersos (Lc. 21, 24) y todas las profecías se cumplieron... Ahora bien, sólo Dios conoce el porvenir (Is. 41, 23). Luego Jesucristo es Dios.

Finalmente, la mayor prueba de que Jesucristo es Dios es que resucitó para nunca más morir (Rom. 6, 9), y si Él resucitó, nosotros también resucitaremos, pues con esta esperanza hemos de vivir. (puede verse mi libro: *«Moriremos para resucitar»*).

Estudiemos a Jesucristo, leamos con frecuencia el Evangelio, pensemos que Él vino a este mundo a salvar a los pecadores (1 Tim. 1, 15) y nos enseñó el camino del cielo: *«Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos»* (Mt. 19, 17).

Tengamos fe en Él: *«El que creyese (el Evangelio) y se bautizare se salvará»* (Mc. 16, 15-16).

El que conozca bien a Jesucristo no creará en otra religión más que en la católica fundada por Él, pues Él la ha sellado con su sangre,.

De tantas religiones y sectas que existen: ¿que fundador de ellas ha vivido, muerto y resucitado como Jesucristo? Ninguno. Seamos consecuentes.

¿Queremos vivir como buenos cristianos? Tengamos siempre presente el misterio pascual de Cristo, y vivamos conforme a él. San Pablo lo resume en estas palabras: *«Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras y fue sepultado y resucitó según las Escrituras, al tercer día»* (1 Cor. 15, 3-4).

Con la celebración de este misterio, Jesucristo nos enseña a dar sentido a nuestra vida, y así llevar con gozo y con amor las renunciaciones y pequeños sufrimientos de este tiempo de prueba.

¿QUIÉN ES LA VIRGEN MARÍA?

115. Breve resumen de su vida

Según la tradición más fundamentada, la Virgen María nació y murió en Jerusalén y sus padres fueron San Joaquín y Santa Ana. Después de la resurrección y Ascensión de Jesús al cielo, vivió, al parecer, varios años en Efeso con el apóstol San Juan.

De la Virgen María ésta es la fe que profesamos, que es la Madre de Dios y también Madre espiritual nuestra; concebida sin pecado original, o sea, Inmaculada, llena de gracia, bendita y alabada entre todas las mujeres (Lc. 1, 28-42), que está en el cielo en cuerpo y alma.

Ella es también Madre de la Iglesia y a su vez Reina, Abogada y Mediadora nuestra ante el Mediador Jesús.

La Biblia nos habla muchas veces de la Virgen María. San Pablo dice que «*Dios nos eligió antes de la creación del mundo para que fuésemos santos*» (Ef. 1, 4). Y si todos hemos sido elegidos por Dios desde la eternidad, ¿con cuanta más razón lo ha sido la Virgen María, que tenía la misión de ser la Madre del Redentor del genero humano?.

La Virgen María está anunciada ya en el fondo de todas las profecías. Los libros Santos nos hablan ya de ella en las primeras páginas del Génesis (3, 15), como de una celeste mujer que había de ir unida con Cristo en la derrota de la serpiente infernal o demonio.

San Mateo al hablar de la concepción de Jesús, se refiere a la profecía de Isaías, y dice: «*Todo esto sucedió para que se cumpliese lo anunciado por el profeta: «He aquí que la Virgen concebirá y dará a luz un Hijo y le llamarán Emmanuel = Dios con nosotros*» (Mt. 1, 23; Is. 7, 14).

El profeta Miqueas anunció siete siglos ante que Cristo nacería en Belén de Judá, y allí la Virgen lo dio a luz y se cumplió la profecía (Mt. 2, 1-6; Miq. 5, 2).

En el N.T. vemos como la Virgen María acompaña a su Hijo Jesús, llevándolo a Egipto al huir de la persecución de Herodes... Luego lo lleva a Nazaret... y a los doce años lo lleva a Jerusalén, y volverá a Nazaret donde estará con Él

hasta los treinta años en que Jesús comienza su vida pública... Asiste con Él a las bodas de Caná de Galilea, donde Jesús por su indicación hizo el milagro de la conversión del agua en vino... Ella lo acompañará hasta el Calvario, y Jesús nos la dará desde la cruz como su último don a los hombres al decírnos en la persona de Juan Evangelista: «*He aquí a tu Madre*» (Jn. 19, 27).

La Biblia considera a la Virgen María como a la más excelsa de todas las criaturas por ser la destinada a ser Madre del Altísimo, del llamado Hijo de Dios (Lc. 1, 32 y 35), «*la bendita*» o más alabada entre todas las mujeres, «*la llena de gracia*» (Lc. 1, 28 y 42), la que «*todas las generaciones llamarán bienaventurada*» (Lc. 1, 48).

La bendita entre todas las mujeres

Santa Isabel, llena del Espíritu Santo, después del saludo recibido de la Virgen María, prorrumpió en alta voz, diciendo: «*Bendita tú entre las mujeres...*» (Lc. 1, 41), y ¿por qué la llamó así?...

Conviene que notemos que en el A.T. se nos habla de dos mujeres que se llaman también «*benditas entre las mujeres*» y tenemos también que saber el por qué, y su diferencia.

En tiempo de los Jueces leemos en la Biblia, que se entabló una batalla entre los israelitas y los cananeos. Estos tenían por jefe al general Sísara que iba al frente con más de novecientos carros de fuego, y al frente de los israelitas iban Débora y Barac, clamando a Dios en la lucha, vencieron a los cananeos, y su general fatigado huyendo entró en una tienda de Jael, mujer de Jeber, y le pidió un poco de agua porque tenía gran sed, y ella lo acogió con bondad, y le dio un vaso de leche y lo acostó con muchas atenciones y cuando estaba profundamente dormido, Jael, que era partidaria de los israelitas, cogió de la tienda un clavo y acercándose a él calladamente y con un martillo se lo clavó en la sien hasta penetrar en tierra, y por esta acción, victoriosa para Israel la proclamaron *bendita entre las mujeres*.

La otra mujer fue Judit, que como sabéis, cuando el general Holofernes pensaba conquistar la ciudad de Betulia, ella se ingenió para cortarle la cabeza, y al ver su ejército a su

general muerto, la lucha también fue a favor de Israel y Judit fue proclamada también «*bendita entre las mujeres*». Pero esta proclamación de procamarlas «benditas entre las mujeres», fue *por acciones guerreras*, pero la proclamación en la Virgen la más bendita entre todas las mujeres fue por «*el fruto de su vientre, por ser la Madre de Dios*».

Y ¿por qué decimos que la Virgen fue Madre de Dios? Porque Jesucristo es Dios y hombre. Como Dios, es anterior a la Virgen y al mundo entero, pero, como hombre, es posterior a la Virgen de la cual quiso nacer, y como Jesucristo es Dios, según hemos demostrado, por eso ella, repito, es Madre de Dios.

Y por esta gran prerrogativa es Inmaculada, y así se proclamó en Lourdes donde se han obrado muchos milagros por su intercesión. Ella dijo a la joven Bernardita: «*Yo soy la Inmaculada Concepción...* Y es Madre Virgen pues concibió por obra del Espíritu Santo... y por ser la llena de gracia la invocamos con los títulos de «Abogada, Auxiliadora, Socorro y Mediadora» (LG. 62).

Y es Madre espiritual nuestra, es decir lo es «en orden de la gracia» (LG. 61), y como todos lo fieles formamos con Cristo un solo cuerpo místico, una sola persona moral, de la que Él es la Cabeza y nosotros los miembros, al ser la Santísima Virgen Madre de Cristo, Cabeza del Cuerpo místico de la Iglesia, lo es también de sus miembros, puesto que la Cabeza y los miembros forman un solo cuerpo (Véase mi libro: «*La Virgen María a la luz de la Biblia*» donde trato bastante ampliamente lo esencial que se puede decir de ella).

La tengamos por intercesora ante Jesucristo: «Oh María, Madre mía, ruega por nosotros que recurrimos a Vos»

¿QUIÉN ERA SAN JOSÉ?

116. ¿Qué podemos decir este santo?

A San José se ha llamado el «Santo del silencio», porque en los Evangelios no vemos consignada palabra alguna salida de sus labios. Sin embargo, es un santo excepcional, porque estas tres frases que nos refiere de él los Evangelios: «Varón justo», «Esposo de María» y «Padre de Jesús», ensalzan ya de tal manera a San José que lo colocan sobre todos los santos.

1) José era «varón justo»

En esta breve frase se encierra ya un gran panegérico, por cuanto en el lenguaje bíblico la palabra «justo» indica compendio de todas las virtudes. **Justicia** en la Biblia, no es sólo una virtud que consiste en dar a cada uno lo que suyo, sino que equivale a **santidad**, y la santidad no es otra cosa que el conjunto de virtudes, y San José las practicó todas.

El nombre de José en hebreo significa «acrecentamiento», el «que va en aumento», de virtud en virtud y no cabe duda que su santidad fue excelsa. Si el roce de la túnica de Jesús curaba a los enfermos, saliendo virtud de Él... ¡cuánta no sería la santidad de San José y la virtud recibidas de Jesús, al que llevaba en sus brazos!

2) José, esposo virginal de María

¡José, esposo de María! es un título único y la mayor de las dignidades después de la Madre de Dios... José vivía en Nazaret, y en Nazaret estaba la Virgen María, y allí debieron conocerse y celebrar sus desposorios. Los dos jóvenes María y José en su primer se amarían sin duda entrañablemente con un amor grande, muy puro y elevado, y en aquellas circunstancias la Virgen sería la primera en manifestar a José su propósito de permanecer Virgen, y por tanto que no consentiría en sus desposorios con él, sino después de una palabra firme de que respetaría su virginidad, y entonces aceptó casarse con ella y sería así custodio de su virginidad.

3) Padre virginal de Jesús

San José fue el protector de la Sagrada Familia, y así vemos que salvó al Niño Jesús de la persecución de Herodes, huyendo a Egipto, y muerto Herodes, volvió con la Virgen y el Niño a Nazaret, donde probablemente murió poco antes de que Jesús comenzara la vida pública.

Y, aunque la Escritura llame a San José «Padre de Jesús», como cuando la Virgen le dijo: «Tu padre y yo te buscábamos», es evidente que no se entiende en la aceptación corriente y común, pues en el relato de la concepción de Cristo no se menciona la intervención del Santo para nada, porque «fue concebido en el seno de la Virgen por virtud del Espíritu Santo», y cuando quieren precisar, siempre añaden el calificativo, como «putativo» (según se creía), adoptivo, legal, etc. Pero el título que más le conviene es el de «virginal», porque por su contrato matrimonial fue virginal...

Los padres de San José

En los Evangelios leemos que San José era «hijo de David». Así lo llamó el ángel al aparecerse en sueños (Mt. 1, 20), y San Lucas haciendo referencia a él, dice: «*Un nuevo varón, de nombre José, de la casa de David*» (Lc. 1, 27), y era creencia general que de la casa y familia de David había de nacer el Mesías, y así vemos que cuando Jesús preguntó un día a los fariseos: «*¿De quién ha de ser hijo el Mesías?*» Todos contestaron: «*De David*» (Mt. 22, 42) y lo confirman las aclaramientos de las gentes: «*Hosanna al Hijo de David*» (Mt. 21, 9), y el grito de los ciegos de Jericó: «*Hijo de David, ten compasión de nosotros*» (Mt. 20, 30).

Las genealogías que San Mateo (1, 1-16) y San Lucas (2, 23-38) nos presentan, así nos lo dan a entender, pero cada una de estos evangelistas difieren en señalar el padre inmediato de San José.

Según Mateo, el padre de San José se llamaba **Jacob**, y según San Lucas, era **Helí**. ¿Cómo explicar esta diferencia? La sentencia más común nos la explica por la ley del levirato (Dt. 25, 5-10), y es también opinión común que ambas genealogías se refieren a San José. La de San Mateo es la **natural**, y la de San Lucas la **legal**, porque Helí y Jacob eran

hermanos de madre, y murió Helí sin hijos. (Esta cuestión puede verse más ampliada en mi libro: «Vida de San José»).

Veamos algunos breves datos sobre la patria, profesión y edad que tenía cuando se casó:

- Patria de San José: Hay dos opiniones: Unos dicen que fue Belén porque San Justino del siglo II que dice era oriundo de Belén, y porque al ir a Belén a empadronarse sería por haber nacido allí.

Otros dicen que en Nazaret, porque allí vivía cuando tuvieron lugar los esponsales, y porque allí vivía Cleofás, hermano de San José, y sus hijos (los llamados «hermanos de Jesús», que por parte de Jesús no eran más que parientes), y fuera nacido en Belén, debían haberles dado refugio y no ir a un establo.

Oficios o profesión de San José: Según San Mateo (13, 55): «*¿No es éste el hijo del carpintero?*», y este oficio ejerció Jesús, como testifican sus paisanos: «*¿No es acaso el carpintero hijo de María?*» (Mc. 6, 3). Y también lo afirma San Justino, mártir del siglo II, que dice «fabricó piezas de carpintería como arados...».

Edad de San José al casarse: No dice nada el Evangelio, unos nos lo presentan como ya viejo. Acaso en esto hayan influido los libros apócrifos, como para afirmar más la virginidad de María... Como un israelita solía casarse a la edad de 18 o 20 años, éstos o poco más, sin duda, no tenía más San José, y ésta es la que sostenemos, porque las costumbres como las de ahora tenían que reprobar una unión tan desigual. Además Dios les concedería gracias especiales. Teólogos como Gersón y Suárez dicen que fue santificado desde el vientre de su madre como Jeremías y el Bautista y sería confirmado en gracia.

La iglesia lo ha proclamado «Patrono de la Iglesia universal» y patrono de los obreros cristianos... Y por su elevada santidad tiene un poder admirable... Santa Teresa de Jesús exhortaba a que todos le tuvieran gran devoción, pues a ella le había concedido cuantas gracias le había pedido. San José ruega por nosotros.

¿QUIÉNES ERAN LOS APÓSTOLES?

117. ¿Qué nos dicen los Evangelios de los apóstoles?

En los Evangelios y en los diversos escritos del N.T., de los cuales algunos de los apóstoles fueron sus autores, vemos que Jesucristo eligió a sus apóstoles y con ellos formó el Colegio apostólico. Su institución es un hecho de capital importancia, un paso decisivo en orden a la fundación de la Iglesia.

Después de haber recorrido Jesús por los pueblos de Galilea sembrando su sublime doctrina, Él necesitaba obreros celosos que pudieran continuar su misión.

Los apóstoles eran sencillos, ignorantes como pescadores; pero no vivían miserablemente, pues poseían sus barcas y redes, y el Zebedeo alquilaba criados... Representaban a una clase media trabajadora, que pasaba la noche surcando el lago y por la mañana arreglaban personalmente sus redes...

De esta clase de hombres se valió el Señor para fundar su Iglesia, y a los que fue formando para el apostolado hasta que las lacras de sus pecados fueran desapareciendo. Más tarde les daría el poder de perdonar los pecados de sus hermanos los hombres, diciéndoles:

«A quién perdonéis los pecados, les serán perdonados...» (Jn. 20, 23).

De los muchos discípulos que fue formando eligió a doce a los que llamó apóstoles. Los Evangelistas citan los nombres de los 12, figurando Pedro el primero en todas las listas, testimonio de verdadera preeminencia. Estos fueron:

Simón, a quién llamó Pedro, y Andrés su hermano, Santiago y Juan, Felipe y Bartolomé, Mateo y Tomás, Santiago, hijo de Alfeo, Simón, llamado el Celotes, Y Judas, hermano de Santiago.

Y Judas Iscariote, el cual vino a ser un traidor (Lc. 6, 12).

¿Quién era San Pedro?

Era un obrero, un pescador, que cuando estaba echando la red al mar fue llamado por Jesús al apostolado, quien al

decirle: «*Ven, sígueme, y te haré pescador de hombres*», él al punto, sin dilación alguna, dejó las redes y le siguió.

Cuando fue Jesús a la tierra de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?». Después de enumerarle las respuestas de las gentes, les dice a ellos: «Más vosotros, ¿quién decís que soy Yo?». Entonces Pedro se adelanta a todos y exclama: *Tu eres el Cristo (= el Mesías), el Hijo de Dios*. A esta confesión de Pedro, le responde Jesús con otra confesión magnífica: «*Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás... Y yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella...*» (Mt. 16, 17-19).

Jesús, por estas palabras, hace una promesa a Pedro, la de fundar una Iglesia o nueva comunidad religiosa, de la que Él será el Primado.

La promesa que hace aquí a Pedro, a quien constituye cabeza de los demás apóstoles y supremo rector de la Iglesia, va dirigida a su vez a sus sucesores, ya que la Iglesia había de durar hasta el fin de los siglos (Mt. 28, 20).

Pedro es piedra (este significado tiene el nombre de Pedro en arameo) «y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia», es decir sobre Pedro descansa y fundamenta la Iglesia de Cristo, pues él con su autoridad da unidad y estabilidad a toda ella.

San Pedro fue el primer Papa. Sus sucesores son los Papas o Romanos Pontífices de Roma. Desde Pedro a Juan Pablo II ha habido 264 Papas sin interrupción. El Papa es el Obispo de Roma, el Vicario de Cristo en la tierra, la Cabeza visible de la Iglesia católica por Él fundada.

Los sucesores de los apóstoles son los Obispos, y los sacerdotes son colaboradores de los obispos.

A todos los apóstoles y sucesores les dio el poder de perdonar pecados, de predicar oficialmente el Evangelio y de celebrar el sacrificio de la misa.

Recordaremos la caída de Pedro cuando el Señor fue preso y él le seguía de lejos. Jesús les había prevenido que le abandonarían sus apóstoles, en los momentos de su pasión, aterrados por el miedo, al oír el Señor estas palabras, Pedro dijo: *Yo jamás* (Mt. 26, 33). *Yo te seguiré hasta la muerte... Y*

Jesús le previno para que no confiara en sí pues *«antes que el gallo cante me negarás tres veces»*, y así ocurrió, y entonces se acordó de las palabras de Jesús, y aquel momento pasó por allí nuestro Señor con el rostro cubierto de esputos... y volviéndose el Señor, miró a Pedro con una compasión indescriptible. Pedro podía negar al «hombre», pero Dios seguía amando al hombre Pedro... y saliendo afuera, lloró amargamente (Lc. 22, 62).

Jesús le había dicho: *«Simón, Simón, he aquí que Satanás os ha reclamado para zarandearos como trigo, mas Yo he rogado por ti, para que no desfallezca tu fe, y tu, una vez convertido, confirma a tus hermanos»* (Lc. 23, 31-32).

Pedro había negado a Jesús tres veces... y luego Jesús le diría por tres veces si le amaba, y al decirle por última vez: *«Me amas más que estos»* Se limitó a contestarle: *«Señor, tu lo sabes todo»*. Entonces Jesús le confirió el Primado de jurisdicción con estas palabras:

«Apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos» (Jn. 21, 15-17).

Las «ovejas» y «corderos» representan todo el rebaño o Iglesia de Cristo... La palabra «apacentar» refiriéndose a hombres significa «gobernar»... Pedro, el Papa es el supremo pastor de toda la Iglesia.

Poco antes de subir Jesús al cielo y bendecir a sus apóstoles les dijo: *«Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. Quien creyere (el Evangelio) y fuere bautizado, se salvará; mas quien no creyere, se condenará»* (Mc. 16, 15-16). *«Id, enseñad a todas las gentes; bautizadlas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo: enseñándolas a guardar cuanto os he mandado, y sabed que estoy con vosotros hasta el fin del mundo»* (Mt. 28, 19-20).

HECHOS DE LOS APÓSTOLES

En este libro se nos narra lo que fue la vida y el apostolado de la Iglesia en los años que siguieron a la muerte y resurrección de Jesucristo, y el papel que en estos años desempeñaron los príncipes de los apóstoles Pedro y Pablo... y el fin del libro es sin duda escribir la historia de la difusión del cristianismo por todo el orbe bajo el influjo de la difusión del Espíritu Santo, que descendió con plenitud sobre los apóstoles.

118. ¿Quién es el Espíritu Santo?

El apóstol San Pedro preguntó un día a sus discípulos de Efeso si habían recibido el Espíritu Santo, y le contestaron: **«Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo»** (Hech. 19, 2). Si a muchos cristianos de nuestros días hiciéramos la misma pregunta, ¿no obtendríamos idéntica respuesta?

El Espíritu Santo es poco conocido. Hablamos poco de Él, y sin embargo es «el alma de la Iglesia»... De todas las devociones, dijo Pablo VI, la del Espíritu Santo debería ser la primera... ¿Quién es el Espíritu Santo? El Espíritu Santo es Dios verdadero, como el Padre y el Hijo. El Padre es eterno, el Hijo es eterno y el Espíritu Santo es eterno. Los tres son un solo Dios porque los tres tienen la misma naturaleza o esencia, mas son tres personas distintas. El Espíritu Santo es, pues, una persona como Dios Padre y Dios Hijo... y distinta de ellos...; es la tercera persona de la Santísima Trinidad.

El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo desde la eternidad **«Yo os enviaré el Espíritu de verdad, que procede del Padre...»**. Por eso oramos en el Credo de la misa: **«Creo en el Espíritu Santo, que procede a la vez del Padre y del Hijo, y con el Padre y el Hijo recibe la misma adoración y gloria»**.

Esta emanación o procedencia del Espíritu Santo nos lo puede evidenciar algo este ejemplo: «Del sol emanan los

rayos y los rayos dan luz. La luz, pues, viene a la vez del sol y de los rayos».

El Espíritu Santo emana a la vez del Padre y del Hijo. Mas no por esto es posterior al Padre y al Hijo, sino también eterno. Como dijo Tertuliano: «El Espíritu Santo es Dios de Dios, como la luz se enciende de la luz».

El Espíritu Santo es el Amor subsistente y personal, que por amor procede del mutuo amor del Padre y de Hijo entre sí mismos.

Jesucristo, después de haber instituido la Eucaristía, prometió a los apóstoles que no los dejaría huérfanos y no los abandonaría, sino que **«os enviaré el Espíritu Santo, y como Espíritu de verdad os enseñará todo»** (Jn. 14, 26).

Y les dice que esperen la promesa del Padre, que oyeron de su boca: **«Recibiréis el Espíritu Santo y el poder o virtud para ser mis testigos por todas partes hasta los confines de la tierra»** (Hech. 1, 8).

119. Pentecostés. Venida del Espíritu Santo

Diez días después de la Ascensión del Señor al cielo, tuvo lugar la Pentecostés cristiana, o sea, la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles y la Virgen María, que estaba con ellos en el Cenáculo. Y descendió sobre ellos en forma de lenguas de fuego que se posaron sobre cada uno de ellos, y entonces todos fueron llenos del Espíritu Santo y empezaron a hablar en diversas lenguas que antes no sabían, y los cambió de ignorantes en sabios, de cobardes y pusilánimes en fuertes, sabiendo predicar con valentía la palabra de Dios. Y entonces Pedro, por dos veces habló al pueblo y he aquí sus principales palabras:

Discursos de Pedro

Varones de Israel, vosotros, por manos de malvados, hicisteis morir a Jesús, crucificándolo... negasteis al Santo y al Justo y pidisteis que se os hiciera gracia de un homicidio, matásteis al autor de la vida al que Dios ha resucitado de entre los muertos...

Al oírle, ellos compungidos dijeron a Pedro y demás apóstoles: «Varones hermanos, ¿qué hemos de hacer? Pedro les

dijo: Arrepentíos y cada uno de vosotros sea bautizado... para remisión de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo, y en aquel días fueron bautizados e incorporados a la Iglesia cerca de tres mil almas.

Entonces eran muchos los milagros realizados por manos de los apóstoles. He aquí los que se nos refieren de San Pedro:

Muchos sacaban los enfermos a la plazas y los ponía en lechos y camillas para que al pasar Pedro, al menos su sombra cubriese alguno de ellos y todos eran curados.

- Curación de un hombre cojo desde el vientre de su madre. Este estaba a la puerta del templo pidiendo limosna, al entrar en él Pedro y Juan les alarga la mano para que dieran algo, y Pedro le contestó: *«No tengo oro ni plata; mas lo que tengo te doy: En el nombre de Jesucristo el Nazareno, anda y tomándolo de la mano derecha lo levantó y al instante se consolidaron los pies y los tobillos, y dando un salto se puso en pie y comenzó a andar con admiración de todos* (Hech. 3).

También, a una mujer que había muerto en Joppe, la resucitó y además, a un hombre llamado Eneas, que era paralítico y llevaba ocho años en cama, Pedro le dijo: *Eneas, Jesús el Cristo te sana: levántate y arréglate, y al punto se levantó* (Hech. 9).

Nota: El Espíritu Santo, aunque aparece como paloma o fuego, es una persona real, porque se le atribuyen las propiedades de enseñar (Jn. 14, 26), hablar (Jn. 16, 13), dar testimonio (Jn. 15, 26)... Ahora bien, estas son propiedades personales. Luego el Espíritu Santo es una persona. Además por la fórmula trinitaria del bautismo (Mt. 28, 19), donde el Espíritu Santo es equiparado al Padre y al Hijo, que realmente son Dios. También por el nombre de Paráclito (consolador, abogado)...

120. Principales temas tratados en los Hechos

1) Vida edificante de los primeros cristianos

Los fieles que residían en Jerusalén, «perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión de la fracción del pan (es decir, en la recepción de la Sagrada Eucaristía) y en la oración...»

Todos los creyentes vivían juntos, poseyendo todo en común. Vendían sus propiedades y bienes y distribución el precio en la comunidad, según las necesidades de cada uno.

Asistían al templo cada día para alabar a Dios, y la multitud de creyentes sólo tenía un corazón y un alma.

Ananías y Safira (Cap. 5)

Sucedió entonces que un hombre llamado Ananías con su mujer vendió una posesión y retuvo parte del precio y otra parte la puso a los pies de los apóstoles. Ellos no estaban obligados a vender el campo, ni entregar su precio a la comunidad. Ellos, sin duda quisieron pasar por generosos... Al preguntarle Pedro: ¿Es verdad que habéis vendido el campo en tanto? Sí respondieron. Entonces Pedro les dijo: «*No habéis mentido a hombres, sino a Dios*», al oír estas palabras Ananías (del que Satanás se apoderó de su corazón), cayó y expiró. Poco después entró Safira, que no sabía que su marido había muerto, Safira contestó igualmente a Pedro y cayó también muerta.

El hecho de haber castigado Dios con la muerte a este matrimonio nos revela cuanto odia Él la mentira. Es creencia que de esta muerte corporal se sirvió la divina misericordia como sanción, y para evitar pecados ulteriores.

- Persecución contra los apóstoles

El rápido crecimiento del número de Cristianos en Jerusalén y los milagros obrados por los apóstoles, excitaron lo indecible la ira y furor de los jefes religiosos del judaísmo, quienes desde el principio fueron enemigos encarnizados contra la Iglesia... y empezaron metiendo en la cárcel a los apóstoles. Pero a la noche siguiente un ángel les abrió las puertas de la prisión y les dijo: id al templo y anunciad al pueblo todas las palabras de vida, y en él predicaron...

Después el Sanedrín con Caifas les hicieron comparecer y le dijeron: ¿*No os habíamos prohibido terminalmente en ese Nombre?* y Pedro y los apóstoles les contestaron: «*Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres*». Al fin les soltaron por intervenir a su favor el doctor Gamaliel, y le anunciaron una nueva prohibición de predicar a Jesucristo.

- Martirio de San Esteban

Esteban era uno de los siete diáconos elegidos por los apóstoles, obrador de grandes milagros. Presentado ante el tribunal, como habían sobornado a falsos testigos, le acusaron de haber proferido palabras sacrílegas. El presidente le concedió la palabra para defenderse.

Ante ellos pronunció un largo discurso, que es una síntesis luminosa y doctrinal de la historia de Israel, y al final, al decirles: *«Hombres de dura cerviz, que resistís siempre al Espíritu Santo... ¿a qué profeta no persiguieron vuestro padres y ahora vosotros?... Fuisteis homicidas del Justo (del Mesías...*

Entonces ellos, aunque habían visto que su rostro era como un ángel, lo agarraron y lo sacaron fuera de la ciudad y lo apedrearon, y le oyeron decir: *«Veo los cielos abiertos, y Jesús de pie a la derecha de Dios»*, y mientras le apedreaban dijo: *«Señor, no le imputéis este pecado»*

Nuevas conversiones

Felipe, otro de los diáconos, fue a Samaria y allí hizo muchos milagros y convirtió a muchos samaritanos y antes a un oficial de la reina de Etiopía, y siguió la conversión de Saulo, que luego se llamaría Pablo... Y Pedro influyó en la conversión del Centurión Cornelio...

Entonces fueron encarcelados los apóstoles Santiago el Mayor y Pedro. A Santiago lo mató Herodes Agripa porque veía que era de agrado de los judíos, y pensó, pasada la Pascua, matar a Pedro; pero como Dios velaba por el Jefe de la Iglesia, mandó un ángel que le quitó las cadenas, a que estaba sujeto, y le abrió las puertas de la prisión...

Tengamos presente que Dios está con nosotros cuando nosotros estamos con Él.

121. ¿Quién era el apóstol San Pablo?

San Pablo era judío, nacido en Tarso de Cilicia, instruido por Gamaliel, famoso rabino (Hech. 22, 3), fariseo e hijo de fariseos (Hech. 23, 6). De la tribu de Benjamín, perseguidor de la Iglesia y blasfemo (Fil. 3, 5) (1 Tim. 1, 13); Consentidor de la muerte de San Esteban (Hech. 7, 58-60), ciudadano romano (Hech. 22, 27-28).

Su conversión: Saulo, respirando aún amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al príncipe de los sacerdotes y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco a fin de que si hallaba algunos hombres o mujeres cristianos, los pudiera conducir presos a Jerusalén. Y yendo por el camino sucedió que al aproximarse a Damasco, de repente una

luz del cielo resplandeció a su alrededor y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: «*Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*» Y Saulo respondió: «*¿Quién eres Señor?*», y Él le dijo: «*Yo soy Jesús, a quien tu persigues*» (De esto se deduce que perseguir a los cristianos es perseguir a Cristo).

Saulo, después de su conversión estaba lleno del Espíritu Santo (Hech. 13, 9). Fue vaso de elección para llevar el Nombre de Dios a los gentiles, a los reyes y a los hijos de Israel... Y luego convertido de perseguidor en apóstol, predicaba en todas partes con valentía que Jesucristo era Hijo de Dios (Hech. 9).

San Pablo obraba milagros extraordinarios «de tal modo que aplicados a los enfermos pañuelos y delantales que habían tocado su cuerpo, hacían desaparecer de ellos las enfermedades y salir los malos espíritus (Hech. 19, 11-12). También sabemos que resucitó a un joven llamado Eutico, que habiendo caído de un alto piso fue levantado muerto (20, 7 s).

Pablo predicó en Tesalónica, en Corinto, en Efeso, en Berea y en otras muchas ciudades y en Atenas, que al visitarla, sintió profunda tristeza al verla sumergida en la idolatría, y al ver entre sus deidades paganas un altar donde se leía: «Al Dios desconocido», le dio pie para decirles, que a «ese Dios, que no conocían, era el que había creado el cielo y la tierra... y no está lejos de nosotros porque en Él vivimos nos movemos y existimos» (Hech. 17, 16 ss).

Y uno de sus milagros más sonados fue el que hizo en Listra a un hombre cojo desde el seno materno... y la gentes lo consideraban como si fuese un dios (Hech. 14, 8 ss).

Conjuración de los judíos

Tanto era el odio que le tenían a Pablo los judíos que más de cuarenta Judíos se comprometieron con juramento a no comer ni beber hasta no haberle matado... y se supo la trama y quedaron todos burlados y pidieron a los gobernadores que lo citasen ante una reunión con ellos y siempre con el fin de delatarlo, pero quedaron siempre confundidos, pues terminó diciendo: «*Yo apelo al Cesar*», entonces el gobernador Festo, le dijo: «*Apelaste al Cesar, pues al Cesar irás*», y embarcó para Roma... Fue accidentado el viaje, y por él se salvó la tripulación y al pasar por la isla de Malta, allí hizo varios milagros y terminó felizmente en Roma, donde se-

guía haciendo apostolado con los judíos que le visitaban dando a conocer a todos a Jesucristo.

CARTAS DE SAN PABLO

San Pablo era conocedor de las Escrituras santas y escribió cartas maravillosas que la Iglesia tiene como auténticas y canónica y de ellas iremos señalando los principales temas.

122. Carta a los Romanos

San Pablo escribió esta carta desde Corinto a los cristianos de Roma sobre el año 58, y ofreciéndosele una oportunidad de poderles visitar con motivo del viaje misional que tenía proyectado a España (Rom. 15, 24), la presente carta le sirve para ponerse en contacto con ellos y así les avisa de su llegada. El fin de la misma no es otro que predicarles el Evangelio de Cristo para el cual ha sido elegido.

Los principales puntos de esta carta son los siguientes:

- No me avergüenzo del Evangelio, ya que es el poder de Dios para la salvación de todo el que cree... (Rom. 1, 16).

- Desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y divinidad son conocidos por sus obras... siendo inexcusables los que conociendo a Dios, no le glorifican como a Dios... (1, 20).

- Cuando los gentiles que no tienen ley (escrita como los judíos que tenían la Biblia), son ley por sí mismos. La Ley de Dios la tienen escrita en sus corazones, siendo testigo su conciencia (2, 12-15). Así pues, los que **sin ley** pecaron (como son los gentiles que no tenían **ley escrita** como los judíos), **sin ley** perecerán, y cuantos con ley pecaron (como los judíos que tenían la ley escrita y se vanagloriaban de sus Escrituras) por ella serán juzgados. La conciencia nos acusa cuando hacemos el mal, y cuando el bien nos lo aprueba y ensalza...

- «*Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, y así la muerte pasó a todos los hombres, porque todos pecaron (en Adán) (5, 12).*

- Nada hay, pues, ahora de condenación para aquellos que están en Cristo Jesús (8, 1), pues el hombre renovado en Cristo, esto es, hecho cristiano por el bautismo queda libre de todo motivo de condenación.

- Los judíos no tienen disculpa, porque oyendo la predicación del Evangelio no creen, mas su reprobación no es absoluta, ni perpetua. «Pues no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio..., porque el endurecimiento ha venido parcialmente a Israel hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado. Entonces todo Israel será salvo» (11, 25).

El misterio de la conversión del pueblo judío es un secreto en los planes de Dios y su expectación durará hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado, o sea, por la pérdida de la fe de los cristianos vendrá la conversión de los judíos.

- No hay autoridad, que no esté puesta por Dios... El que se opone a la autoridad, se opone al orden puesto por Dios (cap. 13).

- El amor sea sin hipocresía: odiando el mal, aplicandoos al bien... Bendecid a los que os persiguen; bendecid y no maldigáis... A nadie paguéis mal por mal... Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber, que si haces esto, amontonarás tizones encendidos sobre su cabeza» (12, 9 ss), es decir, el amontonamiento de beneficios obligará al enemigo a dolerse y arrepentirse de sus malas obras y se acercará más a su hermano encendiéndose en amor hacia él.

123. Cartas a los Corintios

La importancia doctrinal de la primera carta es grandísima, debido a la variedad de temas: Bautismo, matrimonio, virginidad, caridad, Eucaristía, resurrección... La ocasión de la misma fueron las disensiones o partidos que traían divididos a los cristianos de Corinto y la inmoralidad y manera de proceder en los pleitos... y San Pablo viene a denunciar estas escisiones:

Al oír Pablo que se decía: Yo soy de Pablo, yo soy de Apolo, yo de Cefas, yo de Cristo, San Pablo para desbaratar estas divisiones les dice: ¿Acaso Pablo ha sido crucificado por vosotros?... Sólo Cristo es uno y es el que ha sido crucificado por todos... y no debemos tener otro partido que el de Cristo. Y esta fue la misión del apóstol «Predicar a Cristo y a éste crucificado».

- Hablando del matrimonio, dice San Pablo: «Quisiera que todos los hombres fueran así como yo (él era soltero), pero cada uno tiene de Dios su don particular, quien de una manera, quien de otra. Y a los célibes y a las viudas, yo les digo: es bien para ellos si permanecen como yo, mas si después no pueden vivir continentes, cásense, porque mejor es casarse que abrasarse (en la impureza). (El matrimonio cristiano es indisoluble).

- **Acerca de las vírgenes...** Colocado el apóstol bajo el punto de vista de la perfección individual, dice que es mejor permanecer vírgenes en razón de las dificultades presentes: las cargas y las cruces de la vida matrimonial, las tribulaciones de la carne, la vanidad y la fugacidad del mundo. Porque la vida es corta interesa emplearla en servir cristianamente al Señor, y las vírgenes pueden mejor ocuparse de lleno en las cosas del Señor y agradarle más. El apóstol aconseja la virginidad, no la manda, y como decía San Ambrosio: «Es más para ser aconsejada que mandada».

- **La Eucaristía.** San Pedro nos habla de su institución, que es realmente el cuerpo y la sangre del Señor. De suerte que *quien comiere el pan o bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor...* y sigue diciendo: *«Quien come y bebe sin discernir el cuerpo del Señor, come y bebe su propia condenación»*. Los que se acerquen a la comunión en pecado mortal deben pensar en el mal que puede caer sobre ellos.

- **Himno a la caridad** «La caridad es paciente, es benigna, no es envidiosa, no se ensoberbece, no hace nada que pueda escandalizar, no busca su propio interés, no se irrita, no tiene cuenta del mal que recibe... Todo lo excusa y lo soporta... La caridad nunca se acaba. La caridad es la mayor de las virtudes por su excelencia y por su duración eterna, pues mientras la fe y la esperanza son temporales, la caridad permanece eternamente (Cap. 13).

- **La resurrección.** Cristo murió y resucitó conforme a las Escrituras, y su resurrección es causa de la nuestra (Véase cap. 15).

Segunda Carta a los Corintios. El apóstol habla del velo que cubría el rostro de Moisés cuando había hablado con Dios, del velo material hace el apóstol transición al velo espiritual que cubre para los judíos la significación del Antiguo Testamento, el que no entienden porque este velo envuelve su corazón y les endurece en su obstinación... Como dice San Agustín: «Leen a Cristo y no lo entienden». Cuando ese velo sea quitado, que se les quitará cuando lean y estudien el Evangelio entonces se convertirán. Y es que Jesucristo es el centro de la Biblia y el Antiguo Testamento está patente en el Nuevo.

- **Esperanza de la mansión eterna.** Sabemos, en efecto, que si nuestra casa terrenal, que es una tienda, se deshace, nosotros tenemos un edificio que es obra de Dios, una morada eterna, que no había sido construida por mano del hombre y que está en el cielo. Y en verdad mientras estamos en esta tienda (o actual cuerpo), gemimos anhelando sobrevestirnos de nuestra celestial habitación... (2 Cor. 5, 1-2).

- **Consuelo en los sufrimientos:** El dolor tiene su mérito, y todo está en saber sufrir y aceptarlo, pues si unís nuestros sufrimientos a los de Cristo que sufrió por nosotros, tienen méritos redentores. *«Pues por la momentánea y la ligera tribulación, Dios nos prepara un peso eterno de gloria incalculable»* (2 Cor. 4, 17), y es lo que dijera a los romanos: *«Tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros»* (Rom. 8, 18).

124. Cartas a los Gálatas y a los Efesios

El Evangelio de San Pablo es el de Cristo

Carta a los Gálatas.

La ocasión de esta carta no fue otra que la de haberse dejado seducir los gálatas ya evangelizados por San Pablo, siguiendo a falsos apóstoles de «un nuevo Evangelio», por

lo que les dirá: «*No hay más que un Evangelio, el de Cristo*» (1, 6-7), el que yo he recibido por revelación (1, 12). «*¡Oh insensatos gálatas! ¿Quién os ha fascinado a vosotros, para apartaros tan pronto del Evangelio de Cristo?*» (3, 1).

- **La justificación no es por la ley, sino por la fe.** «¿A qué viene, pues la ley? Por causa de las transgresiones fue añadida hasta que viniese el descendiente a quien fue hecha la promesa; promulgada por ángeles por mano de un mediador... La ley ha sido nuestro pedagogo hasta Cristo, para que por la fe fuéramos justificados...

La ley no puede vivificar... San Agustín comenta: «Si la ley justifica, Abraham no fue justificado, ya que existió mucho antes que la ley, (Abraham a quien Dios hizo la promesa, vivió quinientos años antes que Moisés por quien dio la ley). Mas como esto no lo pueden decir, se ven obligados a confesar que el hombre se justifica no por las obras de la ley, sino por la fe».

- **La libertad cristiana.** Cristo nos libertó para gozar de libertad... Procurad que la libertad no sea un motivo para servir a la carne, antes bien servíos los unos a los otros mediante la caridad... Andad en Espíritu no satisfagáis el deseo de la carne, porque la carne guerrea contra el espíritu y en espíritu contra la carne, porque si os dejáis conducir por el Espíritu, no estáis bajo la ley.

Las obras de la carne son manifiestas, éstas son: fornicación, impureza... enemistad, embriagueces, comilonas, envidias, homicidios... Los que tales cosas hacen no heredarán el reino de Dios. Los esclavos del pecado no son libres. Para ser libre hay que romper con las ataduras de las pasiones.

Por el contrario, los frutos del Espíritu son: Caridad, alegría, paz... bondad, continencia. Contra estas cosas no existe la ley. Los que son de Cristo, crucificaron la carne con sus vicios y concupiscencias...

- **Carta a los Efesios.**

San Pablo fundó aquella Iglesia y obró allí muchos milagros y puso al frente de ella a su discípulo Timoteo. Comprende dos partes. La primera **dogmática**, en la que enseña que todos los judíos y paganos están llamados a unirse en Cristo para formar un solo cuerpo que es la Iglesia. La se-

gunda es **moral** y tiene como fin promover esta unión con Cristo por los preceptos generales, que miran especialmente a la unidad y a la santidad de los fieles.

Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo nos eligió en Él antes de la creación del mundo para que fuésemos santos e inmaculados ante Él. La elección, la gracia es obra gratuita de Dios; pero se nos exige de nuestra parte cooperación en las buenas obras y perseverancia en ellas. Estamos llamados por su gracia y ahora por el bautizo a ser hijos adoptivos de Dios... y estamos llamados a ser herederos del cielo «Para alabanza de la gloria de su gracia», o sea, para alabanza de su gracia, de su bondad, de sus beneficios contenidos «en el Amado», y así glorificarle por el beneficio de esta su gracia...

- **San Pablo exhorta a evitar la mentira, la ira, el hurto, las malas palabras...** Airaos, sí, pero no pequéis...; el sol no se ponga sobre vuestra ira, y no deis lugar al diablo... Que no salga de vuestra boca ninguna palabra mala, sino la que sea buena y *propia* para edificación... No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios...

Sed bondadosos los unos para con los otros, compasivos, perdonandoos mutuamente como Dios os ha perdonado en Cristo... Que toda clase de impureza no se nombre entre vosotros como conviene a los cristianos... Tened entendido que ningún fornicario o impuro o avaro no ha de heredar el reino de Dios...

125. Cartas a los Filipenses y Colosenses

Carta a los Filipenses.

Esta carta es una carta familiar y afectuosa que envuelve consejos paternales.

Prisión de San Pedro y difusión del Evangelio

Después del saludo y amor de Pablo a los filipenses, les dice (pues les escribe esta carta estando en la prisión) que todo ha contribuido a los progresos del Evangelio, pues hasta el pretorio ha llegado la noticia de que estaba preso por Cristo, y así se goza de poder darle a conocer a todos la palabra de Dios.

Para, mi dice el apóstol, *el vivir es Cristo*. Para San Pablo, Cristo es el centro de su vida, al igual que para nosotros decimos: Mi vida es el trabajo, mi vida es la oración; así él dice que su vida es Cristo. Sin Cristo no tendría para él valor alguno. Y manifestó que estaba deseoso de morir para estar con Cristo, y esto era lo mejor, pero como el permanecer en el cuerpo era más ventajoso para los filipenses, permanecería con ellos para el progreso de su fe.

Ejemplo de humildad de Cristo. El pasaje 2, 5-11 tiene importancia dogmática para probar su divinidad. «Tened vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, el cual teniendo la naturaleza de Dios, no consideró como un botín el ser igual a Dios, sino que se anonadó a sí mismo, tomando naturaleza de siervo, hecho semejante a los hombres. Y en la misma apariencia hallado como hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Por eso Dios lo sobreensalzó y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor para gloria de Dios Padre» (Fil. 2, 5-11).

- Carta a los Colosenses

En esta carta nos habla San Pablo de la excelencia de Cristo, o sea, de su preeminencia sobre todo ser creado, como Creador y Redentor, pues «El es antes que todas las cosas...». Y luego nos dice que la nueva vida del cristiano debe ser una vida unida a Cristo resucitado, y esta vida exige romper con los pecados del paganismo...

«Cristo es imagen de Dios invisible..., por Él fueron creadas todas las cosas las de los cielos y la tierra,... lo visible y lo invisible... El es también Cabeza del cuerpo de la Iglesia... y él fue el primero en resucitar de entre los muertos... Y quiso también por medio de Él reconciliar consigo todas las cosas, tanto las de la tierra como las del cielo, pacificándolas por la sangre de su cruz.

- La obra de Cristo y los sufrimientos del apóstol

«Ahora me alegro de mis pensamientos por vosotros y completo en mi carne las deficiencias de las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia».

Me compadezco en mis padecimientos. El apóstol soporta con paciencia y con alegría sus sufrimientos por la salvación de los colosenses, y «**completa en su carne** lo que falta a las tribulaciones de Cristo». Cristo sufrió tribulaciones sobre la tierra, y estos sufrimientos de Cristo son incompletos, no en sí mismos, sino, como dice San Pablo, «en mi carne», esto es, en mí y en los demás miembros que formamos parte del cuerpo entero de la Iglesia. Sufrir ahora es completar a Cristo, es dejar hacer a Él en sus miembros lo que antes ha hecho primeramente en su Cabeza. Los sufrimientos de Cristo. Como dice Pascal: «Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo».

- Solidarios con Cristo resucitado

Por consiguiente, si habéis resucitado con Cristo buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios; pensad en lo de arriba, no en las cosas de la tierra... Dejad vuestros cuerpos muertos a las cosas de la tierra: a la fornicación, a la impureza, a las pasiones...

126. Cartas a los Tesalonicenses

1ª Carta

En esta carta de San Pablo describe la fundación de la Iglesia de Tesalónica, su misión y conducta con ellos, y después de exhortarles a la castidad, a la caridad y al trabajo, les habla de la parusía o segunda venida del Señor... y termina exhortándolos a la vigilancia por ser incierto el día de la segunda venida que vendrá como ladrón nocturno.

Acción de gracias. San Pablo con sus compañeros Silvano y Timoteo dan gracias a Dios por los tesalonicenses, haciendo sin cesar memoria de ellos en sus oraciones por su fe y sus buenas obras y porque al recibir su palabra, la acogieron no como palabra de hombre, sino como verdadera palabra de Dios... Ahora también nosotros, siempre que leamos la Biblia, acojamos las palabras que en ella se nos dicen, las debemos acoger como palabra de Dios, porque en ella Él nos habla.

- Exhortación a la pureza. «Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación; que os abstengáis de toda especie de impureza; cada uno de vosotros sepa guardar su propio cuer-

po en santidad y honor... Dios, en efecto, no nos ha llamado a la inmundicia, sino a vivir en santidad.

- Exhortación a la caridad y al trabajo

En cuanto a la caridad fraterna no tengo nada que escribiros, vosotros mismos habéis aprendido de Dios a amaros recíprocamente... Mas nosotros os exhortamos, hermanos, a hacer nuevos progresos, y a que os esforcéis a vivir con amor y paz, ocupándoos de vuestras cosas, trabajando con vuestras manos, como os hemos recomendado... y luego en la segunda carta insiste en que no estén ociosos «que si alguno no quiere trabajar que no coma».

Segunda venida de Jesucristo. La resurrección.

No queremos, hermanos, que vosotros permanezcáis en la ignorancia, acerca de vuestros difuntos, para que no os aflijáis como los demás que no tienen esperanza de la vida eterna, pues si Cristo murió y resucitó, también resucitaremos y Dios por Jesús nos llevará con Él.

Los tesalonicenses que creían en la próxima venida del Señor, lloraban a sus muertos porque no podían asistir al triunfo del Salvador y así asociarse a su dicha, y él les responde que no tienen que angustiarse, porque en la venida de Cristo, primero resucitarán los muertos y los que entonces vivan serán arrebatados al encuentro de Cristo en el aire (4, 13-18).

2ª Carta a los tesalonicenses

- El justo juicio de Dios. Dios justo sabrá dar a los afligidos y buenos su premio, y cuando Él vuelva tomará la venganza de aquellos que no reconocen a Dios y de los que no obedecen el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, los cuales sufrirán la pena de la perdición eterna, lejos de la faz del Señor (1, 3 ss).

Ultima venida de Cristo: la apostasía, el anticristo

La última venida de Jesucristo no es inminente, dice el apóstol, antes vendrán la apostasía, o sea, una defección religiosa, apartamiento o seducción llevada a cabo por los mesías o falsos profetas que pondrán en peligro la salvación de los hombres, y aparecerá «el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición, el adversario, o sea, el anticristo... y hay que estar preparados porque vendrá en la hora que menos pensemos.

127. Cartas a Timoteo y a Tito

Las dos cartas de Timoteo y la de Tito han recibido el nombre de «Cartas pastorales», porque San Pablo da a ellos, como pastores de la Iglesia, normas para el buen gobierno de sus súbditos...

1ª Carta a Timoteo

- Pablo, pecador, pero escogido para apóstol

Pablo, empieza dando gracias a Dios por haberlo escogido como apóstol a él que fue primero un blasfemo y un perseguidor y un insolente, y reconoce que consiguió misericordia por ignorancia, al carecer de fe, pero la gracia de Dios fue más abundante con la fe y el amor de Jesucristo, y añade: Verdad segura y digna de que todos la crean, que Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales el primero soy yo... y consiguió misericordia, para que Jesucristo mostrase, en mí el primero, su misericordia, para ejemplo de los que habían de creer en la vida eterna...

- **Oraciones públicas.** He aquí la recomendación de Pablo a Timoteo: «Te recomiendo ante todo que se hagan peticiones, oraciones, rogativas y acciones de gracias a Dios por todos los hombres, por los reyes y por todos los que ocupan cargos importantes, para que podamos llevar una vida tranquila y pacífica, en toda piedad y pureza de costumbres. Porque todo esto es bueno y agradable ante Dios, nuestro Salvador, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Porque uno es Dios y uno también el Mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús hombre, que se dio a sí mismo en rescate por todos» (Cap 2).

- Cualidades del obispo

«Si alguno aspira al episcopado, desea una excelente función; pero es preciso que el obispo sea irrepreensible, esposo de una sola mujer, sobrio, prudente digno de su porte, no aficionado al vino, ni violento... Esposo de una sola mujer. Esta frase quiere decir que «no haya sido casado más que una vez», pues las segundas nupcias eran consideradas como contrarias a la perfección. San Pablo alaba el celibato y la virginidad (1 Cor. 7, 25-40). El celibato como ley eclesiástica para el clero fue impuesta desde los primeros siglos. En España el Concilio de Elvira (año 306) lo imponía «a los obispos, presbíteros y diáconos». Pablo VI dijo: «El celibato

es una ley de capital importancia. No se puede abandonar ni ponerla en discusión. Es una entrega al apostolado y al bien de la Iglesia de Dios.

2ª Carta a Timoteo

Intrepidez en la predicación del Evangelio

Consejo del apóstol: Te exhorto a que procures hacer revivir la gracia de Dios, que está en ti por la imposición de mis manos, porque no nos ha dado Dios el espíritu de temor, sino de fortaleza, de amor y de templanza. Por tanto, jamás te avergüences del testimonio de nuestro Señor ni de mi, su prisionero; antes bien soporta conmigo los trabajos por causa del Evangelio mediante el poder de Dios...

Sé diligente en presentarte ante Dios como obrero aprobado que no tiende de que avergonzarse y que con rectitud distribuye la palabra de la verdad.

- Corrupción de los últimos tiempos

Y has de saber esto: que en los últimos días sobrevendrán tiempos difíciles, porque entonces habrá hombres egoístas, avaros, altivos, orgullosos, maldicientes, desobedientes a sus padres, ingratos, impíos, inhumanos, desleales, calumniadores, incontinentes, despiadados, enemigos de todo lo bueno, traidores..., amadores de los placeres más que de Dios, teniendo apariencia de piedad... apártate también de éstos. (Cap. 3).

- La Escritura, sostén de la fe

Mas tu permanece en las cosas que aprendiste y te fueron confiadas, sabiendo de quien las aprendiste; porque desde la niñez conoces las Santas Escrituras, las cuales te pueden hacer de sabio en orden a la salvación por la fe en Jesucristo... *Toda la Escritura está inspirada por Dios, y es útil para enseñar, para reprender, para corregir e instruir en la justicia. Para que el hombre de Dios sea perfecto y bien preparado para toda obra buena* (3, 14-17).

Carta a Tito

A éste, San Pablo viene a dar consejos parecidos a Timoteo, y a lo que le advierte es esto: Que lo puso de obispo en Creta para que arreglase las cosas que faltaban y estableciese, según sus instrucciones presbíteros en cada ciudad.

Le advierte que los cretenses están muy llenos de vicios, rebeldes, sembradores de vanas palabras y seductores... a

quienes es necesario taparles la boca... Mas tu enseña lo que es conveniente a la sana doctrina, que los ancianos sean sobrios, graves y prudentes... y las ancianas no sean calumniadores... y los jóvenes sean prudentes, lenguaje sano, irrepreensibles...

La gracia de Dios, en efecto, fuente de salvación para todos los hombres se ha manifestado, enseñándonos a renunciar a la impiedad, y a los deseos mundanos, para que vivamos sobria, justa y piadosamente en este siglo, aguardando la bienaventurada esperanza y manifestación gloriosa del Gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, que se entregó a Sí mismo por nosotros para redimirnos... Estos es lo que debes enseñar.

128. Cartas a Filemón y la de los Hebreos

- Carta a Filemón

De esta pequeña carta, que viene a ser una esquelá, diremos solamente a qué se reduce su contenido. A este fin baste saber que San Pablo se hallaba preso en Roma, y, por los mismos soldados que le vigilaban, llegó la noticia al pretorio de que el motivo de su cautividad era por su fe en Cristo, y como allí le era permitido recibir «a todos los que él venían» (Hech. 28, 30), a él también se le acercó cierto día un esclavo, llamado Onésimo, fugitivo de la casa de su amo Filemón, a quien parece hurtó alguna cosa.

La providencia de Dios lo trajo junto a Pablo, quien lo convirtió a la fe de Cristo, y una vez convertido, quiere el apóstol que Onésimo sea portador de esta su conmovedora carta y se la lleve a su mismo amo Filemón, a quien le suplica, lleno de ternura, que le otorgue el perdón y lo reciba no ya como siervo, sino como hermano amado y como «a su propio corazón».

La palabra «Onésimo» significa «útil», provechoso. San Pablo juega con esta palabra indicando que si Onésimo había hecho un día traición al nombre que lleva, por cuanto le había sido «inútil» y más que inútil le había sido infiel, ahora le cuadra bien este nombre como lo demuestra su conducta para ambos.

En esta pequeña carta San Pablo muestra una gran caridad, y es la que nos debe mover a todos a hacer bien, a amarnos unos a otros.

Carta a los Hebreos

De esta carta, de la que se habían venido diciendo que era de San Pablo con redacción de otros, hoy, dudando de su autor, suelen citarla: «como dice el autor de la carta a los Hebreos», sea o no su autor San Pablo, en ella, hemos de decir, que se demuestra la superioridad de Cristo sobre los ángeles y sobre Moisés, pues Él es el verdadero y sumo sacerdote y el Mediador universal. Y éste es el tema central: demostrar que Jesucristo es Dios, Sacerdote y Víctima. Su sacerdocio es superior al sacerdote levítico y por lo mismo su expiación fue también superior. Termina exhortando a todos a que tengan y participen de la santidad de Dios.

- En que consiste el sacerdocio

Todo pontífice o sacerdote es elegido de entre los hombres para bien de los mismos hombres en las cosas que miran a Dios, con el fin de ofrecer dones y sacrificios por los pecados, puesto que puede ser compasivo con los ignorantes y extraviados, cuyo celo compasivo nace de la experiencia de su propia debilidad. El sacerdote no es para sí, sino para el bien de los demás (Heb. 5, 1-4). Nos vamos a fijar solamente en el tema de la fe.

- ¿Qué es fe y el poder de la misma?

«La fe es fundamento de las cosas que se esperan, prueba de las que no se ven». «La fe, dice S.J. Crisóstomo, es la convicción y la certidumbre de las cosas que se esperan, como si ya se poseyesen, porque Dios lo ha dicho» (In homilad Heb).

El fundamento de la fe o motivos de la creencia es la palabra de Dios. ¿Ha hablado Dios a los hombres? Ciertamente nos ha hablado, como empieza esta carta a los Hebreos, y nos ha revelado su voluntad, ya que antiguamente por los patriarcas, por los profetas, y últimamente por Jesucristo, que es el verdadero Mesías prometido, como los prueban sus innumerables milagros y profecías...

Si Dios nos ha hablado, hemos de creerle, porque Dios no puede ni engañarse, ni ser engañado ni engañar... Y finalmente, hemos de creer todas las verdades reveladas en la

Santa Biblia, porque Dios nos las ha revelado y la Iglesia nos las enseña.

En consecuencia, fe es una respuesta favorable a la palabra de Dios, es aceptar la persona de Jesucristo con toda su doctrina, y aceptarla por la autoridad de Dios que la revela y porque la Iglesia, como hemos dicho, nos lo enseña.

- Celebridad de los antiguos

Por la fe los antiguos adquirieron celebridad. Por la fe sabemos que los mundos fueron puestos en orden por la palabra de Dios, por lo que lo que lo visible es hecho de lo invisible. Por la fe Abel ofreció a Dios un sacrificio más excelente que Caín. Por la fe Enoc fue trasladado para no ver la muerte... su traslado fue agradable a Dios.

Sin la fe es imposible agradar a Dios... ¿Quién no admira la fe de Abraham? Por la fe obedeció a Dios que le dijo saliese de su patria sin saber donde iba, por la fe vivió en tiendas como Isaac y Jacob, porque esperaba una ciudad de sólidos fundamentos, cuyo constructor era Dios, por la fe siguió creyendo en la palabra de Dios de que sería padre de multitudes e iba llegando a los cien años y su mujer era estéril... y llegó a tener un hijo, Isaac, a los cien años... y cuando éste tendría unos quince años, le dice Dios: Vete al monte Moría y me lo sacrificas y cuando iba a matarlo, se iba diciendo, si Dios me dice que voy a ser padre de una gran descendencia, poderoso es El para resucitarlo... y sabido es que un ángel detuvo su brazo cuando iba a clavarle el cuchillo... Por eso a Abraham le llama la Sagrada Escritura «padre de los creyentes»...

Creemos firmemente en la Palabra de Dios, que tenemos en la santa Biblia, en ella Dios nos habla.

CARTAS CATÓLICAS

Las cartas llamadas «católicas» son siete: Una de Santiago el Menor, dos de San Pedro, tres de San Juan y una de Judas Tadeo.

La denominación de «católicas» equivale a «universales», y la razón de llamarlas así parece que es debido a su carácter de cartas encíclicas o circulares, porque los apóstoles no las dirigen a un pueblo o ciudad determinada, sino generalmente a los fieles (si exceptuamos la 2ª y 3ª de San Juan).

129. Carta del Apóstol Santiago

- **Pedid la sabiduría.** Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, que da a todos abundantemente y sin reproche y se la dará; pero debe pedirla con fe, sin dudar nada, porque el vacilante es semejante a la ola del mar agitada por el viento y llevada de una parte a otra, pues no piense tal hombre que recibirá algo del Señor. El hombre indeciso es inconstante en todos sus caminos (1, 5-7).

- La tentación, su origen

Bienaventurado el varón que sufre la tentación, porque una vez probado recibirá la corona de la vida que Dios ha prometido a los que le aman. Ninguno, cuando es tentado, diga: «Soy tentado por Dios», porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni Él tienta a nadie. Pues cada uno es tentado por su propia concupiscencia que los atrae y seduce, y la concupiscencia cuando se ha consentido, produce el pecado, y una vez consumado, produce la muerte (1, 12-15).

- Reprobación de la acepción de personas

Hermanos míos, no mezcléis con la acepción de personas la fe de nuestro Señor Jesucristo glorioso, porque si en vuestra asamblea entra un hombre con anillo de oro y con vestido lujoso, y también entra un hombre con vestido sucio, y ponéis vuestra mirada en el que lleva el vestido precioso, y les decís: «Tú siéntate aquí en lugar honroso, y al pobre decís: «Tú quédate allí en pie y siéntate bajo mi escabel», ¿no es hacer distinciones entre vosotros y venir a ser de malos pensamientos?... Obrar con acepción de personas es pecar...

- La fe no vive sin las obras

Hermanos, ¿de qué sirve a uno decir que tiene fe, si no tiene obras?

¿Acaso la fe podrá salvarle? Si un hermano o una hermana están desnudos y tienen necesidad del alimento de cada día, y alguno de vosotros le dijera: «Id en paz, calentaos, y hartaos», pero no le dierais lo necesario para el cuerpo, ¿qué les aprovecharás eso? Así también la fe, si no tiene obras está muerta en sí misma... (2, 14-17).

- Terrible mal de la lengua

El dominio de la lengua es un criterio de fuerza moral y de santidad puesto que revela el perfecto dominio de sí, una fuerza del alma capaz de vencer todos los vicios... La lengua es como el fuego, pues así como una chispa basta para incendiar un gran bosque, así una palabra basta para destruir la concordia entre numerosos hermanos. Una mala palabra puede sembrar la discordia en toda una sociedad. La contradicción de la boca que bendice y maldice a la vez es cosa extraña y no conforme a la moral cristiana. ¿Acaso una fuente mana agua dulce y amarga a la vez?...

- A los comerciantes y a los ricos

Y ahora vosotros los que decís: «Hoy y mañana iremos a tal ciudad, y estaremos allí un año y negociaremos y ganaremos», los que ignoráis lo que sucederá mañana, porque ¿qué es nuestra vida? Es humo que aparece un momento y al punto se disipa. En lugar de esto, debíais decir: Si el Señor quiere y vivimos, haremos esto o aquello. Vosotros, en cambio, os complacéis en vuestras jactancias...

- Unción de los enfermos (5, 14-20)

El apóstol Santiago nos habla aquí de una enfermedad o dolencia grave corporal por la que se ve uno obligado a guardar cama. En este caso recomienda se llame a «los presbíteros de la Iglesia» para que oren sobre el enfermo y le unjan con óleo, y el efecto de la oración y unción, más que la curación corporal inmediata y el aliviarle de la enfermedad (que también puede ser), es conseguir para él «la salvación eterna». Este, pues, es el sentido obvio y principal que tiene la promesa del apóstol: «Salvar el alma» y luego como consecuencia «resucitar el cuerpo».

Muchos mueren sin sacramentos a última hora y son culpables los familiares que no llaman al sacerdote para que lo asista.

130. Cartas de San Pedro

Los Evangelios y Hechos de los Apóstoles nos dan ya la semblanza de San Pedro. A él le prometió Jesucristo el Primado (Mt. 16, 17-19) y se lo confirió solemnemente después de la resurrección (Jn. 21, 15-17).

1ª Carta de San Pedro

- Sed santos. Redimidos por la sangre de Jesucristo y nacidos a una vida nueva, somos destinados «para una herencia que no puede corromperse ni marchitarse y nos está reservada en el cielo». El apóstol nos exhorta a llevar una vida santa, recordándonos el gran precio con el cual hemos sido rescatados y redimidos, y no con oro o plata, cosas corruptibles, sino con la preciosa sangre de Cristo, como cordero inmaculado, sin mancha.

Exhortaciones generales

Quien quiera amar la vida y ver días dichosos, que guarde su lengua del mal y sus labios de hablar engaño. Que se aparte del mal y obre el bien, que busque la paz y corra tras ella, porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos están atentos a sus súplicas, pero el rostro del Señor está en contra de los que hacen el mal (3, 10 s). En el resto de vuestro vivir no sea según las concupiscencias humanas sino según la voluntad de Dios.

Ante la proximidad del juicio, «sed prudentes y vigilantes en la oración, y sobre todo teneros un amor intenso unos a otros, **porque el amor cubre la muchedumbre de los pecados** (Prov. 10, 12) (cap. 4, 7 s).

- Frutos de la persecución

Así como se prueban los metales por el fuego, así la tribulación prueba y purifica las almas. Los cristianos deben alegrarse en la medida de que participan de los padecimientos de Cristo. ¡Dichosos los que son dignos de padecer con Cristo y con Cristo!

- A los presbíteros

A los presbíteros que hay entre vosotros os exhorto yo su copresbítero y testigo de los padecimientos de Cristo, como partícipe también de la gloria que ha de revelarse, apacenta el rebaño de Dios que está entre vosotros, teniendo cuidado de él, no como forzados, sino de buen grado según Dios, no por sórdido interés, sino gustosamente, no como

dominadores sobre la herencia de Dios, sino más bien como modelos del rebaño.

2ª Carta del apóstol San Pedro

- La vida ejemplar del cristiano

San Pedro empieza con la idea fundamental de toda esta carta: Desea a todos los creyentes el aumento de los dones de la gracia y de la paz, de la amistad y de la alegría verdadera., y el único medio para ello es el íntimo y total conocimiento personal de nuestro Dios y Salvador Jesucristo. Ya antes había dicho Jesucristo (Jn. 17, 3) que en este profundo conocimiento del verdadero Dios y de su Enviado consistía la vida sobrenatural.

- El testimonio de los profetas

Todos debemos meditar las palabras de los profetas, anunciadores de la venida de Cristo y de sus dones mesiánicos, pues los profetas no vienen «de la voluntad del hombre», porque nadie puede conocer el porvenir sino Dios (Is. 41, 23). De aquí que la nota característica de la Sagrada Escritura sea la escritura profética.

Los falsos doctores

«Hubo también falsos profetas en el pueblo, así como habrá entre vosotros falsos doctores, que introducirán encubiertamente sectas de perdición y negarán al Señor, que los rescató, atrayendo sobre sí mismos una pronta perdición. Muchos los seguirán en sus torpezas, y por su causa el camino de la verdad será blasfemado...

Si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó en el infierno, y no perdonó al mundo antiguo, guardándose solamente ocho personas entre ellas a Noé, haciendo caer el diluvio sobre el mundo de los impíos y condenó a las ciudades de Sodoma y Gomorra a la destrucción... bien sabe el Señor librar de la tentación a los piadosos, y reservar a los impíos para castigar en el día del juicio (2 Ped. 2).

CARTAS DE SAN JUAN

El apóstol San Juan, hijo de Zebedeo y hermano de Santiago el Mayor, es el autor del cuarto Evangelio y también, según una unánime y constante tradición, autor de las tres Cartas que llevan su nombre, y del Apocalipsis, y los escribió a fines del siglo primero.

131. Primera carta de San Juan

- Lo que hemos visto y oído, anunciamos

San Juan vio con sus mismos ojos a Jesucristo, al Hijo de Dios, «al Verbo de vida», y habló con Él (Jn. 1, 39), escuchó sus palabras, tocó sus manos, comió con Él y se recostó en su pecho y estuvo al pie de la cruz (Jn. 19, 26). Por esto él puede hablar y escribir así cuando el Verbo hecho hombre le manifestó.

«Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida, pues la Vida se manifestó, y vimos testificamos y os anunciamos aquella Vida eterna que estaba con el Padre y se nos ha aparecido» (1, 1-2).

- **Dios es luz.** «Dios es luz y en Él no hay tiniebla alguna». La frase «Dios es luz» es una de la más frecuentes que hallamos en El A.T. y especialmente en el Nuevo. Ella indica la soberana e infinita perfección de Dios... La palabra «tinieblas» indica aquí toda imperfección cualquiera que ella sea...

«Este es el mensaje que hemos oído de Él y os anunciamos: que Dios es luz y en Él no hay tiniebla alguna. Si dijéramos que tenemos comunión con Él, y andamos en tinieblas, mentimos y no practicamos la verdad...

Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es para perdonarnos los pecados y limpiarnos de toda iniquidad.

- Tenemos por abogado a Jesucristo (2, 1-2)

Hijitos míos, os escribo estas cosas para que no pequéis, pero si alguno hubiera pecado, un abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo, el Justo. Y Él es víctima de propiciación

por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.

- De la guarda de los mandamientos

El tema central de esta carta es éste: «*Dios es amor*». Y Dios no sólo ama, sino que es la esencia del amor. El que ama verdaderamente a Dios guarda sus mandamientos, y si los guarda, entonces ciertamente conoce a Dios que es amor, y que le dice: «*Amarás al Señor tu Dios y al prójimo como a ti mismo*» (3-11).

- El amor del mundo

Los que siguen al «mundo» en la vida de sentidos y van tras las riquezas y el lujo y con apetitos desordenados de honores y dignidades, son enemigos de Dios, pues estas concupiscencias apartan de Dios.

«No améis al mundo ni las cosas que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida, no es del Padre, sino del mundo, y el mundo pasa con sus concupiscencias, mas el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre» (2, 15-17).

- El Anticristo (2, 18-23)

Estamos en los últimos tiempos mesiánicos, en los que ya han aparecido y seguirán apareciendo falsos profetas y doctores, maestros disfrazados que enseñan la mentira y el error en contraposición a la verdad del Evangelio y al mismo Cristo que es la Verdad. Estos son los anticristos, los precursores del Anticristo, o sea, los que blasfeman de Cristo, los que niegan y no le reconocen como Dios, y éstos, según la opinión más común, personificarán las fuerzas del mal, tomando una forma corpórea en un hombre, que será instrumento en manos del diablo (2 Tes. 2, 3-10).

Frente a los enemigos de Dios, hemos de ser fieles hijos de Dios, haciendo que permanezca en nosotros la semilla de la palabra evangélica para que germine y dé frutos de santidad.

132. Somos hijos de Dios (3, 1-10)

«Mirad que gran amor nos ha mostrado el Padre, para ser llamados hijos de Dios. Y lo somos. Por eso el mundo no nos

conoce, porque no le conoció a Él. Carísimos, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es. Y todo el que tiene esta esperanza en Él, se hace puro, como puro es Él.

Todo el que comete pecado traspasa la ley, pues el pecado es transgresión de la ley, y sabéis que él apareció para quitar los pecados y en Él no hay pecado. Todo el que permanece en Él no peca... Todo el que ha nacido de Dios no comete pecado...»

«*El que ha nacido de Dios no puede pecar*», entiéndase, si se comporta como verdadero Hijo de Dios, y en la medida que la gracia permanece en él. El pecado es incompatible con la condición de verdadero hijo de Dios.

- El amor fraternal (3, 11-24)

El mandamiento de la caridad es como el resumen de toda la predicación cristiana. El mensaje que los cristianos han recibido para su nueva vida de gracia es el amarse los unos a los otros.

La caridad fraterna es la señal más auténtica de que hemos pasado de la muerte del pecado a la vida de la justicia y santidad.

El concepto de vida, como el de luz y de verdad, es básico en los escritos de San Juan. Cristo es luz y vida, verdad y amor. Lo opuesto a Cristo es muerte, tinieblas, mentira y odio.

«Porque este es el mensaje que oísteis desde el principio: Que nos amemos unos a otros. No como Caín que era del milagro y mató a su hermano. Y ¿por qué lo mató? Porque sus obras eran malas y las de su hermano eran justas... El que no ama permanece en la muerte. Todo el que odia a su hermano es un homicida, y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna que permanezca en él.

En esto hemos conocido el amor. En que Él dio su vida por nosotros, también nosotros debemos dar la vida por los hermanos, pues quien tiene bienes del mundo y viere a su hermano pasar necesidad y le cierra las entrañas, ¿cómo puede estar en él el amor de Dios?

Hijitos, no amemos de palabra, ni de lengua, sino de obra y en verdad...

El amor nos une

Carísimo, amémonos unos a otros, porque el amor procede de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama, no conoce a Dios, porque *Dios es amor*. En esto se manifestó el amor de Dios para con nosotros en que Dios envió al mundo a su Hijo Unigénito para que vivamos por Él. En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados...

El amor expulsa el temor

La perfección del amor que hay en nosotros se conoce en que tengamos plena confianza en el día del juicio, pues como Él es, así somos nosotros en este mundo. No hay temor en el amor, pues el amor perfecto arroja fuera el temor, porque el temor supone castigo, y el que teme no es perfecto en el amor. Nosotros le amamos a Él, porque Él nos amó primero.

Si alguno dice yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es un mentiroso. Porque el que no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ha visto. Y nosotros tenemos este mandamiento: Que el que ama a Dios, ame también a su hermano...

133. 2ª y 3ª Cartas de San Juan

Estas tres cartas son muy pequeñas, no tienen más que un capítulo cada una de ellas. La 2ª y la 3ª de San Juan tratan muy brevemente algunas ideas de la primera.

2ª Carta de San Juan

Esta va dirigida a la señora «Electa o elegida», y es sentencia hoy común que éste es un hombre simbólico para designar una comunidad cristiana desconocida.

Mandamiento del amor. Este es punto principal de esta carta. «Mucho me he alegrado por haber encontrado entre tus hijos a quienes andan en la verdad, conforme al mandamiento que hemos recibido del Padre. Y ahora te ruego, señora, no como escribiéndote un mandamiento nuevo, sino el que desde el principio hemos tenido, que nos amemos unos a otros. Y en esto está el amor: Que caminemos según sus mandamientos, y éste es el manda-

miento, como lo oísteis desde el principio: Que caminéis en el amor.

Advertencia contra los falsos doctores. Porque en el mundo han surgido muchos seductores, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Este es el seductor y el anticristo. Mirad por vosotros mismos para que no perdáis lo que habéis trabajado, sino que recibáis un premio colmado. Todo el que se propasa y no permanece en la doctrina de Jesucristo no tiene a Dios. El que permanece en la doctrina, ese tiene también al Padre y al Hijo...

3ª Carta de San Juan

Esta carta va dirigida a un tal Gayo, al que se elogia «porque anda en la verdad». De él no sabemos otras obras y virtudes que las de su fe y hospitalidad elogiadas en la carta

- Saludo y elogios de Gayo

«El presbítero al querido Gayo, a quien yo amo en la verdad. Carísimo, te deseo que prosperes en todo y goces de salud, así como prospera tu alma, porque mucho me alegré cuando vinieron los hermanos, que dieron testimonio de tu verdad, cómo caminas en ella; pues no hay para mi mayor alegría que oír que mis hijos andan en la verdad.

Carísimo, obra fielmente por lo que practicas con los hermanos y aun con los forasteros, que han dado testimonio de tu caridad en presencia de la iglesia. Harás bien en proveerle para su viaje de una manera digna de Dios... Nosotros debemos recibir a tales hermanos para trabajar juntos en la verdad.

Condena luego la conducta de un tal Diotrefes, soberbio y no recibe a los hermanos, y termina diciendo: Carísimo, no imites lo malo sino lo bueno. El que hace bien es de Dios; el que hace el mal, no ha visto a Dios.

CARTA DE SAN JUDAS TADEO

Seguimos la tradición que sostiene que el autor de esta carta es San Judas Tadeo, uno de los doce apóstoles, el que se llama por sobrenombre «Tadeo» para distinguirlo de Judas Iscariote, el traidor. Otras veces se llama Judas de Santiago (Lc. 6, 16; Hech. 1, 15).

Esta carta tan pequeña, de solos 25 versículos encierra grandes verdades dogmáticas y morales. La caída de los ángeles infieles, la eternidad de las penas del infierno (vv. 6-7); el juicio de Jesucristo sobre el mundo (vv. 14-15); el celo que el buen pastor debe tener por la salvación de su rebaño (v. 3 y 23); el cuidado por las enseñanzas de los apóstoles y sucesores (v.1) e implícitamente la divinidad de Jesucristo (vv. 1, 4-6 y 25).

Tiene algunos puntos comunes con la segunda carta de San Pedro, reprueba las blasfemias y vicios de hombres impíos y dicen deben tenerse en cuenta las enseñanzas de los apóstoles.

134. El Apocalipsis

Apocalipsis es una palabra griega que significa «revelación». En este libro, el último de la Biblia, se nos revelan los juicios de Dios sobre el mundo y sobre la Iglesia, y se nos habla claramente de la última venida gloriosa de Jesucristo en toda su majestad y triunfo sobre las fuerzas del mal. Además se nos dice cómo se realizará esta su segunda venida, o sea, qué cosas le precederán, la acompañarán y la seguirán.

El Evangelista San Juan estaba desterrado en Patmos, una de las islas del mar Egeo, hacia el año 95 de nuestra era, en tiempo del emperador Domiciano, y en ella escribió el Apocalipsis.

- Los destinatarios

San Juan se dirige a estas siete Iglesias o comunidades cristianas: A Efeso, a Esmira, a Pérgamo, a Tiatira, a Sardes, a Filadelfia y a Laodicea, gobernadas cada una por el obispo, las que nosotros hoy llamaríamos «diócesis». Representan el estado de todas las iglesias existentes, a la Iglesia entera, pues el número 7 indica plenitud, y es, por tanto, símbolo de totalidad o universalidad.

Carta a la iglesia de Éfeso

Al ángel de la iglesia de Éfeso escribe: Estas cosas dice el que tiene las siete estrellas a su derecha, el que camina en medio de los siete candeleros de oro. (las siete estrellas son los siete ángeles u obispos de las siete iglesias, y los siete candeleros son las siete iglesias) (1, 20).

«Conozco tus obras, tu trabajos, tu paciencia y que no puedes tolerar a los malos (le pone primero de manifiesto lo bueno que ha hecho, sus virtudes, sus buenas obras)... y luego añade: Pero tengo contra ti que abandonaste tu primera caridad... Considera, pues, de donde has caído, y arrepíentete, y practica las obras primeras...

Se nos pueden aplicar a todos estas palabras. Sin duda antes vivías una vida de gracia con una entrega total a Dios..., pero tengo contra ti que has dejado de hacer obras buenas, que no trabajas con el celo y fervor primero... y te removeré de tu lugar... del puesto que ocupas.

- A la Iglesia de Esmira

Estas cosas dice el primero y el último, el que estuvo muerto y volvió a la vida: Conozco tu tribulación y tu pobreza (aunque eres rico materialmente)... No temas por lo que vas a padecer. Mira que el diablo te tentará y pasarás por una tribulación de diez días. Sé fiel hasta la muerte y te daré la corona de la vida.

A este ángel u obispo de Esmira parece que le alaba, pues le viene a decir que pasará por una tribulación de diez días... Y como el número diez en la Biblia significa de poca duración, será una prueba por la que ha de pasar... y estos nos sucederá a todos, y una vez probado recibirá su premio...

- A la Iglesia de Sardes

Esto dice el que tiene los siete espíritus de Dios... que tienes el nombre de viviente, pero estás muerto. Ponte en vela y consolida lo restante que está para morir, pues no he hallado tus obras perfectas delante de mi Dios... arrepíentete, porque si no velas vendré como ladrón, y no sabrás a que hora vendré a ti» (3, 1).

¡Cuántos cadáveres ambulantes hay en nuestras ciudades! Tienen el nombre de vivientes y están muertos. Muertos en cuanto al alma, aunque aparezcan vivos en cuanto al

cuerpo... Este es el triste estado de muchas almas... y a cada una de ellas el Señor le dice como a aquel joven de la viuda de Naín que iban a enterrar: «Levántate», y aquel joven pasó de la muerte corporal a la vida... Despierta tu que duermes en el pecado y Cristo te iluminará.

A la Iglesia de Laodicea

Estas cosas dice el Amén, el testigo fiel y veraz: Conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Mas porque eres tibio y no caliente te voy a vomitar de mi boca. Te crees rico y vives como si no tuvieras necesidad de nada, y no sabes que eres desdichado y miserable, pobre y ciego y desnudo...

Si tu has caído en la tibieza, piensa que es grave enfermedad... La tibieza es el alma (de la que dice Dios tener tantos horror) es una mezcla de bueno y de malo. El alma tibia no quiere cometer pecados mortales, pero comete con facilidad los veniales... y está expuesto a ir por caminos de perdición... Joven, levántate... Sé valiente y decidido para ir por el camino de la santidad...

135. El libro de los siete sellos

«Y vi a la derecha del que estaba sentado sobre el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos, y vi a un ángel poderoso que con gran voz pregonaba: ¿Quién es digno de abrir el libro y desatar sus sellos? Y nadie ni en el cielo, ni en la tierra ni debajo de la tierra podía abrir el libro y mirarlo...

«**Vi un libro en la diestra de Dios...** ¿Qué libro es éste? Este libro es, sin duda, «**el plan de Dios** revelado en la Biblia con detalles ocultos a nosotros».

Este «plan de Dios» es su voluntad e intenciones o deseos eternos e inmutables, a los que los enemigos quisieran oponerse, pero no podrán impedir su realización.

El libro estaba **sellado con siete sellos**, lo que indica que los secretos de Dios son absolutos (El número siete, como tenemos dicho, indica plenitud, es cifra perfecta). Todos los acontecimientos dolorosos que sucederán en la tierra están en manos de Dios.

El León de la tribu de Judá es el que ha podido abrir el libro de los siete sellos. Este es Cristo, el Hijo de Dios, el Cordero que tiene las llaves de esta historia de la humanidad. Es el vencedor absoluto contra Satanás, el pecado, la muerte, las guerras promovidas y todos los poderes que se oponen a Dios.

- **Los siete cuernos** representan la plenitud del poder de Dios y los **siete ojos** la plenitud del saber. Sólo Jesús puede revelarnos los designios de Dios y conducirnos al Padre.

- **Las copas de oro, llenas de perfume**, son las oraciones de los santos.

Los que estaban alrededor del trono del Cordero, cuando tomó el libro cantaron un cántico nuevo, diciendo:

«Eres digno de tomar el libro y de abrir sus sellos, porque fuiste degollado, y con tu sangre compraste para Dios hombre de todas las tribus, lengua, pueblo y nación... y los millones y millones de ángeles decían con gran voz: El Cordero que fue degollado es digno de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la alabanza».

Y todas las criaturas que hay en el cielo y sobre la tierra y debajo de la tierra y en el mar y a cuantas cosas hay entre ellos, oí que decían: «Al que se sienta en el trono y al Cordero la alabanza, el honor, la gloria y el imperio por los siglos de los siglos».

La apertura de los cuatro primeros sellos

En el estudio del Apocalipsis podemos observar que hay una lucha constante hasta el fin de los tiempos entre el bien y el mal. Los cuatro caballos, que aparecen en la apertura de los cuatro primeros sellos, empiezan por representar el ejército del mal, y visto el contesto tenemos que el caballo blanco es el dominio de los pueblos orgullosos, el «rojo», o de color de fuego es la guerra; el «negro», el hambre, la miseria, y el «pálido», la muerte... y sería matar con hambre con peste y por medio de las bestias de la tierra (Ez. 5, 12, 17).

Apertura del quinto sello: Voz de los mártires

Cuando abrió el quinto sello, vi debajo del altar las almas de los que habían sido degollados por la palabra de Dios y por el testimonio que mantuvieron, y con gran voz clamaban diciendo: «Hasta cuándo Señor Santo y veraz, vas a es-

perar para juzgar y vengar nuestra sangre» y se les dijo que esperasen todavía un poco de tiempo hasta que se completara el número de sus consiervos y hermanos porque había de ser matados como ellos. Es como la voz de Abel que clama justicia... y el número de mártires se completará en tiempos más marcados del Anticristo.

Apertura del sexto sello. Esta parece ser una visión anticipada del fin, porque el séptimo sello, precede a las catástrofes cósmicas (8,) que aquí se anuncian: oscurecimiento del sol, etc.

136. Los 144.000 marcados

«Después de esto vi a cuatro ángeles que estaban sobre los cuatro ángulos de la tierra que detenían a los cuatro vientos de la tierra para que no soplasen viento sobre ellas, ni sobre el mar ni sobre ningún árbol. Además vi otro ángel, que subía desde el naciente sol, teniendo el sello del Dios vivo y clamó con gran voz a los cuatro ángeles a los que se les había concedido hacer daño a la tierra y al mar diciendo: No hagáis daño a la tierra ni al mar ni a los árboles hasta que hayan sido sellados a los siervos de nuestro Dios en sus frentes, y oí el número de los que fueron sellados: ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de los hijos de Israel...

Vi cuatro ángeles... Estos que, por orden de Dios, retienen los cuatro vientos o calamidades hasta que sean marcados los elegidos en sus frentes, nos recuerdan estos pasajes bíblicos: 1) El de Ezequiel: «Dijo Yahvé: Pasa por en medio de la ciudad, por en medio de Jerusalén, y pon una marca, una Tau (una cruz) en la frente de los hombres que gimen y se lamentan de todas las abominaciones que en ella se cometen» (9, 4).

2) El del Éxodo, que habla de la noche pascual, en la cual todos los hombres, cuya puerta estaba marcada con la sangre del Cordero, fueron perdonados por el Exterminador (Así serán también marcados los que pertenecen a Dios).

Las calamidades de los capítulos 7, 8 y 9 parece que tienen como fin principal quebrantar la tenacidad de las na-

ciones que no consientan dar libertad al pueblo, y como otro día Dios tuvo que obrar inauditas maravillas, mandando grandes plagas para sacar a su pueblo ileso de la tiranía de Egipto, así se repetirán castigos y castigos sobre las naciones endurecidas en el mal (Miq. 7, 15; Jer. 23, 7-8; Is. 44, 5).

Los 144.000 sellados de las tribus de Israel, esta cifra es un número simbólico, pero cifra perfecta y acabada en la mente de Dios, referente a los hijos de Israel (12.000 por cada tribu, de aquí que $12 \text{ por } 12 = 144$), Y esto significa sencillamente una gran multitud de judíos, a las que se unirá otra innumerable de gentiles de todas las naciones y tribus... que nadie podrá contar (7, 9), que clamarán:

«La salvación se debe a nuestro Dios, al que está sentado en el trono y el Cordero y todos los ángeles dirán adorando a Dios: «Amén, la alabanza y la gloria, la sabiduría, la acción de gracias, el honor, el poder y la fortaleza a nuestro Dios por los siglos de los siglos».

Muchísimos se han de salvar si cumplen los mandamientos de Dios, y llevan a la práctica el dicho de Jesucristo: *«El que creyere (el Evangelio y se bautizase, se salvará»* (Mc. 16, 16). Es necesario aceptar la persona de Jesucristo y su doctrina.

137. La mujer y el dragón (Apoc. 12)

«Una señal apareció en el cielo: Una mujer revestida del sol, y la luna bajo sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas».

En el Apocalipsis se vienen a enfrentar dos ejércitos: el del bien y el del mal. La mujer por un lado, y el dragón enemigo de Dios, por otro.

¿Quién es esta mujer? La mujer que aparece en el cielo aureolada del sol es, en sentido literal, el «pueblo» de ambos Testamentos», especialmente del Antiguo: El pueblo de Israel, antigua esposa de Dios, primeramente alejada de Él y castigada, y ahora vestida con el Sol de justicia y con la luna a los pies, y coronada por doce estrellas ostentando así el escudo de la casa de Jacob. Este pueblo «da a luz» al Mesías en medio de grandes pruebas y tribulaciones.

También esta mujer, podemos decir, es el pueblo del N.T., la Iglesia de Dios, porque ella da a luz al pueblo cristiano y lo hace nacer a una vida nueva, a la vida de la fe en medio también de grandes tribulaciones.

Este texto se aplica en sentido acomodaticio a la Virgen María en cuanto ella, como Madre nuestra, ha sufrido inmensos dolores en el Calvario, unidos a los de Cristo, por redimirnos.

La mujer Iglesia pone en el mundo un Niño, que va a reinar eternamente, y esto se refiere a Cristo, el Hijo de Dios, el que ha prometido a la Iglesia que las puertas de infierno no prevalecerán contra ella.

La huida al «desierto» es símbolo de las pruebas por las que han de pasar sus hijos. La expresión: *«La serpiente o demonio arrojará en pos de la mujer agua como un río»*, indica que serán torbellinos de ejércitos de innumerables pueblos los que se lanzarán contra el pueblo judío, cuando esté tranquilo en su tierra: pero el invasor quedará destruido a las puertas de Jerusalén (Cap. 38 y 39 de Ez.).

Recuérdese que esta misma metáfora emplea el profeta Isaías para anunciar la venida del rey de Asiria contra Israel: *«Va a traer contra él el Señor aguas de ríos caudalosos e impetuosos: al rey de Asiria, con todo su poder...»* (Is. 8, 7).

Enfurecido el dragón porque no pudo contra la mujer, se fue a hacer la guerra a la descendencia de ella, a los que guardan los mandamientos de Dios, pero lo mismo que San Miguel venció al dragón, vencerá a todas las fuerzas del mal definitivamente.

La historia de la humanidad está sembrada de hechos y sucesos que manifiestan bien claramente la lucha entablada desde el principio entre el bien y el mal, entre Jesucristo y Satanás, que terminará con el triunfo total y definitivo de Cristo.

Como preámbulo a las luchas que el Dragón y sus ángeles entablará contra los fieles de Cristo, San Juan nos describe una batalla que tiene lugar en el cielo, entiéndase el cielo atmosférico donde tienen su morada las potestades aéreas (Ef. 2, 2); pero los cristianos vencerán al demonio por la virtud de Jesucristo y de la Mujer que le dio a luz, la Virgen María.

138. Aleluya, cántico de acción de gracias y triunfo de Cristo

«Después de esto oí en el cielo como un gran clamor de muchedumbre numerosa que decía: ¡Aleluya! La salvación, la gloria y el poder son de nuestro Dios, porque sus juicios son verdaderos y justos porque Él ha juzgado a todas las fuerzas del mal...

Aleluya es una palabra hebrea (Hallelú-Yah) que significa «Alabad al Señor». Los ángeles y santos entonan este himno de triunfo al ver reinar la justicia en el mundo. Ellos aclaman anticipadamente a Cristo vencedor, mientras continúan los combates y los asaltos de las fuerzas del mal, hasta terminar su victoria definitiva (19, 1-11).

Cristo Rey. Su triunfo (19, 11-21)

Vi el cielo abierto, y apareció un caballo blanco y el que estaba sentado sobre él, se llamaba fiel y veraz y con justicia juzga y hace la guerra. Sus ojos son como llama de fuego, y sobre su cabeza lleva muchas diademas, teniendo un nombre escrito que nadie conoce sino Él mismo. Está vestido con un manto empapado en sangre, y su Nombre es el Verbo de Dios... De su boca sale una espada aguda para herir con ella a las naciones, y Él las regirá con cetro de hierro... y tiene sobre su manto y sobre su muslo escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de los señores...

También vi a la bestia y a los reyes de la tierra y a sus ejércitos reunidos para hacer la guerra a Aquel que montaba a caballo contra su ejército. Pero la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta, que hacía prodigios delante de ella, con los cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia y a los que adoraron su imagen. Los dos fueron arrojados al estanque de fuego, que arde con azufre. Los restantes fueron muertos con la espada que salía de la boca del que estaba sentado sobre el caballo y todas las aves se hartaron con sus carnes.

Cristo había dicho a los que le habían visto subir al cielo, que volvería de la misma manera, y que todas las naciones verán al Hijo del hombre sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad. Y ahora San Juan con lenguaje apocalíptico, describe su venida sobre un caballo de color «victo-

ria». Es llamado «Fiel y Veraz», y su nombre es «El Verbo de Dios», que sólo Él conoce.

Aparece coronado de diademas como insignias del poder imperial. Este poder es irresistible y dominador. La bestia y el falso profeta, parecido a un cordero, serán arrojados vivos al lago de fuego o infierno.

El brillante caballero, Cristo Jesús, destruirá a todos sus enemigos. El triunfo definitivo contra las fuerzas del mal, será siempre el de Cristo: «Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera».

Todo lo expuesto con imágenes bíblicas simbolizan el gran triunfo de Cristo y de sus seguidores.

Laudetur Iesuchristus = Alabado sea Jesucristo

139. Satanás atado por espacio de mil años

«Vi a un ángel que descendía del cielo y tenía en su mano la llave del abismo y una gran cadena, y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el Diablo, Satanás, y lo ató por mil años, arrojándolo al abismo, que cerró y selló por encima para que no extraviase más a las naciones hasta terminados los mil años. Después de esto es necesario que sea desatado por poco tiempo» (20, 1-3).

La cifra «mil» es simbólica y significa un gran periodo de tiempo indeterminado: en esta época el demonio y sus secuaces, todas las fuerzas del mal, serán encadenadas por Dios.

El Apocalipsis nos habla de la bestia (13, 1; 11), símbolo de las potencias que luchan contra el reino de Dios, verdadera encarnación del dragón de las siete cabezas (12, 3), llamado serpiente (12, 4), el mismo Satanás que desea destruir los planes de Dios. En el mismo Apocalipsis se repite esta expresión: «*el dragón, la antigua serpiente que es el demonio, Satanás, que anda engañando a todo el mundo*» (12, 9; 20, 2).

El demonio dice Pablo VI: es el enemigo número uno, es el tentador por excelencia. Sabemos que este ser oscuro y perturbador existe de verdad, y que con alevosa astucia actúa todavía; es el enemigo oculto que siembra

errores e infortunios en la historia de la humanidad (15, 11-972).

El demonio es el instigador de todos los crímenes y desórdenes actuales. En el Evangelio vemos que Jesucristo y sus apóstoles atribuyen a los demonios los mayores crímenes; la incredulidad de los judíos, la traición de Judas, la ceguera de los paganos, las enfermedades crueles, las posesiones y obsesiones.

Los desórdenes se irán multiplicando en el mundo y «vendrá la apostasía y se manifestará el hombre de pecado, el hijo de la perdición, el adversario, el cual se levantará contra todo lo que se llama Dios» (2 Tes. 2, 1 ss). Será la época del anticristo, en plena acción con el poder de Satanás.

Pero, en los últimos tiempos, llegará el momento en que Cristo aplastará y destruirá totalmente el imperio de Satanás, a esta época del mal y de desórdenes vendrá otra envidiable de gran paz, en la que cesará toda clase de guerras (Is. 2; Miq. 4, 2-3), la de los mil años, en la que tendrá lugar el triunfo definitivo de la Iglesia de Cristo y se verá cumplida la profecía de un solo rebaño bajo un solo Pastor.

Y cuando esta época de paz llegue a su término, el diablo será suelto de nuevo y probará a las gentes y las volverá a seducir, hasta que llegue el juicio final. Gog y Magog son aquí los representantes de los reinos y pueblos anticristianos.

Al decir que será suelto el demonio, parece indicar que antes del fin del mundo tendrá lugar algún asalto determinado de las fuerzas del mal, pero inmediatamente, a continuación, vendrá la victoria definitiva de Cristo para siempre, y también el diablo y la bestia y los seguidores suyos, obradores del mal, serán atormentados eternamente. Entonces tendrá lugar el juicio final en la que todos serán juzgados según sus obras.

140. Nuevo cielo y nueva tierra (21, 1-8)

«Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron... (21, 1)... Con palabras parecidas dice el profeta Isaías: «He aquí que voy a crear unos cielos nuevos y una tierra nueva, y ya no se recordará lo

pasado, ni vendrá más a la mente, sino que se gozarán en gozo y alegría eterna de lo que voy a crear yo, porque he aquí que voy a crear para Jerusalén alegría... (Is. 65, 17-18).

Cristo había dicho: «*El cielo y la tierra pasarán*»; ahora aparece una nueva creación y definitiva que sustituye a la destruida por el pecado. La nueva ciudad de Dios construida en el cielo desciende sobre la tierra. Es Dios quien viene al encuentro del hombre. Dios habitará para siempre en medio de su pueblo escogido, y quedarán terminadas todas las persecuciones y sufrimientos...

De la transformación de las cosas creadas nos hablan Isaías (65, 17), y los apóstoles Pedro (2, 3-5) y Pablo (Rom. 9, 19)... El mundo presente no será aniquilado, sino solamente renovado, purificado y cambiando en mejor... y notemos que no se trata del mismo cielo, sino de habitar en esta tierra en los maravillosos días de paz, a la que contribuirá el estar suprimida la acción de Satanás que estará aherrojado por espacio de una época de miles de años (pues la palabra mil en la Biblia responde a una época larguísima), pues, como nos dice Dios en el profeta Isaías, en la nueva tierra, ya renovada, continuará habiendo habitantes, porque entonces «*Construirán casas y las habitarán, plantarán viñas y comerán su fruto*» (Is. 65, 21-22).

También nos dice San Pedro que «*Dios prepara una nueva habitación y una nueva tierra en la que habita la justicia*» (2 Ped. 3, 13).

Y San Cirilo de Jerusalén también dice: «*Pasará este mundo para que exista otro mejor*» (PG. 33, 371). No lo dudemos, vendrá un mundo nuevo mejor.

- ¡Ven, Señor Jesús!

Con estas palabras termina la Biblia. A este propósito dijo Pío XII: «*Desde el **in principio** en el Génesis al **veni Domine Jesu** del Apocalipsis, los libros sagrados contienen la voz de Dios*».

VEN, SEÑOR JESUS. Esta expresión se refiere a la segunda venida de Jesucristo, la que se llama en las Escrituras «*el día del Señor*», del cual dice San Pablo: «*El día del Señor vendrá como el ladrón en la noche*» (1 Tes. 5, 2). «Así como aquel día del Señor en que tomó carne humana, fue

muy deseado de todos los justos de la Ley antigua desde el principio del mundo, porque en aquel misterio tenían puesta toda la esperanza de su libertad, así también después de la muerte del Hijo de Dios y su Ascensión al cielo, hemos de desear nosotros con vehementísimo anhelo el otro día del Señor, esperando el premio eterno y la venida del gran Dios» (Straubinger). *El día y la hora nadie lo sabe* (1, 3; Fil. 4, 5), y porque su venida será como la del ladrón que no avisa, quiere que estemos siempre preparados, que vivamos en gracia y haciendo cada día buenas obras: Visitando enfermos, dando a los pobres, atendiendo a las necesidades del prójimo. Entonces dirá Jesús: «*Venid, benditos de mi Padre, a poseer el reino preparado para vosotros, porque tuve hambre y medisteis de comer, etc...*»

Un día veremos realizarse el anuncio (1, 7), y el Señor Jesús reinará con los santos del Altísimo y su reino no tendrá fin. Esta es la insuperable felicidad a que aspiramos y que esperamos y que especialmente deseamos a todos los lectores de estas meditaciones bíblicas.

VEN, SEÑOR JESUS, VEN, NO TARDES, VEN A SALVARNOS.

Jesucristo es la figura central de la Biblia, pues en Él convergen todas las profecías, y «*en Él tenemos la redención y la remisión de los pecados*» (Col. 1, 14), y «*no tenemos otro nombre en cual podamos ser salvos*» (Hech. 4, 12).

Se impone el estudio y lectura diaria de la Biblia para conocer mejor a Jesucristo, porque la Biblia trata de Él, pues Él mismo lo dijo: «*Investigad las Escrituras porque ellas dan testimonio de Mi*» (Jn. 5, 39). «*Conviene que se cumpla cuanto está escrito de Mi en la Ley de Moisés, en los profetas y en los Salmos*» (Lc. 24, 44).

«Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo» (S. Jerónimo).

INDICE

PRESENTACIÓN	3
- Una breve aclaración interesante	5
ANTIGUO TESTAMENTO	7
GÉNESIS	9
1ª. Meditación: Al principio... DIOS	9
2ª. ¿Cómo podemos conocer a Dios?	10
3ª. Al principio era el Verbo	11
4ª. Creo en Dios Padre... Creo en Dios Hijo...	
Creo en el Espíritu Santo	12
5ª. Dios creador de cielos y tierra	14
6ª. El hombre es hechura de Dios	15
7ª. El pecado de nuestros primeros padres	16
8ª. Promesa del Redentor	18
9ª. El crimen de Caín	20
10. Longevidad de Adán y sus descendientes	21
11. Los dos diluvios, el agua y fuego	22
12. Abraham, padre de los creyentes	23
13. Dios habla a los patriarcas	24
14. Regreso de Jacob a su país	26
15. Historia de José	28
16. Los hermanos de José van a Egipto	30
ÉXODO	32
17. Moisés, el libertador de Israel	32
18. Moisés ante el faraón y obstinación de éste	34
19. Milagros a favor de Israel	35
20. El Decálogo y la Alianza con Israel	37
21. Sobre los causantes del aborto	38
LEVÍTICO	40
22. Algunas de las leyes mosaicas	40
23. Algunos castigos a los infractores de la Ley	41
24. Promesas y amenazas	42
NÚMEROS	44
25. Orden de partida. Murmuraciones y milagros	44
26. Los exploradores de la tierra prometida	45

27. Las rebeliones de Coré, Datán y Abirón	46
28. Desconfianza de Moisés y la serpiente de bronce	47
29. La profecía de Balaam	48
DEUTERONOMIO	50
30. Bendición y maldición	50
JOSUÉ	52
31. Misión de Josué y paso del Jordán	52
32. Conquista de Jericó	53
33. Desastre de Hai y castigo de Acán	54
34. La detención del sol	55
LOS JUECES DE ISRAEL	57
35. Situación de Israel a la muerte de Josué	57
36. Gedeón y los madianitas	58
37. Jefte y su sacrificio	60
38. Sansón y los filisteos	61
RUT	64
39. Rut y Noemí... y Rut y Booz	64
LIBRO PRIMERO DE SAMUEL	65
40. Ana y su hijo Samuel. Helí y sus hijos	65
41. Dios castigó al pueblo, a Helí y a sus hijos	67
42. Samuel, juez de Israel. Saúl, primer rey	68
43. Elección de Saúl y sus primeras victorias	70
44. Desobediencia de Saúl y como fue rechazado por Dios ..	72
45. Saúl y David	73
46. Amor de Jonatán a David y envidia de Saúl	75
47. Magnanimidad de David	76
48. Trágica muerte de Saúl	77
SEGUNDO LIBRO DE SAMUEL	79
49. El reinado de David	79
50. Traslado del Arca a Jerusalén	80
51. Los dos grandes pecados de David	82
52. Rebelión de Absalón	83
53. El censo del pueblo	85
54. Los últimos años de David	86
LIBROS 1º Y 2º DE LOS REYES	88
55. Breve resumen de lo sucedido al morir David	88
56. Construcción e inauguración del templo	90

57. Decadencia y triste fin de Salomón	91
58. ¿Cómo se realizó el cisma de Israel?	93
REINO DE ISRAEL	94
59. Jeroboán establece la idolatría	94
60. Historia de Elías y de Ajab	96
61. Elías aparece ante Ajab	97
62. Elías huye de Jezabel y el Señor lo conforta	99
63. Ajab y la viña de Nabot	101
64. El profeta Eliseo y sus milagros	103
65. Asedio de Samaria	105
REINO DE JUDÁ	107
66. Reinado de Roboán,... De Asá y Josafat	107
67. Jorán y Atalía	108
68. Acáz, rey de Judá	110
69. Reinado de Ezequías	111
70. Embajada del rey de Babilonia e invasión de Senaquerid	113
71. Manasés, rey de Judá	114
72. Reinado de Josías	116
73. Reinado de Sedecías, último rey de Judá	118
ESDRAS Y NEHEMÍAS	120
74. Vuelta del destierro	120
LIBRO DE TOBÍAS	122
75. Historia de Tobías	122
76. Viaje del joven Tobías a ragües de Media	123
LIBRO DE JUDIT	126
77. Contenido de este libro	126
78. Judit ora y sale para el campo enemigo	128
LIBRO DE ESTER	130
79. ¿Quién era Ester?	130
LIBROS DE LOS MACABEOS	132
80. Breve resumen de la historia de los judíos	132
81. Sublevación de los judíos	133
LIBRO DE JOB	136
82. ¿Qué decir del libro de Job?	136

LOS SALMOS	139
83. ¿Qué son los salmos?	139
84. Salmos laudatorios y de acción de Gracias	140
LOS PROVERBIOS	142
85. Obra bien. Acepta la corrección y habla bien	142
EL ECLESIASTÉS	143
86. ¿De qué trata este libro?	143
CANTAR DE LOS CANTARES	146
87. Contenido e interpretación de este libro	146
SABIDURÍA	147
88. ¿De qué trata el libro de la sabiduría?	147
EL ECLESIAÍSTICO	150
89. Pensamientos de este libro	150
LIBROS PROFÉTICOS	152
Los profetas. Breve introducción	152
EL PROFETA ISAÍAS	153
90. El Señor habla a su pueblo	153
91. Profecía escatológica: ruina de la tierra. Poemas del Siervo Yahvé	155
EL PROFETA JEREMÍAS	156
92. ¿Quién fue este profeta y cuál su misión?	156
93. La verdadera gloria consiste en conocer a Dios	158
LAMENTACIONES	159
94. Lamentaciones y oración del profeta	159
BARUC	161
95. Confesión de los pecados e imploración de misericordia	161
EZEQUIEL	162
96. ¿Quién fue este profeta?	162
97. Retorno y restauración de Israel	165
DANIEL	167
98. ¿Quién fue el profeta Daniel?	167

99. Los tres jóvenes en el horno de Babilonia	169
100. La visión de la estatua	171
101. Festín de Baltasar	173
EL PROFETA OSEAS	175
102. ¿Quién era el profeta Oseas?	175
EL PROFETA JOEL	177
103. ¿Quién fue este profeta?	177
EL PROFETA AMÓS	178
104. ¿Quién fue el profeta Amós?	178
EL PROFETA ABDÍAS	180
105. ¿Qué sabemos de este profeta?	180
EL PROFETA JONÁS	181
106. ¿Qué sabemos del libro de Jonás?	181
EL PROFETA MIQUEAS	183
107. ¿Qué sabemos de este profeta?	183
EL PROFETA NAHUM	184
108. ¿Qué sabemos del profeta Nahum?	184
EL PROFETA HABACUC	186
109. ¿Qué sabemos de este profeta?	186
EL PROFETA SOFONÍAS	187
110. ¿Qué sabemos de Sofonías?	187
EL PROFETA AGEO	189
111. ¿Qué sabemos de este profeta?	189
EL PROFETA ZACARÍAS	190
112. ¿Qué sabemos de Zacarías?	190
EL PROFETA MALAQUÍAS	193
113. ¿Qué sabemos de este profeta?	193
NUEVO TESTAMENTO	195
LOS EVANGELIOS	197

114. ¿Quién es Jesucristo?	197
¿QUIÉN ES LA VIRGEN MARÍA?	200
115. Breve resumen de su vida	200
¿QUIÉN ERA SAN JOSÉ?	203
116. ¿Qué podemos decir de este santo?	203
¿QUIÉNES ERAN LOS APÓSTOLES?	206
117. ¿Qué nos dicen los Evangelios de los apóstoles?	206
HECHOS DE LOS APÓSTOLES	209
118. ¿Quién es el Espíritu Santo?	209
119. Pentecostés. La venida del Espíritu Santo	210
120. Principales tratados en los Hechos?	211
121. ¿Quién era el apóstol San Pablo?	213
CARTAS DE SAN PABLO	215
122. Carta a los Romanos	215
123. Cartas a los Corintios	216
124. Cartas a los Gálatas y a los Efesios	218
125. Cartas a los Filipenses y Colosenses	220
126. Cartas a los Tesalonicenses	222
127. Cartas a Timoteo y a Tito	224
128. Cartas a Filemón y a los Hebreos	226
CARTAS CATÓLICAS	229
129. Carta del apóstol Santiago	229
130. Cartas de San Pedro	231
CARTAS DE SAN JUAN	233
131. Primera carta de San Juan	233
132. Somos hijos de Dios	234
133. 2ª y 3ª Carta de San Juan	236
CARTA DE SAN JUDAS TADEO	
134. El Apocalipsis. Los destinatarios	238
135. El libro de los siete sellos	240
136. Los 144.000 marcados	242
137. La mujer y el dragón	243
138. Aleluya. Cántico de Acción de Gracias y triumfo de Cristo	245
139. Satanás atado por espacio de mil años	246
140. Nuevos cielos y nueva tierra	247